
Fernando
de Alva
Cortés Ixtlilxóchitl
Historia
de la nación
Chichimeca
Linkgua
Historia 18
Acceso
Abierto

Fernando de Alva Ixtlilxóchitl

Historia de la nación chichimeca

Su población y establecimiento en el país de Anáhuac conocido hoy por el reino de Nueva España. Principio y progresos del poderoso Imperio tezcucano y sucesión de sus monarcas, hasta su destrucción por el ingreso de los españoles que le conquistaron

Barcelona 2021
linkgua-digital.com

Créditos

Título original: Historia de la nación chichimeca.

e-mail: info@linkgua.com
Diseño de cubierta: Michel Mallard.

ISBN rústica: 978-84-9816-685-9.

ISBN ebook: 978-84-9897-749-3.

Sumario

La vida

Fernando de Alva Cortés Ixtlilxóchitl (Texcoco, ¿1568?-Ciudad de México, 1648). México.

Nacido mestizo entre los años 1568 y 1580, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl tuvo ese nombre en memoria del conquistador de Tenochtitlan, Hernán Cortés (llamado también Fernando Cortés). Hijo de Juan de Navas Pérez de Peraleda y de Ana Cortés Ixtlilxóchitl, Ixtlilxóchitl fue descendiente directo de los reyes de Acolhuacan y de Tenochtitlan (su bisabuelo fue Hernando Ixtlilxóchitl, último tlatoani de Texcoco, también llamado Ixtlilxóchitl II), y de Beatriz Papatzin, hija ésta de Cuitláhuac, antiguo Señor de Iztapalapa y último tlatoani de los mexicas en la época de la invasión española, período en que expulsó a los conquistadores en el episodio conocido como la Noche Triste.

Fray García Guerra, arzobispo de México, nombró noble a su familia, y recibieron un pequeño señorío hereditario.

Ixtlilxóchitl estudió en el Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco. Allí aprendió lengua náhuatl y castellano. Entre 1600 y 1604 vivió en San Juan Teotihuacan. En 1612 fue nombrado gobernador indígena de Texcoco y, al año siguiente, del pueblo de Tlalmanalco.

Ixtlilxóchitl recibió el encargo de los virreyes de Nueva España de escribir la historia de los pueblos indígenas de México. Hacia 1608 terminó de escribir su Relación histórica de la nación tolteca.

Historia chichimeca

La Historia de la nación chichimeca fue terminada hacia 1640. Y este título se debe a Carlos de Sigüenza y Góngora quien fue propietario del manuscrito. Lorenzo Boturini, otro propietario del original, lo llamó Historia general de la Nueva España. Hay evidencia de que la Historia de la nación chichimeca formó parte de un texto más amplio que se ha perdido, o acaso no fue terminado. El capítulo final relata el Sitio de Tenochtitlan, desde la versión texcocana de la Conquista promulgada por el autor; en contraste con Hernando de Alvarado Tezozómoc, autor de ascendencia tenochca también publicado por Linkgua, cuya obra muestra una visión más próxima a los mexicas.

En 1891 Alfredo Chavero publicó y comentó los libros de Ixtlilxóchitl con el título de Obras históricas.

Capítulo I. Que trata de la creación del mundo y sus cuatro edades, que los históricos de esta Nueva España dieron, y fin de cada una de ellas

Los más graves autores históricos que hubo en la infidelidad de los más antiguos, se halla haber sido Quetzalcóatl el primero; y de los modernos Nezahualcoyotzin, rey de Texcoco, y los dos infantes de México, Itzcoatzin y Xiuhcozcatzin, hijos del rey Huitzilihuitzin, sin otros muchos que hubo (que en donde fuere necesario los citaré), declaran por sus historias que el dios Teotloquenahuaque Tlachihualcípal Nemoani Ilhuicahua Tlalticpaque, que quiere decir conforme al verdadero sentido, el dios universal de todas las cosas, creador de ellas y a cuya voluntad viven todas las criaturas, señor del cielo y de la tierra, etc., el cual después de haber creado todas las cosas visibles e invisibles, creó a los primeros padres de los hombres, de donde procedieron todos los demás; y la morada y habitación que les dio fue el mundo, el cual dicen tener cuatro edades. La primera que fue desde su origen, llamada por ellos Atonatiuh, que significa Sol de agua; que con sentido alegórico significan con este vocablo, aquella primera edad del mundo haber sido acabada con el diluvio e inundación de las aguas, con que se ahogaron todos los hombres y perecieron todas las cosas creadas.

La segunda edad llamaron Tlalchitonatiuh, que significa Sol de tierra, por haberse acabado con terremotos, abriéndose la tierra por muchas partes, sumiéndose y derrocándose sierras y peñascos, de tal manera que perecieron casi todos los hombres, con cuya edad y tiempo fueron los gigantes que llamaron quinametintzocuilhicxime.

La tercera edad llamaron Ecatonatiuh, que quiere decir Sol de aire, porque feneció esta edad con aire, que fue tanto y tan recio el viento que hizo entonces, que derrocó todos los edificios y ár-

boles y aun deshizo las peñas, y pereció la mayor parte de los hombres; y porque los que escaparon de esta calamidad hallaron cantidad de monas que el viento debió traer de otras partes, dijeron haberse convertido los hombres en esta especie de animales, de donde nació esta fábula tan mentada de las monas.

Los que poseían este nuevo mundo en esta tercera edad fueron los ulmecas y xicalancas y según por sus historias se halla, vinieron en navíos o barcas de la parte de oriente hasta la tierra de Potonchan, desde donde comenzaron a poblarle; y en las orillas del río Atoyac que es el que pasa entre la ciudad de los ángeles y Cholula, hallaron algunos de los gigantes de los que habían escapado de la calamidad y consumición de la segunda edad; los cuales siendo gente robusta y confiados en sus fuerzas y mayoría de cuerpo, se señorearon de los nuevos pobladores de tal manera, que los tenían tan oprimidos como si fueran sus esclavos; por cuya causa los caudillos y gente principal buscaron modos para poderse librar de esta servidumbre, y fue en un convite que les hicieron muy solemne: después de repletos y embriagados, con sus mismas armas los acabaron y consumieron, con cuya hazaña quedaron libres y exentos de esta sujeción y fue en aumento su señorío y mando.

Y estando en la mayor prosperidad de él, llegó a esta tierra un hombre a quien llamaron Quetzalcóatl y otros Huémac por sus grandes virtudes, teniéndolo por justo, santo y bueno; enseñándoles por obras y palabras el camino de la virtud y evitándoles los vicios y pecados, dando leyes y buena doctrina; y para refrenarles de sus deleites y deshonestidades les constituyó el ayuno, y el primero que adoró y colocó la cruz que llamaron Quiahutzteotlchicahualiztéotl y otros Tonacaquáhuitl, que quiere decir: dios de las lluvias y de la salud y árbol del sustento o de la vida. El cual habiendo predicado las cosas referidas en todas las más de las ciudades de los ulmecas y xicalancas, y en especial en la de Cholula, en donde asistió más, y viendo el poco fruto que hacía

con su doctrina, se volvió por la misma parte de donde había venido, que fue por la de oriente, desapareciéndose por la costa de Coatzacoalco; y al tiempo que se iba despidiendo de estas gentes les dijo, que en los tiempos venideros, en un año que se llamaría ce ácatl, volvería, y entonces su doctrina sería recibida y sus hijos serían señores y poseerían la tierra, y que ellos y sus descendientes pasarían muchas calamidades y persecuciones; y otras muchas profecías que después muy a las claras se vieron.

Quetzalcóatl por interpretación literal, significa sierpe de plumas preciosas; por sentido alegórico varón sapientísimo; y Huémac, dicen unos que le pusieron este nombre porque imprimió y estampó sobre una peña sus manos, como si fuera en cera muy blanda, en testimonio de que se cumpliría todo lo que les dejó dicho. Otros quieren decir que significa el de la mano grande o poderosa. El cual ido que fue, de allí a pocos días sucedió la destrucción y asolamiento referido de la tercera edad del mundo; y entonces, se destruyó aquel edificio y torre tan memorable y suntuosa de la ciudad de Cholula, que era como otra segunda torre de Babel, que estas gentes edificaban casi con los mismos designios, deshaciéndola el viento. Y después los que escaparon de la consumición de la tercera edad, en las ruinas de ella edificaron un templo a Quetzalcóatl a quien colocaron por dios del aire, por haber sido causa de su destrucción el aire, entendiendo ellos que fue enviada de su mano esta calamidad; y le llamaron asimismo ce ácatl que fue el nombre del año de su venida. Y según parece por las historias referidas y por los anales, sucedió lo suso referido algunos años después de la encarnación de Cristo señor nuestro; y desde este tiempo acá entró la cuarta edad que dijeron llamarse Tletonátiuc, que significa Sol de fuego, porque dijeron que esta cuarta y última edad del mundo se ha de acabar con fuego. Era Quetzalcóatl hombre bien dispuesto, de aspecto grave, blanco y barbado. Su vestuario era una túnica larga.

Capítulo II. Que trata del origen y venida de la nación tolteca, reyes y caudillos que tuvieron y de sus poblaciones y cosas acaecidas en su tiempo

En esta cuarta edad llegaron a esta tierra de Anáhuac, que se dice al presente Nueva España, la nación tolteca, los cuales según parece por sus historias, fueron desterrados de su patria, y después de haber navegado y costeado diversas tierras hasta donde es ahora la California por la Mar del Sur, llegaron a la que llamaron Huitlapalan, que es la que al presente llaman de Cortés, que por parecer bermeja le pusieron el nombre referido, en el año que llamaron ce técpatl, que fue en el de 387 de la encarnación de Cristo nuestro señor. Y habiendo costeado la tierra de Jalisco y toda la costa del sur, salieron por el puerto de Huatulco y andando por diversas tierras hasta la provincia de Tochtépec, que cae en la costa del Mar del Norte; y habiéndola andado y ojeado, vinieron a parar en la provincia de Tolantzinco, dejando en los mejores lugares y puestos alguna de la gente que traían para poblarlos. Esta nación tolteca fue la tercera que pobló esta Nueva España, contando por los primeros a los gigantes, y por los segundos a los ulmecas y xicalancas. Estando en el puesto de Tolantzinco contaron ciento y cuatro años que habían salido de su patria; los cuales traían siete caudillos, que por sus tiempos siempre entre estos siete elegían uno que los gobernaba. El primero de estos se llamaba Tlacomihua, aunque otros lo llaman Acatl; el segundo Chalchiúhmatz; el tercero Ahuécatl; el cuarto Coatzon; el quinto Tziuhcóatl; el sexto Tlapálhuitz; el séptimo y último Huitz. Los cuales después poblaron la ciudad de Tolan, que fue la cabeza de su monarquía e imperio, por parecerles lugar conveniente y pasar por el río.

Y a los siete años de su fundación eligieron rey y señor supremo, que fue el primero que tuvieron. Este se llamaba

Chalchiuhtlanetzin o Chalchiuhtlatónac, que fue en el año que llamaban chicome ácatl, el cual fue en el de 510 de la encarnación. Este rey gobernó cincuenta y dos años, en cuyo tiempo fueron los de esta nación en grande aumento y trabaron parentesco y amistad con los naturales que a la sazón había en la tierra, teniéndolos debajo de su dominio y señorío. Al cual le sucedió Tlilquecháhuac Tlalchinoltzin, que entró en el año asimismo llamado chicome ácatl, que fue en el de 562, el cual reinó otros tantos y murió en el de 613 de la encarnación, que llaman chicuacen tochtli, y heredóle en el imperio Huetzin que reinó otros cincuenta y dos años, por ser costumbre entre ellos reinar de cincuenta a cincuenta y dos años, y si antes de cumplirlos morían, gobernaba la república. Este rey Huetzin murió en el de 664, y asimismo en el que llaman chicuacen tochtli. Sucedióle después Totepeuh, que reinó otros tantos años y murió en el año llamado macuili calli, que fue en el de 716 de la encarnación; y por su fin y muerte entró en la sucesión Nacázxoch, el cual reinó otros tantos reinó cincuenta y dos años y acabó en el de 768, que también se llamó macuili calli, a quien heredó el imperio Tlacomihua. Este engrandeció y amplió mucho su imperio, hizo muy grandes y suntuosos edificios, entre los cuales fue el templo de la rana, que colocó por diosa de la agua; el cual reinó cincuenta y nueve años, pasando y excediendo el orden de sus pasados; y murió en el año de 826, que llaman matactlioceácatl, y por fin y muerte le sucedió la reina Xiuhquentzin, que reinó cuatro años y falleció en el de ome ácatl, que fue en el de 830; a la cual sucedió en el imperio Iztaccaltzin, padre de Topiltzin, en cuyo tiempo se destruyó esta nación.

Capítulo III. Que trata de la vida y hechos de Iztaccaltzin y Topiltzin, últimos monarcas de los toltecas, en cuyo tiempo se acabó su imperio

Habiendo sucedido Iztaccaltzin en el imperio, reinó cincuenta y dos años, que fue el tiempo que constituyeron sus antepasados; en cuyo discurso trató amores con Quetzalxochitzin, esposa de un caballero llamado Papantzin descendiente de la casa real; y en esta señora tuvo este rey a Topiltzin, y aunque adulterino, le sucedió en el reino o imperio, que fue en el de 882 de la encarnación de Cristo nuestro señor, que asimismo se llama ome ácatl; por cuya causa algunos de los reyes y señores sus vasallos se levantaron contra él: unos pretendieron para sí el imperio, pareciéndoles ser más propincuos y dignos de él, y otros en venganza del adulterio, que fueron los más señalados Coanacotzin, Huetzin y Mixiotzin, reyes y señores que eran de las provincias que caían en las costas del Mar del Norte. Y es así que habiendo reinado los cincuenta y dos años referidos el rey Iztaccaltzin, hizo jurar a su hijo Topiltzin, hallándose en la jura algunos de los reyes y señores que le eran amigos, como fueron Iztacquauhtzin y Maxtlatzin.

Luego que entró Topiltzin en la sucesión del imperio, hubo grandes presagios de su destrucción, y se cumplieron ciertos pronósticos y profecías que habían pronosticado sus mayores; que fueron entre otras muchas, que cuando imperase un rey que tuviese el cabello levantado desde la frente hasta la nuca, como a manera de penacho, en su tiempo había de acabarse esta monarquía tolteca. Y que asimismo los conejos en este tiempo habían de criar cuernos como venados, y el pájaro huitzitzilin criar espolón como gallipavo; todo lo cual sucedió así, porque el rey Topiltzin tuvo el cabello como está dicho, y se vio en el tiempo de su reinado acaecer lo referido en los conejos y huitzitzilies; y

acaecieron otros prodigios de que causó grande espanto y alteración al rey, y mandó juntar a los sacerdotes y adivinos para que le declarasen lo que significaba; y habiéndole dicho ser de su destrucción, según por las historias parece, mandó llamar a sus mayordomos y entregarles sus tesoros, que eran los mayores que hubo en aquel tiempo, para que los retirasen en la provincia de Quiahuiztlan, temiéndose de los reyes sus contrarios; y tras de los prodigios y señales comenzó la hambre y esterilidad de la tierra, pereciendo la mayor parte de las gentes y comiéndose el gorgojo y gusanos los bastimentos que tenían en sus trojes, y otras muchas calamidades y persecuciones del cielo, que parecía llover fuego; y fue tan grande la seca que duró veintiséis años, de tal manera que se secaron los ríos y fuentes.

Y viendo los reyes sus contrarios cuán falto estaba de fuerzas y sustento, vinieron contra él con un poderoso ejército, y a pocos lances le fueron ganando muchas ciudades hasta venir a apoderarse de la de Tula, cabecera del imperio; y aunque salieron huyendo de ella el rey Topiltzin con toda su gente, a pocas jornadas les fueron dando alcance y matando, y el primero que murió fue el rey viejo Iztacquauhtzin su padre, y con él la dama Quetzalxóchitl, que tenían ambos casi una edad, que, según está en las historias, eran de casi de a ciento cincuenta años. Y en la provincia de Totolapan alcanzaron a los dos reyes Iztaccalihtzin y Mantla (conferados de Topiltzin) en donde les dieron desastrada muerte, por más que se defendieron; y el rey Topiltzin se perdió que nunca más se supo de él; y de dos hijos que tenía solo el uno, que fue el príncipe Póchotl, lo escapó Tochcueie, que así se decía la ama que lo criaba en los desiertos de Nonoalco; y los pocos de los toltecas que escaparon en las montanas y sierras fragosas y entre los carrizales de la laguna de Colhuacan. Este fin tuvo el imperio de los toltecas que duró quinientos setenta y dos años, y viéndole tan arruinado los reyes que vinieron a sojuzgarle, se volvieron a sus provincias, y

aunque victoriosos, muy derrotados y con pérdida de la mayor parte de sus ejércitos, que perecieron de hambre; y la misma calamidad corrió en sus tierras, porque fue generalmente la seca y esterilidad de la tierra, pareciendo ser permisión de Dios que por todas vías fuese castigada esta nación, pues de la una y otra parte apenas quedaron algunos.

Estos toltecas eran grandes artífices de todas las artes mecánicas: edificaron muy grandes e insignes ciudades, como fueron Tolan, Teotihuacan, Chololan, Tolantzinco y otras muchas, como parece por las grandes ruinas de ellas. Su vestuario era unas túnicas largas a manera de los ropones que usan los japones, y por calzado traían unas sandalias, y usaban unos a manera de sombreros hechos de pala o de palma. Eran poco guerreros, aunque muy republicanos; y eran grandes idólatras. Tenían por particulares dioses al Sol y a la Luna; y según parece por las historias referidas, vinieron por la parte de poniente costeando por la Mar del Sur. La última y total destrucción fue en el año de 959 de la encarnación de Cristo nuestro señor, que llaman ce técpatl, siendo pontífice de la Iglesia de Dios Joannes XII, y emperador de Alemania Othón I de este nombre y rey de Castilla don García.

Capítulo IV. Que trata de la venida y población que hizo el gran chichimeca Xólotl en las tierras de los toltecas

Habían pasado cinco años que los toltecas se habían destruido y estaba la tierra despoblada, cuando vino a ella el gran chichimeca Xólotl a poblarla, teniendo noticia por sus exploradores de su destrucción, que fue en el año de 963 de la encarnación de Cristo nuestro señor que llaman macuili técpatl; el cual salió de hacia la parte septentrional y de la región y provincia que llaman Chicomóztoc, y habiendo entrado por los términos y tierra de los toltecas hasta llegar a la ciudad de Tolan, cabecera de su imperio, en donde halló muy grandes ruinas despobladas y sin gente, por lo que no quiso hacer asiento en Tula, sino que prosiguió con sus gentes enviando siempre exploradores por delante, para que viesen si hallaban alguna de la gente que hubiese escapado de la destrucción y calamidad de esta nación. El cual llegó a un lugar que se llama Tenayocan Oztopolco, lugar de muchas cuevas y cavernas, que era la principal habitación que esta nación tenía; de buen temple, aires y de buenas aguas, opuesta al nacimiento del Sol, cerca de la laguna que ahora se llama mexicana; que con su acuerdo y con el de los más principales de su ejercito, se fundó allí su corte y principal morada, y habiendo tomado la posesión quieta y pacífica sobre toda la tierra que contenía dentro de todos los términos del imperio de los toltecas, por su persona y por la de sus caudillos y capitanes (que los más principales de ellos eran seis señores que se llamaban Acatómatl, Quahuatlápal, Cozcaquauh, Mitlíztac, Tecpan, Iztacquauhtlila), pobló con las gentes de su ejército, que fue el mayor número que se halla en las historias haber tenido ningún príncipe de los más poderosos que hubo antes ni después en este nuevo mundo porque, según parece sin las mujeres y niños, era más de un millón, y las tierras que pobló este gran ejército en su primer asiento fueron todas las que caen de la parte

de adentro de las sierras de Xocotitlan, Chiuhnauhtécatl, Malinalocan, Itzocan, Atlixcahuacan, Temalacatitlan, Poyauhtlan, Xiuhtecuhtitlan, Zacatlan, Tenamítec, Quauhchinanco, Tototépec, Meztitlan, Quachquetzaloyan, Atotonilco y Quahuacan, hasta tornar a dar con la sierra referida de Xocotitlan, que todo ello contiene más de doscientas leguas de circunferencia; y los pocos toltecas que habían escapado de su destrucción, les dejó vivir en los puertos y lugares en donde estaban reformados y poblados cada uno con su familia, que fue en Chapultepec, Colhuacan, Tlatzalantepexoxoma, Totolapan, Quauhquecholan, y hasta la costa del Mar del Norte en Tozapan, Tochpan, Tziuhcóac y Xicotépec, y lo mismo en Chololan, aunque algunos de ellos no pararon hasta la tierra de Nicaragua a donde fueron a poblar, y a otras tierras remotas, en donde no llegó con tanta fuerza la seca y calamidad referida.

Este gran chichimécatl traía por mujer a la reina Tomyauh en quien tuvo al príncipe Nopaltzin, que ya era mancebo cuando vino a estas partes, y era uno de los más principales caudillos de su ejército; y asimismo tuvo otras dos hijas en ella que nacieron en Tenayocan en donde tenía corte, que fueron las infantas Cuetlaxxochitzin y Tzihuacxochitzin. El cual procedía del antiquísimo linaje de los reyes teochichimecas, cuyo imperio y señorío estaba debajo del septentrión, cuales fueron Nequámetl Namácuix y otros muchos, según parece por la historia de los reyes chichimecas, y lo declara el canto que compusieron los infantes de México, Xiuhcozcatzin y Izcoatzin, que se intitula canto de la historia de los reyes chichimecas. Y este apellido y nombre de chichimeca lo tuvieron desde su origen, que es vocablo propio de esta nación, que quiere decir los águilas, y no lo que suena en la lengua mexicana, ni la interpretación bárbara que le quieren dar por las pinturas y caracteres, porque allí no significa los mamones, sino los hijos de los chichimecas habidos en las mujeres toltecas; aprovechándose los históricos de los

labios que concluyen la partícula te para poder pronunciar tepilhuan.

Había poco más de veinte años que este gran poblador estaba poblando, cuando comenzaron a venir otros seis caudillos de su misma nación, también con cantidad de gente, que venían en su seguimiento, entrando cada caudillo un año tras otro; el primero de los cuales se llamaba Xiyotecua; el segundo Xiyotzoncua; el tercero Zacatitechcochi; el cuarto Huihuaxtzin; el quinto Tepotzoteaca; el sexto y último Itzcuintecua: a los cuales recibió y mandó poblar en las tierras y términos de Tepetlaóztoc. Y habiéndose reformado los toltecas que habían escapado de su destrucción y calamidad, y teniendo por su cabeza principal a Nauhyotzin, que residía en Culhuacan, suegro que vino a ser del príncipe Póchotl, acordó el gran chichimeca Xólotl de pedirles le diesen un cierto tributo y reconocimiento como a supremo y universal señor que era de esta tierra de Anáhuac. Nauhyotzin en nombre de todos los demás de su nación respondió: «que la tierra la habían poseído sus mayores a quienes pertenecía; y que jamás ellos reconocieron ni pagaron tributo a ningún señor extraño, y que así ellos, aunque eran pocos y estaban acabados, pretendían guardar su libertad y no reconocer a nadie, sino tan solamente al Sol y a los demás sus dioses». Y vista por Xólotl su determinación y que por medios de paz no habían querido allanarse, lo remitió a las armas; y así despachó al príncipe Nopaltzin su hijo con razonable ejército, que fue menester poca gente, porque sus contrarios, aunque juntaron toda la más que pudieron, no eran tan aventajados en la milicia como los chichimecas. Diose la batalla en la laguna y carrizales de Colhuacan; y aunque los culhuas tenían el campo aventajado para pelear en canoas, en pocos lances fueron vencidos y desbaratados por el príncipe Nopaltzin; y habiéndolos sojuzgado restituyó en el señorío de los culhuas a Achichómetl (que a esta sazón se llamaban así los del linaje de los toltecas), con cierto reconocimiento que diesen en cada año al

gran chichimécatl Xólotl su padre. Esto acaeció en el año de 984 de la encarnación de Cristo nuestro señor y en el que llaman 13 calli.

Capítulo V. Que trata de la venida de los aculhuas, tepanecas y otomíes, y de cómo Xólotl los recibió y les dio señoríos y tierras en que poblasen, casando a las dos cabezas con sus dos hijas, y de los hijos que tuvieron; y asimismo del casamiento del príncipe Nopaltzin y de los hijos que tuvo

Hacía cuarenta y siete años cumplidos que Xólotl estaba en esta tierra de Anáhuac poblándola, y cincuenta y dos años de la última destrucción de los toltecas, que ya era el año de 1011 de la encarnación de Cristo nuestro señor, cuando llegaron la nación de los aculhuas, los cuales salieron de las últimas tierras de la provincia de Michoacan, que eran de la misma nación de los chichimecas michchuaque, aunque venían divididos en tres parcialidades, que cada una de ellas tenían diferente lenguaje, trayendo cada una de ellas su caudillo y señor. Los que se llamaban tepanecas traían por caudillo y señor a Acolhua, que era el más principal de los tres; el segundo se decía Chiconquauh, caudillo y señor de los otomíes, que era de las tres la más remota y de lenguaje muy extraño y diferente; y según sus historias parece vinieron de la otra parte de aquel mar mediterráneo que llaman Bermejo, que es hacia donde caen las Californias. El tercero se llamaba Tzontecómatl, caudillo y señor de los verdaderos aculhuas: los cuales se fueron a la presencia de Xólotl para que los admitiese en su señorío y diese tierras en que poblasen, el cual teniendo muy entera relación de ser estos caudillos de muy alto linaje se holgó infinito; y no tan solamente los admitió, sino que también les dio tierras en que poblasen los vasallos que traían, y los dos de ellos los casó con sus dos hijas, dándoles con ellas pueblos y señoríos; casando a la infanta Cuetlaxxochitzin con Aculhua y le dio con ella la ciudad de Azcaputzalco por cabeza de su señorío; y a la otra infanta Tzihuacxóchitl la casó con Chiconquauhtli, y le dio a Xaltocan por cabeza de su

señorío, que lo fue muchos años de la nación otomíe. A Tzontecómatl caudillo de los aculhuas, le dio a Cohuatlichan por cabeza de su señorío, y les casó con Quatetzin, hija de Chalchiutlatónac señor de la nación tolteca y uno de los primeros señores de la provincia de Chalco. Acolhua primer señor de Azcaputzalco y de los tepanecas, tuvo en la infanta Cuetlaxxochitzin tres hijos varones, que el primero se llamó Tezocómoc, el cual después de sus días le heredó en el señorío; el segundo se llamó Hepcoatzin, que después vino a ser primer señor de los tlatelolcos; y el menor Acamapichtli, de los tenochcas que es la nación mexicana, que después vinieron a poblar, y fueron los últimos. Chiconquauh, señor de Xaltocan y de la nación otomíe, tuvo en la infanta Tzihuacxochitzin otros tres hijos. La primera se llamó Tzipacxochitzin, que casó con Chalchiuhtotemotzin, primer señor de Chalco Atenco; el segundo Macuilcoatlochopantecuhtli, que vinieron a ser primeros señores y pobladores de la provincia de Metztitlan Tzontecomatltecuhtli tuvo solo un hijo que se llamó Tlacotzin que casó con una hija de Cozcaquauh, uno de los primeros señores y pobladores de la provincia de Chalco. El príncipe Nopaltzin que también casi a estos tiempos se casó con Azcaxochitzin, hija legítima del príncipe Póchotl, y nieta de Topiltzin último rey de los toltecas (con esta unión y matrimonio quedaron en perpetua paz y conformidad, y comenzaron a emparentar los unos con los otros); tuvo en esta señora tres hijos: el primero fue el príncipe Tlotzinpóchotl; el segundo Huixaquentochintecuhtli; el tercero y último Coxanatzin Aténcatl. También tuvo antes de estos un hijo natural, que se llamó Tenancacaltzin.

Capítulo VI. De cómo el gran chichimeca dio a otros señores poblaciones y provincias

Hasta la venida de los aculhuas, ninguno de los caudillos y señores que trajo consigo el gran chichimeca, tenía señorío particular, porque los traía ocupados en las poblaciones, unas veces en unas provincias y otras en otras; y porque ya era tiempo que fuesen premiados, pues el gran chichimeca había hecho tan grandes y espléndidas mercedes a los extraños, como lo eran los señores acolhuas, acordó en el mismo año atrás referido de dar y repartir a todos señoríos y estados, conforme a la calidad y méritos de sus personas. A los tres señores de los seis que trajo consigo, que fueron Acatómatl, Cuauhatlápatl y Cozcaquauh para que juntamente con Chalchiuhtlatónac, caballero de nación tolteca, fuesen señores de la provincia de Chalco, tierra fertilísima y abundante de todas las cosas necesarias a la vida humana; y a Metlíztac que era el cuarto, le dio y repartió la provincia de Tepeyácac; y a los otros dos, Técpatl y Quauhtlíztac, los hizo señores de la provincia de Macahuacan. A sus dos nietos hijos del príncipe Nopaltzin, fuera del sucesor, que eran Huixaquen y Cozanatzin, los envió a Zacatlan y Tenamítec para que fuesen señores de todas aquellas tierras, que caen fuera de la circunferencia de las sierras atrás referidas, corriendo desde los términos de las sierras y tierras de la Cuexteca hasta las de la Mixteca, suficiente señorío para la calidad de sus personas, porque incluye en sí muchas y muy grandes provincias, sin ningún vasallaje ni tributo al imperio, mas de tan solamente el homenaje y asistencia de la corte, cuando fuesen llamados, y ayuda y socorro de gente si se ofreciesen guerras, en favor del imperio. A todos los demás señores atrás referidos, fue con ciertas obligaciones y reconocimientos de tributo y vasallaje. La misma gracia y merced gozaron las hijas y yernos del gran chichimeca. En este mismo año cercó un gran bosque en la sierra de Texcoco, en

donde entró cantidad de venados, conejos y liebres; y en medio de él edificó un cu que era como templo, en donde de la primera caza que cogían por las mañanas él y el príncipe Nopaltzin, o su nieto el príncipe Póchotl, la ofrecían por víctima y sacrificio al Sol, a quien llamaban padre y a la tierra madre, que era su modo de idolatría, y no reconocían ningún otro ídolo por dios; y asimismo de aquí sacaban para su sustento y de las pieles su vestuario; y estaba a su cargo esta cerca y cuatro provincias, que eran Tepepolco, Zempoalan, Tolantzinco y Tolquachiocan. Y al príncipe Tlotzin, su nieto, le dio las rentas que pertenecían al imperio, que tenían obligación a dar los de las provincias de Chalco, Tlanahuacaztlálhuic, y todo lo que contenía desde el volcán, sierra-nevada hasta donde acaba aquella cordillera, y sierras de Texcoco, que es corriendo desde los valles de la campiña, por la parte del norte, hasta las tierras de la Mixteca, corriendo hacia el sur corriendo todas aquellas llanadas y lagunas: el cual puso su asiento y corte en un lugar que se dice Tlatzalantlalanóztoc; el cual se casó con Pachxochitzin, hija de Quauhatlápal, uno de los señores referidos de la provincia de Chalco, en quien tuvo seis hijos que fueron las dos primeras hembras; el tercero, y primero de los varones, fue el príncipe Quinatzintlaltecatzin; el segundo fue Nopaltzin Cuetlacchihui; el tercero y último Tochintecuhtli, que vino a ser el primer señor de la ciudad y provincia de Huexotzinco; y el cuarto y último fue Xiuhquetzalitecuhtli, primer señor de la ciudad y provincia de Tlaxcalan.

Capítulo VII. De lo más que sucedió en tiempo de aqueste gran monarca Xólotl hasta su fin y muerte

Tlacotzin, hijo de Tzontecómal, señor de Coatlichan y de los aculhuas, se casó con Malinalxochitzin, la mayor de las dos hijas del príncipe Tlotzinpóchotl, en la cual hubo dos hijos, el primero Huetzin y la segunda Chichimecalihuatzin: el cual viéndose emparentado con la casa imperial y que sus obligaciones eran muy grandes y su estado y señorío muy corto, acordó de ir a visitar al gran chichimeca Xólotl y pedirle hiciera alguna merced a su tataranieto Huetzin; y así estando Xólotl en una recreación que tenía cerca de la laguna, le representó allí su demanda, el cual entre otras muchas mercedes que le hizo, dio a Huetzin, que era entonces mancebo de poca edad, la provincia de Tepetlaóztoc que tenían poblada aquellos seis caudillos que vinieron después de recién entrado en esta tierra, que había ochenta y un años que le pagaban tributo y vasallaje y eran de su recámara; con que se le aumentó el señorío. El tributo que estos chichimecas pagaban era conejos y liebres, venados, pieles de fieras y mantas de nequén. El príncipe Nopaltzin, que asimismo estaba en esta sazón con su padre, dio orden de que su bisnieto Huetzin se casase con Atototzin, la mayor de las dos infantas hijas de Achitometzin, primer rey y señor de los culhuas y la menor que se decía Ilancueitl se casase con Acamapichtli, su sobrino, hijo de Aculhua primer señor de Azcaputzalco y rey de los tepanecas: que ambas a dos infantas eran sobrinas de la princesa Azcalxóchitl su mujer: lo cual se puso por obra y se efectuó. Esto sucedió en el año de 1050 de la encarnación de Cristo nuestro señor, que llaman ce ácatl. Los de la provincia de Tepetlaóztoc, visto que estaban presos debajo del señorío del mancebo Huetzin, aunque le acudían con los tributos que tenían obligación, todavía lo sentían por pesada carga y en especial Yacánex que era el caudillo principal de ellos, el cual vino a tanta

demasía su desvergüenza que acometió a hacer dos cosas muy atrevidas: la una fue que así como supo los casamientos de su señor Huetzin con la infanta Atototzin, se opuso pidiéndola con violencia y amenazando al rey su padre, de que él y toda su corte se alteraron y le respondió que no podía quebrar su palabra que tenía prometida al príncipe Nopaltzin y en el ínterin que andaban con demandas y respuestas, despacharon de secreto a la infanta para entregarla a su esposo Huetzin, temiéndose de este tirano no se la sacase a fuerza de armas, porque había ido apercibido de gente y armas. La otra fue negar la obediencia totalmente a Huetzin su señor, levantando a todos los más de los chichimecas de la provincia de Tepetlaóztoc, de tal manera que el gran chichimeca Xólotl en el año de 1062, que llaman 13 ácatl, por atajar alteraciones y novedades y excusar guerras, envió a llamar a Tochintecuhtli, hijo de Quetzalmácatl señor de Quahuacan, hombre valeroso y muy experto en la milicia y con él cantidad de familias de chichimecas. Venido que fue le mandó que ante todas cosas y por principio de las mercedes que pretendía hacerle si acudía con puntualidad a lo que le quería encargar, fuese a Xaltocan y de camino se desposase con Tomiauh, su bisnieta, hija de Opantecuhtli que a la sazón era recién entrado en el señorío de Xaltocan y reinado de los otomíes y hecho esto se fuese a Huexutla y allí se pusiese con su ejército a la defensa y amparo de Huetzin, de que desde luego le hacía señor de todas aquellas tierras y de Teotihuacan y otros lugares y que procurase si pudiese sin derramamiento de sangre prender y matar a Yacánex y a sus consortes y donde no, ayudase a Huetzin y por fuerzas de armas los matasen. Todo lo cual puso por obra Tochintecuhtli y se puso en el puesto de Huexutla el año siguiente de 1064 que llaman ce técpatl. El príncipe Quinatzin pasó su corte y morada a Oztoctícpac, que es en Texcoco y dio principio a esta ciudad en su población, dejando a su padre en Tlazalan, donde asistía; lo uno por parecerle éste ser mejor puesto y lo

otro, por amparar a su sobrino Huetzin; que dos años antes el príncipe hizo tres cercas grandes la una por bajo de Huexutla hacia la laguna y otra en la ciudad de Texcoco, que había comenzado a fundar estas dos para sembrar en ellas maíz y otras semillas que usaban los aculhuas y toltecas y la otra cerca en el pueblo de Tepetlaóztoc para venados, conejos y liebres; y dio el cargo de tener cuenta de esto a dos chichimecas caudillos, que el uno se decía Acótoch y el otro Coácuech, los cuales aunque en la una cerca les era de gusto, las otras dos, de las sementeras, cosa que jamás ellos habían acostumbrado, les fue muy pesada carga; y así se confederaron con el tirano Yacánex y con otros bandoleros, de manera que les fue forzoso al príncipe Quinatzin y su sobrino Huetzin juntar sus gentes con las de Tochintecutli primer señor de Huexutla y acometer al enemigo en dos partes: en la una, en donde se había fortalecido con su gente que fue donde está ahora el pueblo de Chiautla. Fue Huetzin sobre él y tuvieron muy cruel batalla, en donde murieron de ambas partes mucha gente hasta que fueron vencidos los bandoleros y su caudillo Yacánex se fue huyendo sin parar hasta Pánuco, porque había la sierra en donde pretendieron ampararse y tenían aquella fuerza. El príncipe Quinatzin al mismo tiempo con la gente que llevó, los desbarató y mató a muchos de ellos, aunque también se les escapó Ocótoch, el que los acaudillaba, uno de los dos atrás referidos, en seguimiento de Yacánex. Aunque por entonces quedó la tierra pacífica y en las provincias remotas todos se ocupaban en poblar y aumentarse las gentes. En este mismo año tuvo también guerra Aculhua, señor de Azcaputzalco, con Cozcacuauh uno de los chichimecas rebelados, que se le había alzado con la provincia de Tepotzotlan que pertenecía a su señorío; que después de haberlo desbaratado y vencido, se le escapó huyendo hacia la parte a donde fueron los demás. Estas batallas sucedieron a los ciento cuarenta años después de la destrucción de los toltecas, que fueron las primeras que tuvieron los chichimecas unos con

otros. En el año de 1075 de la encarnación de Cristo nuestro señor, que llaman matlactiomei técpatl falleció este gran chichimeca, monarca y padre de familias Xólotl, estando en su ciudad y corte de Tenayucan, a los ciento doce años de su imperio y a los ciento diecisiete de la última destrucción de los toltecas, en la mayor prosperidad, paz y concordia que tuvo este nuevo mundo; al cual se le hicieron muy solemnes honras y fue enterrado su cuerpo en una de las cuevas de su morada, asistiendo a ellas la mayor parte de los príncipes y señores de su imperio.

Capítulo VIII. De cómo el príncipe Nopaltzin entró en sucesión del imperio y de las cosas que sucedieron en su tiempo

Acabadas las honras del gran Xólotl, luego todos los príncipes y señores juraron al príncipe Nopaltzin por su señor supremo y universal, como persona que le venía de derecho el imperio; y supo tan bien gobernarle, que en treinta y dos años que le duró el imperio no se atrevió ningún señor a desmandarse, sino que a todos los tuvo muy sujetos y fueron en grande aumento todas las cosas y los estados y señoríos del imperio; que a esta sazón todo lo más que contienen las tierras desde los chichimecas, mixtecas y michuaques y toda la costa del Mar del Sur y Norte estaba poblado. En este tiempo entró en la sucesión del reino de los culhuas Calcozametzin, que fue el tercero, por orden y confirmación de Nopaltzin; el cual demás de las leyes que sus pasados constituyeron, mandó guardar las siguientes. La primera, que ninguno fuese osado a poner fuego en los campos y montañas si no fuese con su licencia y en caso necesario, so pena de muerte. La segunda, que nadie fuese osado a tomar ninguna caza que hubiese caído en redes ajenas, so pena de perder el arco y flechas que tuviese y que en ningún tiempo pudiese cazar sin su licencia. La tercera, que ninguna persona tomase la caza que otro le hubiese tirado, aunque la hallase muerta en el campo. La cuarta, que por cuanto estaban puestos y dedicados los cazaderos de particulares amojonados, ninguna persona quitase los tales mojones, so pena de muerte. La quinta, que los adúlteros fuesen degollados con flechas hasta que muriesen, así hombres como mujeres: y otras leyes, fuera de éstas hizo y estableció, que eran convenientes en aquellos tiempos para el buen gobierno de su imperio. Su nieto el príncipe Quinatzin Tlaltecatzin, que tenía su asiento y corte en la ciudad de Texcoco, casó con Quauhtzihuatzin hija de Tochintecuhtli primer señor de Huexutla, en la que tuvo

cinco hijos; que el primero se llamó Chicomacatzin; el segundo Memexotzin o según otros Memelxtzin; el tercero Matzicoltzin; el cuarto Tochpili; el quinto y el menor de todos, fue el príncipe Techotlalatzin que vino a heredar el imperio por las causas que adelante se dirán. Huetzin, que casó con la infanta Atototzin, como atrás queda referido, tuvo en ella siete hijos, el primero fue Acolmiztli que le sucedió en el señorío; la segunda se llamó Coxxochitzin; la tercera Coazánac; el cuarto Quecholtecpantzin Quauhtlachtli; el quinto Tlatónal Tetliopeuhqui; el sexto Memexoltzin Itzitlolinqui; el último y séptimo Chicomacatzin Matzicolque. Este y Tlacatlánex fueron a Huexotzinco, y Meméxol a Tlaxcalan. Tochintecutli, primer señor de Huexutla, tuvo en Tomiacuhtzin cinco hijos que el primero se llamó Matzicoltzin y la segunda Quauhcihuatzin, que fue reina de Texcoco; el tercero Quiauhtzin; la cuarta Nenetzin que casó con Acolmiztli señor de Coatlichan; y el quinto y último se llamó Yáotl. Y el segundo hijo de Aculhua, llamado Epcoatzin, se casó con Chichimecazoatzin hermana de Huetzin señor de Coatlichan, en quien tuvo dos hijos; que fue luego Quaquauhpitzáhuac, que vino a ser segundo señor de los tlatelolcas y la segunda y última que caso con Chalchiutlatónac su primo hermano, que vino a ser primer señor de Coyohuacan. Acamapichtli, el menor de los hijos de Aculhua, tuvo en la infanta Ilancueitl tres hijos; el primero se llamó Huitzilihuitzin, segundo señor de los tenochcas y rey de los colhuas; el segundo fue Chalchiutlatónac que fue el primer señor de Coyohuacan, como está referido; el tercero y último Xiuhtlatónac que lo mató Huepantécatl. Todos estos linajes y descendencias sucedieron en el tiempo que imperó Nopaltzin. Hácese mención de estos linajes por haber sido origen de lo más ilustre de la Nueva España. A los últimos tiempos del imperio de Nopaltzin lo más de ello asistía en el bosque de Texcoco, que ya a esta sazón se llamaba Xolotepan, que es lo mismo que decir Templo

de Xólotl, en donde daba muchos y saludables documentos a su hijo el príncipe Tlotzin, de la manera que había de regir y gobernar el imperio, que estaba en gran pujanza y sujetos a él muchos reyes y señores que estaban ya muy poderosos; trayéndole a la memoria el valor grande de su abuelo Xólotl y de los demás sus antepasados; y todas las veces que esto hacía era con gran sentimiento y lágrimas de sus ojos. El cual estando en la ciudad de Tenayocan, falleció el año 1107 de la encarnación de Cristo nuestro señor, que llaman macuili ácatl: fue sepultado su cuerpo en el mismo lugar donde estaba su padre, con gran sentimiento y dolor del imperio: a cuyas exequias y honras se hallaron muchos señores.

Capítulo IX. Que trata de la vida y cosas que acaecieron en el discurso del tiempo que imperó Tlotzin

Jurado que fue y recibido en el imperio Tlotzin, una de las cosas en que más puso su cuidado fue el cultivar la tierra; y como en tiempo de su abuelo Xólotl lo más de él vivió en la provincia de Chalco, con la comunicación que allí tuvo con los chalcas y toltecas, por ser su madre su señora natural, echó de ver cuan necesario era el maíz y las demás semillas y legumbres para el sustento de la vida humana; y en especial lo aprendió de Tecpoyo Achcauhtli que tenía su casa y familia en el peñol de Xico: había sido su ayo y maestro y entre las cosas que le había enseñado, era el modo de cultivar la tierra y como persona habituada a esto, dio orden de que en toda la tierra se cultivase y labrase y aunque a muchos de los chichimecas les pareció cosa conveniente y la pusieron por obra, otros que todavía estaban en la dureza de sus pasados, se fueron a las sierras de Metztitlan y Totépec y a otras partes más remotas sin osar levantar armas, como lo habían hecho Yacánex y sus aliados; y desde este tiempo se comenzó a cultivar en todas partes la tierra, sembrando y recogiendo maíz, y otras semillas y legumbres y algodón en las tierras cálidas para su vestuario. El modo que tenían en la jura y coronación de los emperadores chichimecas era coronarlos con una yerba, que se dice pachxóchitl, que se cría en las peñas y ponerles unos penachos de plumas de águila real encajados en unas ruedecillas de oro y pedrería, que llamaban Cocoyahuálol, juntamente con otros dos penachos de plumas verdes, que llamaban Tecpílotl; que lo uno y lo otro ataban en la cabeza con unas correas coloradas de cuero de venado: y después de haberle puesto en la cabeza las cosas referidas (que esto hacían los mayores y más ancianos señores del imperio), salían a ciertos campos en donde tenían acorraladas cantidad de fieras de todo género, con quienes peleaban y hacían mil gentilezas y después

de haber matado y despedazado, corrido, saltado y flechádose unos a otros y hecho otras cosas de regocijo a su modo, iban a los palacios, que eran unas cuevas grandes, en donde comían todo género de caza asada en barbacoa, y no, como algunos piensan, seca al Sol, porque siempre los chichimecas usaron el fuego y era ley entre ellos, que cuando tomaban posesión de alguna tierra encendían fuego, sobre las más altas sierras y montañas; como parece en las historias lo hizo Xólotl al tiempo y cuando tomó posesión sobre ésta de Anáhuac y también les servía para hacer seña (cuando tenían guerra) con humo en las montañas y sierras altas. Los cuales andaban por familias y los que no tenían cuevas, que era su principal habitación, hacían sus chozas de paja; y la caza que cazaban los de cada familia, la comían todos juntos, excepto las pieles que eran del que la cazaba: su vestuario eran las pieles referidas que las ablandaban y curaban para el efecto; trayendo en tiempo de fríos el pelo adentro y en tiempo de cañones cuando son las aguas, el pelo por la parte de fuera; aunque los reyes y señores solían traer debajo de las pieles algunos paños menores de nequén muy delgados o de algodón los que los alcanzaron. Casaban con sola una mujer y ésa no parienta en ningún grado, aunque después sus descendientes casaron con primas hermanas y tías, costumbre que tomaron de los toltecas. Y finalmente fue y ha sido la nación más belicosa que ha habido en este nuevo mundo, por cuya causa se señorearon de todas las demás. Y habiendo imperado Tlotzin Póchotl treinta y seis años, murió en el de 1141 de la encarnación de Cristo nuestro señor en el que llaman ce tochtli y fue sepultado su cuerpo en la misma parte que estaba su padre y abuelo, hallándose en su entierro y honras príncipes y señores: y el modo de su entierro era, que así que moría, sentaban en cuclillas el cuerpo y ataviado con las vestimentas e insignias reales, lo sacaban y sentaban en su trono y allí entraban sus hijos y deudos y después de haber hablado con él con llanto y tristeza, se iban sentando hasta que era hora de ll-

evarlo a la cueva de su entierro, en donde tenían hecho un hoyo redondo, que tenía más de un estado de profundidad, allí lo metían y cubrían de tierra. Este príncipe fue el último que tuvo su corte en Tenayocan, porque su hijo Quinatzin no quiso venir a ella, por tener la ciudad de Texcoco muy poblada de edificios y caserías, en donde él asistía y tenía su corte; antes se la dejó a su tío Tenancacaltzin a quien le hizo señor de ella.

Capítulo X. De la entrada en el señorío e imperio de Quinatzin y venida de los mexicanos e hijos que tuvo Acolmiztli señor de Coatlichan

La ciudad de Texcoco tuvo principio su población en tiempo de los toltecas y se decía Catlenihco y se destruyó y acabó con las demás de los toltecas y después la fueron reedificando los reyes chichimecas y en especial Quinatzin que la ilustró mucho y quedó en ella haciéndola cabeza y corte del imperio, pusiéronle después de la venida de los chichimecas Tetzcoco, que significa lugar de detención, como en efecto lo fue, Pues en ella se poblaron casi todas las naciones que había en esta Nueva España. Quinatzin Tlaltecatzin después de haber dado sepultura en Tenayoacan a su padre, se vino a la ciudad de Texcoco con todos los señores que se hallaron en las honras y con los que después vinieron: fue recibido y jurado por supremo señor, en donde estuvo y asistía siempre. En este mismo año que murió Tlotzin entraron los mexicanos en la parte y lugar donde está ahora la ciudad de México, que era en términos y tierras de Aculhua señor de Azcaputzalco, después de haber peregrinado muchos años en diversas tierras y provincias, habiendo estado en la de Aztlan, desde donde se volvieron, que es en lo último de Xalixco. Los cuales según parece por las pinturas y caracteres de la historia antigua, eran del linaje de los toltecas y de la familia de Huetzitin, un caballero que escapó con su gente y familia cuando la destrucción de los toltecas en el puesto de Chapultepec, que después se derrotó y fue con ella por las tierras del reino de Michhuacan hasta la provincia de Aztlan como está referido: el cual estando allí murió y entró en su lugar Ozelopan su hijo y éste tuvo a áztatl, éste áztatl tuvo a Ozelopan segundo de este nombre, el cual acordándose de la tierra de sus pasados, acordó de venir a ella, trayendo consigo a todos los de su nación, que ya se llamaban Mezitin, que le acaudillaban, juntamente con Izcahui

Cuexpálatl Yopi y según otros Aztatl y Acatl; y asimismo venía con ellos una hermana suya, mujer varonil llamada Matlalatl, hasta el puesto referido; sucediéndoles en su peregrinación muchas y varias cosas que cuentan las historias, trayendo por su particular ídolo a Huitzilopochtli, con quien por medio de sus sacerdotes se regían por asegurarse de las calamidades pasadas y estar debajo del amparo del rey de Azcaputzalco, en cuyas tierras comenzaron a poblar y le pidieron les diese quien los gobernase; el cual les dio a dos hijos que tenía, por cuanto estaban ya divididos en dos parcialidades, que los unos se llamaban tenochcas y los otros tlatelolcas, tomando los nombres de sus parcialidades conforme a los puestos en donde estaban poblados: porque los tenochcas hallaron un águila que estaba sobre un nopal que había nacido entre unas piedras, comiendo una culebra, de donde tomaron la etimología de su nombre y los tlatelolcas una isla y en medio de ella un montón de arena; a los cuales Aculhua les dio por su señor y cabeza a Epcoatzin y a los tenochcas a Acamapichtli, que ambos eran sus hijos y fueron los primeros señores que tuvieron los mexicanos, con que se ennoblecieron y fue en aumento su señorío y así viéndose en este estado levantaron el ánimo Para poderse vengar de algunos que los habían injuriado, como fue de los culhuas, que aunque eran de su misma nación les habían sido muy contrarios y así dieron sobre la ciudad de Culhuacan una madrugada y la saquearon, sin que los vecinos de ella fuesen poderosos a defenderla; el segundo año de su fundación tuvieron guerras con Tenancacaltzin, señor de Tenayocan y aunque no le pudieron vencer, viendo que habían dado lugar a este desacato sus propios sobrinos, como lo eran los señores mexicanos, acordó de irse a la tierra septentrional de sus pasados; y así desde este tiempo comenzaron las tiranías entre los mismos deudos unos con otros y fueron los primeros tiranos los reyes de Azcaputzalco y los de su casa y familia, con que se fueron ensanchando a las vueltas de los tepanecas los mexicanos

hasta la provincia de Atotonilco. Acolmiztli, señor de Coatlichan, en Nenetzin su mujer, tuvo cuatro hijos: el primero se llamó Cóxcox que heredó el reino de los culhuas; el segundo Huitzilihuitzin; el tercero Mozocomatzin, el que vino a heredar el señorío de Coatlichan. La cuarta y última fue Tozquentzin, que casó con Techotlalatzin, emperador chichimeca que fue después.

Capítulo XI. De las guerras civiles que hubo entre los chichimecas y otras que sucedieron en el discurso del imperio de Quinatzin

Si Tlotzin tuvo muy particular cuidado de que se cultivase la tierra, fue con más ventajas el que tuvo Quinatzin en tiempo de su imperio, compeliendo a los chichimecas no tan solamente a ello, sino a que poblasen y edificasen ciudades y lugares, sacándolos de su rústica y silvestre vivienda, siguiendo el orden y estilo de los toltecas, por cuya causa muchos de los chichimecas se alteraron, los que hallando de su opinión y parte, de cinco hijos que el rey tenía, los cuatro mayores (cuyos nombres están atrás referidos) y con ellos otros caballeros y gente principal, se levantaron y los primeros que este desacato cometieron, fueron los que estaban poblados en Poyauhtlan, que quemaron muchas labranzas y luego se confederaron con el tirano Yacánex arriba referido, que había estado recluso con otros bandoleros en las tierras septentrionales: y asimismo hicieron levantar a los de la provincia de Metztitlan, Tototépec y Tepepolco y otros lugares de menos cuenta. Los cuales habiendo juntado un grueso ejército, sin poderlo estorbar Quinatzin, se vinieron sobre la ciudad de Texcoco y la sitiaron por cuatro partes, que fue en Chiuhnauhtlan y en Zoltépec y por la sierra de Texcoco. Quinatzin con toda la mayor prisa que pudo juntó sus gentes y las repartió en otros cuatro escuadrones, haciendo capitanes de ellos a Tochintecuhtli que envió contra Yacánex, que tenía su campo alojado en Chiuhnauhtlan; el otro escuadrón dio a su hermano Nopaltzin Cuetlachihuitzin para que fuese sobre Zoltépec, en donde estaba alojado Ocotoch, el otro tirano, con parte de los de la provincia de Meztitlan y Tototépec; a Huetzin, señor de Coatlichan, que fuese con el otro escuadrón al puesto de Patlachiuhcan, en donde estaban alojados los más principales del ejército de los de la provincia de Tototépec y Metztitlan y el

otro escuadrón se tomó para sí Quinatzin y se fue a la sierra y parte que llaman Quauhximalco, en donde estaba alojada parte de los de la provincia de Metztitlan y parte de Tototépec y en su compañía Zacatitechcochi con los de Tepepolco, cuyo gobernador era. Y todos a un tiempo comenzaron la batalla y aunque hicieron todo lo posible los tiranos por salir con su intento, fueron vencidos y desbaratados, matando Quinatzin y los de su ejército gran parte de ellos y los demás se fueron huyendo y retirando hasta llegar Quinatzin a las últimas tierras de la provincia de Tepepolco, a una sierra que se dice Teapazco. La misma victoria tuvieron Huetzin, Nopaltzin y Tochintecuhtli, matando por su persona Tochintecuhtli al tirano antiguo Yacánex y Nopaltzin a Accotochtli, aunque fue desgraciado en esta batalla, porque yendo siguiendo a sus enemigos y embebecido con la victoria, le salieron a través los de la provincia de Tolantzinco que estaban en una celada, lo prendieron y mataron, sin que los suyos fuesen poderosos a defenderle. Y habiéndose juntado todos los escuadrones, envió Quinatzin a castigar las provincias rebeladas, que fueron las referidas, las cuales se rindieron y dieron a merced al emperador. Los chichimecas que fueron huyendo y se escaparon Ye las manos de Quinatzin a la tierra septentrional, se quedaron en ella hechos bandoleros sin reconocer a rey ni señor, como lo están hasta el día de hoy. Y todos los que fueron presos, especialmente los hijos de Quinatzin y otros caballeros con los de Apoyauhtlan, fueron enviados y desterrados a la provincia de Tlaxcalan y a la de Huexotzinco, para que los tuviesen debajo de su dominio los señores de allí, que eran hermanos de Quinatzin; y aunque iban desterrados por modo de castigo, fueron muy bien recibidos de sus tíos y vinieron a ser señores de aquellas provincias y de ellos descienden y proceden los que de allí fueron después. En este mismo tiempo entró en la sucesión de los culhuas Cóxcox por muerte de Calcozametzin rey que había sido, como está referido: tuvo guerras con los

mexicanos sobre lo pasado y sobre los términos de sus tierras; asimismo socorrió al sumo sacerdote de la ciudad de Chololan llamado Itzacima, como persona a quien competía su amparo, pues le hacían guerra los de Quecholanchalchiuhapan y otros chichimecas que por allí estaban poblados: socorrióle con la gente que pudo y con la que le dio Quinatzin, echando de toda aquella tierra a los chichimecas que ofendían al sumo sacerdote y a los chololtecas.

Capítulo XII. De como vinieron los tlailotlaques y chimalpanecas, que hizo poblar Quinatzin en la ciudad de Texcoco y otras por ser grandes artífices, y de algunas guerras que sucedieron hasta su fin y muerte

Recién entrado que fue Quinatzin en su imperio, vinieron de las provincias de la Mixteca dos naciones que llamaban tlailotlaques y chimalpanecas, que eran asimismo del linaje de los toltecas. Los tlailotlaques traían por su caudillo a Aztatlitexcan o según la historia general Coatlitepan, los cuales eran consumados en el arte de pintar y hacer historias, más que en las demás artes; los cuales traían por su ídolo principal a Tezcatlipoca. Los chimalpanecas traían por sus caudillos y cabezas a dos caballeros que se decían Xiloquetzin y Tlacateotzin, los cuales eran de la casa y linaje de Quinatzin y así los casó con sus nietas. A Xiloquetzin casó con Coaxochitzin, hija de Chicome ácatl su hijo y Tlacateotzin con Tetzcocazihuatzin hija de Memexoltzin. Y habiendo escogido de la mejor gente que traían y más a propósito, los hizo poblar dentro de la ciudad de Texcoco y a los demás dio y repartió entre otras ciudades y pueblos por barrios, como el día de hoy permanecen sus descendientes con los apellidos referidos de Tlailotlacan y Chimalpan, aunque antes habían estado estas dos naciones mucho tiempo en la provincia de Chalco. Casi a los fines del imperio de Quinatzin se levantaron los de las provincias que en aquella sazón se apellidaban de Cuitláhuac, Huehuetlan, Totolapan, Huaxtépec y Zayolan; de las cuales la de Cuitláhuac: pertenecía a aquella sazón a los señores mexicanos Epcoatzin y Acamapichtli; y Mízquic con el pueblo de Acatlan a Amintzin, señor que a la sazón era de Chalco Atenco; la de Huehuetlan pertenecía a Huetzin, señor de Coatlichan; Totolapan era perteneciente a la recámara del imperio y Huaxtépec pertenecía a Acacitzin uno de los señores de Chalco. Y para castigarlas y oprimirlas mandó a los señores que confinaban con sus señoríos

fuesen sobre ellas; como fue a Hepcoatzin y Acamapichtli, señores mexicanos que fueron contra los de Cuitláhuac y ésta fue la primera guerra que tuvieron los mexicanos en favor del imperio. Amintzin, señor que a la sazón era de Chalco Atenco, fue sobre los de Mízquic y Acatlan; Huetzin señor de Coatlichan contra los de Huehuetlan; Acacitzin señor de Tlapican en la provincia de Chalco, contra los de Zayolan; y Quinatzin en persona fue contra los de Totolapan; que con facilidad los sojuzgaron y castigaron, con que quedaron sujetos al imperio. En las demás tierras remotas no había guerra ninguna, respecto a ser la gente poca que se iba poco a poco poblando; y así en esta sazón las guerras eran las que había habido dentro de los límites de las sierras de la primera población atrás referida; a donde había muchos señores y personas ilustres que daban motivo a estas alteraciones; aunque después de las guerras últimas referidas, en todo el tiempo que le quedó de vida a Quinatzin no se atrevieron a levantar ni a substraerse del imperio; el cual murió en el año de 1253 de la encarnación de Cristo nuestro señor, habiendo [reinado] casi ciento doce años y en el año que llaman chicuey calli; el cual murió en el bosque que llaman de Tetzcutzinco y fue enterrado como sus pasados.

Capítulo XIII. Del gobierno de Techotlalatzin

Entró en la sucesión del imperio Techotlalatzin, aunque el menor de los hijos de Quinatzin, por sus virtudes y haber estado siempre sujeto a la voluntad y gusto de su padre y por haber sido la ama que lo crió señora de la nación tolteca, natural de la ciudad que en aquel tiempo era de Culhuacan, llamada Papaloxóchitl, fue el primero que uso hablar la lengua nahuatl que ahora se llama mexicana, porque sus pasados nunca la usaron y así mandó que todos los de la nación chichimeca la hablasen, en especial todos los que tuviesen oficios y cargos de república, por cuanto en sí observaba todos los nombres de los lugares y el buen régimen de las repúblicas, como era el uso de las pinturas y otras cosas de policía; lo cual les fue fácil, porque ya en esta sazón estaban muy interpolados con los de la nación tolteca. En las faldas del cerro Huexachtécatl se habían poblado cuatro barrios de la nación tolteca (que se tenían por más religiosos de sus ritos y ceremonias), en donde tenían puestos unos templos y simulacros de sus ídolos y falsos dioses; sobre a cuál se daría la mayoría de sus dioses tuvieron muy grandes debates y contiendas, por cuya causa Cóxcox, rey que a la sazón era de los culhuas, los echó de allí y desparramándose a diversas partes, los más principales de ellos fueron a parar a la ciudad de Texcoco y pidieron a Techotlalatzin les diese tierras en donde poblar, el cual les mandó poblar en la ciudad de Texcoco, por ser gente política y conveniente a sus propósitos para el buen régimen de sus repúblicas y así se poblaron dentro de ella en cuatro barrios, por ser otras tantas las familias de estos toltecas o según en este tiempo se llamaban, culhuas; un barrio poblaron los de la familia de los mexitin, cuyo caudillo se llamaba Ayocuan; el segundo barrio dio a los colhuaques que tenían por caudillo a Náuhyotl; el tercero a los huitzinahuaques, cuyo caudillo se llamaba Tlacomihua y el cuarto a los panecas que su caudillo se decía

Achitómetl. Asimismo despachó a otros que poblasen a otras ciudades y pueblos. Esta población de estos cuatro barrios acaeció en el año de 1301. Era esta gente toda muy política y trajeron muchos ídolos a quienes adoraban, entre los cuales fue Huitzilopochtli y Tláloc. Era tan grande el amor que Techotlalatzin tenía a la nación tolteca, que no tan solamente les consintió vivir y poblar entre los chichimecas, sino que también les dio facultad para hacer sacrificios públicos a sus ídolos y dedicar los templos, lo que no había consentido ni admitido su padre Quinatzin; y así desde su tiempo comenzaron a prevalecer los toltecas en sus ritos y ceremonias. Este emperador casó con Tozquentzin, hija de Acolmitztli señor de Coatlichan, en la cual tuvo cinco hijos: fue el primero el príncipe Ixtlilxóchitl, primero de este nombre; la segunda se llamó Chochxochitzin; el tercero Tenancacaltzin; el cuarto Acatlotzin; el quinto Tenannahuacatzin. Al príncipe Ixtlilxóchitl que nació en el bosque y recreación de Tzinacanoztoc, le dio por ama que lo criase, una señora llamada Zacaquimiltzin, natural de la provincia de Tepepolco y para crianza del príncipe le señaló los pueblos siguientes: Tepetlaóztoc, Teotihuacan, Tezoyocan, Tepechpan, Chiuhnauhtlan, Cuextecatlichocayan, Tepepolco, Tlalaxapan, Tizayocan, Ahuatépec, Axapochco y Quauhtlatzinco. En esta sazón murió Aculhua, rey de Azcaputzalco (y le sucedió su hijo llamado Tezozómoc), después de haber reinado muchos años; porque según por la historia parece, estos señores chichimecas y aculhuas vivían doscientos y cincuenta y trescientos años, lo cual vino a faltar en sus descendientes, después que se dieron a los regalos de las comidas y a los deleites y comunicación con muchas mujeres; porque antes, como atrás queda referido, no tenían más de una sola mujer y ésta estando preñada y después parida, hasta que eran sus hijos grandes, no tenían comunicación con ella.

Capítulo XIV. De algunas guerras que tuvieron Tezozómoc rey de Azcaputzalco y los señores mexicanos, ampliando su señorío; y de la sucesión de Acamapichtli en el reino de los culhuas por Illancueitl, su mujer y otras cosas que sucedieron hasta la muerte de Techotlalatzin

Así como entró en la sucesión del reino Tezozómoc, convocó a sus dos hermanos Hepcoatzin y Acamapichtli señores de México, para hacer guerra contra Tzonpantecuhtli, rey que a la sazón era del reino de los otomíes, que tenían su corte en Xaltocan y contra los de Cuauhtitlan y Tepotzotlan y juntando para el efecto sus gentes fueron sobre ellos y de tal manera hicieron la guerra, que se apoderaron del reino de los otomíes y Tzonpantecuhtli, su señor, determinó irse huyendo a la provincia de Metztitlan de donde lo era también. Techotlalatzin viendo estas alteraciones, juntó su gente y se puso con ella en Chicunauhtla, para desde allí conocer los designios de los tepanecas y mexicanos y aquella noche, cuando dieron la batalla a Tzonpantecuhtli y le ganaron la ciudad de Xaltocan, paso cerca de su ejército un escuadrón de los otomíes que iban huyendo y llevaban en medio de él mucha gente miserable de mujeres, niños y viejos; entendiendo que eran algunos de los enemigos, que pretendían entrarse en las tierras del reino de Texcoco, fue en su seguimiento hasta Tezontépec en donde echó de ver que era gente forajida; y como supo de su calamidad, trabajos y que era gente doméstica, los mandó volver y les dio tierras y lugares en la provincia que desde entonces se llamó de Otopan para que los poblasen y Tezozómoc se alzó con el reino de los otomíes desde este tiempo y con la provincia de Mazahuacan y con la de Coauhtitlan y Tepozotlan, dando y repartiendo algunos pueblos y lugares a los señores mexicanos. Asimismo vinieron otros otomíes del reino de los tepanecas y de la provincia de Cuahuacan para que los amparase y les diese tierras en que poblar,

porque Tezozómoc su señor los tenía muy oprimidos con hechos y tributos excesivos que cada día les imponía; el cual los admitió y envió a poblar en Yahualiuhcan y Macapan, en donde permanecieron. Acamapichtli señor de los tenochcas, viéndose ya en esta sazón poderoso y favorecido del rey Tezozómoc y de Hepcoatzin, sus hermanos, procuró introducirse y alzarse con el reino de los culhuas, por el derecho que pretendía tener por Yllancueitl su mujer, hija, aunque menor, de Achitometzin; lo cual hizo con facilidad. Lo uno porque en aquella sazón Coxcoxtzin que era rey de los culhuas, estaba desflaquecido de gente y señorío, pues el de Coatlichan lo había dejado a su hermano Mococomatzin con la codicia de heredar el reino de los culhuas, como en efecto lo heredó; y lo otro porque entre los mismos culhuas había bandos y discordias sobre sus idolatrías y antigüedades de sus dioses; y así Acamapichtli se apoderó del reino sin contradicción ninguna y Coxcoxtzin se fue a Coatlichan y con él algunos de los culhuas de la parte caída; que poblaron en Coatlichan y de los mismos que fueron a Texcoco, como queda atrás referido. Acamapichtli no quiso asistir en Culhuacan cabecera de aquel reino, sino que puso un gobernador del que fue su nieto Quetzaloya hijo de Chalchiutlatónac señor de Coyohuacan; el cual y su hermano Hepcoatzin señor de Tlatelolco murieron ambos casi a un tiempo, habiendo reinado cincuenta y un años según la Historia general, que es la que sigo. Y entró en la sucesión Huitzilihuitzin, el cual casó con Tetzihuatzin, hija de Acolnahuacatzin, señor de Tlacopan y de Tzihuacxochitzin; en la cual tuvo ocho hijos; el primero que fue Chimalpopocatzin, que le heredó en el señorío; la segunda Matlatzihuatzin que casó con Ixtlilxochitzin rey de Texcoco; el tercero Omipoxtectzin; el cuarto Tlatopilia; el quinto Zacahuehuetzin; el sexto Itzcoatzin, que asimismo vino a ser rey de México; el séptimo Temilotzin; el octavo y último, Temictzin. A Hepcoatzin sucedió en el señorío de Tlatelolco, Quaquauh-

pitzáhuac, el cual casó con Coaxochitzin, señor de la casa de Coatlichan, y tuvo tres hijos; que fue el primero Amantzin; el segundo Tlacateotzin, tercer señor de Tlatelolco y a la última y tercera Matlalatzin. El rey Tezozómoc casó con Chalchiuhcozcatzin en quien tuvo once hijos; que el primero fue Maxtla que después le sucedió en el reino; el segundo Tecuhicpaltzin; el tercero Tayatzin; la cuarta Cuetlachcihuatzin, que caso con Tlacateotzin señor de Tlatelolco; la quinta Cuetlaxxochitzin, que casó con Xilomantzin hijo de Quetzalia de Culhuacan; la sexta Tzihuacxochitzin, que caso con Acolnahuacatzin señor de Tlacopan; la séptima Chalchiuhcihuatzin, que casó con Tlatocatlatzacuilotzin señor de Acolman; la octava Tecpaxochitzin, que habiendo sido casada con Técpatl, señor de Atotonlico, la repudió y después pretendió su padre darla por mujer legítima a Ixtlilxochitzin rey de Texcoco, el cual no la admitió sino por concubina, que fue una de las causas en que se fundó Tezozómoc para tiranizar el imperio; la novena se llamó Papaloxochitzin, que casó con Opantecuhtli señor de Coatlichan; los otros últimos fueron hembras. Cerca de los fines del imperio de Techtlalatzin murieron Quacluauhpitzáhuac señor de Tlatelolco y entró en su lugar Tlacateotzin su hijo, que tuvo en Cuetlachcihuatzin, hija de Tezozómoc, tres hijos; los dos que fueron varones nacieron de un vientre, los cuales se llamaron Tzontecomoctzin y Quauhtlatoatzin Y asimismo murió Huitzilihuitzin y entró en la sucesión del señorío de Thenotitlan y reino de los culhuas Chimalpopocatzin, el cual casó con Matlalatzin, hija de Quaquauhtipitzáhuac señor de Tlatelolco, en la cual tuvo siete hijos; que los dos últimos fueron Quatlecoatzin y Moctezumatzin Ilhuacamina, primero de este nombre que vino a ser rey de México, y el menor de todos sus hermanos. Habiendo sucedido y pasado todas las cosas referidas, murió el emperador Techotlalatzin en sus palacios de Oztotícpac dentro de la ciudad de Texcoco (después de haber gobernado ciento y cuatro años),

con gran sentimiento de todos los del imperio que a la sazón había en esta Nueva España que eran entre reyes y señores sesenta y siete, según por la Historia general parece, y se hallaron los más de ellos en sus honras y entierros que fue el año de 1357 de la encarnación de Cristo nuestro señor que llaman chicuecalli.

Capítulo XV. De cómo el emperador Ixtlixóchitl Ometochtli entró en la sucesión del imperio; y cómo Tezozómoc y los señores mexicanos no le quisieron dar la obediencia, y alteraron el imperio

Luego que se hicieron las exequias y entierro a Techotlalatzin los señores que se hallaron presentes a ellas juraron por su universal señor a Ixtlilxóchitl, aunque Tezozómoc así que supo la muerte de Techotlalatzin por aviso que tuvo de Teyolcocoatzin su nieto, señor que a la sazón era de Acolman, luego convocó a los señores mexicanos, y entre otras razones que les dijo fue decirles, que él se hallaba muy ofendido de Ixtlixóchitl por su demasiada presunción y altivez, preciándose no tener iguales en su mando y señorío, pues según buena razón a él competía la sucesión del imperio, pues era nieto de Xólotl, primer poblador de él, demás de que era mancebo de poca experiencia para poder conservar un tan gran señorío, y que así de ninguna manera se quería hallar en la Jura, ni de admitir por su supremo señor, sino que antes le había de sojuzgar y poner debajo de su mando y señorío, pues tenía tantos y tan principales deudos y parientes, como lo eran ellos y los señores de Acolman y Coatlichan, que con facilidad a éstos y a todos los señores de su casa y vasallos atraería a su voluntad. Los señores mexicanos le respondieron que les parecía muy bien lo que intentaba hacer, mas que fuese con mucho acuerdo, porque Ixtlilxóchitl, aunque mancebo era belicoso y amado de sus vasallos. A lo cual replicó Tezozómoc que así sería. Ixtlilxóchitl luego que entró en la sucesión del imperio se casó con Matlalcihuatzin señora de México-Tenoxtitlan y hermana del rey Chimalpopoca, en la cual tuvo dos hijos: el primero fue el príncipe Acolmiztli Nezahualcoyotzin; la segunda la infanta Atotoztzin; otros hijos tuvo en otras concubinas suyas y en Tecpaxochitzin tuvo a Ayancuiltzin. El príncipe Nezahualcoyotzin nació en el año de 1402 de la encarnación de

Cristo nuestro señor, a 28 del mes de abril, en el año que llaman ce tochtli y en el signo y día que llaman ce mazatl, y al postrero del mes de tocoztzintlan, y fue muy notado su nacimiento de los astrólogos y adivinos de aquel tiempo, y fue por la mañana al salir el Sol, con gran gusto de su padre; y así que nació le señaló puestos y lugares para su crianza, dándole ayos cuales convenía a su buena crianza y doctrina, entre los cuales fue Huitzilihuitzin, que era a su modo en aquel tiempo muy gran filósofo. Viendo los señores que estaban remotos de la corte, las alteraciones y pretensiones del rey de Azcaputzalco, se fueron substrayendo poco a poco, de tal manera que comenzó a decaer el imperio, y Ixtlilxóchitl no osó salir a castigarlos por tener (como dicen) al enemigo dentro de su casa, que con facilidad se alzaría con ella; demás de que les andaba al oído, y así lo remitió para otro tiempo, y quiso por medios buenos atraer al tirano Tezozómoc y a sus aliados y de ninguna manera los pudo allanar, por lo cual lo remitió a las armas; y así convocando a sus gentes, juntó a seis provincias que halló de su parte, entre las cuales fueron Tolantzinco y Tepepolco, y a los señores de Huexotla, Coatlichan, Acolman y otros diez o doce, que algunos de ellos lo hicieron por cumplimiento, como fueron el de Acolman y Coatlichan; y con la gente que juntó en las provincias referidas, comenzó a castigar a los pueblos y lugares pertenecientes a su recámara, que de secreto favorecían y eran de la parte de los tepanecas, como fueron los de Xaltépec, Otompan, Axapochco, Temaxcalapan y Tolquauhyocan.

Capítulo XVI. De la jura del príncipe Nezahualcoyotzin por heredero del imperio en las cortes que se hicieron en Huexotla, en donde se determinaron las guerras que hubo entre Ixtlilxóchitl y Tezozómoc sobre el imperio

El año siguiente de 1414 de la encarnación de Cristo nuestro señor que llaman matlactliomey tochtli, hizo cortes y junta Ixtlilxóchitl de los señores y capitanes que eran de su parcialidad, para tratar en ellas del orden que se había de tener en sujetar al rey de Azcaputzalco y a todos sus aliados que pretendían alzarse con el imperio; los cuales salieron de acuerdos que ante todas cosas convenía jurar a Nezahualcoyotzin por príncipe heredero del imperio, y sitiar por la parte de la laguna a las ciudades de Azcaputzalco y México, y que el ejército que anda castigando y sojuzgando los pueblos del reino de Texcoco, prosiguiese entrando por las tierras de los tepanecas hasta venir a dar con la ciudad de Azcaputzalco, todo lo cual se puso por obra y Nezahualcoyotzin fue jurado de edad de doce años, y entre los capitanes más principales que fueron señalados para esta guerra fueron Tzoacnahuacatzin que se le dio el combate de hacia la laguna; Coacuecuenotzin por caudillo y general de los que había de entrar por las tierras del enemigo, el cual a esta sazón estaba muy bien apercibido de gente y de todo lo necesario para defender su reino y ofender a Ixtlilxóchitl; y así Tlacateotzin señor de Tlatelolco, que era el general del ejército de los tepanecas, salió al encuentro de Tzoacnahuacatzin por la laguna antes que hubiese llegado a la mitad de ella, de tal manera que le fue forzoso retirarse y aguardar al enemigo a las orillas de ella por la parte que cae de Texcoco, en donde tuvieron una cruel batalla sin que de la una ni de la otra parte hubiese ventaja, más de que no les dejaron pasar de la otra parte de la laguna a sitiar las ciudades de México y Azcaputzalco. El año siguiente que llaman ce ácatl, a seis días de su segundo mes, en el día que llaman mat-

lactliomey técpal, entraron los tepanecas por la parte que llaman Aactahuacan, y fueron ganados todos aquellos lugares hasta el pueblo de Iztapalocan que pertenecía a el reino de Texcoco y aunque se defendieron fueron muertos y cautivos muchos de los naturales de aquellos pueblos, entre las cuales murió Quauhx-ilotzin, mayordomo que tenía el rey puesto en Iztapalocan, y quemaron todas las más de las casas; y ésta fue la primera de las victorias que tuvieron los tepanecas. Coacuecuenotzin vino a entrar con su ejército por Xilotépec hasta venir a dar por Cit-laltépec y Tepozotlan prosiguiendo su viaje asolando los pueblos y lugares que se defendían hasta llegar a Cuauhtitlan, en donde le salieron los tepanecas con un poderoso ejército y peleando con él los desbarató y venció, y paso por Cuetlachtépec hasta llegar a las faldas del cerro que llaman Temacpalco, y desde allí sitió la ciudad de Azcaputzalco sin dejarle entrar por aquella banda ningún socorro de gente y mantenimiento; en donde estuvo casi cuatro años, y si por su consejo fuera, tenía lo más hecho para poder concluir y asolar la ciudad de Azcaputzalco, y restaurar el imperio.

Capítulo XVII. Cómo Tezozómoc, viendo que el emperador Ixtlilxóchitl le tenía cercada y situada su ciudad, procuró pedir treguas con socolor de que le quería dar la obediencia y tratar de paces

Visto Tezozómoc que en cuatro años que habían durado las guerras de los chichimecas contra él, no había podido sujetaros, sino que antes había perdido mucha gente de su ejercito, y que a pocos lances le entrarían en su ciudad, en donde podía correr riesgo su persona, y las de sus deudos y aliados, acordó llevar por otro camino el negocio, y fue que pidió treguas por cierto tiempo, en el cual prometía dar la obediencia a Ixtlilxóchitl y tratar de la paz y concordia que dijo pretendía a el imperio, y para ello envió sus embajadores a Ixtlilxóchitl, el cual siendo demasiadamente noble de condición, sin advertir el daño que de esto se le podía seguir, luego mandó alzar el cerco que tenía puesto sobre Azcaputzalco, y envió a sus gentes a que fuesen a descansar en sus pueblos, quedándose solo y desapercibido en la ciudad de Texcoco; y conociendo Tezozómoc el descuido con que vivía y que sus designios se le iban logrando fingió quererle hacer ciertas fiestas en las faldas de un cerro que se dice Chiuhnauhtécatl en confirmación de las paces que fingidamente decía querer hacer con Ixtlilxóchitl, y llevando para el efecto muchas danzas y otros juegos, regocijos y entretenimientos que usaban estos señores, a las vueltas de él llevó un grueso razonable ejército para que al mejor tiempo embistiesen con los tetzcocanos y matasen a Ixtlilxóchitl y a todos los que iban con él; y en esta traición y pactos de tiranía fueron participantes los señores mexicanos y los otros atrás referidos, que eran de la casa y linaje de Tezozómoc, el cual se puso con todo lo referido en un bosque y casa de recreación que allí estaba, que se decía Temamátlac, en donde aguardó a Ixtlilxóchitl; el cual cuando llegó a su noticia cómo estas fiestas que el astuto viejo pretendía hacer, eran para

mejor hacer su tiranía (y lo que más sintió el rey Ixtlilxóchitl ser ya tan tarde que apenas se pudo fortificar su ciudad, ni pedir socorro, porque los más de los señores estaban ya en compañá del tirano, y aun algunos de los caballeros de su corte, de quienes mucho se fiaba, eran partícipes de esta conjuración), haciendo de ladrón fiel envió a excusarse de las fiestas, fingiendo estar indispuesto, y que las remitiesen para otro tiempo; para lo cual llamó a su hermano el infante Tocuitécatl Acotlotli, y le encargó llevase esta embajada: el cual conociendo que esta empresa que se le encargaba era de mucho riesgo, y que no podía escapar con la vida, dijo al rey su hermano que se acordase de sus hijos y los amparase, y que dos lugares que le había hecho merced de ellos poco había, que se decían Quauhyocan y Tequixquináhuac de que aún no había tomado posesión, que sus hijos los hubiese; el rey le consoló y le dijo que el mismo riesgo aguardaba su persona, pues le veía tan desapercibido de socorro y gente, y el tirano tan aventajado, pues le hacía la guerra con sus propias armas y con los de su propia casa, y habiéndole dicho otras razones, le mandó vestir ciertas vestiduras que el rey se solía poner, y adornarle con preseas de oro y pedrería, y llamó a ciertos criados suyos para que lo acompañasen, y con ellos se fue al bosque de Temamátlac, que estaba en Chiuhnauhtécatl como está referido. Cuando llegó el infante vio que estaban todos en consulta, y entre los del tirano muchos de los de la gente ilustre y principal del reino de Texcoco, como eran algunos de Huexotla y otros de Coatlichan y de Chimalhuacan, Coatépec, Itztapalocan y los de Acolman con todos los de su valía; y haciendo su acatamiento al tirano y a todos los demás, dio su embajada, y la respuesta que se le dio fue decirle que a él no le llamaban, sino a Ixtlilxóchitl; y luego incontinenti lo mataron desollándolo vivo, y el pellejo lo encajaron en una peña que por allí estaba, y la misma muerte les dieron a todos los que iban con él. De lo cual fue avisado el rey Ixtlilxóchitl, que ya estaba puesto a punto

aguardando a los enemigos, los cuales viendo que no lo pudieron haber a las manos, marcharon a gran priesa para cogerle desapercibido y saquear la ciudad, y aunque el tirano con sus consortes se dio mucha priesa, no pudo con tanta facilidad ejecutar su mal intento, porque Ixtlixóchitl se opuso contra él y defendió la ciudad más de cincuenta días, en los cuales sucedieron muchas y varias cosas, entre las cuales un caballero llamado Toxpilli, de los muy privados que tenía el rey Ixtlilxóchitl, él y los de un barrio de la ciudad llamados chimalpanecas, mataron a los ayos y gente de la recámara del rey por ser ya del bando de los tiranos, entre los cuales fueron Iztactecpóyotl y Huitzilíhuitl, que entrando dentro de sus casas con macanas los hicieron pedazos, y a otro llamado Tequixquenahuacatlayacaltzin dentro de su casa a pedradas lo mataron y arrastraron, sacándolo de su casa por las calles, y le saquearon la casa; era persona muy rica. Viendo Ixtlilxóchitl que aun hasta los de su casa y corte, y de quienes tenía gran confianza se le habían rebelado, y todos apellidaban el bando tepaneco, y que estaba tan apurado, y los más de los ciudadanos y otros caballeros que defendían su persona y la de su ciudad estaban muertos, y la gente miserable e indefensa, le fue fuerza hacer lo mismo.

Capítulo XVIII. De cómo el emperador Ixtlilxóchitl retiró a la montaña, y desde allí envió a pedir socorro a los de la provincia de Otompan, en donde mataron a su capitán general, y lo demás que acaeció en esta ocasión hasta su fin y muerte

Era tan grande la confusión, que había no tan solamente dentro de la ciudad de Texcoco sino en todas las demás ciudades, pueblos, y lugares del reino, que unos apellidaban el nombre de Ixtlilxóchitl y otros el del tirano, de tal manera que los padres defendían el un bando, y los hijos el otro, y aun entre los hermanos y deudos había esta confusión y división, con que con mucha facilidad fue asolado por el tirano y sus consortes, y de la gente popular no pararon hasta pasar a la otra parte de las montañas, yéndose a vivir los más de ellos a las provincias de Tlaxcalan y Huexotzinco. Ixtlilxóchitl, habiendo desamparado la ciudad, se hizo fuerte en un bosque de los de recreación, que se dice Quauhyácac, y con él Zoacuecuenotzin su capitán general, y el príncipe Nezahualcoyotzin con todos los de su valía, desde donde peleaban con los enemigos, que andaban tan pujantes, que les fue fuerza retirarse unos adentro por las montañas e irse a otro bosque que se dice Tzicanóztoc desde donde le llegaron nuevas de cómo Yxtlacautzin señor de Huexotla, y Tlalnahuácatl señor de Coatlichan, y Totomihua de Coatépec, que defendía su causa, asimismo habían desamparado y retirádose a la sierra, y que estaban ellos y sus vasallos en el mismo riesgo, por lo que acordó de enviar a la provincia de Otompan a pedir socorro a Quetzalcuixtli, capitán y caudillo que tenía puesto para la gente de guerra de aquella provincia, para lo cual envió a su sobrino y capitán general de su ejército Coacuecuenotzin diciéndole: «Sobrino mío, grandes son los trabajos y persecuciones que padecen los aculhuas chichimecas, mis vasallos, pues que habitan ya en las montañas, desamparando sus casas. Id a decirles a mis

padres los de la provincia Otompan que les hago saber, que es muy grande la persecución que los míos padecen, y así les pido su socorro, porque los tepanecas y mexicanos nos tienen muy oprimidos, que con una entrada que hagan, acaban de sojuzgar el imperio, y poner en huida a la gente miserable de los aculhuas tetzcucanos, pues han comenzado a pasarse a las provincias de Tlazcalan y Huexotzinco». A estas palabras Coacuecuenotzin le respondió: «Muy alto y poderoso señor, agradezco mucho la merced que vuestra alteza me hace en quererme ocupar en este viaje el cual haré con muy gran voluntad; mas le advierto a vuestra alteza que no he de volver más, porque como le consta, ya en aquella provincia apellidan el nombre del tirano Tezozómoc; solo le pido y encargo que no desampare a sus criados Tzontecátl y Acolmiton, y pues Dios fue servido de darle al príncipe mi señor Nezahualcoyotzin, los podrá ocupar en su servicio». Fue tan grande el sentimiento y lágrimas que movieron estas razones, que por un rato el uno al otro no pudieron hablar, hasta que volviendo en sí le dijo así: «Sobrino mío muy amado, Dios te lleve con bien y te favorezca, y lleva por consuelo cómo me dejas en el mismo riesgo que tú vas; quizás en tu ausencia los tiranos me quitarán la vida». El cual fue al efecto, y habiendo sido conocidos en el pueblo de Ahuatépec (que entró por aquella parte por ver de caminos ciertos lugares y labranzas que por allí tenía, para despachar todos los bastimentos que pudiesen el ejército), fue preso por los de Quauhtlatzinco y llevado a Otumba, y allí en medio de la plaza en donde todos los de la provincia se habían juntado y convocado, le preguntaron de su venida, y habiéndoles dicho y dado a entender a lo que era enviado, el capitán Quetzalcuixtli, luego que oyó la embajada, dijo a voces a todos los que estaban presentes: «Ya habéis oído la pretensión de Ixtlilxóchitl para que le demos socorro, lo cual de ninguna manera se ha de hacer, sino que todos nos hemos de someter debajo de la protección y amparo del gran Tezozómoc,

que es nuestro padre»; y luego habló Lacatzone, gobernador de aquella provincia y dijo: «¿A qué hemos de ir? defiéndase él solo, pues tan gran señor se hace y de tan alto linaje se jacta; y pues vino al efecto su capitán general, háganlo pedazos aquí, y de donde diere», mandando a los que presentes estaban los hiciesen pedazos; y el primero que lo asió fue un soldado Xochpoyo, natural de Ahuatépec, y aunque se quiso defender, llegaron otros que lo hicieron pedazos, y todos a voces decían: «Viva el gran señor Tezozómoc nuestro emperador», y luego llegó Icatzone y pidió que le diesen las uñas de los dedos de Coacuecuenotzin, y habiéndoselas dado las ensartó y se las puso por collar por modo de burla y vituperio diciendo: «Pues éstos son tan grandes caballeros, deben de ser de piedras preciosas e inestimables sus uñas, y así las quiero tener por ornato de mi persona»; y con los pedazos de su cuerpo la gente popular comenzaron a tirarse con ellos unos a otros. Asimismo mataron a otros cuatro criados suyos, que habían ido en su seguimiento. Esta muerte tan desastrada sucedió a los 18 días de su octavo mes llamado micailhuitzintli, en el día de macuilli cóatl, que es a 24 de agosto del año de 1418 de la encarnación de Cristo nuestro señor. Itzcuintlatlacca, un caballero natural de Ahuatépec que se halló presente cuando lo referido, fue a toda prisa a ver al rey Ixtlilxóchitl y darle cuenta del caso infeliz referido, el cual habiéndolo oído, mandó llamar a la mujer de Coacuecuenotzin para consolarla, a la cual dijo: «Sobrina mía, ya mi amado sobrino y capitán general de mi imperio cumplió con lo que debía a leal vasallo, pues empleó en mi amparo y defensa su persona y vida; lo que te ruego ahora es que tengas ánimo en las adversidades que la fortuna nos muestra, y te consueles con mis hijos, que aquí tienes presentes, que lo que importa es escaparlos de esta persecución», y le dijo otras muchas razones derramando lágrimas, y así se fue de este puesto a otro que se decía Chicuhnayocan, en donde estuvo treinta días retirado.

Capítulo XIX. De la desastrada e infeliz muerte del emperador Ixtlilxóchitl

Viéndose Ixtlilxóchitl tan desamparado de los suyos, dejó a todos los de su casa y familia en el bosque de Chicuhnayocan, y con solo dos capitanes, que el uno se decía Totocahuan, natural de Papalotlan, y el otro llamado Cozámatl, y su hijo el príncipe Nezahualcoyotzin, se fue hacia una barranca profunda que se dice Queztláchac, junto de la cual estaba un árbol grande caído, que debajo de sus raíces hizo noche, y al salir el Sol el día siguiente, que fue en el que ellos llaman matlactli cozcacuahtli, a los nueve días de su décimo mes llamado ochpanaliztlique, que fue a los 24 de septiembre del año atrás referido llegó a él muy apresurado un soldado de las espías que tenía, puestos, llamado Tezcacoácatl, diciéndole cómo por aquellas lomas había descubierto que venía cantidad de gente armada a gran priesa. Ixtlilxóchitl viéndose ya cercano a la muerte, y que le era fuerza el venir a las manos con sus enemigos, les dijo a los pocos de sus soldados que allí estaban con él, que procurasen escaparse con las vidas, que él no podía hacer menos sino morir hecho pedazos en manos de sus enemigos; y luego llamó al príncipe y le dijo con muy sentidas y tiernas palabras: «Hijo mío muy amado, brazo de león, Nezahualcóyotl ¿a dónde te tengo de llevar que haya algún deudo o pariente que te salga a recibir? Aquí ha de ser el último día de mis desdichas, y me es fuerza el partir de esta vida; lo que te encargo y ruego es, que no desampares a tus súbditos y vasallos, ni eches en olvido de que eres chichimeca, recobrando tu imperio, que tan injustamente Tezozómoc te tiraniza, y vengues la muerte de tu afligido padre; y que has de ejercitar el arco y las flechas; solo resta que te escondas entre estas arboledas porque no con tu muerte inocente se acabe en ti imperio tan antiguo de tus pasados». Fueron tantas las lágrimas que los ojos vertían de hijo y padre, que de ninguna manera pudieron hablarse más, y

habiéndose abrazado tiernamente, el príncipe se apartó de su padre y se fue a un árbol muy copado, dentro de cuyas ramas se estuvo allí escondido, y desde donde vio el fin y desastrada muerte de su padre: el cual salió al encuentro de los enemigos (que los más eran de las provincias de Otompan y Chalco, que venían con los tiranos tepanecas, a quienes había hecho muchas mercedes y favores poco tiempo antes), y embistiendo con ellos, Peleó un gran rato, matando algunos de ellos, hasta que cayo en tierra muerto, pasado su cuerpo por muchas partes con lanzas que llevaban; y reconociendo que bajaban muchos soldados a favorecerle, se contentaron con dejarlo muerto y se fueron a gran priesa por la vía de Otompan; y Totocahuan, uno de los capitanes, fue el primero que levantó a su rey y señor, y comenzó a hacer una lamentación hablando con el cuerpo difunto diciéndole: «¡Oh Ome Tochtli Ixtlilxóchitl, ya llegó el fin de tus desdichas y principio de tu descanso; empiece ya el llanto de todo tu imperio, y goce de su orfandad y orbación pues hoy te falta su luz y padre: solo me pesa en dónde irá a parar el niño Acolmiztli Nezahualcóyotl, mi príncipe y señor, y con él sus leales y desdichados vasallos». Y habiendo hecho este apóstrofe y parlamento al cuerpo de su rey y señor, lo comenzó a amortajar, y entre los que fueron llegando, fue un caballero llamado Quetláchac, en la parte más acomodada que vieron, aderezaron lo mejor que pudieron un estrado y asiento real, en donde pusieron el cuerpo del gran Ixtlilxóchitl, y aquella noche estuvieron con él, hasta que otro día al amanecer lo quemaron, que fue en el que llaman matalactlioceolin, y sus cenizas las guardaron hasta que fuese tiempo de colocarlas en el lugar conveniente a su persona y calidad. Duraron estas últimas guerras de los tepanecas tres años y doscientos setenta y tres días, siendo de edad el príncipe Nezahualcoyotzin de quince años y doscientos días, y jurado y recibido por su señor del imperio chichimeca. Ixtlilxóchitl fue el primer emperador chichimeca que se enterró

con semejantes exequias, que es conforme a los ritos y ceremonias de los toltecas.

Capítulo XX. De cómo el tirano Tezozómoc se hizo jurar emperador del imperio chichimeca, y cómo hizo matar a muchos niños naturales del reino de Texcoco, y el pregón que dio por su mandato en los llanos de Tozteca Teopan, donde juntaron todos los de el reino de Texcoco, y algunos de los otros pertenecientes al imperio

Luego que fue muerto Ixtlilxóchitl, sexto emperador chichimeca, llevaron la nueva al tirano Tezozómoc los matadores, a quien hizo muy grandes mercedes, se hizo jurar y recibir en el imperio, haciendo muchas mercedes a sus aliados y consortes como era los señores mexicanos Tlacateotzin de Tlatelolco y Chimalpopoca en Tenochtitlan, y Ateyolcocoatzin señor de Aculman, y a otros que se hallaron en la fiestas y jura, aunque todos los más de los señores de las provincias remotas con estas novedades y alteraciones se fueron alzando poco a poco, sin reconocer a la una ni otra parte; pero después el tirano pretendió sojuzgarlas, y por el corto término y guerras que luego se ofrecieron, no tuvo lugar. La primera diligencia que mandó hacer contra los leales vasallos de Ixtlilxóchitl, fue que a los niños que supiesen hablar hasta los de siete años, se preguntase a quién tenían y reconocían por señor natural, y que los que respondiese que a Ixtlilxóchitl o Nezahualcoyotzin los matasen; y los que dijesen que a él los premiasen juntamente con sus padres. Usó de esa crueldad para que en todo tiempo fuesen aborrecidos Ixtlixóchitl y Nezahualcoyotzin sus señores naturales. Lo cual se puso luego por ejecución; y como los inocentes niños siempre habían oído decir a sus padres y mayores ser vasallos de Ixtlilxóchitl y Nezahualcoyotzin, respondieron esta verdad, por cuya causa perecían en manos de crueles verdugos, los cuales mataron muchos millares de ellos, que fue una de las mayores crueldades que príncipe hizo en este nuevo mundo. La segunda diligencia que puso por obra fue mandar juntar toda la

gente principal y plebe de todas las repúblicas y de todas las ciudades, pueblos y lugares que eran del patrimonio del imperio, en un llano que está entre la ciudad de Tezcuco y pueblo de Tepetlaóztoc, y subiéndose encima de un cu y templo (que estaba en medio del llano referido), un capitán a voces les dijo en ambas lenguas chichimeca y tolteca (que generalmente en aquel tiempo corría en todo el imperio), que desde aquel día en adelante reconociesen por su emperador y supremo señor a Tezozómoc rey de los tepanecas, y a él acudiesen con todas las rentas y tributos pertenecientes a el imperio, y no a otra provincia, pena de la vida; y que si hallasen al príncipe Nezahualcoyotzin, lo prendiesen y llevasen vivo o muerto a la presencia de Tezozómoc su señor, que él premiarla a los que tal servicio le hiciesen. A todo lo cual estuvo el príncipe Nezahualcoyotzin escuchando desde un cerro montuoso que cerca de allí estaba y que se dice Cuauhyácac, y así procuró vivir con recato y aviso, desamparando su patria. Lo cual sucedió los últimos días del año de 1418. El año siguiente habiendo estado el príncipe Nezahualcoyotzin retraído en la provincia de Tlazcalan con los señores de ella, sus tíos, por huir de las asechanzas del tirano, se vino a la provincia de Chalco por estar más cerca de su patria y colegir los designios del tirano y los de sus émulos: se entró en ella ocultamente so color de que era soldado, y se anduvo en una campaña del ejército de los chalcas, que traían guerras contra ciertos pueblos comarcanos sobre sus límites y mojoneras, con lo cual pudo algunos días estar oculto y disfrazado, hasta que un día mató a una señora llamada Zilamiauh, en cuya casa se albergaba, porque tenía trato de vender cantidad de pulque (que es su vino) con que se embriagaban muchas personas, pareciéndole cosa indecente a la calidad de la persona de la señora, y contra lo que las leyes disponían: con lo cual hubo de ser conocido y preso por los chalcas, y llevado ante el señor supremo Toteotzintecuhtli, que así se decía el de aquella provincia, el cual lo mandó poner en

una jaula dentro de una cárcel fuerte, y en su guarda a Quetzalmacatzin su hermano con cantidad de gente, y que en ochos días naturales no le diesen ninguna comida ni bebida, porque en esta cruel muerte quería servir al tirano Tezozómoc, y vengar la muerte de aquella señora. Quetzalmacatzin, aunque fingió cumplir lo que se le mandaba, ocultamente con cierto artificio metía de comer y de beber al príncipe, con que lo sustentó los días referidos, compadeciéndose de él y de cuán injustamente era tratado por dar gusto a un tirano: al cabo de los cuales Toteotzintecuhtli preguntó por el preso a Quetzalmacatzin ¿si había fallecido?; y diciéndole que no, recibió muy grande enojo, y mandó que el día siguiente, que había de ser la feria general de la provincia, lo hiciesen pedazos en ella. Luego aquella noche Quetzalmacatzin, compadecido de Nezahualcoyotzin, entró a verle y de secreto le dijo lo que había pasado y la cruel sentencia que estaba dada contra él, y que no era justo que en él se ejecutase, pues era sucesor del imperio; que antes por su amor quería él padecer en su nombre aquella muerte, y que para que pudiese salir de entre las guardias, mudasen los vestidos, y que con toda diligencia se pusiese en cobro, huyendo aquella noche por la vía de Tlaxcalan o Huexotzinco, o en otra provincia extraña donde no pudiese ser habido; y que solo le rogaba y encargaba en premio de este servicio que la hacía, que si los dioses le favorecían y recobraba su imperio, se acordase de su mujer e hijos, y los amparase. Agradecido el príncipe de tan gran bien como el que este caballero le hacía, le dio las gracias, y prometió de hacer todo cuanto le pedía, y su lealtad merecía; y así se salió sin que fuese conocido de las guardias, y toda aquella noche camino a gran prisa por la vía de Tlaxcalan quedando en su lugar dentro de la jaula Quetzalmacatzin; y sabido por Toteotzintecuhtli lo que había pasado, mandó ejecutar en él la muerte y sentencia que contra Nezahualcoyotzin tenía dada.

Capítulo XXI. Cómo el tirano Tezozómoc repartió las tierras pertenecientes al patrimonio del imperio de los chichimecas, y otras cosas que hizo y del sueño que soñó

El año siguiente de 1420 de la encarnación de Cristo nuestro señor, llamado chicuacen técpatl, dos después de la muerte del infeliz Ixtlilxóchitl y algunos días más (cuando de la ciudad de Texcoco y todas las demás de su provincia los naturales que se habían ido y ausentado a diversas partes, estaban ya otra vez en sus casas con alguna quietud aunque despojados de sus haciendas y bienes muebles, regidos y gobernados de tiranos crueles), acordó el tirano Tezozómoc en esta ocasión de repartir el reino de Texcoco en este modo. El pueblo de Coatlichan con todo su llamamiento (que en aquella sazón eran muchos pueblos y lugares que tenían el nombre y apellidos de acolhuas y corrían desde los términos de la provincia de Chalco hasta los de Tolantzinco, en donde entraban las provincias de Otompan, Tepepolco y Cempoalan), tomó para sí Huexotla que era la otra cabecera que asimismo contenía muchos pueblos interpolados con los de la ciudad de Texcoco y con los de Coatlichan, le dio a Tlacateotzin, señor de Tlatelolco y la ciudad de Texcoco con los demás pueblos de su llamamiento le dio a Chimalpopoca, rey de México. Asimismo dio investidura de reyes a su nieto Teyolcocoatzin, señor de Acolman y a Quetzalmaquiztli, señor de Coatlichan, las que caían por la parte del mediodía y a Ateyolcocoatzin de Acolman, las del septentrion repartiendo entre los del gobierno de todo el imperio de Texcoco. Otras mercedes hizo a otros caballeros y señores de menos cuenta. Hecho esto, comenzó a hacer algunas guerras y entradas con sus capitanes contra los de las provincias remotas, llevando la cosa con rigor. Muchos de los señores de ellas se le rindieron, sin dar lugar a que sus súbditos padeciesen calamidades y persecuciones, las que en tales ocasiones causan las guerras. En esto ocupó todos los seis

años que le restaban de vida: habiendo estado Nezahualcoyotzin en la provincia de Tlaxcalan con sus tíos los señores de allí, con quienes comunicó sus designios y ellos le dieron el orden que había de tener para recobrar su imperio y señorío. En este medio tiempo, las señoras mexicanas, que eran sus tías y deudas muy cercanas de él, pidieron de merced al tirano la vida de su sobrino, el cual se la concedió, con tal que asistiese dentro de la ciudad de México, sin salir de ella; hasta que segunda vez las mismas señoras alcanzaron con el tirano pudiese ir a la ciudad de Texcoco en donde le restituyó los palacios y cosas de sus padres y abuelos y algunos lugares para que le sirviesen, con lo cual tuvo alguna más libertad para poder tratar la restauración del imperio en el año de 1426 de la encarnación que llaman matlactliomome tochtli. Estando en el estado atrás referido el imperio, el tirano Tezozómoc soñó una madrugada, cuando por el oriente salía la estrella del alba, que al príncipe Nezahualcoyotzin veía transformarse en figura de águila real y que le desgarraba y comía a pedazos el corazón y otra vez se transformaba en tigre, que con unas uñas y dientes le despedazaban los pies; se metía dentro de las aguas y lo mismo hacía dentro de las montañas y sierras convirtiéndose en corazón de ellas; con lo cual despertó espantado, despavorido y con cuidado y así hizo llamar luego a sus adivinos para que le declarasen este sueño. Los cuales le respondieron que significaba el águila real que le despedazaba y comía el corazón, que el príncipe Nezahualcoyotzin le había de destruir su casa y linaje; y lo del tigre, que había de destruir y asolar la ciudad de Azcaputzalco con todo su reino y que había de recobrar el imperio que le tenía tiranizado y ser señor de él: que eso significaba el convertirse en corazón de las aguas, tierras y montañas. Habiendo oído Tezozómoc la declaración de su sueño, les pidió le diesen su consejo, para que pudiese con tiempo remediarlo; los cuales le respondieron, que no hallaban otro sino matarlo y que esto se había de hacer cuando estuviese descuidado, porque de

otra manera sería imposible matarle. Y habiendo despedido a los adivinos, mandó parecer ante sí a sus tres hijos, Maxtla, Teyatzin y Tlatoca y entre otras muchas razones que les dijo fue que si ellos querían ser señores del imperio, matasen a Nezahualcoyotzin, cuando viniese a la ciudad de Azcaputzalco a hallarse en las honras de su muerte, que sería muy presto, porque él se hallaba muy a lo último de sus días, pues como sabían había gobernado ciento ochenta y ocho años y que en su lugar entraría Teyatzin su hijo a quien nombraba por sucesor.

Capítulo XXII. De la muerte del tirano Tezozómoc y de cómo se introdujo en la sucesión del imperio Maxtla segundo tirano y de cómo mató a Tayatzin su hermano y de otras cosas que sucedieron

A los cuatro días primeros del año que llaman matlactliomey ácatl y otros tantos que su primero mes llamado tlazaxipeualiztli y en día de cecozca quauhtli, que es el año de 1427 de la encarnación de Cristo nuestro señor, a 24 de marzo, falleció Tezozómoc en la ciudad de Azcaputzalco, desamparado de la naturaleza humana como hombre que había vivido muchos años y gozó de muchos siglos, de lo cual se dio aviso a los señores mexicanos y a todos los demás sus deudos y amigos para que todos viniesen a sus honras y exequias y así el día siguiente por la madrugada al salir el lucero llamado Nahuolin, entre los señores que vinieron a ellas llegó Nezahualcoyotzin con su sobrino Tzontechochatzin y dio el pésame de la muerte de Tezozómoc a sus tres hijos y a los señores mexicanos y demás caballeros de aquel linaje y se sentó entre ellos asistiendo en las exequias funerales y otros ritos y ceremonias que los sacerdotes de los ídolos hacían hasta quemar el cuerpo. Tayatzin que muy en la memoria tenía escrito lo que su padre había dejado encargado acerca de matar a Nezahualcoyotzin de secreto, lo recordó a su hermano Maxtla, el cual le respondió que lo dejase por entonces, que no se alborotase que tiempo habría para hacerlo, pues en aquella sazón solo se trataba de las honras y exequias de su padre, en donde asistían tanto señores y gente ilustre; que parecía muy mal que estando todos tristes y conflictos por la muerte de su padre, matar a otro fuera de tiempo y sin son, por lo cual no se ejecutó lo que Tezozómoc dejó ordenado y Nezahualcoyotzin fue avisado de su primo Moctezuma lo que se había tratado contra él; por lo cual, así como fue quemado el cuerpo de Tezozómoc y colocadas sus cenizas en el templo mayor de la ciudad de Azcaputzalco, según

el modo de los mexicanos, Nezahualcoyotzin se volvió a la ciudad de Texcoco. Maxtla que a la sazón era señor de Coyohuacan, hombre belicoso y de ánimo altivo, pretendió para sí el imperio, sin embargo de lo mandado y determinado por su padre; pareciéndole pertenecerle más aína por ser mayor, en quien concurrían las partes y requisitos de poder gobernar un imperio como el que su padre dejaba y así dentro de cuatro días después de las honras, se hizo introducir en el imperio, dándole todos la obediencia. Ya eran contados cinco meses y cinco días a la cuenta de los naturales, que son ciento cinco días, cuando una noche estuvo Tayatzin con el rey Chimalpopoca en ciertas pláticas, como lo acostumbraban desde que fue depuesto de la sucesión que su padre le había dejado; las cuales fueron sobre esta materia, diciéndole el rey Chimalpopoca: «Maravillado estoy señor, de que estéis expelido de la dignidad señorío en que te dejó nombrado el emperador Tezozómoc tu padre y que tu hermano Maxtla se haya apoderado de él, no perteneciéndole, pues no es más de señor de Coyohuacan». Respondió Tayatzin: «Señor, cosa dificultosa es recobrar los señoríos perdidos, poseyéndolos tiranos poderosos». Replicó Chimalpopoca: «Toma mi consejo pues es muy fácil, edifica unos palacios y en el estreno de ellos le convidarás y allí le matarás con cierto artificio que yo te daré y el orden que para ello has de tener» y luego prosiguió en otras razones. A esta sazón Tayatzin había llevado consigo un enano paje suyo, llamado Tetontli, el cual había estado tras de un pilar de la sala escuchando la plática que habían tenido; idos que fueron a Azcaputzalco, de secreto dio aviso el enano al rey Maxtla, el cual le mandó que guardase secreto, prometiéndole de hacer muy grandes mercedes; de lo cual se indignó mucho contra su hermano y luego mandó llamar los obreros de palacio, y les mandó que en cierta parte de la ciudad edificasen unas casas para que en ellas viviese su hermano Tayatzin, que aunque le había dado el señorío de Coyohuacan, le quería tener siempre en

su corte. Lo cual se puso luego por obra y acabadas de edificar las casas, luego lo envió a llamar y fingiendo convidarle en el estreno de ellas, le quitó la vida por los mismos filos que había sido aconsejado por el rey Chimalpopoca y aunque para el efecto Maxtla le había enviado a llamar, se envió a excusar diciendo, que estaba ocupado en un sacrificio muy solemne que hacía a sus dioses.

Capítulo XXIII. De cómo el tirano Maxtla hizo prender a Chimalpopoca rey de México y después lo hizo soltar y de los trances peligrosos en que se vio Nezahualcoyotzin

Visto por el rey Chimalpopoca la muerte que tuvo Tayatzin, coligió que sin duda el tirano Maxtla había sido avisado del consejo y pláticas que con Tayatzin había tenido sobre el haberse tomado y usurpado para sí el imperio Maxtla y que sus designios habían sido cogerlos a él y a Tlacateotzin juntamente con Tayatzin en las fiestas del estreno de las casas y matarlos a todos tres, como lo hizo con su hermano, si allí se hallasen que sin duda, aunque se habían escapado de este lance, los había de matar por la vía que mejor le pareciese y estando en esta confusión, procurando el mejor medio para no venir a sus manos, Tecuhtlehuacatzin, uno de los más principales caballeros de su corte y deudo suyo, le aconsejó que se armasen los dos a usanza de guerra y con insignias de hombres que se ofrecían al sacrificio de los dioses y que saliendo ataviados de esta manera fuesen al patio del templo mayor y allí tuviesen demostración de quererse sacrificar a sus dioses, con lo cual echarían de ver el intento de sus vasallos, porque sabiendo la causa de su sacrificio, si les querían bien no les consentirían, sino que antes todos se pondrían en armas para defenderle y si viesen en ellos tibieza, prosiguiesen y se sacrificasen a sus dioses, que le sería de mayor gloria morir en sacrificio que venir a las manos del tirano. Lo cual luego pusieron por obra y estando en los actos y ceremonias que en semejantes sacrificios se solían hacer, Moctezuma que ya era capitán general del reino e hijo suyo, yéndoles a la mano y queriendo estorbar su intento, no pudo y así dio aviso por la posta a Maxtla como supremo señor que era para que lo remediase y estorbase; el cual luego que lo supo envió a ciertos caballeros con cantidad de gente para que prendiesen al rey Chimalpopoca y que en una jaula fuerte lo pusiesen dentro de su propia ciudad con bastantes guardas y por

medida le diesen la comida y Tecuhtlehuacatzin solo fuese sacrificado. Lo cual se puso luego en efecto, de manera que no salieron con su intento Chimalpopoca y su consejero Tecuhtlehuacatzin, porque los mexicanos se veían muy faltos de fuerzas para poder resistir la furia y enojo de un tan poderoso tirano como era Maxtla. Nezahualcoyotzin tuvo aviso de su hermano Yancuiltzin de todo lo atrás referido y cómo su tío el rey Chimalpopoca quedaba preso y muy afligido y que casi apenas le daban de comer. Se determinó de ir a ver al tirano y pedirle de merced soltase a su tío y le perdonase si en algo le había ofendido; lo cual puso por obra llevando consigo a Tzontecochatzin y asimismo de vuelta de ver a su tío si otra cosa no alcanzaba. El cual llegó a la ciudad de Azcaputzalco ya noche y se fue derecho a casa de un caballero llamado Chacha que era camarero del emperador Maxtla, a quien dijo cómo venía a besarle la mano al gran señor; respondióle que fuese muy bien venido, que por la mañana le llevaría y daría orden de que le viese y así amanecido que fue, lo llevó a palacio y lo metió allá dentro de los cuartos en donde asistía Maxtla, pidiéndole este caballero diese auditorio a Nezahualcoyotzin que le venía a ver y mandándole parecer ante sí, Nezahualcoyotzin le saludó y entre otras razones, le dijo: «Muy alto y poderoso señor; bien entiendo y conozco, que el gran peso del gobierno del imperio de vuestra alteza le tendrá afligido y con cuidado; yo vengo a pedirle y suplicarle por el rey Chimalpopoca mi tío, a quien como pluma preciosa que estaba puesta sobre vuestra imperial cabeza, la tiene quitada y el collar de oro y pedrerías con que su real cuello adornaba lo tiene desatado y en sus manos asida y apretado; a quien suplico como rey piadoso eche en olvido la venganza y el castigo y ponga los ojos en el desdichado viejo, que está su cuerpo desflaquecido y desamparado de los bienes y fuerzas de la naturaleza». Habiendo oído estas razones Maxtla dijo a su camarero Chacha: «¿Qué te parece de esto? Nezahualcoyotzin mi hijo es verdadero amigo

mío, pues pide que eche en olvido mi venganza; vosotros los tepanecas ¿cuándo diréis otro tanto?». Y a Nezahualcoyotzin le dijo: «Príncipe, no te entristezcas, que no es muerto el rey Chimalpopoca; anda a verlo y visitarlo, que yo le prendí por los alborotos que andaba haciendo y mal ejemplo que dio a la gente popular y mala nota a los mexicanos y tú Chacha, ve con él para que los de la guarda se lo dejen ver». Esta diligencia hizo Nezahualcoyotzin por ver si a su tío Chimalpopoca podía libertar de la prisión en que estaba. Despedido que fue de Maxtla Nezahualcoyotzin, se fue con el camarero a la ciudad de México Tenochtitlan a verse con su tío y Maxtla, luego que salió de su casa, envió a otro camarero suyo llamado Huecan Mécatl a que fuese a ver a Tlailótlac Tecuhtzintli, un caballero de los de su consejo y parlamento, enviándole a decir por extenso todo lo que había pasado con Nezahualcoyotzin sobre pedir la libertad de su tío Chimalpopoca y cómo era ido a verle; que le enviase su consejo, si mataría primero a Chimalpopoca y a Tlacateotzin y después a Nezahualcoyotzin, pues lo dejó muy encargado su padre el emperador, lo cual por negligencia suya se había dilatado. El consejero envió a decir que a su alteza no le diese pena, pues estaba todo debajo de su mano; que bien podía comenzar a ejecutar su rigor y justicia por donde quisiese y fuese servido; que aunque matase luego a Nezahualcoyotzin, que nadie se atrevería a irle a la mano y pues era su voluntad que muriese primero Chimalpopoca y Tlacateotzin, que así se hiciese; que Nezahualcoyotzin no se escaparía de sus manos, pues no se podía meter dentro de los árboles ni las peñas. Vistas las razones Maxtla de su consejero, no quiso por entonces matar a Nezahualcoyotzin, el cual con su sobrino Tzontecochatzin, habiéndoles dejado entrar las guardas, visitó a su tío y entre otras razones que le dijo fueron: «Poderoso señor, trabajos son éstos y esclavitud que padecen los príncipes y señores en el discurso de sus reinados: pague y satisfaga los lances que promete el reinar y

mandar entre tiranos: de una cosa se puede consolar, que es dentro de la corte y cabecera del reino que sus padres y abuelos, Acamapichtli y Huitzilihuitl le dejaron y es de tener muy gran lástima de la calamidad de sus súbditos y vasallos, pues están con tanta aflicción los mexicanos y tenochcas, hasta ver en qué ha de venir a parar esta prisión y calamidad de vuestra alteza y qué es lo que pretende hacer el tirano Maxtla, que ya yo fui a verle». Chimalpopoca le respondió: «Príncipe mío, qué osadía y atrevimiento es el vuestro en haber venido hasta aquí con tanto riesgo de vuestra persona a verme, que bien lo podíades haber excusado, pues no ha de ser de ningún efecto para poder atajar el rigor que contra mí quiere ejecutar Maxtla; lo que os pido y encargo es, que os juntéis con vuestro Itzcohuatzin y con vuestro primo Moctezuma y os aconsejéis lo que mejor os conviniere, porque tú serás el bastimento y munición de los mexicanos y aculhuas, no por vuestra negligencia los desampararéis y advertido que por donde quiera que estuviéredes, vuestra silla y asiento esté trasminado, no en algún tiempo pronuncia sentencia de muerte el tirano Maxtla; andad siempre sobre aviso y con cuidado». Dichas estas razones y otras muchas, se quitó las joyas de oro y piedras preciosas con que tenía adornada su cabeza, rostro y cuello y se las dio a su sobrino Nezahualcoyotzin y a Tzontecochatzin le dio unas orejeras y bezotes de cornelinas; con que los despidió. Idos que fueron, llegó mandato del tirano Maxtla para que lo soltasen de la prisión en que estaba el rey Chimalpopoca, lo cual se cumplió luego y las guardas fueron despedidas.

Capítulo XXIV. De cómo se escapó Nezahualcoyotzin por dos veces de las manos del tirano y de la muerte del rey Chimalpopoca y de Tlacateotzin señor de Tlatelolco

Muy en el alma de Nezahualcoyotzin quedaron escritas las palabras de su tío Chimalpopoca, por cuya causa no tan solamente guardó y cumplió sus consejos, que alegóricamente y por metáforas le había dicho, sino que también ejecuto y guardo el sentido literal de ellas, pues así como llegó a la ciudad de Texcoco, mandó luego de secreto trasminar las paredes por donde cabía su estrado y asiento, que después le valió para escaparse con la vida (como delante se dirá); el cual hecha esta diligencia, se volvió a la ciudad de Azcaputzalco para ver al tirano y darle las gracias de la merced que a su tío le había hecho en soltarle, a donde llegó al amanecer y se fue luego a palacio, en cuyo patio principal vio mucha gente armada y por las paredes arrimadas muchas lanzas y rodelas, que el rey Maxtla acababa de mandarles a que fuesen a la ciudad de Texcoco a matarle y viéndole uno de aquellos capitanes, se adelantó a recibirlo y le dijo: «Seáis muy bien venido, señor, que en este punto el rey nos despacha para vuestra ciudad y corte a buscar a Páncol, que anda herido» y luego lo llevo a una sala para que allí aguardase lo que Maxtla mandaba y determinaba. Nezahualcoyotzin, pasando por entre aquellos soldados los saludó a todos y les dijo quería ver al gran señor. Y uno de los criados de palacio avisó luego al rey cómo le quería ver y estaba aguardando en una sala Nezahualcoyotzin; al cual mandó llamar y yendo a su presencia, le volvió el rostro y no le quiso hablar y Nezahualcoyotzin vido que allí en un estrado estaba con las damas y concubinas de su tío el rey Chimalpopoca, las cuales se decían la una de ellas Quetzalmalin y la otra Pochtlampa y dándoles Nezahualcoyotzin al rey unos ramilletes de flores en las manos, no los admitió y así los puso delante de él y hablando con él, no le respondió. Visto esto,

Nezahualcoyotzin se salió y Chacha el recamarero le dijo en secreto cómo el rey su señor había mandado matarle y aquella gente armada que había visto en el palacio, las acababa de despachar para el efecto; que procurase salirse y escapar con la vida, si hubiese lugar y así Nezahualcoyotzin se salió por un postigo, que entraba a unos jardines que el rey tenía dentro de su palacio y se fue a una sala grande que el techo tenía de paja y a Xiconocatzin que era el que había venido a acompañarle desde la ciudad de Texcoco, le mandó que se pusiese a la puerta y mirase si parecía alguno mientras él se escapaba y salía y que si viniesen a buscarle, dijese que había salido fuera a cierta necesidad que se le había ofrecido y que si pudiese escapar, que cerca de Tlatelolco le aguardaba. Y así desbaratando el techo de la sala en la parte que vio más conveniente se salió por allí y se fue huyendo a la parte referida. Aún no había bien escapado, cuando a gran prisa vinieron ciertos capitanes derechos a Xiconocatzin, al cual le dijeron que le fuese a llamar porque el rey le buscaba. El cual no aguardó más razones porque luego se salió de palacio a toda prisa, poniendo su persona en cobro hasta ir a alcanzar a Nezahualcoyotzin y ya a esta razón toda aquella gente de guerra y guarda del rey estaba alborotada y buscándole por toda la ciudad y aunque algunos de los que habían ido en su seguimiento, le habían dado alcance, era tan ligero, que se les fue de entre las manos, amenazándolos que antes de mucho a su sangre y fuego los destruiría. Cerca de Tlatelolco, después de haber pasado los peligros y trances referidos se juntaron Nezahualcoyotzin y Xiconocatzin, los cuales iban muy fatigados de hambre, que los obligó a comprar de comer en las primeras casas que toparon de la ciudad y luego se embarcaron y pasaron a su ciudad de Texcoco. Y viendo el tirano Maxtla que Nezahualcoyotzin se había escapado y los soldados no lo habían podido matar, ejecutó en ellos su ira y rigor, no dejando a ninguno con vida y luego despachó a México con mandato expreso matasen a Chi-

malpopoca y a Acateotzin y yendo derechos a Tenochtitlan, hallaron que el rey estaba en una sala del templo, en donde estaban labrando unos escultores a un ídolo llamado Techuxílotl, los cuales luego que vieron al rey lo apartaron de entre aquellos oficiales y lo llevaron a otra sala del templo, que se decía Huitzcali, como que querían tratarle de algunas cosas graves y estando con él a solas en aquella sala, lo mataron dándole en la cabeza con una porra y así como salieron de la sala dijeron a los mexicanos que entrasen a ver a su señor que quedaba durmiendo y ellos se fueron a gran prisa hacia Tlatelolco. Los mexicanos viendo a su rey muerto, se fueron en seguimiento y habiéndolos alcanzado tuvieron una refriega con ellos. Aunque Tlacateotzin se pudo escapar por entonces, entrándose en una canoa grande cargada de preseas de oro y pedrería y tomando la vía de Texcoco se fue huyendo por la laguna. Los tepanecas dieron tras de él y lo alcanzaron en medio de ella y lo alancearon; que éste fue el fin que estos dos señores mexicanos tuvieron. Después de muertos los cogieron los mexicanos sus vasallos y les hicieron las exequias y honras que ellos acostumbraban y harto quisieran vengar esta injusticia; mas lo remitieron a otra ocasión, porque sus fuerzas no eran bastantes para ello y lo que a la sazón les importaba era darles sucesores, que los rigiesen y gobernasen y así los tenochcas juraron y dieron la obediencia a Itzcoatzin, hermano menor de Chimalpopoca, persona en quien concurrían todas las partes y requisitos necesarios a un rey en una ocasión de tanta calamidad y aprieto. Los tlatelolcos eligieron por su señor a Quautlatoatzin, no menos valeroso que el rey Itzcoatzin.

Capítulo XXV. De cómo por otras dos veces escapó Nezahualcoyotzin de las manos de sus enemigos

Muertos los señores mexicanos solo restaba al tirano Maxtla quitar la vida al príncipe Nezahualcoyotzin, para poder gozar del imperio sin contradicción de persona alguna y aunque había hecho diligencia la vez pasada, no tuvo efecto y así prosiguió a hacer su negocio por otra vía y fue que dio orden con su sobrino Yancuiltzin, el hermano bastardo del príncipe Nezahualcoyotzin, para que en un convite y estando seguro en su casa lo matase. Huitzilihuitzin, un caballero de la ciudad de Texcoco, dado a la ciencia de los astros y ayo suyo, supo esta traición y según su ciencia hallaba, que corría gran detrimento su persona si en este convite se hallaba y para librarle de él dio orden que se trajesen un mancebo labrador, natural de Coatépec en la provincia de Otompan, que se parecía al príncipe y era de su misma edad, al cual tuvo algunos días, que no fueron muchos, en secreto, industriándole del modo de cortesía y usanza que tenían los príncipes; que para el efecto Nezahualcoyotzin había dilatado el convite que su hermano le ofrecía (y era costumbre en semejantes convites y saraos entrar en ellos desde prima noche a una danza general que se hacía) y así llegando el mancebo aunque muy descuidado del riesgo en que estaba, ataviado con vestimentas reales y sentado en el trono real y en su compañía los criados ayos y privados de Nezahualcoyotzin, llegó Yancuiltzin su hermano para llevarle a las fiestas y saraos que en su casa se hacían, con grande acompañamiento y por las salas, calles y patios por donde había de pasar estaban encendidos unos hachones de tea; el cual después de haberles hecho sus cumplimientos, lo llevó a su casa y luego que entró en ella comenzó la danza y a tres vueltas que habían dado en ella, llegó un capitán por las espaldas y le dio un golpe por la cabeza con una porra que cayó aturdido y luego incontinenti le cortaron la cabeza y la

llevaron por la posta al rey Maxtla, teniendo por muy cierto ser Nezahualcoyotzin. El cual habiendo estado a la mira, luego que supo la muerte que se le dio al que representaba su figura se embarcó para la ciudad de México a darle el parabien a su tío Itzcoatzin de la nueva elección y al amanecer llegó a palacio y entró luego a visitarle y estando platicando con él dentro de poco rato llegaron unos mensajeros del rey Maxtla que traían la cabeza del mancebo, dándole parte cómo ya era muerto el príncipe Nezahualcoyotzin. Los mensajeros viéndole vivo allí con su tío, se quedaron espantados y admirados y conociendo lo que en sus ánimos tenían, les dijo que no se cansasen en quererle matar, porque el alto y poderoso dios le había hecho inmortal. Los cuales luego al punto se fueron con esta nueva a su rey y habiendo oído el caso fue tan grande el enojo e indignación que recibió, que mandó luego juntar sus gentes y envió un razonable ejército a la ciudad de Texcoco en donde sabía estar ya de vuelta Nezahualcoyotzin, dando órdenes a cuatro capitanes que iban acaudillando el ejército, que con toda brevedad entrasen en la ciudad de Texcoco y repartiesen en toda ella los soldados que llevaban, para que tomadas todas las calles, entradas y salidas de la ciudad, ellos con la gente que les pareciese, entrasen en donde quiera que estuviese Nezahualcoyotzin y lo matasen. Los cuales salieron con su ejército marchando hacia Texcoco. Nezahualcoyotzin luego al punto tuvo aviso por medio de Totomihua, señor de Coatépec y llamó a consejo a lo que había de hacer y así en sus palacios llamados Cillan, se juntaron Quauhtlehuanitzin, su hermano mayor hijo natural de su padre, Tzontechochatzin y otros caballeros que eran de su banda, y les dijo cómo el día siguiente venían sus enemigos a matarle y que estaba determinado a recibirlos y no huirles el rostro. Respondió Quauhtlehuanitzin y le dijo: «Hermano y señor mío, haced el corazón ancho para que podáis resistir los golpes de la fortuna, pues os dejó en estos trances y peligros vuestro padre Ome Tochtli Ixtlilxóchitl y

bien vistéis los trabajos y persecuciones que hubo hasta venir a morir en la demanda, quedando su cuerpo por fundamento, cimiento y muralla del imperio de los chichimecas y reino de los aculhuas y al presente ya ha visto vuestra alteza lo que pasa con los mexicanos, pues el tirano Maxtla no paró hasta matar al rey Chimalpopoca su tío. ¿Qué mayor riesgo y calamidad puede haber en e mundo como el que ahora pasa?». Y luego Tzontechochatzin le dijo: «Poderoso señor, grandes son los trabajos y esclavitud que padece vuestra alteza, en que le dejaron el rey Ixtlilxóchitl mi señor y su capitán general Chihuacuecuenotzin mi padre, cuando les dio el tirano Tezozómoc aquella cruel muerte así no puedo decir ni traer a la memoria otra cosa a vuestra alteza, ni puedo darle ningún consejo en donde está el señor Quauhtlehuanitzin, su hermano». Acabada esta razón torno a proseguir en su conversación y plática Quanhtlehuanitzin diciéndole: «Señor ¿qué es lo que pretende el tirano Maxtla, sino lo que tiene dicho a vuestra alteza y le aflige el alma?». A lo cual Nezahualcoyotzin dijo: «Mañana será muy bien que haya juego de pelota con que nos entretendremos entre tanto que llegan los tepanecas nuestros enemigos y Coyohua saldrá a recibirlos y los aposentará en mi casa, donde sus personas serán servidas y regaladas». Y habiendo tratado de otras cosas convenientes a este propósito, estando muchos soldados a la mira por si fuese necesario socorrerle y defenderle de sus enemigos, a la noche envió a un criado suyo llamado Tehuitzil que fuese a ver a su maestro Huitzilihuitzin, por cuya orden se regía, dándole aviso de cómo se había determinado de recibir a sus enemigos y que ya era tiempo de poner en ejecución lo que le tenía aconsejado sobre recobrar el reino de los aculhuas e imperio de los chichimecas, porque tenía por nueva muy cierta, que el día siguiente habían de venir a matarle. El cual oídas las razones que traía el mensajero de parte de su discípulo, comenzó a llorar y le respondió diciendo: «Tehuitzil, ve a decirle al príncipe mi hijo Acolmiztli

Nezahualcóyotl que tenga ánimo y valor y comience a hacer lo que debe, que ya le tengo aconsejado cómo y cuándo y las partes de dónde le ha de venir el socorro, como son de las provincias de Huexotzinco y Tlaxcalan, Zacatlan y Tototépec; que ya los conoce que son hombres valerosos y los más son chichimecas y otros otomíes y éstos no lo desampararán antes emplearán sus vidas por él» y con esto despidió al mensajero. Oídas estas razones de su ayo y maestro, luego aquella noche comenzó a hacer sus despachos a los señores que le eran y así envió a un criado suyo llamado Coztotolomi Tocultécatl a la ciudad de Huexotzinco dando aviso a Xaya Camechan señor que a la sazón era, del peligro y riesgo en que quedaban y que ya era tiempo de que le favoreciese para vengar la muerte del rey Ixtlilxóchitl su padre y señor, recobrar el imperio y castigar a los rebeldes y que no sería razón que el tirano antes que sus deseos se lograsen, le quite la vida. Despachado este mensajero, luego el día siguiente se pusieron el y todos los suyos a la orden en el juego de la pelota para aguardar a los enemigos, que era cerca de la puerta del palacio; quienes haciendo todo lo que el rey Maxtla les había mandado, se vinieron los cuatro caudillos a alacio con alguna de la gente que traían consigo y así como fue, vieron que llegaba cerca Coyohua a quien se le dio el cargo de recibirlos y dándoles la bienvenida, le preguntaron dónde estaba Nezahualcoyotzin; el cual les dijo que entrasen a descansar un rato, que luego al punto saldría a verse con ellos. Entrados que fueron en una sala de palacio que estaba frontero a la sala real, salió Nezahualcoyotzin y dándoles ramilletes de flores y pebetes de liquidámbar, les dijo que fuesen bien venidos y que descansasen, que a su casa habían venido. Los cuales dijeron que habían venido a jugar a la pelota con él y les replicó que comiesen primero un bocado, que tiempo había para todo; luego mandó poner las mesas y darles muy espléndidamente. Y en el ínterin que esto se hacía y ellos comían, se fue a la sala referida en donde se sentó en su silla y

trono, de manera que los enemigos le tenían a la mira y estando muy contentos comiendo, cuando le pareció que ya era tiempo de poder salir por lo trasminado de su silla y asiento (como atrás queda referido), Coyohua su criado le hizo señal para que saliese, que fue a salir de la puerta de la sala sacudiendo la manta y quitándose ciertas motas de ella, con lo cual Nezahualcoyotzin se salió por el agujero y mina referida hasta otro que estaba hecho por un caño de agua, que entraba dentro de palacio, con que se pudo librar y le aprovechó el consejo de su tío Chimalpopoca. Habiendo acabado de comer los cuatro caudillos, luego se fueron a la sala en donde entendían hallar a Nezahualcoyotzin, los cuales hallándole menos, asieron a Coyohua y queriéndolo matar, les dijo que de muy poco efecto les era matarle, que era un pobre viejo, que mejor les fuera escapar sus personas, porque tenía entendido, que no saldrían de palacio con las vidas, según la gente de guerra que tenía Nezahualcoyotzin junta para defenderse de ellos. Oídas estas razones por los caudillos, aunque fingidas, fue grande el terror y espanto que les causó y salieron a gran prisa huyendo de palacio, invocando y llamando a sus soldados para hacerse fuertes y pelear con los que Nezahualcoyotzin entendían tenía en su defensa; con lo cual Coyohua quedó libre y escapó de sus manos quedándose ellos burlados. Toda aquella noche estuvieron e vela parte de ellos y otros anduvieron en busca de Nezahualcoyotzin.

Capítulo XXVI. De la vida y peregrinación de Nezahualcoyotzin por las montañas y desiertos hasta llegar a donde vivía Quácoz un caballero de nación otomí

Luego que Nezahualcoyotzin se escapó, dentro de pocas horas tuvo aviso de ello el tirano Maxtla, el cual envió por toda la tierra a mandar a los señores que a donde quiera que lo viesen se lo prendiesen y vivo o muerto se lo enviasen, prometiendo muy grandes dones y mercedes al que tal hiciese y asimismo mandó pregonar en todas las ciudades, Pueblos y lugares del reino de Texcoco, que a cualquier hombre que lo descubriese, si era mancebo soltero se le daría mujer noble y hermosa con tierras y cantidad de vasallos, aunque fuese de condición plebeyo y a los que fuesen casados, en lugar de la mujer se les daría cierta cantidad de esclavos y esclavas y lo demás referido. Todo lo cual se puso por obra y andaban los tepanecas como perros rabiosos buscando a Nezahualcoyotzin en toda la tierra y en más de cien leguas en circunferencia no había pueblo ni lugar en donde no anduviesen por cuadrillas buscándole como dicho es. El día que Nezahualcoyotzin se escapó por la mina y agujero que tenía hecho, se decía ce cuezpalin a los doce días andados de su séptimo mes llamado huey tecuhílhuitl, que es conforme a nuestra cuenta a veinte de julio del año que atrás está dicho; el cual así como salió de aquel peligro se fue a una casa que estaba cerca de la ciudad que se decía Coatlán y era de un vasallo suyo que se llamaba Tozoma, a quien dio cuenta de su peligro y cómo venía huyendo de sus enemigos; el cual porque cerca de allí venían, lo escondió debajo de una tarima sobre la cual puso mucho nequen que es el hilo que se saca del maguey y entrándole a buscar por toda la casa y no hallándole, aporrearon a todos los de la casa para que lo descubriesen, los cuales y Tezoma estuvieron tan constantes que de ninguna manera lo descubrieron, antes murieron dos viejos que allí estaban, de los golpes que les dieron. Idos que fueron

salió de donde estaba escondido y lavándose el rostro y la cabeza, les dio las gracias y prometió de galardonarles su fidelidad y fue subiendo por una loma arriba en donde tornó a ser descubierto de los enemigos y llegando cerca de una mujer que estaba segando chian, le dijo que le diese orden de esconderlo con aquellos manojos que segaba antes que los enemigos asomasen; la cual con toda presteza lo escondió debajo de un montón que hizo de los manojos y así como llegaron los tepanecas, le preguntaron por él y ella con mucha disimulación les dijo que había muy poco que por allí pasó corriendo y que llevaba según parecía la vía hacia Huexotla; los cuales por alcanzarle fueron por aquella parte a gran prisa. Nezahualcoyotzin dio la vuelta y se fue al bosque de Tezcutzinco en donde durmió aquella noche y despachó sus mensajeros a diversas partes; a Tecuxólotl que fuese a la provincia de Chalco y de su parte pidiese socorro de gente a Totoquioztzin y a Quateotzin señores del pueblo de Amanalco y de parte de Huitzilihuitzin su ayo y maestro, le pidiese el mismo socorro a Toteotzintecuhtli cuñado suyo, señor supremo que a la sazón era de toda aquella provincia. Otro día muy de mañana fue subiendo Nezahualcoyotzin por la montaña arriba y por ir con más seguridad mandó a dos criados suyos llamado el uno Colícatl y el otro Calminilólcatl, que el uno de ellos fuese delante de él y el otro algo distante de donde iba y que fuesen mirando y reconociendo si parecían en alguna parte sus enemigos y descubriendo algo de esto, la seña que habían de dar fuese tosiendo, con lo cual pudo muy a su salvo proseguir su viaje sin que fuese visto de sus enemigos y llegando a un puesto que se dice Metla, allí le dio de comer un criado suyo llamado Tecpan; de allí después de haber comido se fue por un lugar que se dice Zacaxachitla a otro en donde vivía un caballero de nación otomí llamado Coácoz que había sido paje de la reina su madre, en donde hizo noche aquel día; aunque por poco sus enemigos lo prenden, si Coácoz no se diera tan buena maña, pues habi-

endo descubierto que los enemigos iban hacia su pueblo, convocó de presto a todos los otomites que eran los vecinos de allí, a quienes les mandó viniesen todos con sus arcos y flechas y puso el atambor en medio del patio de su casa, dentro de él metido Nezahualcoyotzin, empezó a tocarle y a cantar todos a usanza de guerra. Llegados que fueron los tepanecas, les preguntaron, qué era lo que buscaban; ellos dijeron que al príncipe Nezahualcoyotzin. Coácoz les dijo, que aquel puesto no era para los príncipes, que en la corte asistían y moraban y que ellos debían ser algunos salteadores, pues venían armados y traían aquel achaque y empezando a apellidar su gente embistieron con ellos, echándolos, los cuales se fueron huyendo, heridos los más de ellos; con lo cual no osaron parar en toda aquella montaña. Y otro día siguiente Coácoz llevó a Nezahualcoyotzin a un puesto muy oculto, fragoso y peñascoso, en donde le tenía aderezada una choza y allí le dijo se estuviese hasta tanto que veía si los enemigos se alejaban de aquellas montañas para que pudiese proseguir su viaje con seguridad y que allí estuviese cierto lo estaría. Nezahualcoyotzin le dijo que la mayor pena que tenia era de su casa, si los enemigos la habían saqueado y llevado presas a las damas de palacio. Coácoz le dijo que él iría a ver lo que había y que traería a las damas allí donde estaba y le quitaría aquel cuidado y pena. Agradecióselo Nezahualcoyotzin, encargándole lo hiciese con recato y cuidado. Coácoz lo hizo con todo cuidado y dentro de pocos días llegó a palacio, en donde halló a las damas bien afligidas y les dijo que mudasen los trajes en otros pobres de la gente plebeya, porque venía por ellas de mandato del príncipe su señor y que su hato lo llevaría por delante un criado que allí traía y que ellas se fuesen por donde las guiase y que unas veces irían por delante y otras atrás, de manera que no echase nadie de ver que las llevaba y a los de palacio mandó mirasen por toda la casa y que si preguntasen por las damas nadie dijese a donde habían ido. Y caminando con ellas, allí cerca de un cerro llamado Pat-

lachiuhcan, en el puesto que llaman Olopan, encontró con los enemigos que buscaban al príncipe Nezahualcoyotzin, los Cuales siguieron y le preguntaron que a dónde estaba, pues aquellas mujeres que iban allí, debían ser algunas damas de él. A que les respondió que él no conocía quien era Nezahualcoyotzin, que él era de nación chichimeca y que toda su vida había criádose en aquellas sierras y montañas. Y conociéndolo en el bárbaro lenguaje y traje que tenía, no hicieron caso de él y así prosiguió su camino hasta que llegó con ellas a donde estaba Nezahualcoyotzin el príncipe, a donde a esta sazón estaban ya con él su hermano Quauhtlehuanitzin y su sobrino Tzontechochatzin. Otro día de mañana salió Nezahualcoyotzin de aquel puesto y se despidió de Coácoz diciéndole éste, que no le iba sirviendo porque los enemigos no lo siguiesen, echándolo menos a él y por su causa lo descubriesen, porque sería forzoso venirle a buscar por el mal tratamiento que los días antes les había hecho; pero que allí estaban seis otomites llamados Nochcoani, Nolin, Coatltlalolin, Toto y Xochtónal, que ellos irían siempre descubriendo tierra por ser montaraces y saber todas aquellas entradas y salidas de la tierra. Agradeciéndole el príncipe los servicios que le había hecho prosiguió su camino y los otomites unos se adelantaron y otros se quedaron atrás y como que andaban cazando exploraron la tierra y fueron guardando a Nezahualcoyotzin, con el cual iban Quauhtlehuanitzin y Tzontechochatzin.

Capítulo XXVII. Que trata cómo fue prosiguiendo Nezahualcoyotzin su viaje y peregrinación hasta Capolac y las cosas que le sucedieron en el camino

Ya que llegaba el príncipe Nezahualcoyotzin cerca de un lugar que se dice Tlecuílac, iba muy triste y pensativo considerando las calamidades y trabajos que padecía desde la muerte de su padre; volvió los ojos y vio la mucha gente que le seguía, que eran muchos de los ciudadanos de Texcoco y algunos caballeros y todos los más de sus tíos y criados y hablando con ellos les dijo con algún sentimiento y enojo: «¿A dónde vais?, ¿a qué padre seguís que os ampare y defienda? ¿no me veis cuan solo y afligido voy por estas montañas y desiertos siguiendo las veredas y caminos de los conejos y venados y que no sé a donde voy si seré bien recibido y mis enemigos me darán alcance y me matarán pues mataron a mi padre que era más poderoso, que yo soy huérfano y desamparado de todos? Volveos a vuestras casas no muráis conmigo, no por mi causa caigáis en desgracia del tirano y perdáis vuestras casas y haciendas». Quauhtlehuanitzin y Tzontecochatzin con todos los demás le respondieron, que ellos con toda su voluntad le querían ir siguiendo y morir en donde muriese. Oyendo esto se enterneció mucho Nezahualcoyotzin y comenzó a llorar y con él toda aquella gente que le acompañaba y vuelto en sí les agradeció y les rogó que se volviesen a sus casas, que desde ellas le podían servir en conocer y adquirir los designios del tirano y de sus enemigos y que él tendría muy particular cuidado de irles avisando de todo lo que le aconteciese en su viaje y demanda y así se volvieron todos quedando solos aquellos que fueron necesarios para el servicio de su persona y asimismo porfiaron de ir con él Quauhtlehuanitzin su hermano y Tzontecochatzin su sobrino, diciéndole que de ninguna manera se volverían, pues que el mismo riesgo que corría su alteza corrían ellos el día que fuesen vistos y que así donde quiera que

fuese le querían ir siguiendo. Prosiguieron su camino para subir por una montaña que se dice Papalotépec hasta que llegaron por encima de una sierra que se llama Huilotépec, que ya era a puesta del Sol, desde donde reconoció el paraje en donde estaba, mirando hacia los llanos de Huexotzinco que estaban ya oscuros con las sombras de las sierras y por la otra parte descubrió la sierra del pueblo de Tepepulco, que todavía reverberaba en ella alguna claridad de los rayos del Sol; desde donde envió segundo apercibimiento a los señores de la provincia de Huexotzinco y que en Capolapan aguardaba la resolución del día que le habían de dar socorro. Los que llevaron este mensaje, el uno se llamaba Coyohua y el otro Zeotzíncatl. Y habiendo dormido en esta sierra esta noche, luego el día siguiente por la madrugada prosiguió su viaje y bajando por unas lomas fue a dar en unas sementeras cerca de unas cuevas que había y por allí pasaba un camino en donde reconocieron que venía una tropa de soldados, que eran los enemigos que habían andado en las provincias de Huexotzinco y Tlaxcalan en su busca; por lo cual Nezahualcoyotzin y los que iban con él se escondieron entre unos matorrales de saúcos que cerca del camino estaban y al emparejar los enemigos donde estaban escondidos encontraron con un mancebo aldeano, natural de por allí cerca, que iba cargado con chían, a quien preguntaron por Nezahualcoyotzin si lo había visto, el cual les respondió que no le conocía; y despidiéndose de él le encargaron que si lo viese diese aviso de él a los tepanecas, que le harían las mercedes que estaban promulgadas. Y visto Nezahualcoyotzin que los enemigos iban lejos, prosiguió su camino y alcanzó al aldeano el cual le dijo lo que había pasado con aquellos soldados con quienes había encontrado. Nezahualcoyotzin le dijo que si viese a quien buscaban ¿si lo iría a denunciar?: respondió que no. Tornóle a replicar diciéndole, que haría muy mal en perder una mujer hermosa y lo demás que el rey Maxtla prometía; el mancebo se rió de todo, no haciendo caso ni de lo

uno ni de lo otro. Y prosiguiendo el príncipe su camino por la vía de Yahualiuhcan, en la mitad del Mihua uno de sus criados le alcanzó con comida y habiendo comido llegó a Yahualiuhcan en donde hizo noche y luego otro día se pasó a otro lugar que se dice Quauhtépec en donde hizo asimismo noche y llegaron allí mensajeros de la ciudad y provincia de Huexotzinco que enviaban los señores a consolarle y que para el día citado le ayudarían con todo su poder y asimismo le trajeron un gran presente de mantas y mucho bastimento que los señores Xayacamachan y Temayacuatzin le enviaban. Otro día siguiente se fue a un lugar que se dice Calnapanolco sujeto a la provincia de Tlaxcalan, en donde Tlotlililcauhtzin embajador de la señoría le consoló y le prometió el socorro de gente y bastimentos para recobrar su reino y el imperio de los chichimecas, dándole asimismo cantidad de mantas y bastimentos que le enviaba de presente la señoría; y habiendo dormido en este lugar otro día por la mañana le dijo el enviado que le había de llevar a otro puesto que se decía Calpolalpan en donde la señoría le tenía puestos muy grandes jacales en que pudiese albergarse con todo su ejército y desde allí saldría con el ejército por la vía de Texcoco y el día que llegó a este puesto llegaron todos los más de los mensajeros que había despachado a diversas partes con nueva del socorro que le venía, en especial los de Zacatlan, Tototépec, Tepeapulco, Tlaxcalan y Cempoalan y otras partes que se juntaron dentro de cuatro días en este puesto y los de Huexotzinco, Chololan y Chalco, que el mismo día que llegase a ellos llegarían a vista de Coatlichan; con que quedó muy consolado y las esperanzas ciertas de su buen suceso.

Capítulo XXVIII. De cómo marchó con un poderoso ejército el príncipe Nezahualcoyotzin por la vía de Texcoco y cómo recobró el reino de los aculhuas y algunos acontecimientos notables que hubo

Por ser una de las cosas que más específicamente trata la historia general del imperio de los chichimecas, el menaje que hizo Tecuhxólotl a la provincia de Chalco, como atrás queda referido, no será razón dejarlo en silencio, ni lo. que acaeció a Huitzilihuitzin, el maestro de Nezahualcoyotzin y es que después que lo dejó aquella noche dormido en el bosque de Tetzcutzinco, se vino a su casa con Tecuhxólotl, desde donde lo despachó a la provincia de Chalco y no lo hubo bien despachado, cuando entraron los enemigos y lo llevaron preso ante Yancuiltzin (que por orden de su tío Maxtla se había hecho señor de la ciudad de Texcoco), el cual le mandó dar tormentos de cordeles para que el viejo descubriese en dónde estaba su discípulo Nezahualcoyotzin y viendo que no quería confesar, lo mandó sacrificar en un templo del ídolo Comaxtla que allí cerca estaba y habiéndolo llevado encima de su templo para el efecto referido, se levantó una gran borrasca y viento que comenzó a arrancar algunos árboles y destechar las casas, el cual a las vueltas se llevó al referido viejo y a un gran trecho de allí fue a echar, de manera que dos hijos que tenía y estaban con el cuidado desde lejos mirando en lo que había de parar, lo llevaron a esconder en donde lo curaron. A Tecuhxólotl lo llevó por la vía de Chalco y viéndose libre del acaecimiento, se fue por las sierras y montanas porque no fuese visto de los enemigos; se perdió en lo más fragoso de ellas, hasta que fue a dar con un león muy feroz y queriendo lo sacó de toda aquella montaña hasta ponerlo a la salida del pueblo de Tlamanalco, en donde dio su embajada a Totequztecutli y a Quatcotzin, que sintieron infinito los trabajos y persecuciones del príncipe Nezahualcoyotzin; y como en aque-

lla ocasión Toteotzintecuhtli era el supremo señor, le dijeron fuese a él, que ellos estaban muy llanos a dar el socorro que se les demandaba y así fue a donde asistía y tenía su corte Toteotzintecuhtli y ante todas cosas habló con Atotoztzin su mujer hermana de Huitzilihuitzin, la cual afligida y llorosa de los trabajos del príncipe, le prometió de que haría todo lo posible para que Toteotzintecuhtli su marido diese el favor que se le pedía. El cual aquel día mandó llamar a todos los señores y gente ilustre para que el otro siguiente estuviesen en su corte y viesen si les convenía dar el socorro que Nezahualcoyotzin les pedía y luego antes que amaneciese mandó poner en un teatro que en la plaza estaba a Tecuhxólotl atado muy fuertemente de pies y manos en un palo, de tal modo que parecía crueldad y llegada la hora que los señores y caballeros estaban juntos y la plaza llena de gente, mandó descubrir al mensajero Tecuhxólotl y a un pregonero que a voces dijese a lo que venía para que los de la provincia dijesen su voluntad; porque si querían dar el socorro, que Toteotzintecuhtli lo mandaría soltar y enviar libre y donde no, lo mandaría matar. Dado el pregón causó muy gran lástima y a voces decían todos que soltase al preso que ellos querían dar el socorro y ayuda que pedía Nezahualcoyotzin pues era justa su demanda y con esto mandó desatarle y le envió con buen despacho de su negocio, el cual se fue derecho a donde estaba Huitzilihuitzin y le dio razón de todo lo que le había pasado, quien lo consoló y animó a que prosiguiese su camino hasta Calpolalpan donde estaba Nezahualcoyotzin, como lo dilo y atrás queda referido; y el viejo Huitzilihuitzin se animó de ir a encontrar a Nezahualcoyotzin y llegando por encima de la montaña de Tepetlaóztoc algo aterido del frío, se quiso albergar en una choza que cerca de allí estaba, entendiendo hallaría fuego y no hallándole cogió una poca de ceniza y estregándola con una poca de yerba llamada pisiete para confortarse el estómago, por ser yerba cálida, de súbito se le incendió como si fuera pólvora, lo que le fue muy

alegre presagio del buen suceso que esperaba tener el príncipe su señor, el cual a esta sazón venía marchando con su gente, que aquel día había salido del pueblo de Ahuatépec y vino a salir por encima de Zoltépec, en donde le encontró con sumo gusto y se consolaron los dos y aquel día vino a parar y hacer noche en casa del viejo Huitzilihuitzin en donde le visitaron aquella noche todos los caballeros y señores que eran de su banda y vio por las sierras más altas los humos, señales de fuego, que era lo que estaba tratado entre los señores que le daban su ayuda y socorro y que ya estas gentes estaban cerca porque el día siguiente se había de dar la batalla y en especial estaba todo el poder de los contrarios. La parte de Acolman cupo a los tlaxcaltecas y huexotzincas y a los chalcas cupo el combate de Coatlichan y todo lo demás restante del ejército, así de las provincias que socorrían a Nezahualcoyotzin como de los mismos naturales del reino de Texcoco, tomó para sí Nezahualcoyotzin, lo uno para socorrer a una de las dos partes referidas donde fuese necesario y lo otro para entrar en la ciudad de Texcoco, saquear las casas de sus enemigos y matar a los tepanecas y a los demás que se le resistiesen y así al día siguiente al amanecer se comenzó la batalla por ambas partes y como fue tan súbita la venida de Nezahualcoyotzin y con tanta máquina de gente, en poco espacio de tiempo por más que se defendieron los tepanecas y todos sus consortes, fueron desbaratados y muertos y saqueadas sus casas de las ciudades y lugares de Coatlichan y Acolman y se quemaron los templos y casas por los señores Temoyahuitzin señor de la provincia de Huexotzinco (que fue al que le cupo con los de Tlaxcalan el combate y toma de la ciudad de Acolman); por su mano mató a Teyolcoatzin una de las dos cabezas del reino de los aculhuas, que había hecho el tirano Tezozómoc por ser su nieto. El mismo lance hicieron los chalcas con la otra cabeza llamado Quetzalmaquitztli señor de Coatlichan, asimismo nieto del tirano Tezozómoc, que habiéndose retirado y hecho fuerte en el templo mayor de aquella ciu-

dad con los más principales capitanes de su reino, los mataron y a él le echaron del templo abajo haciéndose pedazos. Nezahualcoyotzin que ambos combates había socorrido, cuando se vio más desocupado, entró por la ciudad de Texcoco asolando las casas de los enemigos, que luego toda la ciudad se le rindió. En Huexotla salió a dar las gracias al ejército de los chalcas, haciéndoles merced de todos los despojos que habían ganado de la ciudad y cabecera de Coatlichan y rindiendo el agradecimiento a sus señores del bien que le habían hecho, los despidió y con ellos les envió a rogar se apercibiesen para recobrar lo restante del imperio, que les avisaría cuándo había de ser. Y de allí dio la vuelta otra vez tomando la vía de Acolman, que ya había tenido aviso de que el ejército de los huexotzincas y tlaxcaltecas se querían volver a sus tierras y así en el pueblo de Chicunauhtla se despidió de ellos, haciéndoles la misma merced que a los de Chalco y dándoles las gracias del bien que le habían hecho y asimismo apercibiéndolos para que cuando les avisase le enviasen el socorro necesario para acabar de recobrar el imperio. Asimismo con las mismas condiciones referidas despidió a los de Zacatlan, Tototépec, Chololan y otros de otras partes; solo quedaron con él todos los soldados sobresalientes que trataban su vida solo en la milicia, con los cuales y con los leales de su reino fortaleció la ciudad de Texcoco y puso sus fronteras por la parte que confinaban con los tepanecas y mexicanos, y con esto quedó en su ciudad triunfante y victorioso.

Capítulo XXIX. Que trata de cómo hasta aquí dio fin la historia general del imperio de los señores chichimecas y en el estado que la dejaron los autores que la pintaron y lo más que el tirano Maxtla hizo en esta ocasión

Maxtla cuando supo que Nezahualcoyotzin se había escapado y que trataba de libertar y recobrar el imperio, luego envió a ofrecer muy grandes dones y mercedes no tan solamente a los de la ciudad de Texcoco y los de aquel reino que eran de la casa y linaje de Nezahualcoyotzin, sino que también hizo lo mismo con todos los demás señores de las provincias de todo el imperio, encargándoles que lo prendiesen y matasen (como está referido). Entre los de los deudos de Nezahualcoyotzin, los que más se aventajaron en darle gusto al tirano y ser contrarios a Nezahualcoyotzin, fueron Nonoalcatzin su cuñado casado con la infanta Tozcuentzin su hermana y su hermano Yancuiltzin y Tochpili, los cuales hicieron todo su posible por matarle, aunque (como queda referido) se quedaron burlados y así los que no murieron en la demanda, se salieron huyendo de la ciudad por no venir a sus manos y pagar su delito. Maxtla viendo que Nezahualcoyotzin había recobrado el reino de los aculhuas, que era la cabeza y el fundamento del imperio de los chichimecas, en tan breve tiempo, que le pareció un rayo que cayó del cielo, pues dentro de catorce días se escapó de sus manos, peregrinó por las montañas, juntó un poderoso ejército sin que fuese sentido y recobró el reino de Texcoco, espantado de esto comenzó asimismo a apercibirse y muy de propósito a atajarle los pasos. En esta sazón tenía muy oprimidos a los mexicanos, que por vengarse de ellos les había impuesto tributos excesivos e imposibles de cumplirlos y así estando en este estado dio fin la Historia general del imperio de los chichimecas, cuyos autores se decían el uno Cemilhuitzin y el otro Quauhquéchol, que fue a los once años después de la muerte del emperador Ixtlilxóchitl y de su gran capitán

general Coacuecuenotzin y al tiempo y cuando andaba apercibiendo el ejército para ir sobre el enemigo, que fue a los principios del año 1428 de la encarnación de Cristo nuestro señor llamado por ellos zetéchpatl: y los demás que se sigue, se saca de otras historias y de los anales de esta Nueva España. Recobró este príncipe su reino de Texcoco el día que llaman ce olin, que es a los cinco días de su octavo mes llamado micailhuitzintli, a 11 días del mes de agosto del año del señor de 1427.

Capítulo XXX. De cómo viendo los mexicanos que estaban oprimidos por el tirano Maxtla, acordaron entre ellos enviar sus embajadores al príncipe Nezahualcoyotzin para que los socorriese y las cosas que le acaecieron en este tiempo

Los mexicanos, que eran los principales aliados del tirano Tezozómoc rey de los tepanecas, le negaron la obediencia, por haberles muerto sus señores, usando de otras crueldades e insolencias contra ellos, compeliéndolos a que le tributasen cosas dificultosas de hallar y poderlo hacer: fue una entre las cuales, que le llevasen por el agua jardines y aves de volatería. Y sobre todo, quiso forzar y afrentar a la reina mujer legítima del rey Itzcoatzin, menospreciando y vituperando a los mexicanos. Los cuales viéndose en grande aflicción con las cosas referidas y que por otra parte el príncipe Nezahualcoyotzin los amenazaba como partícipes en la traición y muerte que se le había dado a su padre, entraron en consejo de lo que debía hacer y así entre ellos fue acordado, que convenía a su quietud y libertad ganar la voluntad a Nezahualcoyotzin, que ya la fortuna le había empezado a favorecer y aunque se hallaban culpantes en la tiranía de Tezozómoc, se determinaron de enviarle sus embajadores, disculpándose lo mejor que pudiesen y le pidiesen que con toda brevedad los favoreciese, porque Maxtla los tenía muy oprimidos y acabarlos, ofreciéndole de su parte todas sus fuerzas y ayuda para recobrar el imperio; que tuviese atención a la grande obligación que tenía a la nobleza mexicana, pues de ella descendía; para lo cual fueron escogidos para embajadores Motezuhzomatzin Ilhuicamina que era su gran capitán general, primo hermano y muy querido de Nezahualcoyotzin y otros dos caballeros, que el uno se decía Totopilatzin y el otro Télpoch, los cuales lo más secretamente que pudieron salirse de la ciudad de México, se fueron para la de Texcoco y en las fron-

teras de Acolhuacan fueron presos por los soldados de Nezahualcoyotzin que allí asistían, los cuales, conociendo ser deudos de su señor, no los mataron, mas se los llevaron presos y a buen recaudo; llegados que fueron a su presencia y dada su embajada, aunque se holgó Nezahualcoyotzin de verlos, le pesó mucho saber la aflicción en que los mexicanos estaban y para poderlos socorrer con brevedad, despachó a la provincia de Chalco (que era la parte más cercana de donde aguardaba socorro) a su hermano Quauhtlehuanitzin juntamente con su primo Moctezumatzin y Totopilatzin, quedándose con él el otro caballero llamado Télpoch, a pedir socorro a Toteotzintecuhtli con toda la brevedad que la necesidad les obligaba y asimismo envió a llamar a Iztlacauhtzin señor de Huexotla, su capitán general, que andaba haciendo gente y apercibiéndose para la jornada que estaba tratada de hacer contra el tirano, para lo cual envió a su hermano Xinocacatzin y a otros tres principales. Esta embajada y mensaje que Nezahualcoyotzin envió, no sonaban bien a los oídos de los chalcas, ni de Iztlacauhtzin su capitán general, porque aborrecían infinito a los mexicanos, por las insolencias y crueldades que contra ellos se habían usado cuando estaban en su pujanza y en gracia de los reyes tepanecas y así el capitán general la respuesta que dio fue mandar hacer pedazos al hermano del príncipe y a los otros caballeros que con él fueron, queriendo ser más aínas traidor a su rey, que favorecerles y a los que fueron a Chalco Toteotzintecuhtli los mandó prender y poner a buen recaudo y en su guarda Coateotzin, uno de los dos señores de Tlalmanalco, el cual luego aquella noche los libertó, dando orden de sacarlos de la prisión en que estaban y Toteotzintecuhtli envió por la posta a dar aviso a Maxtla de cómo los tenía presos; de manera, que aunque quiso ganar gracias con él, estaba tan indignado por la ayuda que dio a Nezahualcoyotzin en recobrar su reino, que le respondió amenazándole que le había de destruir y que de los presos hiciese lo que quisiese y sabiendo Toteotzinte-

cuhtli que la noche antes se habían escapado se indignó contra Coateotzin y lo mandó matar. Los embajadores llegaron a la ciudad de Texcoco, Nezahualcoyotzin los consoló y despachó a México, ofreciéndoles que luego tras de ellos con toda la más gente que pudiese, porque de Tlaxcalan, Huexotzinco y otras provincias había tenido nuevas de que ya venían a socorrerle.

Capítulo XXXI. De cómo pasó Nezahualcoyotzin a México con su ejército en favor de los mexicanos

Viendo Nezahualcoyotzin el aprieto en que estaban sus tíos y los mexicanos sus vasallos, juntó a gran prisa la gente que pudo y le quisieron seguir por agua y tierra y fue marchando con ella la vuelta de México, aunque al embarcarse le dio a las espaldas Iztlacauhtzin su capitán general, que se le había rebelado con todos los demás que estaban alzados y que apellidaban el nombre tepaneco. Nezahualcoyotzin se fue entrando por la laguna adentro lo mejor que pudo, disimulando la desvergüenza de su general y remitiendo el castigo para otro tiempo más oportuno. Llegado que fue a México se desembarcó en la parte de Tlatelolco, en donde Itzcoatzin, su tío y Quauhtlatoatzin con los demás señores mexicanos le salieron a recibir y habiendo tratado lo importante a su libertad, juntaron su gente y comenzaron a pelear con los tepanecas hasta que los echaron de toda la ciudad y prosiguiendo la batalla salieron en dos escuadrones contra Maxtla, que tenía puesto su campo sobre unas albarradas que tenía hechas y pelearon tres días con él y al cuarto día por la mañana Nezahualcoyotzin con su gente dio por una parte, Itzcoatzin y los mexicanos por otra y peleando con toda furia, de tal manera que de la una y otra parte que murió mucha gente; mas al fin Maxtla se fue retirando con su ejército, que iba de vencida, hasta que los echaron de los términos mexicanos. A esta ocasión llegaron los señores huexotzincas, tlaxcaltecas y otros amigos y se juntaron con la gente de Nezahualcoyotzin y luego acordaron Nezahualcoyotzin, Itzcoatzin y los demás señores, que el ejército se repartiese en tres escuadrones, que el uno capitanease Nezahualcoyotzin y en su compaña Xayacamachan con la mitad de los huexotzincas y el, general de Tlaxcalan con los suyos y que entrasen por la parte del cerro Quauhtépetl y el otro capitanease Itzcoatzin con la otra mitad de los huexotzincas que

acaudillaba Temayahuatzin su señor y mucha cantidad de los amigos que habían venido en favor de Nezahualcoyotzin y se pusiese por otra parte y el otro escuadrón tomase Moctezuma y Quauhtlatoatzin señor de Tlatelolco; diciéndoles que ninguno rompiese hasta que él mandase hacer una seña y que vista, todos diesen a un tiempo sobre sus enemigos y así otro día en rompiendo el alba se comenzó la batalla y aunque Nezahualcoyotzin y los mexicanos fueron ganando tierra a los enemigos, fue con gran trabajo y muertes de mucha gente de ambas partes. Duraron estas guerras ciento quince días, porque el rey Maxtla se defendía valerosamente y para ello había echado el resto de todo su poder; mas al cabo de los días referidos, Nezahualcoyotzin les dio tanta prisa a los de Maxtla y cada uno de los señores mexicanos por su parte, hasta que rompieron y desbarataron el ejército de Maxtla, haciendo huir sus gentes y en el alcance quedaron muertos muchos de ellos y entrando por la ciudad, la destruyeron y asolaron, echando por el suelo todas las más principales casas de los señores y gente ilustre y los templos, pasando a todos a cuchillo. Maxtla que se había escondido en un baño de sus jardines, fue sacado con gran vituperio y Nezahualcoyotzin lo llevó a la plaza principal de la ciudad y allí le sacó el corazón como en víctima y sacrificio a sus dioses, diciendo lo hacía en recompensa de la muerte de su padre el emperador Ixtlilxóchitl y que aquella ciudad por ignominia suya fuese desde aquel tiempo un lugar donde se hiciese feria de esclavos. Este fin tuvo aquella ciudad insigne, que fue una de las mayores que hubo en esta Nueva España y que por su grandeza se le puso el nombre que tiene de Acaputzalco, que quiere decir hormigonero. Y aunque los tepanecas se tornaron a rehacer, los que escaparon de la ciudad, haciéndose fuertes en Coyohuacan y Tlacopan, fueron en su seguimiento Nezahualcoyotzin e Itzcoatzin y los sujetaron; aunque el señor de Tlacopan luego se rindió, el que de secreto favorecía el bando de Nezahualcoyotzin y de los señores

mexicanos, que eran sus deudos muy cercanos y luego prosiguieron con su ejército asolando con el mismo rigor las demás ciudades más principales del reino de los tepanecas, como fueron Tenayocan, Tepanoaya, Toltitlan, Quauhtitlan, Xaltocan, Huitzilopochco y Colhuacan y las demás ciudades, pueblos y lugares de este reino, que aquí no se hace mención de ellas, se rindieron y se dieron de paz. Todo lo cual acaeció en el año de 1428 atrás referido y los otros dos años siguientes se ocuparon en irse sobre la ciudad y reino de Texcoco, que lo tenían alterado Iztlacautzin señor de Huexotla, y otros señores caballeros de su valía; y aunque pretendieron defenderse, no pudieron resistir la fuerza de Nezahualcoyotzin y así, viéndose desbaratados y vencidos, se le huyeron y se pasaron unos a la provincia de Chalco y otros a la de Tlaxcalan y Huexotzinco y porque fueron partícipes en este alzamiento casi todas las ciudades, pueblos y lugares del reino de Texcoco, las saqueó Nezahualcoyotzin y quemó algunas de las casas de los señores y templos más principales de ellos y dejando en la ciudad de Texcoco y en otras, donde le Pareció ser conveniente, gente de guarnición, se volvió a México, en donde él y su tío el rey Itzcoatzin dieron orden de sujetar a la ciudad y provincia de Xochimilco y luego la de Cuitláhuac, que por ser lugares metidos en la laguna, se habían estado recios y no habían querido dar la obediencia. En lo referido y en cercar el bosque de Chapultepec y traer en una atarjea el agua a la ciudad de México y edificar unos palacios en ellas y en otras obras públicas, se ocupó Nezahualcoyotzin hasta el año de 1430 con que quedó la mayor parte del imperio sojuzgado.

Capítulo XXXII. De cómo fue jurado Nezahualcoyotzin por rey de Texcoco Acolhuacan y por emperador del imperio de los chichimecas, juntamente con su tío Itzcoatzin rey de México y Totoquihuatzin de Tlacopan, en quien se traspasó el reino de Atepaneco y Azcaputzalco

Había cerca de cuatro años que Nezahualcoyotzin, juntamente con el rey Itzcoatzin su tío y los demás señores sus confederados, que habían sojuzgado a la ciudad de Atzcaputzalco y casi tres años que había saqueado y castigado su reino de Acolhuacan y hecho las demás cosas referidas, cuando en el año de 1431 de la encarnación de Cristo nuestro señor que llaman nahui ácatl, le pareció ser ya tiempo que fuese jurado y recibido con la solemnidad que convenía en el imperio y lo que en tiempo de sus pasados había sido gobernado por una sola cabeza, parecióle ser mejor y más permanente que fuese gobernado por tres (los cuales fueron los reyes y señores de los tres reinos, México, Texcoco y Tlacopan), para lo cual lo trató y comunicó con el rey Itzcoatzin su tío, dándole las causas bastantes que para esto le movían. A Itzcoatzin le pareció muy bien lo que tenía determinado, aunque en lo de Tlacopan era de contrario parecer; lo uno, porque Totoquihuatzin no era más de un señor particular, que había estado sujeto al de Azcaputzalco y lo otro, que por el mismo caso que era de aquella casa, no convenía hacer en él semejante elección, porque no fuese que con ella se tornase a encender otro fuego que fuese mayor que el Pasado; Nezahualcoyotzin replicó, que sería gran tiranía, de todo punto acabar el reino tan antiguo de los tepanecas, de donde procedían tantos señores, caballeros y personas ilustres; demás de que se pondría la cosa en tal punto y estado que no hubiese lugar de novedades y alteraciones. Y habiendo dado y tomado sobre este caso, hubo de permanecer el voto y parecer de Nezahualcoyotzin y así juntos todos los señores mexicanos y los de la parte de Nezahual-

coyotzin, fueron jurados todos tres por sucesores al imperio y cada uno de por si por rey y cabeza principal de su reino. Al de Tezcuco llamándole Acolhua Tecuhtli y dándole juntamente el título y dignidad de sus antepasados, que es llamarse Chichimécatl Tecuhtli que era el título y soberano señorío que los emperadores chichimecas tenían. A su tío Itzcoatzin se le dio el título de Colhua Tecuhtli, por la nación de los culhuas toltecas. A Totoquihuatzin se le dio el título de Tepanécatl Tecuhtli, que es el título que tuvieron los reyes de Azcaputzalco. Y desde este tiempo los que fueron sucediendo, tuvieron estos títulos y renombres, que es como los romanos emperadores llamarse Césares. Y así los tres señores imperaron todos tres el imperio de esta Nueva España hasta la venida de la santa fe católica; aunque es verdad, que siempre el de México y Texcoco fueron iguales en dignidad, señorío y rentas y después de los otros dos. Y para mayor claridad de esta verdad (demás de ser público y notorio), se echa de ver en un canto antiguo que llaman Xopancuícatl, que casi en todos los más de los pueblos de esta Nueva España en donde se usa hablar la lengua mexicana, lo cantan los naturales en sus fiestas y convites, ser las tres cabezas de la Nueva España los reyes de México, Texcoco y Tlacopan que dice así: «Canconicuilotehua que on intlactícpac: conmahuicotitihuya a Tliantépetl México nican Acolihuacan Nezahualcoyotzin Moctezumatzin, Tlacopan on in Totoquihuatzin Yeneli ai conpiaco inipetlícpal intéotl a Ipalnemoani, etc.» que significa conforme a su verdadero sentido: «Dejaron memoria en el universo los que ilustraron el imperio de México y aquí en Acolihuacan, los reyes Nezahualcoyotzin, Moctezumatzin y en Tlacopan Totoquihuatzin; de verdad que será impresa, eternizada vuestra memoria (por lo bien que juzgásteis) en el trono y tribunal de dios creador de todas las cosas, etc.». Y así muy a la clara se ve ser las tres cabezas de esta Nueva España los tres referidos y el de Texcoco y México ser iguales y después de ellos Tlacopan;

demás de que esto está averiguado, habiéndose hecho la jura con los ritos y ceremonias que los mexicanos usaban en la coronación de sus reyes, como en otra parte se trata y se hicieron muy grandes y solemnes fiestas.

Capítulo XXXIII. De cómo Nezahualcoyotzin dio orden de irse a la ciudad de Texcoco con toda su gente y las demandas y respuestas que sobre esto hubo

Iztlacauhtzin, señor de Huexotla y capitán general que había sido y Motoliniatzin señor de Coatlichan (que eran estos dos señores los mayores que había en el reino de Texcoco, de cuya casa y linaje procedían otros muchos de lo más ilustre del imperio), habiendo visto cómo Nezahualcoyotzin estaba jurado y recibido por rey de Texcoco y por sucesor del imperio (aunque ellos habían andado ausentes, por su rebeldía, desde que saqueó la ciudad y reino de Texcoco), acordaron de enviarle un gran presente de oro, piedras preciosas y plumería y mantas ricas, rogándole les perdonase por las ofensas pasadas y les hiciese merced de las vidas, echando por tercero al rey Itzcoatzin su tío y a otros señores mexicanos, a quienes enviaron otros presentes. Nezahualcoyotzin los perdonó y envió a decir que se asegurasen y no anduviesen ausentes de su patria, que les daba su fe y palabra de no ofenderles ni hacerles mal. Habiendo alcanzado este perdón de Nezahualcoyotzin, enviaron a suplicarle segunda vez, se dignase de venir a su casa y corte, porque con su ausencia andaban sus súbditos y vasallos huérfanos y desamparados, echando asimismo para el efecto por su tercero al rey Itzcoatzin su tío y aunque Nezahualcoyotzin había estado muy ofendido de sus súbditos y vasallos, tuvo por bien de irse a la ciudad de Texcoco con toda su casa y corte, que la había tenido en la ciudad de México casi cuatro años, como se ha visto y antes de irse partió la tierra entre el rey Itzcoatzin su tío, echando una línea de norte a sur desde un cerro que se llama Cuexómatl por medio de la laguna, hincando unos morillos muy gruesos y poniendo mohoneras y paredones hasta el río de Acolhuacan, y de allí a un cerro que se dice Xóloc, y a otro que se llama Techimali hasta llegar a la tierra de Tototépec que era hasta allí lo que estaba en esta

sazón ganado, que es corriendo hacia el norte y todo lo que queda por la parte del oriente, tomó para sí Nezahualcoyotzin y lo de la parte del poniente, Itzcoatzin su tío, juntamente con lo que le cupo de parte de Totoquihuatzin rey de Tlacopan. Y asimismo, para ilustrar más a la ciudad de Texcoco, pidió a su tío le diese cantidad de oficiales de todas las artes mecánicas, que trajo a la ciudad de Texcoco con otros que sacó de la ciudad y reino de Azcaputzalco y de la de Xochimilco y otras partes. Y al tiempo y cuando fue a la ciudad de Texcoco, que fue por la laguna, se desembarcó en el bosque que llaman Acayácac, por estar cerca de la laguna, en donde fue recibido de todos los señores y de la gente ilustre de todo el reino con grandes fiestas y regocijos, aunque echó menos a Itlacauhtzin señor de Huexotla y a Ochpáncatl señor que asimismo era de Coatlichan, a Motoliniatzin y a Tozquentzin y a otro que se decía Tochpilli; que aunque es verdad los tenía perdonados, viendo la gravedad de sus culpas, no se atrevieron a aguardarle. Nezahualcoyotzin, cuando supo que se habían ido recibió gran pena y envió a un caballero llamado Coyohua para que los volviese y asegurase, enviándoles a decir que a dónde iban, desamparando sus casas y patria por vivir con mengua y desdicha en las ajenas y que él no venía a su corte porque quería, sino solo por amor de ellos y por el grande amor que les tenía y que si se recelaban de las cosas pasadas, que ya él las tenía olvidadas y perdonadas, que sin recelo podían volverse. El mensajero los fue a alcanzar en la sierra en donde llaman Chalchihuitetemi, los cuales respondieron, que su alteza los perdonase, que de ninguna manera habían de parecer en su presencia, pues habían sido tan graves sus delitos y que se reconocían por dignos de muy gran castigo; solo Totomihua señor de Coatépec envió a sus dos hijos, llamados el uno Ayocuantzi y el otro Quetzaltecolotzin, diciéndoles: «Id y servid a vuestro rey y señor natural, que vuestra inocencia os salva» y así solos estos dos mancebos se volvieron con el mensajero de Neza-

hualcoyotzin y otros para Huexotzinco y a la provincia de Chalco, lo cual le causó mucha pena a Nezahualcoyotzin. Y habiendo entrado en la ciudad fue muy bien recibido y festejado y se fue a vivir a sus palacios llamados Cillan.

Capítulo XXXIV. Que trata cómo Nezahualcoyotzin tuvo sobre ciertas contiendas, guerra con su tío Itzcoatzin y habiendo entrado con su ejercito en la ciudad de México, se conformaron y de cómo restituyó a todos los señores en sus señoríos y lo más que pasó en este intervalo de tiempo

Habiendo estado Nezahualcoyotzin algún tiempo en la ciudad de Texcoco dando orden en componer las cosas tocantes al buen gobierno de los aculhuas, en que se ocupó casi lo restante del año en que entró en la ciudad de Texcoco, Itzcoatzin su tío en este tiempo trató con los señores mexicanos, entre otras muchas cosas, como no había sido acertado jurar a su sobrino por supremo señor del imperio y darle el título de Chichimécatl Tecuhtli, que es el que habían tenido los emperadores chichimecas sus pasados, que pues él era viejo y casi como padre suyo, pues era su tío e hijo de su hermana menor la reina Matlalcihuatzin, que más de derecho le venía esta dignidad y soberano señor y que bastábale a su sobrino el título de rey de los aculhuas y compañero en el imperio, como lo era el señor de Tlacopan. No trató este negocio tan en secreto que no viniese a los oídos de Nezahualcoyotzin, el cual, habiendo visto la vana presunción del rey su tío y que parecía ingratitud suya el no reconocer las amistades y favores que le habían hecho en libertarle del cautiverio y sumisión, en que a él y a todos los mexicanos los tenía el rey de Azcaputzalco y que siendo como no era más de tan solamente señor de Tenochtitlan y heredero que pretendía ser del reino de los culhuas, que en aquella sazón era muy pequeño y lo más de ello lo había tenido usurpado el rey de Azcaputzalco y en poder de otros señores, que aún no eran reducidos al imperio, le había dado la mitad de todo lo que le pertenecía y era suyo, así por ser del imperio de los chichimecas sus pasados, como por haberlo ganado por su valor y persona, por lo que su tío estaba en el mayor trono que habían tenido sus padres y abuelos los

señores mexicanos, pues eran iguales en el señorío y mando en el imperio, acordó de juntar sus gentes e ir sobre la ciudad de México y por fuerzas de armas mostrar y dar a entender a su tío y a los señores mexicanos ser digno del imperio y de la dignidad de Chichimécatl Tecuhtli; y ante todas cosas porque no pareciese que lo hacía cogiéndolos desapercibidos envió a requirir a su tío, que dentro de tantos días estaría con su ejército sobre la ciudad de México y por medio de las armas le daría a entender ser digno del título y dignidad que tenía de ser Chichimécatl Tecuhtli del imperio. El rey Itzcoatzin, viendo el enojo y predeterminación de su sobrino, envió a disculparse lo mejor que pudo y para más obligarle a que se desenojase, le envió veinticinco doncellas las más hermosas que halló en su corte y de más ilustre linaje, pues eran todas de la casa real de México y con ellas otros presentes y dones de oro y pedrería, plumas ricas y mantas. Nezahualcoyotzin mandó hospedar estas señoras y regalarlas, a quienes hizo muy grandes mercedes y asimismo dio muchos presentes de oro, pedrería, plumas y mantas ricas y cuando vio que ya habían descansado, las tornó a enviar al rey su tío, agradeciéndole los dones que le habían hecho; mas que el negocio y competencia que entre los dos había no se había de negociar ni allanar por medio de mujeres, sino por sus personas y con las armas y entre otros presentes que le envió en recompensa de los que recibió, fue una serpiente de oro que estaba enroscada y el pico de ella metido en su propia natura, por cierta significación que allá entre ellos se entendía bien y que sin duda ninguna para el día citado iría con su ejército sobre la ciudad de México. Itzcoatzin, vista la resolución de su sobrino, juntó sus gentes y fortaleció su ciudad lo mejor que pudo. Llegando el tiempo que fue sobre ella Nezahualcoyotzin por la parte que llaman Tepeyácac (que es lo que ahora llaman Nuestra Señora de Guadalupe), entró a combatir la ciudad de México, la cual se defendió valerosamente, de tal manera que estuvo siete días Neza-

hualcoyotzin combatiéndola y de ninguna manera pudo entrar por la ciudad, porque defendía valerosamente la entrada un famosísimo capitán de los mexicanos llamado Ichtecuachichtli, hasta que al último de ello un mancebo llamado Teconatltécatl (que era mochilero del ejército de Nezahualcoyotzin), con gran coraje y como desesperado embistió con el capitán de los mexicanos, de tal manera que a los primeros lances y encuentros que hubo con él, lo mató y rompió el ejército de los mexicanos, siguiéndole los de Nezahualcoyotzin y saqueando las casas más principales de la ciudad y quemando los templos. Lo cual visto por el rey Itzcoatzin, envió con la gente anciana de la ciudad a decir a su sobrino, que era bastante lo hecho, y que no mirase otra cosa más que las canas de sus tíos y mayores los mexicanos. Nezahualcoyotzin que no aguardaba otra cosa, mandó luego recoger el ejército y luego se vieron él y su tío y se hicieron las paces, después de haber dicho en público su sentimiento y mandó que desde aquel tiempo en adelante se le diese un tributo y reconocimiento en todas las ciudades, pueblos y lugares que están en la laguna y su contorno pertenecientes a los dos reinos de México y Tlacopan, que son la ciudad de Tenochtitlan, el barrio de Xoloco, la de Tlacopan, Azcaputzalco, Tenayocan, Tepotzotlan, Quauhtitlan, Toltitlan, Tlecatépec, Huexachtitlan, Coyohuacan, Xochimilco y Cuexomatitlan; dándole de tributo en cada año cada una de estas ciudades y pueblos referidos, cien cargas de mantas blancas con sus cenefas de pelo de conejo de todos colores que son veinte en cada carga y veinte cargas de mantas reales de las que se ponían los reyes en los actos públicos con las mismas cenefas; otras veinte que llamaban esquinadas de a dos colores con la misma cenefa de las que traían puestas en sus areitos y danzas; dos rodelas de plumería con sus divisas de pluma amarilla y otros penachos que llamaban tecpílotl que es lo que se ponían los reyes de Texcoco en la cabeza, con otros dos pares de borlas de plumería con que ataban el cabello y por may-

ordomo y cobrador de estos tributos a un hombre llamado Cáilol que eligió para este efecto. El rey su tío y el de Tlacopan Totoquihuatzin, con todas las demás personas ilustres de todas las demás ciudades y pueblos atrás referidos, se obligaron de que se le daría todo lo que tenía señalado de tributo en cada año, pues lo merecía y había ganado por su valor. Y después de haber sido festejado en la ciudad de México, antes de partirse para la de Texcoco, comunicó con su tío el rey Itzcoatzin cómo tenía determinado restituir a todos los señores en sus señoríos, aunque no como antes lo solían estar, sino en cierto modo que fuese de manera, que andando, ellos ni sus descendientes no tuviesen pensamientos de alzarse y rebelarse como lo habían hecho. Itzcoatzin le respondió, que de ninguna manera convenía hacerse, por muchas razones que alegó, entre las cuales fue decir, que ya por su rebeldía no tenían ningún derecho a sus señoríos y que los tenían perdidos, demás de que eran en menoscabo de sus tributos y rentas reales y que se contentasen con vivir a merced y honra de las tres cabezas del imperio, premiándolos cuando por sus obras y buenos servicios lo mereciesen. Nezahualcoyotzin le replicó, que era el hacerlo así modo tiránico que habían usado los reyes tepanecas, que no era más de usurpar y alzarse con lo ajeno, demás de que tenían obligación de darles honras, estado y preeminencias, pues eran todos descendientes y procedían de su casa y linaje, con quienes siempre se habían de honrar y casar sus hijos e hijas que tuviesen, andando el tiempo; a más de que era mayor grandeza de los reyes y soberanos señores tener otros que fuesen sus inferiores y finalmente se determinó, que fuesen restituidos los señores en sus señoríos y así luego todos los que eran y pertenecían a la casa real de México, los hizo restituir Itzcotzin en sus señoríos; y a los que pertenecían a la casa real que era de Azcaputzalco, los hizo restituir Totoquihuatzin rey de Tlacopan; que fueron nueve de México, siete de Tlacopan y trece de la casa real de Texcoco, con otro que añadió, que fueron catorce

y por todo vinieron a ser treinta señores, que eran los grandes de todo el imperio, que asistían en las cortes de las tres cabezas por sus personas o por las de sus hijos y el reconocimiento que tenían era tan solamente el homenaje y asistencia, y acudir en tiempos de guerra con sus vasallos a servir a sus reyes, sin otro tributo y reconocimiento. Todo lo cual se puso por obra y se efectuó y Nezahualcoyotzin se vino a su corte y ciudad de Texcoco a vivir.

Capítulo XXXV. Que trata cómo Nezahualcoyotzin restituyó en sus señoríos a los señores pertenecientes al reino de los aculhuas y cómo repartió las tierras

Fue por todos muy alabado lo que hizo Nezahualcoyotzin en la razón de la restitución de los señoríos, en que mostró su nobleza y gran valor y no tener memoria de hombre tirano, con que engrandeció la memoria de sus pasados y desde este tiempo los señores que andaban ausentes y fugitivos en las provincias de Tlaxcalan, Huexotzinco y Chalco, echaron de ver, de Nezahualcoyotzin que el perdón que les había hecho, no era fingido y que no los llamaba cogiéndolos, como pensaban, sobre seguro. El cual llegado que fue restituyó en el señorío de Huexutla a Tlazolyaotzin hijo de Itlacazatzin, el que se fue a Tlaxcalan huyendo por su rebelión y traiciones atrás referidas. En Coatlichan restituyó en el señorío al mismo Motoliniatzin, que solía ser, el cual lo fueron a traer de la provincia de Huexotzinco, que vivía en el pueblo de Tetzmolocan; a Tetzcapoctzin hizo señor del pueblo de Chimalhuacan. Los pueblos de Coatépec, Iztapalocan y otros que caían hacia aquella parte, los adjudicó para sí; y a Cocopintzin lo hizo señor del pueblo de Tepetlaóztoc y en Acolman a Motlatocacomatzin hijo de Teyolcocoatzin; a Tencoyotzin hizo señor de Tepechpan; a Techotlalatzin de Tezoyoacan; a Tezozomotzin de Chicuhnauhtla y en Chiauhtla dio allí a un hijo suyo llamado Quauhtlatzacuilotzin para que después de criado fuese señor de allí, que era pequeño. En esta sazón con los pueblos de Xaltocan, Papalotlan y otros hizo lo que con Coatépec. A Quetzalmemalitzin dio el señorío de Teotihuacan que había sido de Huetzin su padre ya difunto y le dio el título de capitán general del reino de la gente ilustre y que en su pueblo se despachasen todos los pleitos y negocios que hubiese entre los caballeros y gente noble de los pueblos de las provincias de la campiña. En Otompan hizo señor a Quecholtec-

pantzin, dándole el mismo título, pero de la plebe, y que asimismo despachase los negocios y demandas que hubiese entre la gente común y plebeya de las provincias de la campiña. Andando el tiempo restituyó y confirmó en los señoríos a Tlalolintzin de Tolantzinco y a Nauhecatzin de Quauhchinanco y a Quetzalpaintzin de Xicotépec. Todas las demás ciudades, pueblos y lugares del reino y provincia que se dice de los aculhuas, lo repartió en ocho partes, poniendo en cada una de ellas un mayordomo y cobrador de sus tributos y rentas, en esta manera: en la ciudad de Texcoco con sus barrios y aldeas, puso por su mayordomo a Matlalaca, el cual, demás de estar a su cargo todas las rentas y tributos de ella, tenía obligación de sustentar la casa y corte del rey setenta días, dando cada día en grano veinticinco tlacopintlis de maíz, para tomarles, que era una medida que en aquel tiempo se usaba, y cada tlacopintli tenía tres almudes más de una fanega, que reducidos a fanegas montan treinta y una fanegas y tres almudes; otros tres tlacopintlis de fríjoles y tortillas hechas cuatrocientas mil, de cacao cuatro xiquipiles que montan treinta y dos mil cacaos, cien gallos, veinte panes de sal, veinte cestones de chile ancho y otros veinte de chile menudo, diez de tomates y diez de pepitas: era lo que este mayordomo tenía obligación de dar cada día. El segundo mayordomo que se llamaba Atochtli, tenia a su cargo todas las rentas que pertenecían a Atenco (que era la parte de la ciudad que caía hacia la laguna con todos sus pueblos y aldeas, que eran por todos once) y demás de la obligación de cobrar los tributos, tenía asimismo la de sustentar y dar de comer con la misma cantidad a la casa del rey otros setenta días. Otro mayordomo que era el tercero y se llamaba Cóxcoch tenía a su cargo las rentas y tributos de Tepepolco con todos sus pueblos y lugares a él sujetos, que eran por todos trece y asimismo tenía obligación de sustentar en cada un día la casa del rey, otros setenta. El cuarto mayordomo se decía Tiemati y era a su cargo cobrar las rentas y

tributos de Axapochco con todos sus lugares y aldeas, que eran otros trece y sustentar la casa del rey cuarenta y cinco días. El quinto se decía Ixotl, eran a su cargo los tributos y rentas de Quauhtlatzinco, que tenía veintisiete aldeas y lugares y tenía obligación de dar el dicho sustento sesenta y cinco días. El sexto se decía Quauhtecólotl que era mayordomo de Ahuatépec, con otras ocho aldeas y lugares que a él estaban sujetos; demás de la obligación de cobrar los tributos, tenía la misma de sustentar la casa del rey cuarenta y cinco días. El séptimo se decía Papálotl y era a su cargo cobrar los tributos de Tetitlan en que entran los pueblos de Coatépec, Iztapalocan, Tlapechhuacan y sus aldeas. El octavo se llamaba Quateconhua y era a su cargo cobrar los tributos de Tecpilpan, con otras ocho aldeas y lugares que se le juntaban. Esto era lo que pertenecía a Nezahualcoyotzin, que era lo realengo, sin más de ciento sesenta aldeas y lugares que repartió a sus hijos, deudos y personas beneméritas. Las tierras de cada pueblo o ciudad estaban repartidas en este modo: había unas suertes grandes en lo mejor de las demás de las tales ciudades y pueblos, que contenían cuatrocientas medidas de largo y de ancho ni más ni menos, que se llamaba por una parte Tlatocatlali o Tlatocamili, que quiere decir tierras o sementeras del señor y por otra Itónal Intlácatl, que significa las tierras que acuden conforme a la dicha o ventura de los reyes o señores; había otras suertes de tierras que llamaban Tecpantlali que significa tierras pertenecientes a los palacios y recámara de los reyes o señores y a los naturales que en ellas estaban poblados, llamaban Tecpanpouhque, que quiere decir gente que pertenece a la recámara y palacio de los tales reyes y señores. Otras suertes de tierras que se decían Calpollali o Altepetlali, que es lo mismo que decir, tierras pertenecientes a los barrios, al pueblo; en estas tierras estaba poblada toda la gente común en parte de ellas y las demás la labraban y cultivaban para la paga de sus tributos y sustento. Esto era lo más principal, que a solos los herederos de los reinos

y señoríos pertenecía y no a otros, que esto era lo principal y la mayor parte de los pueblos y ciudades y no podían los mazehuales (que así se decían los que las tenían pobladas) darlas a otros, sino que sus hijos y deudos las heredaban con las calidades que ellos las habían tenido y gozado y si servían a otros pueblos, quedaban libres para poderlas dar a otros que las tuviesen con las mismas condiciones. Estos tres géneros de tierras y poblaciones solo a los reyes y señores pertenecían y no a otros ningunos. Otras suertes había que se decían Pillali, que eran y pertenecían a los caballeros y descendientes de los reyes y señores referidos. Otras suertes se llamaban Tecpillali, que casi eran como las que se decían Pillali; éstas eran de unos caballeros, que se decían de los señores antiguos y asimismo eran las que poseían los beneméritos. De esta manera estaban sorteados los pueblos y ciudades con estos géneros de suerte de tierras; aunque en las de los señores conquistados y sujetos había otras suertes de tierras que llamaban Yaotlali, las cuales eran ganadas por guerras y de éstas lo más principal pertenecía a las tres cabezas del imperio y lo demás que restaba se daba y repartía a los señores y naturales que habían ayudado con sus personas y vasallos en la conquista de los tales pueblos ganados por guerra y esto las más veces venía a ser el tercio de los pueblos o provincias conquistados.

Capítulo XXXVI. De cómo Nezahualcoyotzin edificó unos palacios para su morada, que fueron los mayores que hubo en la Nueva España y de su descripción

Esta división y repartición de tierras de los pueblos y lugares del reino de Texcoco se hizo también en el de México y Tlacopan, porque los otros dos reyes y cabezas del imperio fueron siempre admitiendo sus leyes y modo de gobierno, por parecerles ser el mejor que hasta entonces se había tenido y así, lo que se trata y describe del reino de Texcoco, se entiende ser lo mismo el de México y Tlacopan, pues las pinturas, historias y cantos que sigo siempre comienzan por lo de Texcoco y lo mismo hace la pintura de los padrones y tributos reales que hubo en esta Nueva España en tiempo de su infidelidad y así lo de las casas del rey Nezahualcoyotzin lo sacó de una pintura antiquísima y por ella se echa de ver muy a la clara su grandeza de edificios, salas, aposentos y otros cuartos de retretes, jardines, templos, patios y lo demás que contenían las casas, como muy a la clara el día de hoy se echa de ver por sus ruinas. Estas casas las edificaron todas las tres cabezas de esta Nueva España, Texcoco, México y Tlacopan con todos sus llamamientos, en donde andaban ocupadas más de doscientas mil personas cada día. Los obreros mayores, que eran de estas casas, fueron Xilomantzin señor de Culhuacan y Moquihuitzin de Tlaltelulco, aunque a lo más de ella asistía el rey Nezahualcoyotzin personalmente. Tenían las casas de longitud que corrían de oriente a poniente, cuatrocientas y once medidas y media, que reducidas a nuestra medida, hacen mil doscientas treinta y cuatro varas y media y de latitud que es de norte a sur, trescientas veintiséis medidas que hacen novecientas setenta y ocho varas; por la cuadra que caía hacia la parte del sur y oriente era la cerca de una pared muy fuerte de adobes y el cimiento era de muy fuerte argamasa, que tenía de grueso dos varas y de alto tres estados y por la parte del poniente (que era

hacia la laguna) y la del norte, estaba cercada de una muralla muy fuerte, que tenía cinco estados de alto y esta muralla hasta el tercio de la altura iba disminuida a manera de estribo y los dos tercios de allí para arriba a plomo cuadrada; en medio de toda esta cuadra estaban los cuartos de la vivienda del rey, las salas de los consejos y los demás cumplimientos que se irán describiendo; tenían estas casas, para lo que era la vivienda y asistencia del rey dos patios principales, que el uno y más grande era el que servía de plaza y mercado y aún el día de hoy lo es de la ciudad de Texcoco y el otro, que era más interior (en donde estaban las salas de los consejos), tenía por la parte del oriente la sala del consejo real, en la cual tenía el rey dos tribunales y en medio de ella estaba un fogón grande, en donde de ordinario estaba el fuego sin que jamás se acabase y por el lado derecho del fogón, estaba un tribunal, que era el supremo, a quien llamaban Teoicpalpan que es lo mismo que decir asiento y tribunal de Dios, demás de estar más alto y encumbrado que el otro, la silla y espalda era de oro engastado en piedras turquescas y otras piedras preciosas, delante de la cual estaba uno como a manera de sitial y en él una rodela y macana y un arco con su aliaba y flechas y encima de todo una calavera y sobre ella una esmeralda piramidal, en donde estaba hincado un plumaje o plumero que se llama tecpílotl, que atrás queda referido y unos montones de piedras preciosas; a los lados servían de alfombra unas pieles de tigres y leones y mantas hechas de plumas de águila real, en donde asimismo estaban por su orden cantidad de brazaletes y grebas de oro. Las paredes estaban entapizadas y adornadas de unos palos hechos de pelo de conejo, de todos colores, con figuras de diversas aves, animales y flores; tras de la silla estaba puesto de plumería rica uno a manera de dosel y en medio de unos resplandores y rayos hechos de oro y pedrería. El otro tribunal que llamaban del rey, tenía su silla y asiento más llano y asimismo otro dosel hecho de plumería con las insignias del escudo de armas que solían usar los reyes de

Texcoco; en este tribunal de ordinario asistían los reyes, en donde hacían sus despachos y audiencias públicas y cuando determinaban las causas graves y de entidad o confirmaban algunas sentencias de muerte, se pasaban al tribunal que llamaban de dios, poniendo la mano derecha sobre la calavera y en la izquierda una flecha de oro que les servía de cetro y entonces se ponían la tiara que usaban, que era como media mitra; asimismo estaban tres de estas tiaras en el sitial referido, la una era de pedrería engastada en oro, la otra de plumería y la tercera tejida de algodón y pelo de conejo de color azul. En esta sala asistían los catorce grandes del reino por su orden y antigüedades; la cual sala hacía tres divisiones. La primera era donde estaba el rey. La segunda, en donde estaban seis de los grandes en sus asientos y estrados: el primero de la mano derecha era el señor de Teotihuacan, el segundo el de Acolman, el tercero el de Tepetlaóztoc y por el lado izquierdo estaban, el primero el señor de Huexutla, el segundo el de Coatlichan, el tercero el de Chimalhuacan. La tercera división (que era la más exterior) estaban otros ocho señores por su orden y antigüedades: por el lado derecho, el primero era el señor de Otompan, el segundo el de Tolantzinco, el tercero el de Quauhchinanco, el cuarto el de Xicotépec y por el lado izquierdo, el primero el de Tepechpan, el segundo el de Teyoyocan, el tercero el de Chicunauhtla y el cuarto el de Chiauhtla. Asimismo se seguía otra sala que estaba en par de ésta por la parte de oriente, que se dividió en dos partes: en la una, que caía por la parte interior, había en lo más principal y en los primeros puestos ocho jueces, que eran nobles y caballeros y los otros cuatro eran de los ciudadanos y después de ellos se seguían otros quince jueces provincianos, que eran naturales de todas las ciudades y pueblos principales del reino de Texcoco, los cuales oían todos los pleitos así civiles como criminales, que se incluían debajo de las ochenta leyes que estableció Nezahualcoyotzin y no duraba el más grave más de ochenta días. En la otra parte de la

sala, que caía a la parte exterior, estaba un tribunal en donde estaban cuatro jueces supremos, que eran los cuatro presidentes supremos de los consejos y un postigo por donde entraba y salían a comunicar con el rey. Por la parte del norte de este patio se seguía otra sala muy grande, que llamaban de ciencia y música, en donde estaban tres tribunales supremos: en el uno, que caía frontero del patio estaba el tribunal y asiento del rey de Texcoco y por un lado a mano derecha estaba el otro tribunal, que era del rey de México y por el lado izquierdo estaba el del rey de Tlacopan, en donde estaban muchas insignias, como eran muchas rodelas, borlas, penachos y otras insignias de plumería rica y cargas de mantas de mucho precio y muchas joyas de oro y pedrería, en los cuales se sentaban y asistían los reyes cuando se juntaban. Allí en medio tenían un instrumento musical que llaman huéhuetl, en donde de ordinario estaban y asistían los filósofos, poetas y algunos de los más famosos capitanes del reino, que de ordinario estaban cantando los cantos de sus historias, cosas de moralidad y sentencias. Tras de esta sala se subía a otra que estaba sobre la muralla fuerte, en donde estaban muchos capitanes y soldados valerosos, que eran los de la guarda del rey y luego se seguía otra casi opuesta a la sala real, en donde asistían los embajadores de los reyes de México y Tlacopan; después estaba un tránsito por donde se entraba a este patio del otro grande de la plaza y en el otro lado de él estaba otra sala grande del consejo de guerra, en donde asistían en lo más principal de ella seis capitanes naturales de la ciudad de Texcoco, tres nobles y tres ciudadanos y después de ellos se seguían otros quince capitanes naturales de las ciudades y pueblos más principales del reino de Texcoco, a quienes se despachaban todos los negocios pertenecientes al consejo de guerra. Por la pate del mediodía se seguían otras dos salas, en donde estaban y asistían otros tantos jueces por la orden que está dicho, del consejo de hacienda. Tras de ella se seguía la segunda sala, en donde estaba cierta dignidad

de hombres, que eran como jueces pesquisidores, que salían fuera de la ciudad a las provincias y ciudades a averiguar y castigar lo que el rey les mandaba. Después de esta sala se seguía otra que era el almacén de las armas y por la parte interior estaban los cuartos de la reina y otros de las damas, las cocinas y los retretes en donde el rey dormía, con muchos patios y laberintos, con las paredes de diversas figuras y labores. Cada una de estas salas que eran casi cuadradas, eran de un largo de cincuenta varas y de ancho poco menos y otras venían a más y a menos. Por la parte de mediodía y por la de oriente de las salas y cuartos referidos estaban los jardines y recreaciones del rey, con muchas fuentes de agua, estanques y acequias con mucho pescado y aves de volantería, lo cual estaba cercado de más de dos mil sabinas, que hoy está la mayor parte de ellas en pie y asimismo había en estos jardines otros muchos laberintos, que estaban en los baños que el rey tenía, en donde estando los hombres no daban con la salida, con muchos torreones y chapiteles adornada la casa y el otro patio, que era el mayor y servía de plaza, en medio de la cual estaba el juego de la pelota y hacia la entrada del segundo patio estaba un brasero más grande sobre una peana, el que siempre ardía día y noche, sin que jamás se apagase. Esta plaza estaba cercada de portales y tenía asimismo por la parte del poniente otra sala grande y muchos cuartos a la redonda, que era la universidad, en donde asistían todos los poetas, históricos y filósofos del reino, divididos en sus clases y academias conforme era la facultad de cada uno y asimismo estaban aquí los archivos reales; por un lado de estos cuartos era una de las entradas y puertas del palacio. Luego se seguían otros cuartos con su patio, salas y aposentos, en donde estaban aposentados los reyes de México cuando iban a Texcoco y después se seguían los cuartos en donde se recogían y guardaban los tributos de la provincia de Cuauhnáuac y luego otros de la provincia de Chalco. Todos los estados y provincias tenían sus cargos de tributos dentro de palacio y to-

dos los demás los tenían era en casas particulares que estaban dedicadas para este efecto. Por la parte del norte junto a donde caían los templos (como adelante se dirá) y por la parte de afuera de la muralla, se seguían las casas en donde se aposentaban los reyes de Tlacopan cuando iban a esta ciudad y más adelante frontero de los templos estaba la casa de aves, en donde el rey tenía todos cuantos géneros y diversidad había de aves y animales, sierpes y culebras traídas de diversas partes de esta Nueva España y las que no podían ser habidas estaban sus figuras hechas de pedrería y oro y lo mismo era de los peces y así de los que hay y se crían en el mar como en los ríos y lagunas, de tal modo, que no faltaba allí ave, pez ni animal de toda esta tierra, que no estuviese vivo o hecho figura y talla en piedras de oro y pedrería. Finalmente contenía toda la casa del rey, entre los grandes y medianos aposentos y retretes, más de trescientas piezas, todo ello edificado con mucha arte de arquitectura y al tiempo que se cubrían algunas de las salas, queriendo cortar las maderas y planchas por los extremos y quitar las maromas con que las habían arrastrado, que eran de increíble grandeza, les mandó el rey que las dejasen así, que tiempo vendría que sirviesen a otros y no tendrían trabajo de hacerles nuevos huracos, ni ponerles nuevas maromas para arrastrarlas y así se hizo y yo los he visto dentro de los huecos de los pilares y portadas sobre que cargaba y se cumplió su profecía, pues lo han desbaratado y aprovechádose de la madera.

Capítulo XXXVII. Que prosigue en la descripción de las casas de Nezahualcoyotzin y templos que dentro de ellas tenía

Estas casas que hemos ido describiendo no tenían más de tan solamente tres puertas y entradas principales, que la una caía por la parte de hacia el oriente y la otra hacia el mediodía; y eran a manera de calles que tenían dieciocho varas de ancho: otras entradas y portadas tenía la casa, que calan donde estaban los templos, los cuales tenían unas gradas, por donde en las entradas de ellas recibían y bajaban dentro de estos palacios. Por las parte del poniente de los templos estaban otros cuartos con su patio, sala y aposentos, que se llamaba Tlacateo, en donde criaban y doctrinaban los hijos del rey, allí asistían con ellos sus ayos y maestros, que les enseñaban toda la policía de su buen modo de vivir, todas las ciencias y artes que sabían y alcanzaban, hasta las mecánicas de labrar oro, pedrería y plumería y las demás, asimismo el ejercicio militar, con tanto cuidado que no los dejaban un punto estar ociosos. En otros, que estaban divididos de éstos, se doctrinaban y criaban las hijas del rey; y cada ochenta días era ley, que el rey con todos sus hijos y deudos, con sus ayos, maestros y los grandes del reino estaban en una sala grande que había en estos cuartos de Tlacateo, asimismo todas las hijas con sus ayas y maestras, aunque fuesen las muy pequeñas sentándose por su orden los varones a una parte y las hembras por la otra, los hijos aunque fuesen del rey iban vestidos de unas mantas groseras de nequen; en donde se subía en un teatro a manera de púlpito un orador y allí comenzaba desde el rey hasta el más pequeño a reprender todos los vicios y cosas mal hechas, trayendo a la memoria los daños que de ellos se seguían y encareciendo la virtud, sus utilidades y provechos; relataba las cosas que habían sido mal hechas en aquellos ochenta días: si el rey había hecho algunos agravios, se las relataba, de manera que no quedaba cosa

que allí no pareciese y fuese reprendida con toda la libertad del mundo; y traía a la memoria las ochenta leyes, que tenía constituidas el rey, cómo se debían guardar y ejecutar. Hacía esta plática muy elocuente este orador, que abominaba todos los vicios y engrandecía la virtud y lo que de ella se seguía, hasta mover el afecto a lágrimas y otras muchas cosas que decía y persuadía, de muy buena moralidad. Los templos eran más de cuarenta; pero el principal y mayor que era Huitzilopochtli y Tláoc cuadrado y macizo, hechas de cal y canto las paredes de la parte de afuera, lo de dentro terraplenado de barro y piedra: tenía en cada cuadro ochenta brazas largas y de alto este terraplén lo que veintisiete estados y se subía por la parte de poniente por unas gradas que eran ciento y sesenta: comenzaba su edificio por el cimiento ancho y como iba levantándose, iba disminuyendo y estrechando de todas partes en forma piramidal con sus grandes relieves, que como iba subiendo, asimismo le iban disminuyendo y de trecho en trecho las gradas hacían un descanso, encima estaba edificado un templo con dos capillas, la una mayor que la otra: la mayor caía a la parte del sur en donde estaba el ídolo Huitzilopochtli y la menor que estaba a la parte norte, era el ídolo Tláoc, estas capillas y sus ídolos miraban hacia la parte del poniente; y por delante de este templo había un patio prolongado de norte a sur en donde cabían muy bien quinientos hombres y en medio de las puertas de las dos capillas estaba una piedra tumbada que llamaban téchcatl, en donde sacrificaban los cautivos en guerra; y tenía cada una de estas capillas tres sobrados que se mandaban por la parte de adentro por unas escaletas de madera movediza y los sobrados estaban llenos de todo género de armas, como eran macanas, rodelas, arcos, flechas, lanzas y guijarros, y todo género de vestimentos, arreos y adornos de guerra. Los demás templos casi todos eran a este talle; unos tenían dos, tres y más capillas, y algunos que no tenían más de solo una: había más de cuatrocientas salas y

aposentos en donde estaban estos templos y en donde se criaban y doctrinaban los muchachos de la ciudad; en estos templos había uno en donde había muchas mujeres reclusas y encerradas, asimismo se criaban algunas de las hijas de los señores y ciudadanos. Había un templo redondo que era de Quetzalcoatl, dios del aire, asimismo un estanque que se decía Tetzapan, en donde se lavaban todos los vasos de los sacrificios y los que se sacaban sangre se iban a lavar allí. Asimismo había en un cercado cantidad de árboles y matas de todo género de espinas llamado Teotlapan, que significa tierra de dios. Tenía esta maquina de edificios más de cuarenta patios entre grandes y chicos, sin los jardines y laberintos. Y porque de la compostura y ornato de los templos, ídolos y diversidad de sacerdotes tratan muchos autores, así no se trata ni especifica aquí.

Capítulo XXXVIII. Que trata de las ochenta leyes que estableció Nezahualcoyotzin y cómo las mandó guardar

Puso Nezahualcoyotzin la ciudad de Texcoco y todas las demás repúblicas de su reino en grandísimo orden y concierto (que describiendo de ella se entenderá de las demás), la cual la dividió en seis parcialidades, como fueron Mexicapan, Colhuaca, Tepanecapan, Huitznáhuac, Chimalpan y Tlailotlacan, poniendo en ellas por su orden y gobierno los vecinos y cada género de oficio por sí los plateros de oro y plata en un barrio, los artífices de plumería en otro, por esta orden todos los demás, que eran muchos géneros de oficiales. Asimismo hizo edificar muchas casas y palacios para los señores y caballeros que asistían en su corte, cada uno conforme a la calidad y méritos de su persona, las cuales llegaron a ser más de cuatrocientas casas de señores y caballeros de solar conocido. Y para el buen gobierno, así de su reino como para todo el imperio, estableció ochenta leyes que vio ser convenientes a la república en aquel tiempo y sazón, las cuales dividió en cuatro partes, que eran necesarias para cuatro consejos supremos que tenían puestos, como eran el de los pleitos de todos los casos civiles y criminales, en donde se castigaban todos los géneros de delitos y pecados, como era el pecado nefando que se castigaba con grandísimo rigor, pues al agente, atado en un palo lo cubrían todos los muchachos de la ciudad con ceniza, de suerte que quedaba en ella sepultado y al paciente, por el sexo le sacaban las entrañas y asimismo lo sepultaban en la ceniza. Al traidor, al rey o a la república lo hacían pedazos por sus coyunturas, la casa de su morada la saqueaban y echaban por el suelo sembrándola de Sal y quedaban sus hijos y los de su casa por esclavos hasta la cuarta generación. El señor que se alzaba contra las tres cabezas, habiendo sido sujetado una vez, si no era vencido y preso en batalla, cuando venía a ser habido le hacían pedazos la cabeza con una porra y lo mismo

hacían al señor o caballero que se ponía las mantas o divisas que pertenecían a los reyes; aunque en México era cortarles una pierna, aunque fuese el príncipe heredero del reino, porque nadie era osado a ataviarse ni componer su persona, ni edificar casas sin orden ni licencia del rey, habiendo hecho hazañas o cosas por donde lo mereciese, porque de otra manera moría por ello. Al adúltero si le cogía el marido de la mujer en el adulterio con ella, morían ambos apedreados; y si era por indicios o sospechas del marido y se venia a averiguar la verdad del caso, morían ambos ahorcados y después los arrastraban hasta un templo que fuera de la ciudad estaban, aunque no los acusase el marido, sino por la nota y mal ejemplo de la vecindad; el mismo castigo se hacía a los que servían de terceros o terceras. Los adúlteros que mataban al adulterado, el varón moría asado vivo y mientras se iba asando, lo iban rociando con agua y sal hasta que allí perecía; y a la mujer la ahorcaba; y si eran señores o caballeros los que habían adulterado, después de haberles dado garrote, les quemaban los cuerpos, que era su modo de sepultar. Al ladrón si hurtaba en poblado y dentro de las casas, como fuese de poco valor el hurto, era esclavo de quien había hurtado, como no hubiese horadado la casa, porque el que lo hacía moría ahorcado; y lo mismo el que hurtaba cosa de valor y cantidad, o en la plaza o en el campo, aunque no fuese más de siete mazorcas, porque el que hurtaba en el campo lo mataban, dándole con una porra en la cabeza. A los hijos de los señores si malbarataban las riquezas o bienes muebles que sus padres tenían, les daban garrote. Asimismo al borracho, si era prebeyo le trasquilaban la cabeza, la primera vez que caía en este delito, públicamente en la plaza y mercado, y su casa era saqueada y echada por el suelo, por que dice la ley, que el que se priva de juicio que no sea digno de tener casa, sino que viva en el campo como bestia; y la segunda vez era castigado con pena de muerte; y al noble desde la primera vez que era cogido en este delito, era castigado luego

con pena de muerte. Asimismo en este tribunal se reconocían las leyes, que trataban acerca de los esclavos y de las contiendas y pleitos de haciendas, tierras y posesiones y los estados y diferencias de oficios. En el consejo de músicas y ciencias se guardaban las leyes convenientes a este consejo, en donde se castigaban las supersticiones y los géneros de brujos y hechiceros que había en aquel tiempo, con pena de muerte; solo la nigromancia se admitía por no ser en daño de persona alguna. En el consejo de guerra había otras leyes, como eran, el soldado que no cumplía el mandato de su capitán o caía en alguna falta de las de su obligación, era degollado: y el que usurpaba cautivo o despojo ajeno, era ahorcado; y lo mismo se hacía con el que daba su cautivo a otro. El que era noble y de linaje, si era cautivo y se venía huyendo a su patria, tenía la misma pena y el plebeyo era premiado; pero si el noble en donde fue cautivo, vencía o mataba cuatro soldados que para el efecto se señalaban, cuando le querían sacrificar (que para este fin los cautivaban), habiéndose librado de esta manera, era muy bien recibido y premiado del rey. La misma pena de muerte tenían todos los soldados y capitanes que iban en guarda del rey, cuando personalmente iba a la guerra, si lo dejaban en poder de los enemigos, porque era obligación que estos tales lo habían de volver muerto o vivo; y si era el príncipe o alguno de los hijos del rey, tenían la misma pena los soldados y capitanes que eran sus ayos y maestros. Cuando se había de hacer alguna entrada o guerra contra algún señor de los de las provincias remotas, había de ser por causas bastantes que hubiese para ello, que eran que este tal señor hubiese muerto a los mercaderes que iban a tratar y contratar en su provincia, no consintiendo trato ni comunicación con los de acá (porque estas tres cabezas se fundaban ser señoríos e imperios sobre todas las demás, por el derecho que pretendían sobre toda la tierra, que había sido de los toltecas, cuyos sucesores y herederos eran ellos y por la población y nueva posesión que de ella tuvo el gran chichimécatl

Xólotl su antepasado); para lo cual todos tres en consejo de guerra con sus capitanes y consejeros se juntaban y trataban del orden que se había de tener; y la primera diligencia que se hacía era que iban ciertos mensajeros de los mexicanos que llamaban quaquauhnochtzin y estos les requerían a los de la provincia rebelada, en especial a todos los ancianos, juntando para ello cantidad de viejos y viejas a quienes de parte de las tres cabezas requerían y decían, que ellos como personas que habían de padecer las calamidades y trabajos que causan las guerras si su señor se desvanecía en no admitir la amistad, protección y amparo del imperio, pues tenían experiencia de todo, le fuesen a la mano y procurasen de que enmendase el avieso y desacato que había tenido contra el imperio, dentro de veinte días que le daban de término; y para que no dijesen en ningún tiempo que violentamente habían sido conquistados y ganados, les daban cierta cantidad de rodelas y macanas; y se ponían estos mensajeros en cierta parte, en donde aguardaban la resolución de la república y de los ancianos de la tal provincia, los cuales respondían lo que a ellos les parecía o dentro del término referido allanaba al señor y entonces dándole su fe y palabra de nunca ser contrario al imperio y dejar entrar y salir, tratar y contratar a los mercaderes y gente de él, enviando cierto presente de oro, pedrería, plumas y mantas, era perdonado y admitido por amigo del imperio; y si no hacía esto, cumplidos los veinte días, llegaban a esta sazón otros mensajeros que eran naturales de la ciudad de Texcoco de los aculhuas, llamados achcacauhtzin que eran de los de aquellos jueces que en otra parte se dijeron pesquisidores, los cuales daban su embajada al mismo señor de la tal provincia y a todos los naturales y caballeros de su casa y linaje, apercibiéndoles que dentro de otros veinte días que les daban de término se redujesen a paz y concordia con el imperio, con el apercibimiento de que si se cumplía el término y no se allanaban, que sería el señor castigado con pena de muerte, conforme a las leyes que disponían hacerle

pedazos la cabeza con una porra, si no moría en batalla o cautivo en ella para ser sacrificado a los dioses; y los demás caballeros de su casa y corte, asimismo serían castigados conforme a la voluntad de las tres cabezas del imperio; haciendo este apercibimiento al señor y a todos los nobles de su provincia, si dentro de los veinte días se allanaba, quedaban los de su provincia obligados de dar un reconocimiento a las tres cabezas en cada un año, aunque moderado, y el señor perdonado con todos los nobles y admitido en la gracia y amistad de las tres cabezas; y si no quería, luego incontinenti le ungían estos embajadores el brazo derecho y la cabeza con cierto licor que llevaban, que era para forzarle a que pudiese resistir la furia del ejército de las tres cabezas del imperio, y asimismo le ponían en la cabeza un penacho de plumería que llamaban tecpílotl, atado con una correa colorada y le presentaban muchas rodelas, macanas y otros adherentes de guerra, luego se juntaban con los otros primeros embajadores, aguardando a que se cumpliese el término de los veinte días, y cumplido, no habiéndose dado de paz, a esta sazón llegaban terceros embajadores, que eran de la ciudad de Tlacopan, de nación tepaneca, y tenían la misma dignidad y oficio que los demás, los cuales daban su embajada de parte de las tres cabezas del imperio a todos los capitanes, soldados y otros hombres de milicia, apercibiéndolos, por último apercibimiento, que como tales personas habían de recibir los golpes y trabajos de la guerra, que procurasen dentro de veinte días dar la obediencia al imperio, que serían perdonados y admitidos en su gracia; donde no, pasado el tiempo, vendrían sobre ellos y a fuego y sangre asolarían toda su provincia y se quedarían por esclavos todos los cautivos en ella, los demás por tributarios vasallos del imperio, los cuales si dentro de este término se rendían, solo el señor era castigado y la provincia quedaba sujeta a dar algún más tributo y reconocimiento que en el segundo apercibimiento y esto había de ser de las rentas pertenecientes al tal señor; y donde no,

cumplidos los veinte días, estos embajadores tepanecas daban a los capitanes y hombres militares de aquella provincia rodelas y macanas y se juntaban con los otros, luego juntos se despedían del señor de la república y de los hombres de guerra, apercibiéndoles que dentro de otros veinte días estarían las tres cabezas o sus capitanes con ejércitos sobre ellos, ejecutarían todo lo que les tenían apercibido; y cumplidos luego se daba batalla, porque ya a esta sazón había venido marchando el ejército; y conquistados y ganados que eran, se ejecutaba todo lo atrás referido, repartiendo las tierras y los tributos entre las tres cabezas: al rey de México y al de Texcoco por iguales partes y al de Tlacopan una cierta parte, que era como la quinta; aunque se tenía atención de dar a los herederos de tal señor tierras y vasallos suficientes a la calidad de sus personas, entrando en la sucesión del señorío el heredero y sucesor legítimo de la tal provincia con las obligaciones y reconocimiento referido y dejándole guarnición de gente del ejército de las tres cabezas, la que era conveniente para la seguridad de aquella provincia, se volvía la demás; y de esta manera sujetaron a toda la tierra. Otras leyes había que se guardaban en el consejo y tribunal de guerra, de menos entidad. En el cuarto y último consejo, que era el de hacienda, se guardaban las leyes convenientes a ella acerca de la cobranza de tributos y distribución de ellos y de los padrones reales. Tenían pena de muerte los cobradores que cobraban más de lo que debían pagar los súbditos y vasallos. Los jueces de estos tribunales no podían recibir ningún cohecho, ni ser parciales a ninguna de las partes, pena de la vida; a todos los cuales el rey sustentaba, cada ochenta días hacía mercedes, dándoles dones y presentes de oro, mantas, plumería, cacao y maíz, conforme a la calidad de sus oficios y méritos, sin que en esto hubiese límite señalado, más de lo que al rey le parecía ser conveniente; y lo mismo hacía con los capitanes y personas valerosas en la guerra y con los criados de su casa y corte.

Capítulo XXXIX. Cómo el rey Nezahualcoyotzin amplió las tierras de la señoría de Tlaxcala y las capitulaciones que con ellos tuvo

La señoría de Tlaxcala en las guerras que a Nezahualcoyotzin se le habían ofrecido para recobrar el reino de Texcoco y sujetar a los tepanecas, le había siempre favorecido; y así en agradecimiento de esto siempre los visitaba y enviaba grandes presentes de oro, pedrería, mantas, plumería y otras cosas; y así yendo una vez a visitarlos les alargó los términos de sus tierras por la parte del reino de Texcoco, echando sus mohoneras por el cerro que se llama Quauhtépetl, prosiguiendo a otro que se dice Ozelotépetl, luego a Huehue y Chocayan hasta el cerro que llaman Coliuhcan; y luego hicieron las capitulaciones siguientes a pedimento de la señoría, que fueron: Que desde aquel tiempo se favoreciesen unos a otros, sin que jamás se pretendiesen quitar los señoríos por vía de violencia, guerra ni por otra cosa, sino que si algún tirano se levantase contra el dicho Nezahualcoyotzin o sus descendientes, que la señoría les socorrería con todo su poder y fuerzas y la misma obligación tuviesen los del reino de Texcoco en favorecer y amparar las causas de la señoría, dando su favor y ayuda contra los que la quisiesen ofender y lo mismo hiciesen los años estériles, se favoreciesen con bastimentos los unos a los otros. Hechas estas capitulaciones se volvió Nezahualcoyotzin a la ciudad de Texcoco, en donde comenzó a apercibir sus gentes para hacer guerra a la provincia de Tolantzinco y de la sierra de Totonapan y así dio principio con la de Tolantzinco perteneciente al reino y habiéndola ganado, restituyó en el señorío a Tlalolintzin como atrás queda referido, con ciertos reconocimientos; y la de Quauhchinanco se le dio de paz y confirmó en el señorío a Nauhecatzn; y lo mismo hizo en Xicotépec hasta ganar toda la sierra de Totanapan que contiene más de ochenta leguas; y volviendo de esta conquista, que era

perteneciente a su patrimonio, juntó sus gentes con las de Itzcoatzin su tío; y con las de Totoquihuatzin rey de Tlacopan y fueron sobre la tierra de los tlalhuicas y la ganaron, haciendo la repartición conforme atrás queda referido, cupieron a Nezahualcoyotzin con la cabecera de Quauhnahuac nueve pueblos. Al que puso por mayordomo de la cobranza de los tributos, sacaba cuatro mil y trescientos fardos de mantas ricas, pañetes y huepiles que montan por todo ochenta y seis mil mantas, huepiles, naguas y pañetes; y cierta cantidad de preseas de oro, pedrería y plumería en cada un año, sin las amas y criadas necesarias para el servicio de la cada del rey, asimismo las flores que de ordinario se gastaban en palacio. Al rey de México cupo lo de Tepozotlan, Huaxtépec y otros con la misma cantidad de tributos; al de Tlacopan la parte que le pertenecía; después prosiguieron su conquista y ganaron la provincia de Chalco, aunque luego se rebeló; ganada esta provincia, pasaron a la de Itzocan y la ganaron, luego prosiguieron y ganaron las provincias de Tepecyacan, Tecalco, Teohuacan, Coaixtlahuacan, Cuetlachtlan, Hualtépec y Quauhtochco, dejándolas sujetas al imperio con la misma calidad que a las demás, Nezahualcoyotzin fue con su gente sobre la gran provincia de Tochpan y la de Tizauhcóac, habiéndolas ganado puso a sus mayordomos en la de Tizcohuacaláotl, que cobraba en cada un año de tributos mil y ochocientos fardos de mantas así de las ricas veteadas de todos colores, que servían para entapizar las salas y cuartos del rey, como de otras llanas, naguas y huepiles, sin más cien fardos de mantas de ilacatziuhque de a tres piernas, que tenía de largo cada una de ellas ocho brazas, otros cien fardos de las más delicadas y primas de a cuatro brazas, que las unas y las otras venían a ser cuarenta mil piezas, sin más cuatrocientas petacas, cuatrocientos pellejos de venado, cien venados vivos, cien cargas de chile y cien cargas de pepitas, cien papagayos grandes, cuarenta costales de pluma blanca con que hacían telas y otros cuarenta costales de plumería

de aves de diferentes colores, sin más doscientos fardos de pañetes, que venían a ser cuatro mil, con las amas y criadas necesarias para el servicio de palacio. En la gran provincia de Tochpan puso por su mayordomo a Huehutli, que cobraba en cada un año de las mantas del género atrás referido, mil quinientos y ochenta fardos, y más veinticinco mantas y huepiles, sin más cuatrocientos fardos y más diez mantas de ilacatziuhqui de a ocho brazas y otros tantos fardos de mantas del ilacatziuhqui delgado de a cuatro brazas, que por todo venían a ser cuarenta y siete mil seiscientas cuarenta y cinco mantas, naguas y huepiles, piezas de ilacatziuhqui y pañetes, sin más las amas de palacio y criadas que eran necesarias para el servicio. La gran provincia de Tochpan se dividía en siete provincias, que contenían todas ellas sesenta y ocho pueblos a ellas sujetos. Conquistadas estas provincias que pertenecían al patrimonio del rey de Texcoco, pasó de allí con su ejército costeando la Mar del Norte hasta otra provincia que se dice Teochtépec que asimismo la ganó y sojuzgó, puso en ella por su mayordomo y cobrador de tributos (de más de la gente de guarnición que en cada una de ellas dejaba) a Toyectzin, que cobraba en cada año cuarenta fardos de mantas ricas y veinte de unas camisetas, asimismo ricamente tejidas de finos colores, que montan ciento y veinte piezas: igualmente le sembraban y cultivaban en cada un año una sementera de cacao, que tenía de longitud cuatrocientas medidas y de latitud doscientas, sin más treinta y tres cargas de cacao que se cobraban de tributo, dos mil pelotas de hule y cuatrocientos paños de grana, sin más muchas de plumería, como eran rodelas, penachos y otras divisas que los reyes usaban cuando salían a las guerras, hechas de la plumería rica que llaman quetzali. Esta provincia contenía doce pueblos, asimismo sujetos, que daban tributo cierta cantidad de amas y criadas para el servicio de palacio. Y dando la vuelta, fue sobre la provincia de Mazahuacan en compañía de los reyes de México y de Tlacopan y la de Tlapacyan; y habiéndolas sujetado con las

mismas calidades atrás referidas, fue sobre la de Tlauhcocautitlan y la ganó, en donde puso por su mayordomo a Huitziltecuh, en donde se le daban de tributo y reconocimiento en cada un año dieciséis bateas de color y veinte cargas de copal, doscientas sesenta y ocho jícaras y tecomates finos, veinte cargas de varas de tlacuítol quahuitle. Esta provincia y las demás, en donde puso sus mayordomos y cobradores, fueron las que se adjudicaron al reino de Texcoco, sin entrar en partición los otros dos reyes; y en las que no puso sus mayordomos fueron las que se repartían sus rentas entre las tres cabezas de esta Nueva España por la orden referida, las cuales rentas se llevaban a la ciudad de México todas juntas y allí hacer la repartición y división, en donde los mayordomos y agentes de los tres reyes, cada uno recibía lo que le pertenecía a su señor; y las rentas que eran de la parte del rey Nezahualcoyotzin se guardaban en la ciudad de México en sus palacios antiguos, con las que premiaba a todos los señores de su señorío, a sus hijos, deudos y otras personas beneméritas por mano de los señores mexicanos, para que justificadamente a cada uno se le diese lo que por sus virtudes merecía: este fue el principal intento de que sus rentas (las que tenía de la partición con los otros reyes) se guardasen en la ciudad de México. En el ínterin que había andado ocupado en estas guerras, los de la provincia de Tolantzinco, permaneciendo en su rebeldía, una noche quemaron las fuerzas en donde el rey tenía su gente de guarnición (que estaban en tres partes, que era en Macanacazco, Tlayácac y Chiquiuhtépec), matando a todos los soldados que en los presidios tenía Nezahualcoyotzin. Cuatro años había desde que había sojuzgado la provincia referida, por lo cual determinó hacer un grueso ejército y fue sobre ellos y los castigó con todo rigor; y sin embargo de que dejó al señor de allí en su mismo puesto y por uno de los catorce grandes del reino, todavía quedó obligado a dar en cada un año de tributo sesenta fardos de mantas y cuatrocientas medidas de frijol, que son quinientas fanegas;

asimismo estuvo a su cargo el tener cuenta de planar arboledas en los jardines y bosques; y nombró por mayordomo de la cobranza de este tributo y servicio a Pachcálcatl; con que quedaron desde allí en adelante sujetos y oprimidos; asimismo en donde estaban los presidios, fundó un pueblo Nezahualcoyotzin, que llamó Tzihuinquilocan, con gente de la ciudad de Texcoco, que fue de su patrimonio, y duró hasta la muerte de don Fernando Cortés Ixtlilxóchitl su nieto.

Capítulo XL. De la muerte del rey Itzcoatzin de México y cómo en su lugar entró Moctezumatzin Ilhuicaminatzin Primero de este nombre y de algunas guerras que hicieron las tres cabezas del imperio contra las provincias remotas

En los postreros días del año de 1440, que llaman matlactliomey técpatl, falleció el valerosísmo rey Itzcoatzin, que fue el primero de los de México que en compañía de los de Texcoco y Tlacopan imperaron en esta tierra de Anáhuac que llaman Nueva España, habiendo reinado casi catorce años. Y como fue una de las leyes y capitulaciones que entre los tres quedaron establecidas, elegir sucesor los dos que quedasen cuando falleciese alguno de los tres, acordó Nezahualcoyotzin hacer llamamiento general en todo el imperio; y juntándose con el rey Totoquihuatzin de Tlacopan juntaron sus ejércitos y fueron sobre las provincias de Cohuixco, Oztoman, Quizaltépec, Ixcateopan, Teozcahualco, Poctépc, Tomazlapan, Chilapan, Quiauhteopan, Ohuapan, Tzompahuacan y Cozamaloapan y habiéndolas sojuzgado y puesto debajo del imperio con otros muchos pueblos a ellos sujetos y dada la orden que en las demás se volvieron a sus tierras. El orden que se tenía en ir a estas jornadas y conquistas era, que iban los tres ejércitos juntos y de conformidad y llegados que eran sobre la provincia que habían de conquistar, se tornaban a dividir y aunque tojos a un tiempo daban la batalla, cada uno entraba por su parte peleando con los enemigos, con que a pocos lances los desbarataban y sujetaban, procurando cada ejército señalarse y aventajarse. Venido que fue el rey Nezahualcoyotzin a su ciudad, dio orden de ir sobre las provincias de la Cuexteca que es Pánuco, que pertenecía a su patrimonio, para lo cual habiendo juntado el ejército necesario envió a su hijo el infante Xochiquetzaltzin por su capitán general y habiendo salido de la ciudad de Texcoco, de allí a cinco o seis días después despachó a otro infante hijo suyo llamado Acamapipioltzin con

más gente para socorrer al primero, por ser esta nación de los cuextecas gente belicosísima. El infante Acamapipioltzin (que a esta sazón era muy buen soldado), por ganar gloria y fama hizo tanto con la gente de socorro que llevaba y con salir seis días después que el tro se dio tan buena maña, que llegó con la gente que llevaba tres días antes que llegase su hermano Xochiquetzaltzin con el ejército, yendo por diferente rumbo porque no fuese visto por el hermano y con animo ferocísimo y con ejército muy desigual del que los cuextecas tenían, embistió con ellos y habiéndolos vencido y roto junto a un gran río, por pasarle se ahogaron muchos y él en su seguimiento pasó el río y cuando llegó su hermano Xochiquetzaltzin con el ejército, ya casi tenía sujetos a los cuextecas y ganados algunos lugares suyos, de manera que no sirvió más de para socorrerle. Las provincias y pueblos más señalados que se ganaron en esta entrada, fueron Tlahuitolan, Coxolitlan, Acatlan, Piaztla, Tetlcoyoyan, Otlaquiquiztlan y Xochipalco. Y habiéndolos ganado y puesto sus presidios y fronteras en aquellas tierras, que confinaban con otras de otros chichimecas de la provincia de Pánuco, se volvieron a su patria, en donde entraron triunfando y fueron muy bien recibidos de Nezahualcoyotzin su padre. En esta jornada se halló en favor de Nezahualcoyotzin, Xicoténcatl, una de las cuatro cabezas de la señoría de Tlaxcalan, que ya comenzaba a florecer, y era un mancebo de grande e invencible ánimo, el cual volvió a su tierra cargado de despojos y riquezas que en esta conquista ganó.

Capítulo XLI. Que trata de la hambre y mortandad que hubo en esta tierra y por qué causa se comenzaron las guerras de Tlaxcalan, Huexotzinco y Cholulan contra el imperio

Estando las cosas del imperio en grande prosperidad por la abundancia de mantenimientos y máquina grande de gentes (que era de tal manera que hasta los montes y sierras fragosas las tenían ocupadas con sembrados y otros aprovechamientos y el menor pueblo de aquellos tiempos tenía más gente que la mejor ciudad que el día de hoy hay en la Nueva España según parece por los padrones reales de aquellos tiempos), como las cosas de esta vida tienen mil mudanzas y nunca faltan calamidades (como las que en esta sazón acontecieron y fueron las primeras), en el año de 1450 que llaman matlactli tochtli fue tan excesiva la nieve que cayó en toda la tierra que subió en las más partes estado y medio, con que se arruinaron y cayeron muchas casas y se destruyeron todas las arboledas y plantas, resfrió de tal manera la tierra que hubo un catarro pestilencial con que murieron muchas gentes y en especial la gente mayor; y los tres años siguientes se perdieron todas las sementeras y frutos de la tierra, en tal conformidad que pereció la mayor parte de la gente y en el siguiente de 1454 a los principios de él hubo un eclipse muy grande de Sol, luego se aumentó más la enfermedad y moría tanta gente que parecía que no había de quedar persona alguna, según era la calamidad que sobre esta tierra había venido y la hambre tan excesiva que muchos vendieron a sus hijos a trueque de maíz en las provincias de Totonapan, en donde no corrió esta calamidad; y los de aquellas provincias, como eran tan grandes idólatras, todos los esclavos que compraban los sacrificaban a sus dioses, pareciéndoles que los tenían propicios para que no corriese la misma calamidad en su tierra. Y aunque Nezahualcoyotzin en su tierra y reino, Moctezumatzin y Totoquihuatzin en los suyos, hicieron

todo lo posible por socorrer a sus súbditos y vasallos (porque además de haberles alzado los tributos por seis años que fue el tiempo que duraron estas calamidades, les dieron y repartieron todas las rentas de maíz que tenían en las trojes guardades y reservadas de a diez, doce años y más tiempo), viendo que no cesaba la calamidad se juntaron todos tres con la señoría de Tlaxcalan a tratar el remedio más conveniente para este efecto: los sacerdotes y sátrapas de los templos de México dijeron, que los dioses estaban indignados contra el imperio y que para aplacarlos convenía sacrificar muchos hombres y que esto se había de hacer ordinariamente, para que los tuviesen siempre propicios. Nezahualcoyotzin que era muy contrato a esta opinión, después de haber hecho muchas contradicciones, dijo que bastaba que les sacrificasen los cautivos en guerra, que así como así habían de morir en batalla, se perdía poco, además de que sería muy grande hazaña de los soldados haber vivos a sus enemigos, con lo cual, a más de que serían premiados, harían este sacrificio a los dioses: replicaron los sacerdotes, que las guerras que se hacían eran muy remotas y no ordinarias, que vendrían muy a espacio y debilitados los cautivos que se habían de sacrificar a los dioses, habiendo de ser muy de ordinario y la gente reciente y dispuesta para el sacrificio de los dioses, como lo solían hacer con sus hijos y esclavos. Xicoténcatl uno de los señores de Tlaxcalan fue de opinión, que desde aquel tiempo en adelante se estableciese que hubiesen guerras contra la señoría de Tlaxcalan y la de Texcoco con sus acompañados y que se señalase un campo donde de ordinario se hiciesen estas batallas y que los que fuesen presos y cautivos en ellas se sacrificasen a sus dioses, que sería muy acepto a ellos pues como manjar suyo sería caliente y reciente, sacándolos de este campo; además de que sería lugar donde se ejercitasen los hijos de los señores, que saldrían de allí famosos capitanes y que esto se había de entender sin exceder los límites del campo que para el efecto se señalase, ni pretender ganarse las tierras y

señoríos y asimismo había de ser con calidad que cuando tuviesen algún trabajo o calamidad en la una u otra parte habían de cesar las dichas guerras y favorecerse unos a otros, como de antes estaba capitulado con la señoría de Tlaxcalan. A todos pareció muy bien lo que había dicho Xicoténcatl y como interesados y muy religiosos en el servicio de sus falsos dioses, apretaron en el negocio para que se efectuase y así Nezahualcoyotzin señaló el campo que fue entre Quauhtépec y Ocelotépec, y por tres las cabezas del imperio, señaló para el efecto otras tres provincias, que fueron la de Tlaxcalan referida, la de Huexotzinco y Cholulan, que llamaron «los enemigos de casa», con calidad que peleasen tantos a tantos yendo los de las tres cabezas juntos y que diesen su batalla los primeros días de sus meses, comenzando por Tlaxcalan la primera vez y luego de ahí a otro mes que fue la segunda en el campo que estaba señalado de Huexotzinco y la tercera en el campo de Cholula, cuyos defensores eran los de Atlixco; y luego comenzaba otra vez la tanda por Tlaxcalan: con que hubieron suficiente recaudo los sacerdotes de los templos de Texcatlipoca, Huitzilopochtli, Tláoc y los demás que eran ídolos de los mexicanos, los de los contrarios Cumaxtle, Matlalcueie y Quetzalcóatl. Así se comenzaron estas guerras y abominables sacrificios de los dioses (o para mejor decir) demonios, hasta que vino el invictísimo don Fernando Cortés primer marqués del Valle a plantar la santa fe católica: asimismo quedó por ley que ninguno de los naturales de las tres provincias referidas pudiesen pasar a estas partes, ni los de acá ir allá, con pena de ser sacrificados a los dioses falsos. En el año se hacían dieciocho fiestas principales a los dioses fingidos, que era a los primeros días de sus dieciocho meses con que repartían su año solar, en los cuales sacrificaban los nombres cautivos en las guerras referidas y en otras fiestas que tenían movibles.

Capítulo XLII. De cómo hizo Nezahualcoyotzin casas de recreación, bosques y jardines y la gente que mandó ocupar en su adorno Y en el de las casas reales y cerco de ellas

Demás de los jardines que tenía el rey Nezahualcoyotzin llamados Hueitecpan y en los palacios de su padre llamados Cillan y en los de su abuelo el emperador Techotlalatzin, hizo otros, como fueron el bosque tan famoso y celebrado de las historias, Tetzcotzinco, y el de Quauhyácac, Tzinacanóztoc, Cozcaquauhco, Cuetlachatitlan o Tlatéitec y los de la laguna Acatelelco y Tepetzinco: asimismo señaló lo mejor de la montaña, en donde iba a caza cuando tenía algunos ratos de desenfado. Estos bosques y jardines estaban adornados de ricos alcázares suntuosamente labrados, con sus fuentes, atarjeas, acequias, estanques, baños y otros laberintos admirables, en los cuales tenía plantadas diversidad de flores y árboles de todas suertes, peregrinos y traídos de partes remotas; además de lo referido, tenía señaladas cinco suertes de tierras, las más fértiles que había cerca de la ciudad, en donde por gusto y entretenimiento le hacían sementeras, hallándose el beneficio de ellas personalmente, como era en Atenco que está junto a la laguna en el pueblo de Papalotlan y en los de Calpolanzan, Mazaapan y Yahualiuhcan. Para el adorno y servicio e estos palacios y jardines y bosques que el rey tenía, se ocupaban los pueblos que caían cerca de la corte por sus turnos y tandas; de los cuales para el servicio, adorno y limpieza de los palacios del rey, eran señalados los pueblos de Huexotla, Coatlichan, Coatépec, Chimalhuacan, Iztapalocan, Tepetlaóztoc, Acolman, Tepechpan, Chicuhnautla, Teyoyocan, Chiauhtla, Papalotla, Xaltocan y Chalco, que servían medio año, el otro medio año era a cargo de los pueblos de la campiña, que eran Otompan, Teotihuacan, Tepepolco, Zempoalan, Aztaquemecan, Ahuatépec, Axapochco, Oztotípac, Tizayocan, Tlalanapan, Coyóac, Quatlatlauhcan, Quat-

laeca y Quauhtlatzinco. Para la recámara del rey estaban señalados los pueblos de Calpolalpan, Mazaapuh, Yahualiuhcan, Atenco y Tzihuinquilocan; y para los bosques y jardines las provincias de Tolantzinco, Quauhchinanco, Xicotépec, Pauhatla, Yauhtépec, Ahuacayocan y Quauhnáhuac, con sus pueblos sujetos, acudiendo por su turno y tanda al dicho efecto, teniendo cada provincia t pueblo a su cargo el jardín, bosque o labranza que le era señalado. De los jardines, el más ameno y de curiosidades fue el bosque de Tetzcotzinco, porque demás de la cerca que tenía tan grande para subir a la cumbre de él y andarlo todo, tenía sus gradas, parte de ellas, hecha de argamasa, parte labrada en la misma pena; y el agua que se traía para las fuentes, pilas, baños y canos que se repartían para el riego de las flores y arboledas de este bosque, para poderla traer desde su nacimiento, fue menester hacer fuertes y altísimas murallas de argamasa desde unas sierras a otras, de increíble grandeza, sobre la cual hizo una tarjea hasta venir a dar en lo más alto del bosque; y a las espaldas de la cumbre de él, en el primer estanque de agua, estaba una peña, esculpida en ella en circunferencia los años desde que había nacido el rey Nezahualcoyotzin hasta la edad de aquel tiempo y por la parte de afuera los años, en fin de cada uno de ellos asimismo esculpidas las cosas más memorables que hizo; y por dentro de la rueda esculpidas sus armas que eran una casa que estaba ardiendo en llamas y deshaciéndose; otra que estaba muy ennoblecida de edificios y en medio de las dos un pie de venado, estaba en él una piedra preciosa y salían del pie unos penachos de plumas preciosas; asimismo una cierva y en ella un brazo asido de un arco con unas flechas y como un hombre armado con su morrión y orejeras, coselete y dos tigres a los lados de cuya boca salían agua y fuego y por orla doce cabezas de reyes y señores y otras cosas que el primer arzobispo de México don fray Juan de Zumárraga mandó hacer pedazos, entendiendo ser algunos ídolos y todo lo referido era la etimología de sus armas;

y de allí se repartía esta agua en dos partes, que la una iba cercando y rodeando el bosque por la parte del norte y la otra por la del sur. En la cumbre de este bosque estaban edificadas unas casas de manera de torre y por remate y chapitel estaba hecha de cantería una como a manera de maceta y dentro de ella salían unos penachos de plumería, que era la etimología del nombre del bosque; y luego más abajo hecho de una peña un león de más de dos brazas de largo con sus alas y plumas, estaba echado y mirando a la parte del oriente, en cuya boca asomaba un rostro que era el mismo retrato del rey, el cual león estaba de ordinario debajo de un palio hecho de oro y plumería; un poquito más abajo estaban tres albercas de agua y en la del medio estaban en sus bordos tres ranas esculpidas y labradas en la misma peña, que significaban la gran laguna y las ranas las cabezas del imperio; y por un lado (que era hacia la parte del norte) otra alberca y en una peña esculpido el nombre y escudo de armas de la ciudad de Tolan, que fue cabecera del imperio de los toltecas; y por el lado izquierdo que caía hacia la parte del sur estaba la otra alberca; y en la peña esculpido el escudo de armas y nombre de la ciudad de Tenayocan que fue la cabecera del imperio de los chichimecas y de esta alberca salía un caño de agua que saltando sobre unas peñas salpicaba el agua, que iba a «caer en un jardín de todas flores olorosas de tierra caliente», que parecía que llovía con la precipitación y golpe que daba el agua sobre la peña. Tras de este jardín se seguían los baños hechos y labrados de peña viva, que con dividirse en dos baños eran de una pieza; y por aquí se bajaba asimismo por una peña grandísma de unas gradas hechas de la misma peña, tan bien labradas y lisas que parecían espejos y por el pretil de estas gradas estaba esculpido el día, mes, año y hora en que se le dio aviso al rey Nezahualcoyotzin de la muerte de un señor de Huexotzinco a quien quiso y amó notablemente y le cogió esta nueva cuando se estaban haciendo estas gradas: luego consecutivamente estaban el alcázar y palacios que el rey

tenía en el bosque, en los cuales había entre otras muchas salas, aposentos y retretes, una muy grandísima y delante de ella un patio, en la cual recibía a los reyes de México y Tlacopan, y a otros grandes señores cuando se iban a holgar con él y en el patio se hacían las danzas y algunas representaciones de gusto y entretenimientos. Estaban estos alcázares con tan admirable y maravillosa hechura y con tanta diversidad de piedras, que no parecían ser hechos de industria humana, el aposento en donde el rey dormía era redondo, todo lo demás de este bosque, como dicho tengo, estaba plantado de diversidad de árboles y flores odoríferas; y en ellos diversidad de aves, sin las que el rey tenía en jaulas traídas de diversas partes, que hacían una armonía y canto que no se oían las gentes; fuera de las florestas, que las dividía una pared, entraba la montaña en que había muchos venados, conejos y liebres, que si de cada cosa muy en particular se describiese y de los demás bosques de este reino, era menester hacer historia muy particular.

Capítulo XLIII. De cómo el rey Nezahualcoyotzin se casó con Azcalxochitzin, hija del infante Temictzin su tío y del extraño modo con que se consiguió este matrimonio

En todo este discurso de tiempo Nezahualcoyotzin no había casádose conforme a la costumbre de sus pasados, que es tener una mujer legítima de donde naciese el sucesor del reino, aunque a esta sazón, de sus concubinas (que tenía muchas en sus palacios y jardines) tenía muchos hijos, que algunos de ellos le habían ayudado en las guerras y conquistas atrás referidas y eran ya famosísimos capitanes. El rey Itzcoatzin su tío y el rey Moctezumatzin, que a esta sazón lo era de México, no se habían atrevido a tratarle casamiento alguno hostigados de lo pasado, cuando volvió a las veinticinco doncellas no admitiéndolas y así se estaba por casar; y acordando de tomar estado, mandó que le trajesen algunas doncellas que fuesen hijas legítimas que fuesen de los señores de Huexotla y Coatlichan (que eran las casas más principales y antiguas del reino y en donde se habían casado sus pasados los emperadores chichimecas), de las cuales no se halló más de una de la casa de Coatlichan y ésa era tan niña que se la entregó a su hermano el infante Quauhtlehuanitzin para que la criase y doctrinase y siendo de edad la trajese a palacio para luego celebrar con ella las bodas. En este medio tiempo falleció el infante Quauhtlehuanitzin que ya era muy viejo y Ixhuetzcatocatzin su hijo, heredero de su casa y estado, entrado que fue en la sucesión de su padre, viendo aquella tan noble y no sabiendo para que efecto se criaba, se casó con ella; que cuando el rey se vino a acordar, ya era dueño de ella su sobrino y no sabiendo aquél lo que había le envió a llamar y le dijo trajese aquella señora, que había criado su padre, a palacio para tomar estado con ella, pues para este efecto la había dado a su padre, el cual le respondió al rey, que aquella señora era ya su esposa, que la había recibido no sabiendo lo que entre su padre y su alteza se había

tratado, y que bajo de esto hiciese lo que fuese servido. El rey sin responderle palabra lo remitió a los jueces para que lo castigasen si había cometido delito, los cuales hallaron no tener culpa y lo dieron por libre; y viéndose el rey tan desdichado en esta parte, habiendo sido tan venturoso en todas sus cosas, le causó muy gran tristeza y melancolía, que casi desesperado se salió solo y sin compañía de palacio y se fue hacia los bosques que tenía en la laguna, y no dándole gusto cuanto había, fue prosiguiendo su viaje hasta ir a dar en el pueblo de Tepechpan, que viéndole Quaquauhtzin señor de allí y uno de los catorce grandes del reino, le salió a recibir y lo llevó a sus palacios, en donde le sirvió con comida, que hasta entonces no había comido aquel día; y para más regalarle quiso que en la mesa le sirviese Azcalxochitzin señora mexicana hija del infante Temictzin su tío y prima hermana suya, que este señor la criaba para tomar estado con ella y ser su mujer legítima, y hasta entonces no la había gozado por no tener edad para el efecto, porque sus padres se la dieron niña pequeña en recompensa de un gran presente de oro, piedras preciosas, mantas, plumería y esclavos que les dio, que era de los despojos de una de las conquistas atrás referidas, en que se había hallado por capitán general. El rey, cuando vio aquella señora, que era su prima hermana, tan hermosa y dotada de gracias y bienes de naturaleza, le quitó todas las melancolías y tristezas que tría consigo y le robó el corazón, y disimulando lo mejor que pudo su pasión, se despidió de este señor y se fue a su corte, en donde dio orden con todo el secreto del mundo (sin jamás dar a sentir sus designios) de mandar quitar la vida a Quaquauhtzin por parecer mejor su hecho, y fue de esta manera: despachó a la señoría de Tlaxcalan un mensajero (que era de su casa y de quien más se fiaba), a decir que a su reino convenía que fuese muerto Quaquauhtzin, uno de los grandes de él, por ciertos delitos graves que había cometido, y para darle muerte honrosa pedía a la señora mandase a sus capitanes lo matasen en

la batalla, que para tal día lo enviaría al efecto, de manera que no lo dejasen volver con vida; y luego llamó el rey dos capitanes de quienes él mucho se fiaba y les dijo que para tal día quería enviar a la guerra que se acostumbraba hacer en el campo de la frontera de Tlaxcalan a Quaquauhtzin, y que los metiesen en lo más peligroso de ella, de manera que los enemigos lo matasen y no escapase con vida, porque convenía así por cierto delito grave que había cometido, y que le daba esta muerte honrosa por la buena voluntad que le tenía. Luego le envió a llamar y apercibir que se dispusiese a esta guerra y jornada por general de ella.

Quaquauhtzin obedeció el mandato de su rey, aunque le causó admiración y novedad, que siendo como era, soldado viejo y que no competía a su persona y calidad ir a esta jornada, se le enviase a ella: y así sospechó su daño y compuso unos cantos lastimosos que cantó en un despedimiento y convite que hizo de todos sus deudos y amigos. Ido que fue a esta jornada se quedó en ella muerto y hecho pedazos por los tlaxcaltecas. Hecha que fue esta diligencia le restaba otra, que era saber la voluntad de su prima, y porque nadie echase de ver sus designios fue a visitar a su hermana la infanta Tozcuentzin a quien comunicó su deseo, diciéndole que quería tomar estado y no hallaba otra persona en el reino con quien lo pudiese hacer, si no era con Azcalxochitzin, mujer que había de ser de Quaquauhtzin señor de Tepechpan, que los tlaxcaltecas habían muerto pocos días había, y que solo le restaba saber la voluntad de esta señora, y por ser tan reciente la muerte de su esposo que había de ser, no le sería bien notado tratarlo a lo público, que ella diese orden como hablarla de secreto y saber su gusto. La infanta respondió que en su casa tenia una vieja criada suya, que muy de ordinario la iba a visitar y curar el cabello, con quien podía su alteza enviarle a hablar. Y así, el rey le mandó que de su parte le dijese a su prima que le pesaba de la muerte de su esposo que había de ser, y por la obligación grande que le tenía, pues era su prima hermana, tenía propuesto

de tomarla por mujer y ser reina y señora de su estado y señorío, que esto se lo dijese muy en secreto, sin que persona ninguna lo entendiese. La vieja se dio tan buena maña, que dio su mensaje a la señora a solas y muy a gusto, porque ella respondió que su alteza hiciese lo que fuese servido de ella, pues tenía obligación de honrarla y ampararla, pues era su deuda. Sabiendo el rey la voluntad de esta señora, mandó luego que desde Tepechpan hasta el bosque de Tepetzinco se hiciese una calzada toda estacada, y acabada, se trajese de Chiuhnauhtla una peña que estaba en una recreación en donde fue puesto el pellejo de su hermano Acotlótlil que mandó matar y desollar el tirano Tezozómoc como atrás queda referido, dando cierto término para hacerlo todo, y luego mandó a la vieja fuese a verse con Azcalxochitzin, su prima, y le dijese, que para tal día pasaría por su pueblo una peña que había de traer de Chiuhnauhtla para ponerla en el bosque de Tepetzinco, y que ella saliese tras de ella y fuese a verla poner en el bosque con todo el más acompañamiento de gente que pudiese, sin dar a sentir que era por su orden, sino por curiosidad de ver aquella grandeza: y que él estaría en un mirador desde donde la vería, y mandaría llevar a palacio, en donde después se celebrarían las bodas, y ella sería jurada y recibida por reina y señora de Texcoco: lo cual se puso a efecto, y el día citado fue esta señora con todos los caballeros de Tepechpan, acompañada de todas sus amas, criadas y de otras señoras, y el rey estando en un mirador con todos sus grandes, como admirando ver tan grande acompañamiento de gente y tantas mujeres en parte donde pocas veces parecían, preguntó muy al disimulo a sus grandes ¿quién era aquella señora?: dijeron que era Azcalxochitzin, su prima, que venía a ver aquella peña que se había traído en dónde se había de poner. El rey, oído esto, dijo que no era razón que su prima siendo tan niña anduviese en semejante lugar, y que así la llevasen a palacio, en donde estaría mejor. Llevada que fue, pasados algunos días, y habiendo comunicado el

rey a sus grandes cómo sería bien casarse con ella, pues era doncella y de tan alto linaje, a los grandes les pareció muy bien, y así se celebraron las bodas con mucha solemnidad y regocijos y fiestas, hallándose en ellas Moctezumatzin y Totoquihuatzin y otros muchos señores, y fue jurada y recibida por reina y señora de los aculhuas chichimecas. Con la astucia referida hubo esta señora Nezahualcoyotzin, sin que jamás supiesen con cercioridad si la muerte de Quaquauhtzin fuese de intento o caso fortuito que le sucediese, aunque los autores que alcanzaron este secreto, y fueron su hilo y nietos, le condenan por la cosa más mal hecha que hizo en toda su vida, y no le hallan otra más de ésta, digna de ser tenida por mala y abominada, aunque el celo y amor le cegó.

Capítulo XLIV. De los hijos que tuvo Nezahualcoyotzin, y otras cosas acaecidas en este discurso de tiempo hasta la muerte del príncipe Tetzauhptiltzintli

Las bodas y casamiento del rey Nezahualcoyotzin sucedieron antes de la calamidad, hambre y pestes que atrás se han referido, y así parece que Dios fue servido de castigarle por la muerte injusta que dio a Quaquauhtzin. Aquel tuvo en dicha señora dos hijos varones, aunque no nacieron unos tras de otro, sino que pasaron muchos años de por medio después del nacimiento del primero, que fue el príncipe Tetzauhpizintli, el cual salió muy agraciado y con todos los dotes de naturaleza que podía dar a un esclarecido príncipe, porque tenía muy buen natural, y con poco trabajo de sus ayos y maestros salió consumado en todo, porque era lindo filósofo, poeta y muy excelente soldado, y aún en las artes mecánicas era casi en todas ellas muy aventajado; lo que más a su natural inclinaba era la milicia y edificar palacios, como los edificó en la parte que se dice Ahuehuetitlan, porque halló en aquel puesto una sabina que se aficionó de edificar a la redonda de ella, de donde tomó el nombre de sus palacios; y estando en estos entretenimientos, un infante hijo natural de su padre labró una piedra preciosa en figura de un ave, tan al natural que parecía estar viva, y por ser tan linda esta joya, se la quiso presentar al rey, su padre, el cual, holgándose de verla, quiso dársela a su hijo el príncipe, porque le quería y amaba infinito, y enviándosela con otro infante, asimismo hijo natural del rey, llamado Eyahue se la dio y le dijo, que la había labrado el infante Huetzin su hermano, y el príncipe envió a agradecer al rey su padre la merced que le hacía y se holgaba que su hermano fuese tan buen artífice, y que se holgara mucho más que se inclinara a la milicia, con que fuera mucho más estimado y su alteza fuera más bien servido. Al tiempo que fue a dar la respuesta del príncipe, mudó las palabras este infante por consejo de su madre (que era una de las concubi-

nas que el rey tenía, y que privaba mucho ella solo con él pretendiendo que no hubiese hijo legítimo en la reina, porque sus hijos entrasen en la sucesión del reino después de los días del rey, por parecerle a ella que se anteponía en calidad y privanza con el rey a todas las demás concubinas que tenía): y así este infante le dijo al rey que había ido a ver al príncipe, y que le había dado muy mala respuesta y sospechosa de quererse alzar con el reino, porque había respondido que él no se preciaba de los oficios mecánicos en que se ocupaba el infante que había labrado la joya, sino de la milicia en la cual entendía subir y sujetar al mundo, y si fuera posible, venir a ser y mandar más que su padre; y que cuando le dijo estas razones, le mostró un almacén de todas sus armas, como podía su alteza enviar a verlas (que con esta ocasión pudo el infante confirmar el testimonio que con orden y consejo de su madre levantaba al príncipe su hermano, el cual, como era tan aficionado a las armas, tenía sus cuartos muy adornados de todos géneros de armas y divisas pertenecientes a la guerra y ejercicio militar); y enviando el rey, su padre, a un caballero de los de su recámara a que viese si el príncipe tenía alguna prevención de armas, le vino a decir cómo los cuartos y casas que labraban estaban adornados con ellas, y pareciéndole ser verdad lo que se le acumulaba, quiso atajarle los pasos, y que los reyes de México, Moctezumatzin y Totoquihuatzin de Tlacopan, a quienes competía el castigo, le reprendiesen y castigasen, para lo cual les envió a pedir se viniesen a la ciudad de Texcoco, y venidos que fueron, les dio parte de todo lo que había oído decir del príncipe, su hijo, y que les rogaba le reprendiesen y castigasen que como mancebo y muchacho de poco entender y saber se hubiese desvanecido, y que mientras se le hacía la reprensión él no se quería hallar presente, sino que se iba en el ínter al bosque de Tetzotzinco, y que en todo y por todo, les encargaba el cumplimiento de las leyes, pues no era justo que por su respeto se quebrantasen. Ido que fue al bosque, los reyes Moctezu-

matzin y Totoquihuatzin, haciendo la pesquisa muy secreta y la información del caso con las personas que le habían levantado el testimonio, sin recibirle descargo y notificarle lo que se le acumulaba, fueron a sus palacios, y como que le iban a visitar y ver la casa que edificaba, ciertos capitanes que iban en su compañía, so color que le echasen al cuello un collar de flores, le dieron garrote y lo mataron. Muerto que fue, y puesto en una sala amortajado con todas las insignias que acostumbraban ponerse los príncipes y los reyes, se despidieron de los que pudieron ver, y se embarcaron luego por la vía de sus ciudades, dejando dicho que dijeran al rey Nezahualcoyotzin que había hecho lo que debían y conforme las leyes disponían; y cuando llegó la nueva al bosque y supo la muerte del príncipe, a quien quería y amaba notablemente, comenzó a llorar amargamente su desdicha, quejándose de la inclemencia de los dos reyes, y pesándole infinito de haberles remitido el caso, aunque por otra parte le parecía que debió de convenir, pues a los que sentenciaron les venía tanta parte como a él, pues por lo menos eran sus tíos. Estuvo muchos días en este los que triste y afligido, lamentando sus desdichas, porque no tenía otro hijo legítimo que pudiese heredar el reino, aunque tenían en sus concubinas sesenta hijos varones y cincuenta y siete hijas; los varones, los más de ellos, salieron famosísimos capitanes que le ayudaron mucho en las entradas y conquistas referidas y lances que después se ofrecieron. Las hijas las casó con señores, así delos de su corte y reino, como con los de las otras dos de México y Tlacopan; y a los unos y a los otros dio cantidad de tierras, pueblos y lugares, de donde tenían rentas, y eran servidos y tenidos en mucho.

Capítulo XLV. Que trata de cómo se ganó la provincia de Chalco por medio del infante Axoquentzin, y nacimiento del príncipe Nezahualpilli

Viéndose Nezahualcoyotzin tan contrastado de la fortuna, que por una parte estaba sin sucesor de su reino, y por otra que a sus barbas y a la puerta de su casa estuviesen tan descomedidos y desvergonzados los de la provincia de Chalco, a quien la otra vez había sojuzgado, que cuando toda la tierra estaba sujeta a su voluntad y mando, éstos hubiesen llegado a tanto atrevimiento que le hubiesen matado dos hijos suyos y otros dos infantes del reino de México, hijos de Axayacatzin, que a la sazón era capitán y sumo sacerdote del templo de México; y lo peor, que les sirviesen de candeleros sus cuerpos en una sala donde de noche hacía sus saraos y convites, y los corazones de ellos con otros de los más famosos capitanes y gente ilustre que había muerto en el discurso de esta guerra, le sirvieron de collar y joyas a Toteotzintecuhtli, su señor, que los tenía engastados en oro por modo de soberbia y vana presunción; y lo que más le acabó de irritar y atravesar el corazón fue que una mujer natural de la ciudad de Texcoco, que había sido cautiva de los chalcas y servía en palacio, una noche cogió los cuerpos de los infantes, que los tenían embalsamados, compadecida y lastimada de esta crueldad y espectáculo, y se los llevó al rey Nezahualcoyotzin, librándolos, aunque muertos, del poder de sus enemigos; todas estas cosas y las atrás referidas movieron al rey a buscar el remedio conveniente, y éste no podía venir por mano de los hombres, y así, juntando a los más doctos de su reino, le dijeron y aconsejaron que convenía hacer muy grandes y solemnes sacrificios a sus dioses, para que aplacasen su ira y le diesen victoria contra sus enemigos y heredero de su reino y señorío, el cual, aunque siempre era enemigo de este modo de servir y agradecer a los dioses de los culhuas mexicanos, hubo de hacerles muy grandes y

solemnes sacrificios, y admitir su adoración, que hasta entonces no lo había hecho, ni admitido hacerles templos ningunos, y así en esta ocasión dentro de sus casas comenzaron a edificar los templos de los dioses mexicanos, como queda atrás referido. Fueron de tan poco efecto estos sacrificios, víctimas y servicios que hizo a los falsos dioses, como piedras y palos mudos que no tenían poder alguno, que no tan solamente no alcanzó lo que les pedía, sino que aún iban sus cosas de mal en peor, y así echó de ver que su opinión no era falsa, y que aquellos ídolos eran algunos demonios enemigos de la vida humana, pues no se hartaban de que les sacrificasen tanta suma de hombres, y así salió de la ciudad de Texcoco y se fue a su bosque de Tetzcotzinco, en donde ayunó cuarenta días, haciendo oraciones al Dios no conocido, creador de todas las cosas y principio de todas ellas, a quien compuso en su alabanza sesenta y tantos cantos que el día de hoy se guardan, de mucha moralidad y sentencias, y con muy sublimes nombres y renombres propios a él; hacía esta oración cuatro veces en cada día natural, que era al salir el Sol, al mediodía, al ponerse y a la media noche, ofreciendo sahumerio de mirra y copal, y otros sahumerios aromáticos; al cabo de los cuales, una noche como a la mitad de ella, Iztapalotzin, uno de los caballeros de su recamara, oyó una voz que le llamaba por su nombre de la parte de afuera, y saliendo a ver quien era, vio a un mancebo de agradable aspecto y el lugar en donde estaba claro y refulgente, que le dijo que no temiese, que entrase y dijese al rey su señor, que el día siguiente, antes del mediodía, su hijo el infante Axoquentzin ganaría la batalla de los chalcas, y que la reina su mujer, pariría un hijo que le sucedería en el reino, muy sabio y suficiente para el gobierno de él; desapareciéndose esta visión, se entró a donde el rey dormía, y lo halló que estaba en oración y sacrificio de incienso y perfumes, mirando hacia donde nace el Sol, al cual dijo lo que había visto y oído que le dijese; el rey llamó a los de su guardia y mandó que a Iztapalotzin le pusiesen en una

jaula para castigarlo, pareciéndole que eran embelesos y ficciones suyas. Aquella madrugada, Axoquentzin, mancebo que sería de hasta dieciocho años, se fue con otros mancebos amigos suyos al campo de Chalco, codicioso y deseoso de ver a sus hermanos los infantes Ichantlatoatzin, Acapioltzin y Xochiquetzaltzin, que había mucho tiempo que estaban por caudillos del ejército que tenía el rey en estas fronteras y campo contra los chalcas; el cual, llegó al tiempo y cuando se sentaban a almorzar para dar luego la batalla a sus enemigos, que la misma ocupación tenían en esta ocasión. Los infantes estaban almorzando todos tres sobre una gran rodela, y Acapioltzin, que fue el primero que conoció a su hermano, se holgó mucho de verle, y preguntándole de su venida, lo llamó y sentó a su lado para que comiese con ellos. Ichantlatoatzin se indignó de esto diciendo que aquel puesto no era para que comiese en él un muchacho rapaz sin haberse hallado en guerra ninguna, que aún de mochilero no podía servir, y que mejor estuviera en las faldas de las mujeres y amas que lo habían criado, diciéndole otras palabras sacudidas, y reempujándole del lugar en donde su hermano lo tenía. El mancebo corrido y afrentado de las cosas que su hermano le había dicho, se fue a una tienda de armas que allí cerca vio, y entrándose en él desesperadamente (queriendo más aína ser muerto y hecho pedazos de sus enemigos, que vivir afrentado y menospreciado de su hermano), se dio tan buena maña y tanta prisa que en dos saltos entró dentro de la tienda en donde estaba Toteotzintecuhtli, señor y caudillo principal del ejército de los chalcas, que aunque era ya muy viejo y ciego, gobernaba el campo valerosamente por medio de dos famosos capitanes que tenía llamados (blanco en el original) y embistiendo con él le asió de los cabellos con una mano, y con la otra se fue defendiendo de sus enemigos, y fue tan de repente, que cuando quisieron defenderse y libertar a su señor ya los tetzcucanos tenían ganado los demás del ejército, que por librar a este infante habían ido en seguimiento

los más valerosos capitanes que allí estaban, con lo cual muy a su salvo, pudo cautivar a este señor, herir y matar a los contrarios que se le ponían por delante. Cuando acordaron sus hermanos, ya se cantaba la gloria del triunfo y vencimiento de su hermano Axoquentzin, y haciendo ellos por su parte, fueron prosiguiendo la victoria hasta ganar y sujetar a todos los chalcas, con que quedó sujeta su provincia; y al tiempo que esta hazaña hizo Axoquentzin, despacharon por la posta a dar aviso al rey, su padre, con lo cual se holgó infinito y fue libre Iztapalotzin de la jaula y prisión en que estaba, y luego se hicieron muy grandes y solemnes fiestas, y de allí a pocos días parió la reina un hijo que se llamó Nezahualpiltzintli, que significa príncipe ayunado y deseado. En recompensa de tan grandes mercedes que había el rey recibido del dios incógnito y creador de todas las cosas, le edificó un templo muy suntuoso, frontero y opuesto al templo mayor de Huitzilopochtli, el cual, además de tener cuatros descansos y fundamento de una torre altísima, estaba edificada sobre él con nueve sobrados, que significaban nueve cielos; el décimo que servía de remate de los otros nueve sobrados, era por la parte de afuera matizado de negro y estrellado, y por la parte inferior estaba todo engastado en oro, pedrería y plumas preciosas, colocándolo al dios referido y no conocido ni visto hasta entonces, sin ninguna estatua ni formar su figura. El chapitel referido casi remataba en tres puntas, y en el noveno sobrado estaba un instrumento que llamaban chililitli, de donde tomo el nombre este templo y torre; y en él asimismo otros instrumentos musicales, como eran las cornetas, flautas, caracoles y un artesón de metal que llamaban tetzilácatl que servía de campana, que con un martillo asimismo de metal le tañían, y tenía casi el mismo tañido de una campana; y uno a manera de a tambor que es el instrumento con que hacen las danzas, muy grande; éste, los demás, y en especial el llamado chililitli, se tocaba cuatro ve-

ces cada día natural, que era a las horas que atrás queda referido que el rey oraba.

Capítulo XLVI. Que trata de la muerte del rey Moctezumatzin de México, y elección de Axayacatzin; y de algunos dichos, hechos y sentencias admirables del rey Nezahualcoyotzin

El príncipe Nezahualpiltzintli nació en el día que llamaron matlactliome cóatl, que era el octavo día de su quinceno mes, llamado atemoztli y en su año llamado matlactlioce técpatl, que conforme a nuestra cuenta, fue a primero de enero del año de 1465 de la encarnación de Cristo nuestro Señor, y este mismo año (que fue el siguiente de los naturales que llaman matlactliomome calli) comenzaron los chalcas a edificar salas y aposentos de increíble grandeza en las casas y palacios del rey, en las demás de los señores y caballeros de su reino, y en las de los otros dos reyes y cabezas del imperio, por castigo de su obstinación y rebeldía, trayendo de su provincia, madera, piedras y los demás materiales para los edificios referidos, con tan grave y excesivo trabajo suyo que más no podía ser en el mundo, y cómo con las guerras pasadas que ellos habían tenido tantos años, se había muerto la mayor parte de los varones, eran aún hasta las mujeres compelidas a este trabajo. El rey Nezahualcoyotzin, acertó a ver esta calamidad que padecían los chalcas y lo peor de todo que perecían de hambre, el cual confundido y lastimado de ver esto, mandó que hiciesen unas muy grandes casas pajizas que llaman jacales, y que en ellas sus mayordomos tuviesen grandísima máquina de comida para los chalcas que andaban ocupados en los edificios referidos. Demás de que ellos recibieron este gran refugio, fue parte para poder sobrellevar el hambre que corría en aquellos tiempos en su provincia; con que de su voluntad venían bandadas de ellos a la obra que hacían, viendo que con esto mitigaban el hambre que tenían; habiéndose ocupado los chalcas casi en estos cuatro años sucesivos. El siguiente año de 1469, casi a los últimos del que llaman el calli,

murió el gran Moctezumatzin Ilhuicamina en su ciudad de México, y llegada la nueva a Nezahualcoyotzin, hizo lo que la vez pasada, y en su lugar fue recibido y jurado Axayacatzin, hijo de Tezozómoc, hijo de Itzcóatl y de Atotoxtli, hija legítima del difunto Moctezumatzin, que no tuvo otro legítimo; y así demás de sus partes, calidad y virtudes, vino a exceder a su abuelo. Recibido que fue y hechas las fiestas de su jura y coronación, se vino a la ciudad de Texcoco, en donde asistió muchas veces mientras vivió el rey Nezahualcoyotzin, el cual, entre otras cosas que hizo dignas de su fama y nombre fue que alargó los montes, porque de antes tenía puestos límites señalados hasta donde podían ir a traer maderas para sus edificios y leña para su gasto ordinario, y tenía puesta pena de la vida al que se excedía de los límites; y fue que yendo una vez con uno de sus grandes de su reino en traje de cazador (que lo acostumbraba hacer muy de ordinario, saliendo a solas y disfrazado para que no fuese conocido, a reconocer las faltas y necesidades que había en la república para remediarlas), con el mismo intento se fue hacia la montaña, y cerca de los límites referidos halló a un niño con harta miseria y penuria, juntando palitos para llevar a su casa; el rey le dijo que ¿por qué no entraba a la montaña adentro, pues había tanta suma de leña seca que poder llevar?, respondió el niño: «Ni pienso hacer tal, porque el rey me quitará la vida». Preguntóle que ¿quién era el rey? y respondió el niño: «Un hombrecillo miserable, pues quita a los hombres lo que Dios a manos llenas les da». Replicó el rey que bien podía entrar adentro de los límites que el rey tenía puestos, que nadie se lo iría a decir: visto por el muchacho, comenzó a enojarse y a reñirle, diciéndole que era un traidor y enemigo de sus padres, pues le aconsejaba cosa con que pudiese costarles la vida; y dando la vuelta el rey para su corte dejó dada orden a un criado suyo (que desde lejos les había seguido) cogiese aquel niño y a sus padres y los llevase a palacio; lo cual puso luego por obra, y llevándolos bien afligidos y ate-

morizados, no sabiendo a qué eran llamados a la presencia del rey, llegados que fueron, mandó a sus mayordomos les diesen cierta cantidad de fardos de mantas y mucho maíz, cacao y otros dones, y los despidió, dando las gracias al muchacho por la corrección que le había dado, y el guardar las leyes que él tenía establecidas; y desde entonces mandó que se quitasen los términos señalados, y que todos entrasen en los montes y se aprovechasen de las maderas y leñas que en ellos había, con tal que no cortasen ningún árbol que estuviese en pie, pena de muerte. Otra vez estando en un mirador, que caía a una de las puertas de la plaza y palacios del rey, llegó a descansar al pie de él un leñador que venía fatigado con su carga de leña y con él, su mujer, y al tiempo que se recostó un poco sobre su carga, miró la magnificencia y la grandeza de los palacios y alcázares del rey, y dijo a su mujer: «El dueño de toda esta máquina estará harto y repleto, y nosotros cansados y muertos de hambre». La mujer le respondió que callase la boca, no le oyese alguno, y por sus palabras fuesen castigados. El rey llamó a un criado suyo a quien mandó fuese a traer aquel leñador, que estaba descansando al pie del mirador, y se lo trajese a la sala de su consejo, el cual lo hizo así, y el rey se fue a aguardarle a la sala; y estando en su presencia atemorizados el leñador y su mujer, le dijo qué es lo que había dicho y murmurado del rey, que le dijese la verdad, y diciéndosela le dijo que otra vez no le aconteciese murmurar y decir mal de su rey y señor natural, porque las paredes oían, además de que, aunque a él le parecía que estaba repleto y harto, y lo demás que había dicho, que considerase la mucha máquina y peso de negocios que sobre él cargaban, y el cuidado de amparar, defender y mantener en justicia a un reino tan grande como era el suyo; y llamó a un mayordomo suyo, y mandóle que le diese cierta cantidad de fardos de mantas, cacao y otras cosas, y habiéndoselas traído en presencia del rey, le dijo que con aquello poco le bastaba y viviría bienaventurado; y él, con toda la máquina que le parecía

que tenía harto, no tenía nada, y así lo despidió. Otro lance le sucedió con un cazador, y fue que éste ganaba su vida en cazar, y una vez, después de haber andado en montañas y quebrados, volvió a su casa cansado sin haber podido matar ninguna caza, y para poderse sustentar aquel día, comenzó a andar tras de los pajaritos pequeños que por allí había en los árboles; un mancebo vecino suyo viéndole cuán afligido andaba, y cómo no podía tirar a aquellos pajarillos, le dijo por modo de burla y vituperio que le tirase al miembro viril, y que quizá acertaría mejor; y como el cazador estaba afligido, enarcó y apuntó con la flecha, y disparándole, le acertó; viéndose herido con la flecha, comenzó a dar voces de tal manera que alborotó el barrio, y fue preso el cazador y llevado a palacio con el herido ante los jueces, y al tiempo que iban pasando por el patio principal de palacio, preguntó el rey que los estaba mirando ¿que qué era aquel murmullo? y habiéndole informado, que un herido que un cazador, que allí traían preso, había flechado, los mandó traer ante sí, y sabida la verdad del caso, mandó que el cazador curase al herido, y si sanaba quedase por su esclavo o diese su rescate, con que salió libre el cazador, el cual, viendo la magnificencia que había usado con él su rey, quiso buscar modo para que le hiciese mercedes, y fue que puso un galli-pavo a la puerta de su casa una noche, y en parte donde pudiese ser cogido de algún coyote, que es un animal que parece a los adives, que es un género de lobos, y se puso en parte donde poder ver la presa cuando la hiciese el lobo; el cual, antes que llegase la medianoche, llegó el olor del gallo y lo arrebató, y él se fue en su seguimiento, de tal manera que no le dejó comer el gallo hasta que se fue a meter a su cueva que la tenía en el interior de la montaña, en donde le dio un flechazo y lo mató, y luego se lo cargó y llevó juntamente con el gallo a palacio, y llego a ocasión que el rey se estaba vistiendo por ser muy de mañana, y diciendo a los de la recámara que le quería besar las manos y pedir justicia, mandó el rey que entrase

a donde estaba, y llegado que fue a su presencia le dijo: «Poderoso señor, a pedir vengo justicia contra el nombre de vuestra alteza, que esta noche me llevó este gallo, que juntamemte con él traigo, que no tenía otra hacienda; vuestra alteza lo remedie»; el cual le respondió que si su nombre lo había ofendido en matarle el gallo que traía muerto, que si lo trajera vivo lo castigara, y que otro día no le aconteciera semejante caso, porque en burlas sería castigado, y mandó pagarle lo que podían valer diez gallos, y que aquel lobo fuera desollado, y su piel se pusiese entre sus armas en el almacén. Era tan misericordioso este rey con los pobres, que de ordinario salía a un mirador que caía a la plaza, a ver la gente miserable que en ella vendía (que era de ordinario la que vendía sal, leña y legumbres que apenas se podía sustentar), y viendo que no vendían, no quería sentarse a comer, hasta tanto que sus mayordomos hubiesen ido a comprarles todo cuanto vendían a doblado precio de lo que valía, para darlo a otros, porque tenían muy particular cuidado de dar de comer y vestir a los viejos enfermos lisiados en las guerras, a la viuda y al huérfano, gastando en esto gran parte de los tributos, que para el efecto tenía señalados ciertos señores y caballeros que estaban a su cargo, porque nadie podía andar demandando por las calles ni fuera de ellas, pena de la vida.

Capítulo XLVII. Que trata de algunas profecías y dichos que dijo el rey Nezahualcoyotzin

Entre los cantos que compuso el rey Nezahualcoyotzin, donde más a la clara dijo algunas sentencias, como a modo de profecías, que muy a la clara en nuestros tiempos se han cumplido y visto, fueron los que se intitulan Xompancuícatl, que significa canto de la primavera, las cuales se cantaron en la fiesta y convites del estreno de sus grandes palacios, que empieza el uno así: Tlacxoconcaquican hani Nezahualcoyotzin etc., que traducidas a nuestro vulgar castellano, conforme al propio y verdadero sentido, quieren decir: «Oíd lo que dice el rey Nezahualcoyotzin, en sus lamentaciones sobre las calamidades y persecuciones que han de padecer sus reinos y señoríos». Ido que seas de esta presente vida a la otra, oh rey Yoyontzin, vendrá tiempo que serán deshechos y destrozados tus vasallos, quedando todas tus cosas en las tinieblas del olvido; entonces de verdad, no estará en tu mano el señorío y mando, sino en la de Dios. Y esto digo «Entonces serán las aflicciones, las miserias y persecuciones que padecerán tus hijos y nietos; y llorosos se acordarán de ti, viendo que los dejaste huérfanos en servicio de otros extraños en su misma patria Acolihuacan; porque en esto vienen a parar los mandos, imperios y señoríos, que duran poco y son de poca estabilidad. Lo de esta vida es prestado, que en un instante lo hemos de dejar como otros lo han dejado, pues los señores Zihuapantzin, Acolnahuacatzin y Quauhtzontezoma, que siempre te acompañaban, ya no los ves en estos breves gustos». Y a este modo dijo otras muchas cosas muy de notar. En el año 1467 que llaman ce ácatl, se acabó y fue el estreno del templo mayor de la ciudad de Texcoco del ídolo Huitzilopochtli, y entonces dijo: «En tal año como éste, se destruirá este templo, que ahora se estrena ¿quien se hallará presente? ¿Si será mi hijo o mi nieto?, entonces irá a disminución la tierra, y se acabarán los señores, de

suerte que el maguey siendo pequeño y sin razón, será talado; los árboles siendo pequeños darán fruto y la tierra defectuosa siempre ira a menos; entonces la malicia, deleites y sensualidad, estarán en su punto, dándose a ellos desde su tierna edad los hombres y mujeres; y unos a otros se robarán las haciendas. Sucederán cosas prodigiosas: las aves hablarán ya, y en este tiempo llegará el árbol de la luz, y de la salud y sustento. Para librar a vuestros hijos de estos vicios y calamidades, haced que desde niños se den a la virtud y trabajos». Todas estas mudanzas aquí contenidas y aumentos de vicios se han cumplido a la letra, porque las que en aquellos tiempos se tenían por cosas sobrenaturales y prodigiosas, son en éste muy patentes y ordinarias, y así no causan admiración, porque ¿quien vería en aquel tiempo, que si por desgracia aparecía un borracho, luego al punto de ser afrentado y castigado, le destechaban la casa y saqueaban, no dejándole vivir en el poblado, y ahora es tan común, que lo tienen por costumbre cotidiana? Las doncellas que tenían veinticinco y treinta años, no sabían salir de los rincones de sus padres, y ahora, aún no han cumplido doce, que no sean dueñas; y así de lo demás se echará de ver la diferencia que hay de este tiempo a aquel, y la mudanza tan grande. Este muy sabio rey mandó a todos los artífices que cada uno en el oficio que usaba le retratasase, porque andando el tiempo sus descendientes oyendo sus hechos y hazañas desearían verle y conocerle, el cual su deseo se les cumpliría en ver su retraso; y así cada uno en su facultad hizo los retratos; los plateros hicieron una estatua de oro muy al natural; los lapidarios otra de pedrería; los plumeros en un cuadro dibujado de varias plumas su retrato tan al natural, que parecía estar vivo. Otro cuadro hicieron los pintores lo mejor que pudieron. Los escultores una estatua de la misma manera, y los arquitectos de piedra fueron a su bosque de Tetzcotzinco e hicieron aquel león que atrás queda referido, y no retrataron más de tan solamente el rostro; hasta los herreros hicieron lo mismo, y por su

orden fueron presentándole sus retratos que habían hecho, excepto el de la peña, que era forzoso el ir a verlo, y así, habiéndolo visto, solo aquel le cuadró, y todos los demás los desechó, diciendo que el oro y piedras preciosas con la codicia se perderían, y los cuadros con el tiempo se desharían y borrarían, el barro se quebraría, y la madera se carcomería; mas que el de la peña solo permanecería, y gozarían de él sus nietos y descendientes.

Capítulo XLVIII. De los hechos notables de Acatentehuatzin

Acatentehuatzin era hijo de Nonoálcatl y de la infanta Toxquentzin y sobrino del rey Nezahualcoyotzin, al cual por sus hechos y dichos tan notables, unos lo tenían por hombre de poco seso, y otros por filósofo y sabio, por ir todos enderezados al verdadero conocimiento del fin y paradero de todas las cosas y el amor y provecho del prójimo; y así tratando de ellos, digo que una vez llegó un infante primo suyo, hijo de Nezahualcoyotzin, a que le dijese ¿qué le parecía de unos palacios que acababa de edificar, si permanecerían por la fortaleza de sus edificios? Le respondió que durarían lo que una mujer muy hermosa que se da a los deleites sensuales, que en breves día se estraga y viene a morir de bubas; y diciéndole que ¿por qué había comparádolos a la mujer, más aínas que a otra cosa? le respondió que por haber edificado en mal sitio, porque se comerían de salitre las paredes. En la sala principal de su casa se hendió un lienzo en ella, y llamando a los albañiles y obreros les preguntó que ¿como se remediaría aquella hendidura? Le respondieron, que por ser demasiada y en donde estribaba la madera del techo, era necesario destecharla y hacer de nuevo la pared; él respondió que eran remiendos muy largos y los días muy breves, y que para lo que él había de vivir lo remediaría más breve, y despidiéndolos llamó a unos barrenadores, hizo barrenar por un lado y por otro lo que estaba hendido de la pared que era de adobes, y después le hizo coser unas maromas; de que causo gran risa a todos, y por ello fue premiado de los reyes, sus tíos.

Capítulo XLIX. Que trata de la muerte de Nezahualcoyotzin

Tenía setenta y un años Nezahualcoyotzin y había cerca de cuarenta y dos que gobernaba el imperio en compañía de los reyes mexicanos y tepanecas, cuando le dio una enfermedad procedida de los muchos trabajos que había padecido en recobrarle, sujetarle y ponerle en el mejor estado que antes ni después tuvo (el cual tuvo sesenta hijos varones y cincuenta y siete hijas, aunque los legítimos no fueron más que dos, como queda atrás declarado) y estando cercano a la muerte, una mañana mandó traer al príncipe Nezahualpiltzintli (que era de la edad de siete años poco más) y tomándole en sus brazos lo cubrió con la vestimenta real que tenía puesta, y mandó entrar a los embajadores de los reyes de México y Tlacopan que asistían en su corte y fuera de allí estaban aguardando en una sala para darle los buenos días, y habiéndoselos dado y salido fuera, descubrió al niño puesto en pie, y le mandó relatase lo que los embajadores le habían dicho y lo que él les había respondido; y el niño, sin faltar palabra, hizo la relación con mucha cortesía y donaire; hecho esto, habló con los infantes Ichantlatoatzin, Acapioltzin, Xochiquetzaltzin y Hecahuehuetzin sus hijos mayores (que eran presidentes de los consejos y estaban allí con los demás hermanos y hermanas) trayéndoles ante todas cosas a la memoria los trabajos y peregrinaciones que padeció desde su niñez y muerte y persecuciones de su padre Ixtlilxóchitl, hasta alcanzar y recobrar el imperio y gobernarle con tanto acuerdo y vigilancia como a ellos les constaba; y que para su perpetuidad, convenía a todos se quisiesen y amasen la paz y concordia, y si alguno intentase alteración y novedades de rebeldía entre ellos, aunque fuese el mayor y más tenido entre ellos, fuese castigado con pena de muerte sin dilación alguna; y luego les dijo: «Veis a vuestro príncipe señor natural, aunque niño, sabio y prudente, el cual os mantendrá en

paz y justicia, conservandoos en vuestras dignidades y señoríos, a quien obedeceréis como leales vasallos, sin exceder un punto de sus mandatos y de su voluntad; yo me hallo muy cercano a la muerte, y fallecido que sea, en lugar de tristes lamentaciones, cantaréis alegres cantos, mostrando en vuestros ánimos valor y esfuerzo, para que las naciones que hemos sujetado y puesto debajo de nuestro imperio, por mi muerte no hallen flaqueza de ánimo en vuestras personas, sino que entiendan que cualquiera de vosotros es solo bastante para tenerlos sujetos». Habiendo dicho otras muchas razones, y encargado al niño de la manera que había de gobernar y regir a sus súbditos y vasallos, guardando en todo y por todo las leyes que tenía establecidas, habló con el infante Acapioltzin y le dijo: desde hoy en adelante, harás el oficio de padre que yo tuve con el príncipe tu señor, a quien doctrinaras, para que siempre viva como debe, y debajo de tu consejo gobierne el imperio, asistiendo en su lugar y puesto, hasta que por sí mismo pueda regir y gobernar; y habiéndole encargado otras cosas que en semejantes casos se requieren, por la mucha satisfacción que de Acapioltzin tenía de lealtad, sagacidad y maduro consejo, le dejó en este puesto, y con lágrimas de sus ojos se despidió de todos sus hijos y privados, mandándoles salir de allí, y a los porteros que no dejasen entrar persona alguna. Dentro de pocas horas se le agravó la enfermedad, y falleció en el año que fue llamado chiquacen técpatl, que fue en el 1462. De esta manera, acabó la vida de Nezahualcoyotzin, que fue el más poderoso, valeroso, sabio y venturoso príncipe y capitán que ha habido en este nuevo mundo; porque contadas y consideradas bien las excelencias, gracias y habilidades, el ánimo invencible, el esfuerzo incomparable, las victorias y batallas que venció y naciones que sojuzgó, los avisos y ardides de que usó para ello, su magnanimidad, su clemencia y liberalidad, los pensamientos tan altos que tuvo, hallárase por cierto que en ninguna de las dichas, ni en otras que se podían decir de él le ha hecho ventaja capitán,

rey ni emperador alguno de los que hubo en este nuevo mundo; y que él en las más de ellas la hizo a todos, y tuvo menos flaquezas que ningún otro de sus mayores, antes las castigó con todo cuidado y diligencia, procurando siempre más el bien común que el suyo particular; y era tan misericordioso con los pobres, que no se había de sentar a comer hasta haberlo remediado, como de ordinario usaba con los de la plaza y mercado, comprándoles a doblado precio de lo que podía valer, la miseria de lo que traían a vender para darlo a otros, teniendo muy particular cuidado de la viuda, del huérfano y demás imposibilitados; y en los años estériles, abría sus trojes para dar y repartir a sus súbditos y vasallos el sustento necesario, que para el efecto siempre se guardaba; y alzaba los pechos y derechos que tenían obligación de tributarle en tales tiempos sus vasallos. Tuvo por falsos a los dioses que adoraban los de esta tierra, diciendo que no eran sino estatuas de demonios enemigos del género humano, porque fue muy sabio en las cosas morales y el que más vaciló, buscando de donde tomar lumbre para certificarse del verdadero Dios y creador de todas las cosas, como se ha visto en el discurso de su historia, y dan testimonio sus cantos que compuso en razón de ésto, como es el decir, que había uno solo, y que éste era el hacedor del cielo y de la tierra, y sustentaba todo lo hecho y creado por él, y que estaba, donde no tenía segundo, sobre los nueve cielos que él alcanzaba; que jamás se había visto en forma humana ni en otra figura, que con él iban a parar las almas de los virtuosos después de muertos, y que las de los malos iban a otro lugar, que era el más ínfimo de la tierra, de trabajos y penas horribles. Nunca jamás (aunque había muchos ídolos que representaban diferentes dioses) cuando se ofrecía tratar de deidad, los nombraba ni en general ni en particular, sino que decía Intloque y Nahuaque, y palnemo alani, que significa lo que está atrás declarado; solo decía que reconocía al Sol por padre y a la tierra por madre, y aún muchas veces solía amonestar a sus hijos en se-

creto, que no adorasen aquellas figuras de los ídolos, y que aquello que hiciesen en público fuese solo por cumplimiento, pues el demonio los traía engañados en aquellas figuras, y aunque no pudo de todo punto quitar el sacrificio de los hombres conforme a los ritos mexicanos, todavía alcanzó con ellos que tan solamente sacrificasen a los habidos en guerra, esclavos y cautivos, y no a sus hijos y naturales como solían tener de costumbre. Autores son de todo lo referido y de lo demás de su vida y hechos, los infantes de México, Itzcoatzin y Xiuhcozcatzin, y otros poetas e históricos en los anales de las tres cabezas de esta Nueva España, y en particular en los anales que hizo el infante Quauhtlatzacuilotzin, primer señor del pueblo de Chiauhtla, que comienzan desde el año de su nacimiento, hasta el tiempo del gobierno del rey Nezahualpiltzintli, y asimismo se halla en las relaciones que escribieron los infantes de la ciudad de Texcoco don Pablo, don Toribio, don Hernando Pimentel y Juan de Pomar, hijos y nietos del rey Nezahualpiltzintli de Texcoco, y asimismo el infante don Alonso Axayacatzin, señor de Itzapalapan, hijo del rey Cuitláhuac y sobrino del rey Moctezumatzin, y últimamente, en nuestros tiempos, lo tiene escrito en su historia y Monarquía indiana el diligentísimo y primer descubridor de la declaración de las pinturas y cantos, el reverendo padre fray Juan de Torquemada, padre del santo evangelio de esta provincia.

Capítulo L. Que trata de la jura y coronación del prudentísimo y sabio Nezahualpiltzintli Acamapixtli

Otro día después de haber fallecido Nezahualcoyotzin se le hicieron sus honras y exequias con gran pompa y majestad, conforme a los ritos de los mexicanos, que por hallarse escritos en los autores modernos, no se hace particular mención, más de que fue el segundo rey de los chichimecas que semejantes exequias se le hicieron, en las cuales se hallaron los reyes Axayacatzin de México y Chimalpopocatzin de Tlacopan, y otros muchos grandes y señores de diversas partes, y los embajadores de las señorías de Tlaxcalan, Huexotzinco y Chololan, y de los reyes contrarios y remotos, que en semejantes ocasiones a éstos y a las señorías se les daba parte y entraban sus embajadores libremente, como era el de Michoacan, Panuco y Tequantépec. En el ínterin que estas exequias pasaban, los hermanos mayores del príncipe, en especial los tres nombrados que tenían mano y mando en el imperio, hicieron sus diligencias secretas por introducirse en él y desposeer al príncipe Nezahualpiltzintli; lo cual conociendo en ellos los dos reyes, como señores absolutos que eran del imperio, a quienes competía la elección y jura del rey de Texcoco, su compañero en el imperio, acordaron de mandar que luego en su seguimiento llevasen a la ciudad de México al príncipe y con él a los tres infantes que pretendían lo referido, y asimismo fuese Acapioltzin coadjutor del príncipe y no otro ninguno de los hermanos, y con ellos todos los grandes y señores del reino, para en ella tratar lo que más conviniese, con que todos se aseguraron y se hizo la jura sin alteración alguna; y fue que habiendo llegado a la ciudad de México el rey Axayacatzin, mandó sentar al príncipe y los cuatro infantes sus hermanos en una sala que estaba antes de la del consejo real, en asientos iguales, y después de ellos, todos los grandes y señores del reino de Texcoco; puestos en esta sala, entraron dos señores, grandes oradores, que iban de

parte de los dos reyes de México y Tlacopan, los cuales, después de haberles dado la bienvenida les dijeron el deseo grande que sus señores tenían de elegir la cabeza que faltaba en el imperio, y que éste había de ser el que por derecho lo mereciese, con que se quitarían algunas dudas y pretensiones; y habiéndoles dicho otras muchas razones convenientes a este efecto se salieron, y luego entraron los dos capitanes generales de los dos reyes con otros grandes señores de dignidad y preeminencia, los cuales traían todas las insignias y vestimentas que se acostumbraban dar a los reyes cuando se juraban, y tras de ellos, los dos reyes, y habiendo cogido de los brazos los dos capitanes generales al niño Nezahualpiltzintli, lo metieron en la sala del consejo real, en donde, después de haberlo sentado en un trono suntuoso, por mano de dichos reyes le vistieron los ropajes reales, y lo coronaron y dieron las demás insignias, y le juraron por rey de Texcoco y supremo señor de los chichimecas, y uno de los tres del imperio, y habiéndole todos dado el parabién, se fueron sentando todos por sus antigüedades y preeminencias, y comenzáronse las fiestas y regocijos con mucho gusto de todo el imperio, aunque las ceremonias conforme a los ritos de la idolatría (que en semejantes juras se solían hacer) no se guardaron en esta sazón, por no tener el nuevo rey edad suficiente para ello, que después él las cumplió andando el tiempo. Los tres infantes, sus hermanos Ichantlatoatzin, Xochiquetzaltzin y Ecahuehuetzin, viendo que no pudieron salir con su pensamiento, así que vieron el intento de los dos reyes, sin despedirse se fueron a la ciudad de Texcoco tristes y corridos de sus vanas pretensiones. Habiendo estado Nezahualpiltzintli en la ciudad de México algunos días, se fue a la de Texcoco con sus tíos los dos reyes con gran acompañamiento, en donde de nuevo se le hicieron muy grandes y solemnes fiestas. El rey Axayacatzin se estaba lo más del tiempo del año con toda su corte en la ciudad de Texcoco, que era acomodada para su salud y gusto, especialmente a los principios del

gobierno de Nezahualpiltzintli, y en vida de su padre Nezahualcoyotzin.

Capítulo LI. Que trata de la guerra que el rey Axayacatzin tuvo contra Moquihuitzin, señor de Tlatelolco y contra sus aliados

Luego que murió Nezahualcoyotzin, algunos de los señores del imperio, como fueron Moquihuitzin de Tlatelolco, Xilomantzin de Colhuacan y otros de su casa y linajes, comenzaron a alterarse y negar la obediencia al rey Acayacatzin, su señor (y aunque es verdad que no le pagaban ningún tributo ni vasallaje, eran sujetos y del bando del nombre mexicano) y fuéles fácil, porque en estos tiempos estaban muy entronizados en el imperio, y de quienes el rey Nezahualcoyotzin hizo mucha cuenta y encargó los negocios más graves del imperio, de tal manera que solo les faltó la investidura, como consta de los cantos que hoy en día usan los naturales en sus fiestas y danzas principales. Por lo cual y por otras causas contingentes que al rey Axayacatzin le movieron, dándoles aviso de las alteraciones y novedades de estos señores, por lo que si pisaban adelante, pondrían el imperio en riesgo de perderse, lo cual visto por ellos, cada uno de por sí apercibió a los de su bando, para ir a defender y socorrer al rey mexicano para el día que les señaló y citó; y juntos los ejércitos de los tres reyes, entraron por la ciudad de Tlatelolco, y a pocos lances la destruyeron, matando a todos los más de los moradores de ella; y aunque Moquihuitzin se hizo fuerte en el templo mayor, fue vencido y echado de la más alta torre de él, muriendo hecho pedazos, y luego se dio orden de castigar a todos los que fueron culpados en esta liga y alteración, que como dicho es, fueron Xilomantzin señor de Colhuacan, el de Cuitlahuac Zoanenémiltl, y Tlatólatl, y el de Huitzilopochco Quauhyácatl, con cuya hazaña y castigo desde entonces los grandes del imperio se fueron mucho a la mano, y tuvieron gran respeto y reverencia a los tres reyes y cabezas de él. Lo cual sucedió el segundo año del

reino de Nezahualpiltzintli y en el sexto del rey Axayacatzin, que fue en el de 1463, que llaman chicome calli.

Capítulo LII. Que trata de algunas cosas que hizo en el principio de su gobierno Nezahualpiltzintli, en que mostró la prudencia y sabiduría natural que Dios le dio desde su niñez, que notaron mucho los autores

Una de las concubinas del rey Nezahualcoyotzin que estaba en gran privanza, fue como ya se dijo, la señora que pretendió siempre colocar a sus hijos en los más honrosos oficios del imperio, y aún si pudiese, dar a cada uno de ellos la investidura de él, por cuya causa siempre pretendió o procuró quitar la vida a los hijos legítimos del rey Nezahualcoyotzin habidos en la reina y señora mexicana, como en efecto lo hizo con el príncipe Tetzauhpintzintli, siendo ella la causa principal de su muerte; y así Nezahualpiltzintli, luego que se vio hecho rey, al hijo menor de esta señora (que no tenía ninguna dignidad ni oficio, aunque era señor de algunos lugares) le dio el pueblo de Chiauhtla con otros de las tierras conquistadas, y con investidura de uno de los grandes del imperio, de los catorce número, nombre y apellido de los aculhuas, con que quedó muy pagada esta señora y fue parte para atajar los designios de los otros tres infantes, que los dos eran sus hijos como fueron Xochiquetzaltzin y Hecahuehuetzin. El infante Axoquentzin (que fue el que ganó la provincia de Chalco), viendo el deseo que el rey su hermano tenía de honrar y premiar a sus hermanos, entró a pedirle mercedes por sus servicios, porque hasta entonces el rey, su padre, por ser muy mozo, no le había hecho ninguna merced; el rey niño estando muy atento a la demanda de su hermano, antes que hablase palabra el infante Acapioltzin, su coadjutor, hizo llamar ante sí a un pintor, y con él a un arquitecto y dos oficiales de albañil y carpintería, a los cuales les mandó que fuesen a la provincia de Chalco y viesen la traza y modo de las casas y palacios que eran de Toteotzintecuhtli rey de ella, y que cada uno en su facultad le trajese razón de ellas dentro de un término que les señaló, los

cuales habiendo hecho esta diligencia dieron razón al rey, quien mandó que en lo mejor de la ciudad de Texcoco se edificasen otras casas y palacios de la misma manera para su hermano Axoquentzin; le hizo otras mercedes señalándole ciertos pueblos y lugares, así en la provincia de Chalco, como en otros lugares para que fuese señor de ellos; y desde esta ocasión comenzó a gobernar por sí solo, con mucha prudencia y sagacidad, de tal manera que a todos los dejaba confusos y admirados, sin que en él se hallase ninguna imperfección en cuarenta años que reino, y siempre recibía con mucho amor los consejos y buena doctrina de su hermano el infante Acapioltzin y de los de su consejo y parlamento.

Capítulo LIII. Que trata de algunas guerras y conquistas que hicieron las tres cabezas del imperio, Axayacatzin rey de México, Nezahualpiltzintli de Texcoco y Chimalpopocatzin de Tlacopan, y muerte de Xihuitltémoc señor de Xochimilco

Entre los señores que ayudaron al rey Axayacatzin contra el de Tlatelolco y sus aliados, fue uno de ellos Xihuitltémoc, señor de la ciudad de Xochimilco, valerosísimo capitán y muy diestro jugador de pelota, de donde le vino su daño; porque después de hecha la guerra atrás referida, quiso el rey Axayacatzin hacer fiestas a sus valedores, y entre los regocijos que hubo fue uno el del juego de la pelota, de que el rey se preciaba mucho, aunque Xihuitltémoc le competía en mayor destreza; y así metido en cólera el rey, viendo que perdía muchas rayas, echó el resto y apostó el mercado y la laguna de la ciudad de México contra un jardín que Xihuitltémoc tenía en la de Xochimilco, el cual no advirtiendo la hazaña y cólera del rey, admitió luego el convite, y a pocos lances le ganó, de que quedó escocido y entre sí fraguando el modo que tendría para ejecutar su ira; y fue que habiéndose ido Xihuitltémoc a su ciudad, otro día después fueron cierta cantidad de soldados de la guardia con voz de que lo iban a visitar y darle alguna parte de las rentas de la laguna y el mercado, y al tiempo que lo saludaron y dieron sus presentes, le echaron un collar de flores al cuello en que iba oculta una soga por cierto artificio y traza que dieron algunos caballeros de la misma ciudad; le dieron garrote y lo mataron sin tener lugar de poderse escapar. Esta severidad fue causa para que de allí en adelante, los otros señores procuraran no burlarse, no ponerse con su rey en semejantes lances. Los tres reyes, habiendo juntado sus gentes, fueron contra los de la provincia de Matlaltzinco y los vencieron, y con los cautivos poblaron el pueblo de Xalatlahuco, y luego fueron contra los de Tzinacantépec, contra los ocuilte-

cas, Malacatépec y Coatépec, y contra los chichimecas y otomíes de todas las provincias que contienen tres naciones, que son otomíes, mazahuas y matlatzincas, cuyos pueblos son Xiquipilco, Xocotitlan, Xilotépec, Teuhtenanco, Tlacotépec, Callimayan, Amatépec, Zimatépec y Tolocan. Aunque fue trabajoso el sujetar estas tres naciones por ser gente belicosísima, en donde más se trabajó y corrió riesgo el rey Axayacatzin, fue en Xiquipilco, porque Tlilcuezpali, señor de aquella provincia y muy valeroso capitán, le estrechó en tanta manera, que demás de haberle dado un golpe en un muslo de que quedó muy mal herido el rey, y dádole muchas heridas, le tuvo rendido y casi para acabarlo de matar, y pasara muy adelante su osadía y coraje, si no fuera por Quetzalmamalitzin, uno de los catorce grandes y capitán general del reino de Texcoco, que con su gran valor se metió entre los enemigos y con gran animo y osadía liberó al rey mexicano, y fue preso y cautivo Tlilcuezpali con otros muchos capitanes de su valía. Fueron de los contrarios, cautivos más de doce mil personas, y de los del imperio no llegaron a mil los que en estas batallas murieron. El rey Axayacatzin quedó lisiado de la pierna, aunque sanó de las heridas y habiendo repartido las tierras de los conquistados entre las tres cabezas, hicieron mercedes a todos los señores que fueron en su defensa, dándoles pueblos y lugares en estas provincias, entre los cuales los que más se aventajaron fueron Quetzalmamalitzin señor de Teotihuacan, que era el capitán general y uno de los grandes del reino de Texcoco, y así los tres reyes le dieron por su divisa y armas una pierna de un rey, que del muslo le salían llamas de fuego, por la hazaña que hizo en librar al rey de México. Acapioltzin, coadjutor del rey de Texcoco, que se le dieron por sus armas y divisa tres pendones de oro y plumería con tres cabezas de lo mismo, y Mocahuhqui que hicieron señor de Xalatlauhco. Otros muchos señores fueron premiados y se les dieron sus armas y divisas conforme a sus hechos y hazañas. Después de haber puesto sus pre-

sidios y gente de guarnición en lo más necesario de estas provincias, se volvieron a sus tierras, y llegados a la ciudad de México fueron sacrificados en el templo mayor todos los cautivos habidos en estas guerras. Cúpole al rey de Texcoco de parte del valle de Toluca, Maxtlacan, Coquitzinco y otros lugares, en donde le fueron señalados de tributos en cada año ochocientos ochenta fardos de mantas finas, labradas y veteadas de diversos colores de pelo de conejo; otros trescientos sesenta fardos de otras mantas con sus cenefas de lo propio, y cuarenta fardos más siete de otras mantas de pluma que servían de sobrecamas, que por todas venían a ser veinticinco mil seiscientas siete mantas sin las preseas de joyas de oro, aderezos y divisas de plumería fina, y en cada año y lugar una sementera de maíz, en donde se cogía gran cantidad de ello; y por mayordomo y cobrador de todo esto, puso a uno llamado Yáotl. Por el mismo modo y cantidad se les repartió al rey de México y al de Tlacopan cierta parte, que sería como la quinta, según por los padrones reales parece.

Capítulo LIV. Que trata de la muerte de Axayacatzin, sucesión de Tizotzicatzin, y los hijos que tuvieron

Había cerca de catorce años que el valeroso rey Axayacatzin gobernaba, cuando llegó la muerte y le atajó los pasos, casi con el mismo achaque que falleció Nezahualcoyotzin, con gran sentimiento de todo el imperio, por haber sido uno de los príncipes más valerosos que hubo entre los mexicanos. Tuvo el segundo lugar después del gran Mutecuhzomatzin, primero de este nombre (como parece por las historias y cartas que tratan de la vida y hechos de estos príncipes) y así se le hicieron muy grandes exequias, y juntándose los dos reyes Chimalpopocatzin y Nezahualpiltzintli con los electores, fue de común consentimiento electo Tizotzicatzin, séptimo rey mexicano y compañero en el imperio de las tres cabezas, el cual era hermano del difunto, hijo de Tezozómoc y nieto de Moctezumatzin, porque no tuvo Moctezumatzin más de una hija legítima en quien tuvo Tezozómoc tres hijos que todos fueron reyes, uno en pos de otro, Axayacatzin, Tizotzicatzin (de quien tratamos) y Ahuitzotzin que le sucedió en el reino después de su muerte. Ticotzicatzin fue recibido y jurado con la solemnidad y ceremonia que sus antepasados; y en la dignidad y oficio del gobernador y capitán general del reino mexicano fue puesto su hermano Ahuitzotzin, y pasando a tratar de los hijos que tuvo el rey Axayacatzin, digo que Techotlalatzin, segundo señor de Iztapalapan, hito de Cuitlahuatzin, primero de este nombre, casó con Izelcoatzin, hija del rey Nezahualcoyotzin, en la cual tuvo a Tiyacapantzin, que fue señor de la casa de Xilomenco (de esta casa fue señora una de las mujeres y concubinas del rey Nezahualpiltzintli, madre del rey Cacama); el segundo hijo se llama Cuitlahuatzin, que vino a ser señor de Iztapalapan por muerte de su abuelo Techotlalatzin y después rey de México; el tercero fue Moctezuma, asimismo rey de México, en cuyo tiempo fue la venida de los españoles, y en

otra señora que según común opinión era su mujer legítima la reina, tuvo otros hijos, que fueron Macuilmalinatzin (que había de suceder en el reino), Tlacahuepantzin, Atlixacaxochíchitl, Metzin, Matlazica, Mauhtzin y la que había de ser mujer legítima del rey Nezahualpiltzintli, que fue castigada por la traición y adulterio que cometió. También fueron hijos de Axayacatzin, Tezozómoc (padre de don Diego Huanitzin) Itztlicuecháhuac señor que fue de Tula, Matlatzincatl, Huehuecuiltzitzlin Zezepáctic y Teyolpáchoz. El rey Ticotzicatzin tuvo por hijos a Tezcalnopocatzin (padre que fue de don Diego Tehuezquititzin, que también fue señor de México) y a Yaotzin Amatquemetzin.

Capítulo LV. Que trata de la primera salida que hizo el rey Nezhualpiltzintli contra los de Ahuilizapan, Tototlan, Oztoticpac y otras provincias de la costa del Mar del Norte

Al rey Nezahualpiltzintli cada día se le hacía mil años por salir a batalla y probar su ventura, y como su tierna edad no le ayudaba, se afligía mucho; y así, además de cursar cada día el ejercicio y destreza de las armas, iba a los cuartos en que el rey su padre había dejado todas las insignias, armas y otros aderezos de guerra con que había sujetado la mayor parte del imperio, y ninguna le venia, con que quedaba triste y afligido, y no se tenía por signo de comer ni vestir con pompa y aparato real, si no era forzado de sus ayos y maestros, ni quería dormir en cama regalada sino por el suelo como el más mínimo de los de su casa y servicio, como fue hallado una madrugada de sus hermanos los mayores y otros señores que le iban a ver y reprender; y así parece en las historias, que entrando estos señores por los cuartos donde dormía el rey, le hallaron en el suelo cobijado con una manta de hombre pobre y humilde, y entendiendo que era alguno de los pajes llegó uno de ellos y le dio un puntillón con el pie reprendiéndole, porque estaba allí echado con tanto descuido, el cual descubriendo el rostro, aunque muy corridos estos señores de lo hecho, pidiéndole perdón por su ignorancia, le llevaron a su asiento, le comenzaron a reprender, diciéndole que sus vasallos se hallaban corridos y ofendidos en que no hubiese salido a alguna batalla, porque cuando iban a la guerra, los mexicanos y tepanecas les baldonaban diciéndoles que tenían los aculhuas un rey rapaz y afeminado, y que mirase que aquellas borlas que traía en su cabeza, las orejas y bezotes que tenía en el rostro, la pedrería en el cuello, las ajorcas y brazaletes en los brazos, y grevas y alpargatas de oro y pedrería en los pies, y las mantas ricas con que se cubría por sus empresas y hazañas en las guerras y batallas, las habían habido y ganado, y si eran justamente dignos de cua-

lesquier bienes, mandos y señoríos y otras muchas razones que al rey lastimaron y fueron con alguna demasía, el cual les respondió con rostro grave y severo, que les agradecía el cuidado que tenían de mirar por su aumento y honra, y que en cuanto a no haber salido a ninguna batalla, que bien echaban de ver no haber tenido edad suficiente para poder salir en campo y pelear; pero que esperaba en el creador de todas las cosas, que le daría ánimo y esfuerzo para quitarle de semejante afrenta; y que así en las guerras que trataban al presente hacia la parte de oriente, quería ir en persona a hallarse en ellas, y en cuanto a lo que decía ser dignos de todo lo que le habían representado, que aquellos que alcanzaron en tiempo de su padre, se los perpetuarían y si de nuevo en su tiempo se hiciesen algunos servicios como leales vasallos, se los aumentaría; y que entendiesen todos y que nadie excedería de su voluntad y gusto, que se acordasen de las últimas palabras que el rey su padre les dijo y encargó. Los cuales, oídas las razones tan vivas y severas del rey, bajaron las cabezas y con mucha humildad se salieron a dar orden de la jornada; y habiendo juntado las gentes de guerra, salieron marchando por sus jornadas hasta llegar a la provincia de Ahuilizapan, en donde dieron principio a su conquista y sujeción, saliendo personalmente a la batalla el rey, y le sucedió también que sojuzgó aquella provincia y la de Tototlan, Oztotícpac y otras de la Mar del Norte que caía hacia la parte de oriente, en donde por su persona el rey cautivó muchos capitanes y soldados, entre los cuales fue uno llamado Tetzahuitl que era el más principal de los señores de aquella costa; y habiendo puesto sus presidios y repartido las tierras conforme a los tratos y capitulaciones del imperio, se volvió y entró triunfando en la ciudad de Texcoco. Esta conquista según parece por los anales, fue en el año 1481, que llaman ome calli.

Capítulo LVI. Que trata cómo el rey Nezahualpiltzintli edificó unas casas de su morada y engrandeció el templo mayor que edificó su padre; y del mucho gasto y aparato que en ellas tenía

Hecha la guerra atrás referida con tanta gloria y honra de Nezahualpiltzintli, por hallarse propicio y favorable de su falso dios Huitzilopochtli, según se lo daban a entender los sacerdotes y ministros del templo, la primera cosa que puso por obra fue reedificarle con mayor suntuosidad y riqueza que lo había dejado su padre Nezahualcoyotzin, y vino a ser el mayor y mejor templo que hubo en esta Nueva España, en donde y para cuyo estreno sacrificó a todos los cautivos habidos en las guerras atrás referidas; y tras de esto, dio orden de edificar otros palacios fuera de los grandes que eran de su padre, los cuales, aunque no tenían tan gran sitio, fueron edificados con mejor suntuosidad y con mejor arquitectura que los otros, en donde tenía muy insignes laberintos, jardines, baños, fuentes, estanques, lagunas y acequias de agua, que corrían debajo de tierra y en partes ocultas, que sin ser vistas se comunicaban con la laguna grande, para ir con ellas cuando quería a sus jardines y recreaciones que tenía en Acatelco y Tepetzinco, y para ir a la ciudad de México. Entre los estanques de agua a uno que estaba frontero de una gran sala, le puso por nombre Ahuilizapan, en memoria de la guerra referida; y no hubo edificio, jardín ni laberinto que no fuese hecho por memoria de alguna de las hazañas de ésta y otras conquistas que tuvo mientras él vivió, que aún hoy en día se echa de ver por sus ruinas, la grandeza y majestad de su autor. Y porque viene a propósito, trataremos aquí del gran gasto que el rey tenía en sustentar la gente que en estos palacios y los de su padre había, así de servicio como de señores, criados, jueces y otros caballeros y allegados. De ordinario en palacio se gastaban en cada año (según parece por los padrones reales) treinta y un mil seiscientas fane-

gas de maíz, doscientas cuarenta y tres cargas de cacao, ocho mil gallos, cinco mil fanegas de chile ancho y delgado y pepitas, y dos mil medidas de sal; y para el vestuario, así para el rey como todos los demás caballeros que asistían en su casa y corte y para la demás gente referida, quinientas setenta y cuatro mil diez mantas, que todas las más eran finísimas y de precio. Esto era de las rentas que el rey tenía en las provincias de su patrimonio, porque de las provincias conquistadas, los tributos de ellas se guardaban en los almacenes que tenía, así en la ciudad de Texcoco como de México, en donde se hacían las reparticiones que atrás quedan referidas, para hacer mercedes el rey a sus hijos, deudos y otros señores y capitanes beneméritos, así en guerras como en otras ocupaciones de valor y virtud. Por la parte que caía al norte de las casas referidas y cerca de las cocinas, estaban unos graneros y trojes de admirable grandeza, en donde el rey tenía gran cantidad de maíz y otras semillas que se guardaban para los años estériles, y en cada una de ellas cabían cuatro o cinco mil fanegas, y estaban con tanto orden y concierto, que por todas partes el aire las cogía, con que las semillas duraban muchos años. Por la parte del mediodía, tenía los jardines y laberintos referidos, que con la altura y grandeza de las casas estaban resguardados del norte y rigor de los fríos, y por la parte de oriente tenía una laguneta en donde había diversidad de aves de volatería.

Capítulo LVII. Que trata cuántas fueron las concubinas del rey Nezahualpiltzintli, y de la reina Tenancazihuatzin su legítima mujer, y los hijos que tuvo en ella y en las demás

Por las historias parece haber tenido el rey Nezahualpiltzintli más de dos mil concubinas, aunque con las que él trató familiarmente y tuvo hijos en ellas, fueron cuarenta con la reina, de las cuales tuvo ciento cuarenta y cuatro hijos e hijas, de los cuales los once eran legítimos habidos de la reina; y el mayor y sucesor que había de ser del reino, se llamó Huexotzincatzin; la segunda se llamó Tiacapantzin, que casó con el príncipe Macuilmalinaltzin, heredero que había de ser del reino de México, e hijo legítimo del rey Axayacatzin; el tercero Quauhtliyztactzin; el cuarto Tetlahuehuetzquititzin, que se llamó después don Pedro; la quinta se llamó Tlacoyehuatzin, que caso con el señor de Zocateotitlan en la provincia de Tepeaca; la sexta se llamó Teycuhtzin, que casó con el señor de Coatlichan; la séptima se llamó Xocotzin, que casó con el señor de Tepechpan; el octavo fue Coanacochtzin, que vino a suceder en el reino, y después se llamó don Pedro; el noveno fue Ixtlilxochitzin, que también sucedió en el reino en compañía de su hermano y en favor de los españoles, que se llamó don Fernando Cortés; el décimo fue Nonoalcatzin; y el onceno y último Yoyontzin, que después se llamó don Jorge. La reina era hija legítima del infante Xoxocatzin, señor de la casa Atzacualco, una de las más principales de los reyes de México, habida en Teycuhtzin, hija del infante Temictzin, y hermana de la reina Azcalxochitzin, la madre del rey; de manera que esta señora era su prima hermana, por cuya causa la escogió por mujer legítima, aunque con ella vinieron otras señoras mexicanas hijas de los reyes, como fue la señora de la casa de Xilomenco, hermana mayor del último Moctezuma y Cuitlahuatzin reyes de México, madre que fue del rey Cacama. De las concubinas la que más privó con el rey, fue la que llama-

ban la señora de Tula, no por linaje, sino porque era hija de un mercader; y era tan sabia que competía con el rey y con los más sabios de su reino, y era en la poesía muy aventajada, y con estas gracias y dones naturales, tenía al rey muy sujeto a su voluntad, de tal manera, que lo que quería alcanzaba de él, y así vivía por sí sola con gran aparato y majestad en unos palacios que el rey le mandó edificar.

Capítulo LVIII. Que trata de la muerte de Tizotzicatzin, rey de México, y sucesión de Ahuitzotzin, y de otras cosas que acaecieron antes de su muerte

Según por los anales parece, en cinco años y algunos días más que reinó Tizotzicatzin, no sucedió en todo este tiempo cosa de consideración, si no fueron algunas muertes de señores y sucesión de otros, como fue la muerte de Techotlalatzin, segundo señor de Iztapalapan, en el año de 1482, que llaman ce tochtli, y en el siguiente de 1483, fue la entrada que hicieron los de Cuauhnáhuac: en Atlixco contra los de Huexotzinco, de donde volvieron destrozados y murió la mayor parte de sus gentes, porque los huexotzincas les castigaron muy bien su atrevimiento. El siguiente de 1485, murió Quauhpopocatzin, señor de Coatlichan, y le sucedió Xaquintzin; también entró en el señorío de Chimalhuacan, Matlaquahuacatzin; y en el de 1486, que llamaron chicome tochtli, murió el rey Tizotzicatzin, y sobre la causa de su muerte hay variedades de opiniones entre los autores; porque unos dicen que los suyos lo mataron secretamente, y otros que le dieron bocado, aunque en la historia que yo sigo no se trata de tal opinión. Muerto que fue, y juntos los electores con los reyes de Texcoco y Tlacopan, fue por ellos electo Ahuitzotzin, famosísimo capitán de los mexicanos, y sumo sacerdote que era del templo mayor, hermano menor de Ticotzicatzin y Axayacatzin. Luego que entró en el reino procuró con muchas veras engrandecer los simulacros y templos de sus falsos dioses; y así comenzó a edificar los templos, con más suntuosidad que los que sus mayores habían dejado.

Capítulo LIX. Que trata de la entrada que hizo Nezahualpiltzintli en la costa de Nauhtlan, y después él y los reyes Ahuizotzin y Chimalpopocatzin la conquista que hicieron de ciertas provincias que caen hacia el sur

En este año de 1486 atrás referido, juntó sus gentes el rey Nezahualpiltzintli, y fue sobre la costa de Nauhtlan (que el día de hoy llaman Almería) y aunque tuvo alguna dificultad por las serranías y fragosidad de los puertos de aquellas provincias, a pocos lances las sojuzgó y cautivó muchos capitanes y soldados de los más principales de aquella nación (que es de la tierra baja de los totonáquez) y entre ellos su señor, con que quedó toda aquella costa hasta la de Pánuco, debajo de su señorío, y habiendo puesto sus presidios, repartió la tierra como lo tenía de costumbre, y se volvió victorioso y cargado de despojos a la ciudad de Texcoco, en donde este mismo año juntando sus gentes con las del rey Ahuitzotzin de México y el de Tlacopan Chimalpopocatzin, fueron sobre las provincias de Chinauhtla, Coyolapan, Hualtécpec, Tlapan, Xoconochco, Xochtlan, Amaxtlan y la de Tzapoteca y Mizteca baja y alta, hasta llegar a la provincia de Chiapan, cuya conquista aunque echaron el resto, fue muy dificultosa; mas al fin conquistaron todas las naciones referidas y volvieron cargados de muy grandes y ricos despojos, y de muy gran suma de cautivos que fueron casi cien mil hombres, y de la parte del imperio no pasaron de siete mil los que en estas conquistas murieron. Antes de venirse dejaron gente de guarnición en las más fuertes ciudades y cabeceras de aquellas provincias, y en sus confines hacia las tierras remotas por conquistar, pertrecharon muy bien sus tierras y fronteras. Esta fue una de las mayores conquistas que hicieron las tres cabezas del imperio en tan breve espacio de tiempo. Asimismo fue el rey Nezahualpiltzintli contra los de la provincia de Tizauhcóac, porque se habían rebelado contra el imperio, y muerto a los mercaderes naturales

de la ciudad de Texcoco y México que trataban y contrataban en sus tierras, y habiéndolos sujetado y castigado a los rebeldes dejando bien proveídos de gente los presidios y fortalezas, trajo demás de los despojos, más de veinticinco mil cautivos. Igualmente el rey Nezahualpiltzintli casi por estos tiempos hizo una entrada contra los de Atlixco, una de las señorías que estaban dedicadas para el ejercicio militar, de donde habían cautivos para el sacrificio ordinario de sus falsos dioses, y así Quauhtliytzactzin señor y capitán general de aquella república, salió al campo dedicado para estas guerras contra el rey Nezahualpiltzintli echando el resto de lo más mejor de sus soldados, por ganar honra y fama como la que se le ofrecía si en batalla vencía tan poderoso rey; mas Nezahualpiltzintli como astuto y sabio, y muy bien ejercitado en las cosas de la guerra, a los primeros encuentros venció y cautivó a su contrario y con él, a otros muchos capitanes y soldados de fama; y éste fue uno de los seis señores que por su persona venció y cautivó, sin otros muchos capitanes que venció y cautivó que no se hace mención de ellos.

Capítulo LX. Que trata cómo el rey Ahuitzotzin acabó el templo mayor de México y de los grandes sacrificios que se hicieron en su estreno; de la muerte del rey de Tlacopan Chimalpopocatzin y sucesión de Totoquihuatzin, segundo de este nombre, y de otros señores

Al tercero año del reinado de Ahuitzotzin (que fue en el de 1487 que llaman chiquey ácatl) se acabó el templo mayor de Huitzilopochtli, ídolo principal de la nación mexicana, que fue el mayor y más suntuoso que hubo en la ciudad de México, y para su estreno convidó a los reyes de Texcoco Nezahualpiltzintli y Chimalpopocatzin de Tlacopan, y a todos los demás grandes y señores del imperio, todos los cuales en especial los dos reyes, fueron con gran aparato y suma de cautivos para sacrificarlos ante el falso dios, que en solo el estreno del templo (dejando aparte varias opiniones de autores), se juntaron con los que el rey de México tenía de solas cuatro naciones que fueron cautivas en las guerras atrás referidas, ochenta mil cuatrocientos hombres en este modo; de la nación tzapoteca dieciseis mil, de los tlapanecas veinticuatro mil, de los huexotzincas y atlixcas otros dieciseis mil, de los de Tizauhcóac, veinticuatro mil y cuatrocientos, que vienen a montar el número referido, todos los cuales fueron sacrificados ante este estatuarlo del demonio, y las cabezas fueron encajadas en unos huecos que de intento se hicieron en las paredes del templo mayor, sin otros cautivos de otras guerras de menos cuantía que después en el discurso del año fueron sacrificados, que vinieron a ser más de cien mil hombres; y así los autores que exceden en el número, se entiende con los que después se sacrificaron. Fue tan grande la carnicería y crueldad que en tiempo de este rey se hizo, que antes ni después no hubo otro que se le igualase, porque sin los referidos, sacrificaron otros muchos durante su reinado, así como la ciudad de México, como en las de Texcoco y Tlacopan y otras ciudades

populares y cabeceras de provincia sujetas al imperio. El demonio en esta ocasión tuvo una gran cosecha, que en las provincias contrarias al imperio no fue menos. Luego el año siguiente de 1489, comenzó dios a vengar la muerte de tantos miserables hombres, a conquistar las vidas de algunas cabezas del imperio, pues en el año referido murió el rey Chimalpopocatzin de Tlacopan, y en su lugar entró el príncipe heredero Totoquihuatzin su hijo, con acuerdo de las otras dos cabezas Nezahualpiltzintli y Ahuitzotzin. Asimismo en este año se dio principio de algunos señoríos, como fueron Tezozómoc que fue el primero de Azcaputzalco, después de su ruina y destrucción, y en Iztapalapan Cultlahuatzin, que ambos eran descendientes de la casa real de México.

Capítulo LXI. Que trata de la guerra que tuvo el rey Nezahualpiltzintli contra Huehuetzin de Huexotzinco, y cómo lo venció y cautivó

Hállase en las historias, que el rey Nezahualpiltzintli y el de Huexotzinco, Huehuetzin, nacieron en un mismo tiempo, hora y día, y los astrólogos y adivinos que les alzaron las figuras, hallaron que Nezahualpiltzintli había de ser vencido, aunque por él se había de cantar la victoria, con que estos dos príncipes vivieron siempre cuidadosos y con deseos de salir de esta duda. Como los infantes hermanos mayores de Nezahualpiltzintli tenían envidia de verle en el trono real que tanto ellos desearon, muy de ordinario en secreto, se carteaban con el de Huexotzincatl, dándole avisos, no tan solamente de las obras e intentos del rey su hermano, sino aún de los pensamientos; y así, viendo que el rey su hermano se aprestaba para ir sobre el de Huexotzinco, le avisaron luego dándole cuenta de la cantidad de gente que llevaba en su ejército, y la divisa que llevaba para que él echase todo el resto y la gente más experta en la milicia y procurase en todo caso matarle, pues le iba en ello la vida y la honra. El Huexotzincatl juntó lo mejor de su gente, y a los más valerosos soldados y capitanes les mostró la estampa de la divisa del rey de Texcoco, que había de llevar en la batalla que se les ofrecía, encargándoles echasen el resto y lo matasen, de manera que él quedase libre y con honra; todos los suyos le dieron palabra de hacerlo así, y habiendo llegado Nezahualpiltzintli al campo de la batalla con su ejército, al tiempo de comenzarla fue avisado de la traición que contra él sus hermanos tenían urdida, y de los pactos y conciertos secretos que con el Huexotzincatl tenían; y así, al tiempo que entró en la tienda para armarse y echarse la divisa, llamó en secreto a uno de sus capitanes que mucho le retrataba, y con él trocó las armas y la divisa diciéndole que convenía hacerlo así a su servicio y bien de la real corona, ofrecién-

dole muy grandes mercedes al capitán, y si peligraba, a su mujer e hijos y a todos los de su casa y linaje, el cual le dio las gracias por la honra que le hacía en quererle ocupar en su servicio más a él que a otro de los del ejército, en donde había otros más valerosos que él. Hecha esta diligencia, salió este capitán de la tienda acompañado de toda la gente ilustre y capitanes del ejército, y fue a ponerse en el puesto que tenían los reyes, para dar principio a la batalla, y el rey con las armas del capitán se armó y llamó a siete soldados secretamente, de quienes se fiaba mucho, y no eran los peores de su ejército, con los cuales se fue a poner en parte más acomodada para venir a las manos con su contrario; y así se comenzó la batalla, los huexotzincas con gran ímpetu y coraje embistieron y a pocos lances hubieron a las manos al desdichado capitán que llevaba las armas y divisas del rey, y en un instante lo hicieron mil pedazos, no teniéndose por dichoso y bien aventurado el soldado y capitán que no llevaba un pedazo de su cuerpo o de sus armas y divisa, y fue de tal manera que hicieron retirar a los tetzcucanos más de doscientos pasos, y tan ciegos estaban con la victoria que el rey Nezahualpiltzintli tuvo lugar en esta ocasión de venirse a encontrar con el de Huexotzincatl, y embistiendo como león rabioso con él se encontraron los dos, y habiéndose dado muy grandes golpes, y teniéndole ya rendido, se abrazó con él por haberle vivo en las manos y llevarlo preso y cautivo. Los huexotzincas, los que más a mano se hallaron comenzaron con gran coraje a favorecer a su señor, y salieran con su intento si no lo defendieran los siete soldados que llevaba el rey de su guarda con otros siete capitanes que había vencido en la refriega el rey, los cuales con gran fuerza, resistían a los que querían favorecer a su señor, y como tigres rabiosos revolvieron contra los huexotzincas con tan gran ímpetu y prisa buscando a su señor, que en un instante llegaron a donde estaba revuelto el enemigo, el que como se vio perdido en medio de sus enemigos con tan poca ayuda y que le

tiraban muchos macanazos y botes de lanza, se hizo caedizo poniendo encima de él a su enemigo para que por su causa no le hiriesen sus contrarios, y no le valió tanto ese ardid, que con todo él no fuese herido en una pierna de que quedó cojo en toda su vida; mas como reconoció a los suyos que traían a mal traer a los huexotzincas y llegaban a socorrerle, volcólo otra vez cogiendo debajo a Huehuetzin, y habiéndole preso y cautivado, comenzaron a desamparar los huexotzincas y huir, haciendo en ellos los tetzcucanos gran matanza en los que se defendían, y a los que se rendían los prendían y cautivaban, con cuya hazaña volvió Nezahualpiltzintli a su corte victorioso y entró en la ciudad triunfando. Fue una de las batallas más notables y de más riesgo que él ni sus antepasados tuvieron, y así es muy notado de todos los históricos que tratan de esta historia. Por esta hazaña y memoria, hizo el rey un cercado tan grande y con tanta longitud, como la que hubo en aquella batalla de distancia de la parte en donde estuvieron los suyos y él metido dentro del ejército de sus enemigos. El cual cercado, es el de la laguna de las aves de volatería que atrás se ha referido, que hoy en día está en pie delante de sus palacios, y dicen los históricos que los astrólogos y adivinos del rey en nada se erraron de sus pronosticaciones, como parece por el discurso de la historia de esta batalla.

Capítulo LXII. Que trata de un extraño y singular hecho que hizo Teuhchimaltzin, caballero descendiente de la casa de Texcoco

Entre los señores y capitanes de fama y valor que hubo en aquestos tiempos, fue uno de ellos Teuhchimaltzin de la casa y linaje de los reyes de Texcoco, del antiguo origen de los emperadores chichimecas, el cual toda su vida había andado en las conquistas y presidios que caían por la costa del Mar del Sur, por cuya causa conocía muy bien toda aquella tierra y sabía las costumbres y lengua de aquella nación, como si verdaderamente fuera su natural, por cuya causa intentó hacer un hecho notable de gran atrevimiento, y fue que en estos tiempos corría la fama de valeroso capitán y poderoso señor el de Zacatula, llamado Yopícatl Atonal, y aunque los ejércitos del imperio habían intentado muchas veces entrarse por sus tierras y conquistarlas, unas veces yendo cada uno de por sí, y otras todos juntos, siempre volvían destrozados y sin hacer cosa de consideración, mas por haber dado principio los aculhuas tetzcucanos a esta empresa en parte de tan poco fruto e interés para los mexicanos y tepanecas, todas las veces que Se encontraron y juntaban con ellos los tepanecas los baldoneaban y daban gritos; por lo cual corrido de esto Teuhchimaltzin como a quien tanta parte le cabía, se fue al rey su señor y le pidió licencia para que él con otros mercaderes tetzcucanos que trataban y contrataban en aquellas tierras, entrase en la provincia de Zacatula, ofreciéndole de sujetarla y traer vivo o muerto al señor de ella; y aunque al rey le pareció muy gran disparate y atrevimiento, se la dio de mala gana, porque le pareció que no saldría con su vano intento, y que se quedaría allá muerto o cautivo; el cual y los dos mercaderes que escogió para sus designios, se despacharon con toda prisa y secreto a la provincia de Zacatula, y así como llegaron a los términos de ella, se pusieron él y los dos mercaderes en traje conforme

a los de aquella tierra, y se fueron a vender por las ferias aguardando tiempo y ocasión para hacer su hecho; mas no pudo ocultarse tanto que cuando él entendió estar más seguro fue conocido y llevado preso ante el señor, el cual lo mandó poner a buen recaudo para en la primera fiesta de sus falsos dioses sacrificarlo; y llegado el tiempo, un día antes de la fiesta, convidó a todos los más principales y señores de su corte a un solemne convite y sarao (que era costumbre hacerse de noche), y comenzando fueron entrando los señores y caballeros por su orden haciéndole la bienvenida y brindándole; de tal manera bebieron (como aquella nación tenía por costumbre) que antes que fuese la media noche todos los convidados y los de palacio estaban privados de sus sentidos, con que muy seguramente salió Teuhchimaltzin de los cuartos en donde estaba, se fue a la sala del sarao, y comenzó también a hacer las ceremonias que allí vio hacer a los demás, que como estaban tan embriagados, no vieron al enemigo que tenían consigo, el cual así como los vio rendidos y caídos por aquellos suelos, llegó al rey y con un navajón le cortó la cabeza y le quitó algunas de las insignias y joyas que tenía sobre sí, y echándolo todo en una talega que para el efecto había llevado, se salió de palacio y a todo correr se vino a las fronteras que por allí y cerca de los confines de esta provincia tenía el imperio. Los de la gente ilustre de Zacatula, cuando volvieron en sí y echaron de ver el mal suceso y temerario atrevimiento del cautivo, acordaron entre todos ellos rendirse y dar la obediencia a Nezahualpiltzintli su señor, y así despacharon un buen presente en seguimiento de Teuhchimaltzin, y llegados que fueron al presidio y frontera en donde él estaba, le rogaron se volviese a tomar la posesión de aquella provincia en nombre del rey su señor, y Teuhchimaltzin pidió ante todas cosas, rehenes para la seguridad de su persona y de la gente que consigo quería llevar, los cuales hicieron traer los hijos de su señor y caballeros, que quedaron en esta fortaleza, mientras Teuhchimaltzin fue a tomar

posesión de la tierra y ponerla debajo de la sujeción del imperio; y así llegado que fue, lo primero que hizo, se señoreó de las fuerzas de los zacatoltecas, y haciendo otras diligencias conforme a las leyes y costumbres del imperio, y dejando en la sucesión y señorío al heredero de aquella provincia y a los demás señores en su mismo ser y calidad, se volvió victorioso a su patria y entró triunfando por la ciudad de Texcoco en donde fue muy bien recibido y festejado; y habiendo presentado la cabeza e insignias de Yopicatl Atónal con gran suma de riquezas, fue premiado por el rey, haciéndole muy grandes mercedes, entre las cuales fue, que además de los lugares de que le hizo señor, mandó edificarle en la ciudad de Texcoco otras casas y palacios de la misma traza que los del señor de Zacatula. Este fue un admirable ejemplo y doctrina de que los reyes de Texcoco diversas veces se aprovecharon, para reprender a sus súbditos y vasallos contra el vicio de la embriaguez.

Capítulo LXIII. Que trata de las guerras y conquistas que tuvo el imperio contra los rebeldes de las naciones remotas

En el año de 1492, que llaman matlactliomey técpatl fue la conquista de la provincia de Tzapotlan, y el siguiente de 1493, fue la de Xaltépec que se había rebelado. El de noventa y cuatro fue preso en batalla Tlacahuepantzin, uno de los hijos legítimos de Axayacatzin, por los de Atlixco, y fue sacrificado a sus falsos dioses. En el de 1495, el ejército de los aculhuas fue contra los de Tlitépec y volvió destrozado. En el siguiente de 1496 fueron los ejércitos de las tres cabezas del imperio contra los de la provincia de Tequantépec, en donde asimismo fueron destrozados y perdieron mucho de su fama y reputación, y mostró Dios su castigo y saña que contra él tenía por los muchos sacrificios que había hecho, y no paró aquí, sino que les envió otros castigos, como se verá adelante. El siguiente de 1497 sojuzgaron otras dos provincias, las de Amaxtlan y Xochitlan.

Capítulo LXIV. Que trata de la extraña severidad con que castigó el rey Nezahualpiltzintli a la reina mexicana por el adultero y traición que contra él se cometió

Al tiempo que al rey Nezahualpiltzintli le enviaron Axayacatzin, rey de México y otros señores a sus hijas para que de allí escogiese la que había de ser la reina y su mujer legítima, y las demás por concubinas (para que cuando faltase sucesor de la legítima, pudiese entrar alguno de los hijos de estas señoras, la que más derecho tuviese a la herencia por su nobleza y mayoría de linaje) entre las señoras mexicanas vino la princesa Chalchiuhnenetzin su hija legítima, la cual por ser tan niña en aquella sazón, no la recibió sino que la mandó criar en unos palacios con gran aparato y servicio de gente como hija de tan gran señor como lo era el rey su padre, y así pasaban de dos mil personas las que trajo consigo para su servicio, de amas, criadas, pajes y otros sirvientes y criados; y aunque niña era tan astuta y diabólica, que viéndose sola en sus cuartos y que sus gentes la tenían y respetaban por la gravedad de su persona, comenzó a dar en mil flaquezas y fue que a cualquier mancebo galán y gentil hombre acomodado a su gusto y afición, daba orden en secreto de aprovecharse de ella, y habiendo cumplido su deseo, lo hacía matar y luego mandaba hacer una estatua de su figura o retrato, y después de muy bien adornado de ricas vestimentas y joyas de oro y pedrería lo ponía en la sala en donde ella asistía, y fueron tantas las estatuas de los que así mató, que casi cogían toda la sala a la redonda, y al rey cuando la iba a visitar, y le preguntaba por aquellas estatuas, le respondía que eran sus dioses, dándola crédito el rey por ser como era de la nación mexicana muy religiosa de sus falsos dioses, y como ninguna maldad puede ser hecha tan ocultamente, a pocos lances fue descubierta en este modo: que de los galanes por ciertos respetos dejó tres de ellos con vida, los cuales se llamaban Chicuhcóatl Huitzilihuitl y

Maxtla, que el uno de ellos era señor de Tezoyucan y uno de los grandes del reino, y los otros dos caballeros muy principales de la corte. El rey reconoció en uno de ellos una joya muy estimada que había dado a esta señora, y aunque seguro de semejante traición, todavía le dio algún recelo; y así, yendo una noche a visitarla, le dijeron las amas y criadas que tenía que estaba reposando, entendiendo que el rey desde allí se volvería como otras veces había hecho; mas con el recelo entró en la cámara en donde ella dormía y llegó a despertarla y no halló sino una estatua con que estaba echada en la cama con su cabellera, la cual muy al vivo y natural representaba a esta señora; visto por el rey semejante simulacro y que la gente comenzaba a turbarse y afligirse, llamó a los de su guardia y comenzó a aprehender toda la gente de la casa, e hizo gran diligencia en hacer parecer a esta señora que a pocos lances fue hallada, que en ciertos saraos estaba ella con sus tres galanes, los cuales con ella fueron presos. El rey remitió el caso a los jueces de su casa y corte para que hiciesen inquisición y pesquisa de todos los que eran culpados, los cuales con toda diligencia y cuidado lo pusieron por obra con muchas personas culpantes e indiciadas en este delito y traición, aunque los más eran criados y criadas de ella, y muchos oficiales de todos oficios y mercaderes, que se habían ocupado unos en el adorno y compostura y servicio de las estatuas, y otros en traer y entrar en palacio los galanes que representaban aquellas estatuas, y los que les habían dado a muerte y ocultado sus cuerpos. Estando ya la causa muy bien probada y fulminada, despachó sus embajadores a los reyes de México y Tlacopan dándoles aviso del caso y señalando el día en que se había de ejecutar el castigo de aquella señora, y en los demás cómplices en aquel delito, y asimismo envió por todo el imperio a llamar a todos los señores para que trajesen a sus mujeres e hijas, aunque fuesen niñas muy pequeñas, porque se hallasen a este ejemplar castigo que se había de hacer; y asimismo hizo treguas con todos los reyes y señores contrarios

al imperio, para que también libremente pudiesen venir o enviar a ver el castigo referido. Llegado el tiempo fue tan grande el número de las gentes y naciones que vinieron a hallarse en él, que con ser tan grande como era la ciudad de Texcoco, apenas podían caber en ella. Se ejecutó la sentencia públicamente, y a vista de todo el pueblo, dando garrote vil a esta señora y a los otros tres señores sus galanes, y por ser gente de calidad, sus cuerpos fueron quemados con las estatuas referidas; y a los demás, que pasaron de dos mil personas, les fueron dando garrote, y en una barranca cerca de un templo del ídolo de los adulterios, los fueron echando en el centro de un hoyo tan grande que para el efecto se hizo. Fue este castigo tan ejemplar y severo que todos loaron al rey, aunque los señores mexicanos deudos de esta señora quedaron sentidos y corridos del castigo tan público que el rey hizo, y procuraron su venganza remitiéndolo al tiempo, y no haciéndose sentidos ni agraviados de esta severidad. Y si bien se notase esta traición y trabajo que al rey le vino en su casa, no fue sin misterio, porque parece que él pagó casi por los mismos filos, la extraña manera y modo con que el rey su padre alcanzó a la reina su madre.

Capítulo LXV. Que trata de otras conquistas que en estos tiempos hicieron los del imperio

Andaban los ejércitos del imperio tan ganosos de sujetar tierras y naciones, que les parecía a los soldados de gran ociosidad y menos valor si no hacían alguna entrada, y como en esto se les seguía muy gran honra y fama, y demás de los grandes y espléndidos dones y mercedes que sus reyes les hacían, volvían a sus casas ricos de despojos, andaban cuidadosos y no dejaban pasar el tiempo en vano, por lo cual en esta ocasión, se les ofreció ir sobre la provincia de Tequetépec, en donde otras veces habían sido vencidos y era una de las más ricas y poderosas que había en aquellas costas, y así yendo por sus jornadas hasta llegar a la dicha provincia entraron por ella, y cercaron a una de sus ciudades más populosas y ricas que se decía Amextloapan y combatiéndola la sujetaron y saquearon, en donde en su defensa murieron muchos millares de tequantepecas, y trajeron cautivos diecisiete mil cuatrocientas personas; con cuya hazaña quedaron los de esta provincia muy destrozados, habiendo siempre defendido su partido muy bien. Luego el año siguiente de 1500, que llamaron chicuey técpatl, por haberse tornado a rebelar los de la provincia de Xaltépec fueron sobre ellos y totalmente los destruyeron, de manera que de todo punto quedaron sujetos, sin que jamás de allí adelante tuviesen pensamientos de alterarse, poniéndoles doblados tributos como era costumbre con los que se alzaban contra el imperio.

Capítulo LXVI. Que trata de una inundación grande que hubo en la ciudad de México, procedida de un ojo de agua llamado Acuecuéxatl

Parece por las historias que hasta los elementos pedían a Dios venganza y se levantaban contra el rey Ahuitxotzin que tan religioso se mostraba en el culto de sus falsos dioses; y así en este tiempo queriendo traer a la ciudad de México por una tarjea de argamasa el agua de un ojo que está en el pueblo de Huitzilopochco cerca del de Coyoacan, llamado Acuecuéxatl, abriendo para el efecto, salió tan gran golpe de agua y tan viva que parecía quererse subir por las paredes de las casas de la ciudad, con tan gran violencia que en breve espacio de tiempo la anegó y ahogó mucha gente de ella; y por otra parte de la laguna se levantaban muchas oladas de ella, que causó gran terror y espantos a todos los que las veían, que parecía que se levantaban hasta el cielo, que fue caso prodigiosísimo y admirable, por cuya causa todos los más que pudieron escapar con las vidas desampararon la ciudad. El rey que estaba en unos cuartos bajos de unos jardines, por salirse huyendo de ellos (que ya el agua con gran ímpetu iba entrando por ellos) se dio una calabazada en el umbral de la puerta que se descalabró y quedó mal herido, de tal manera que con este achaque vivió muy enfermo hasta que vino a morir de él como adelante se dirá, y si no llegara en esta ocasión gente a socorrerle, allí se quedara ahogado; y viéndose tan afligido envió sus embajadores al rey Nezahualpiltzintli, rogándole como hombre tan sabio le socorriese, y con su industria remediase la ciudad de México. Nezahualpiltzintli se holgó de que se ofreciese ocasión en que poder dar gusto a los mexicanos y al señor de ellos, porque con esto se aseguraba sus asechanzas y mala voluntad que le tenían por la muerte que dio a su princesa, y así convocó a todos los arquitectos de su reino, y con ellos se fue con mucha gente y muchas canoas cargadas de

estacada, cespedería, cal y otros materiales a Huixilopochpo, y llegado al ojo de agua, él mismo por su persona entró dentro de él y con ciertos artificios que hizo atajó el agua, y la metió dentro de una fuerte caja y cerca de argamasa, de manera que con esto se cerró el ojo y el agua se fue secando; y volvió por la ciudad de México en donde visitó al rey Ahuixotzin y le consoló de sus trabajos, el cual quedó muy agradecido, y reparó su ciudad.

Capítulo LXVII. Que trata cómo el rey Nezahualpiltzintli apaciguó un litigio que entre sí los infantes Acapioltzin y Xochiquetzaltzin sus hermanos traían; y de algunos notables castigos que hizo en sus hijos

Se ha tratado en la vida de Nezahualcoyotzin cómo fueron a la conquista de la Huaxteca los dos infantes Xochiquetzaltzin y Acapioltzin, el uno por capitán general del ejército, y el otro con el socorro que después se despachó, y cómo se dio tan buena mana, que por su prisa y buena industria sojuzgo aquella tierra, por cuya causa los poetas de aquellos tiempos, demás de hacer relación en sus cantos de la conquista y acaecimiento que hubo, le alabaron sus hechos heroicos y juntamente con él a su hermano el que fue por general, que aunque fue tarde, todavía hizo algunas hazañas dignas de memoria, mas no para adjudicarse y tomar para sí la gloria y honra de aquella conquista, pues derechamente la venía el título y renombre de ella a su hermano Acapioltzin, y como este negocio estaba indeciso, todas las veces que hacía fiestas en memoria de esta conquista, los músicos y ministriles del uno y del otro en el palacio de cada uno cantaban y regocijaban la solemnidad de ella, y después salían en público a la plaza principal a hacer su danza casi en competencia el uno con el otro, de tal manera que se movían grandes pasiones entre los dos hermanos, sus amigos y aliados, con que vino la cosa a tanto extremo que aínas vinieran a rompimiento y sucedieran muchas muertes en la ciudad, si el rey Nezahualpiltzintli viendo este exceso y competencia entre sus dos hermanos, no hubiese puesto la cosa en tela de juicio y salió determinado pertenecer esta honra y hazaña a su hermano Acapioltzin; y sin decirles palabra, el día que salieron a la plaza a hacer esta danza, el rey salió con otra, con todos los grandes de su reino, y se fue a la parte donde estaba Acapioltzin, y dándole el lado más honroso, danzó con él y con todos los más grandes señores que allí se hallaron,

de la manera que tenían de costumbre; y visto esto, Xochiquetzaltzin y los de su bando se quitaron de allí con todos sus ministriles y músicos, y nunca más se atrevió a salir a estas competencias; y el rey mandó que se intitulase el canto Teotlan Cuextecáyotl, que significa el canto de la conquista de la Huaxteca perteneciente a la casa de Teotlan, que eran los palacios y casas solariegas del infante Acapioltzin. Por este modo, esta discordia y otras que se ofrecieron, con mucha prudencia y sagacidad las remedió el rey; y donde vio que convenía severidad, ejecutó las leyes con todo rigor, sin perdonar a sus hijos, como lo hizo contra el príncipe Huexotzincatzin su primogénito y sucesor que había de ser del reino, el cual, además de otras gracias y dones naturales que tenía, era muy eminente filósofo y poeta, y así compuso una sátira a la señora de Tolan (que era la concubina que más privaba con el rey, su padre), y como ella era asimismo del arte de la poesía, se dieron sus toques y respuestas, por donde se vino a presumir que la requestaba, y se vino a poner el negocio en tela de juicio; por donde según las leyes era traición al rey y el que tal hacía tenía pena de muerte, y aunque el rey su padre, le quería y amaba infinito, hubo de ejecutar en él la sentencia; y fue tan grande el sentimiento que hizo de la muerte del príncipe, su hijo, que mandó tapiar los palacios en donde vivía, y asimismo que de allí en adelante se llamase Yxáyoc. Otro castigo en su segundo hijo legítimo que nació tras el príncipe, llamado Iztacquautzin, porque de su autoridad y sin su licencia edificó unos palacios para su morada, sin haber hecho hazaña por donde los pudiese merecer; porque las leyes disponían que aunque fuese el príncipe heredero no podía labrar casas ricas, ni ponerse la borla de plumería, hasta en tanto que se hubiese hallado en cuatro batallas, y cautivado en ellas por lo menos cuatro capitanes, hombres aventajados y tenidos en la milicia, que hubiesen alcanzado a saber todos los grados que eran menester para un hombre sabio, filósofo, orador y poeta, y por lo menos que fuese muy

aventajado en alguna de las artes mecánicas, y siendo aprobada en una de las referidas, con licencia del rey, podía haber y alcanzar lo referido conforme a lo que se inclinaba, porque de otra manera tenía pena de la vida, como se ejecutó esta ley en Iztacquautzin. A uno de los jueces (que en una de sus audiencias conocía de las causas) llamado Zequauhtzin, porque en su casa oía y determinaba algunos de los pleitos, lo mandó ahorcar, porque ninguno podía conocer ni oír pleito ni demanda en casa, ni recibir presente ni cohecho, pena de la vida, sino que los pleitos y demandas se habían de tratar en las salas y consejos del rey, con asistencia de todos los jueces que eran a su cargo, y de los procuradores y de otros ministros de justicias, los cuales se ponían a oír desde la mañana hasta cerca del medio día, y en habiendo comido (que todos comían en palacio) tornaban a proseguir en sus audiencias hasta puestas del Sol; y jamás habían de faltar, si no era en los días de sus festividades reservados para no asistir, o por enfermedad u otro impedimento contingente; sin otros muchos castigos ejemplares que hizo, como fue a otro juez que no determinó con diligencia y cuidado en un caso, lo mandó llevar a su casa y tapiarle la puerta principal de ella, y que se mandase por un postigo y trascorrales de ella, quedando por inhábil, y que nunca jamás entrase en palacio ni comunicase con los otros jueces y ministros de justicia. A otra hija suya doncella, porque habló a un hijo de un señor, la mandó matar, y con otra de las señoras sus concubinas hizo lo mismo, porque bebió el vino que ellos usaban para cierto remedio, pues tenían pena de la vida las mujeres que bebían vino. A otro juez mandó ahorcar porque favoreció a un caballero contra un villano, e hizo rever el pleito y sentencia en favor del plebeyo. Y a otros dos de sus hijos que fueron a una conquista, y se hicieron dueños de unos prisioneros y cautivos que ciertos soldados suyos habían cautivado, aunque vinieron lastimados y heridos de la guerra, después de haberlos mandado curar, estando sanos les hizo dar garrote, que

era la pera que tenían los que se hacían dueños de cautivos ajenos.

Capítulo LXVIII. Que trata de otras cosas notables que Nezahualpiltzintli hizo en materia de jueces y leyes

Los reyes de Texcoco, demás de los jueces y ministros que se han referido, tenían sus secretarios y relatores que con mucha cuenta y razón pintaban los pleitos y demandas que en las audiencias se ofrecían, y con cuidado hacían relación de ellos a los reyes y sus jueces, de manera que cualquier pleito se seguía, y más siendo grave, con mucho orden hasta la definitiva y aprobación de ella por el rey; y aunque el pleito fuese muy grave, no había de pasar de ochenta días, Porque los demás se despachaban breve y sumariamente. Entre las cosas que pasaron en tiempo de Nezahualpiltzintli, fue que un secretario le hizo relación cómo los jueces de la sala del crimen habían condenado con pena de muerte a dos adúlteros en la tercera especie, que tenían pena de ser ahorcados, de los cuales el uno era músico y el otro soldado, y que los presidentes supremos de los cuatro consejos a quienes pertenecía la definición y confirmación de cualquiera de los casos graves, tenían dada la confirmación en la sentencia referida, y solo restaba la aprobación del rey, el cual, oída la relación del secretario y cogiendo el pincel, echó un rayo de tinta negra sobre el músico y se dejó al soldado. El secretario llevó a mostrarla a los presidentes supremos, y pareciéndole a ellos que el rey iba contra las leyes y las derogaba, entraron con la pintura a requerirle guardase las leyes de su padre y abuelos; mas él les dijo que no iba contra ellas, sino que como persona a quien competía mejorarlas, mandaba por ley expresa que desde aquel día en adelante el soldado y hombre militar que fuese hallado en la tercera especie de delito de adulterio, fuese condenado a perpetuo destierro en una de las fronteras y presidios que el imperio tenía, pues con esto quedaba muy bien castigado, y la república se le seguía mayor utilidad, porque los soldados eran la defensa y amparo de ella. Asimismo derogó la ley que trataba acerca de los

esclavos, que pudiese pasar a los hijos de ellos la esclavitud, pues se solían vender algunos con esta calidad; y mandó que desde aquel tiempo en adelante no se usase aquella ley, sino que los hijos gozasen de la libertad natural que Dios les dio. Asimismo, castigó con mucha severidad las demasías de algunos señores, y se hizo temer y respetar, como fue que al infante su hermano le pidió le diese una de sus hijas, que la quería tener por una de sus damas y concubinas, el cual con mucha libertad le dijo que no quería, siendo costumbre de los reyes y señores pedir a sus sobrinas, primas y deudas desde el segundo grado en adelante, para casarse con ellas o tenerlas por sus damas y concubinas, con que quedaban honradas y amparadas, y en puesto que a falta de los legítimos heredasen sus hijos el reino, y cuando menos ser señores de pueblos y lugares. Andando el tiempo segunda vez, el rey le pidió al mismo le diese un instrumento musical llamado teponaztli (que tenía en su poder y lo había traído de cierta conquista por despojo y era el mejor de toda la tierra, que cuando le tocaba se oía dos y tres leguas, cuyo sonido era de mucha suavidad y melodía, por lo cual el rey estaba muy aficionado a él) prometiéndole de dar en recompensa ciertos lugares y otros dones de mucha más importancia para su hermano, que no el instrumento, y casi el rey más lo hacía por ver su intento, y fue tan real que no quiso ni aún se excusó con buen modo; y así el rey mandó traer el instrumento a mal de su pesar, y que sus casas fuesen saqueadas y echadas por el suelo como de hombre contumaz y rebelde a los mandatos de su rey, lo cual luego al punto se ejecutó y puso por obra, y el rey mandó que aquel instrumento se guardase en la sala de armas, como cosa ganada en guerra; y no se tocaba sino en las fiestas y regocijos muy solemnes que el rey tenía, aunque después los religiosos de san Francisco lo mandaron hacer pedazos y quemar, por la estimación y veneración en que los principales lo tenían. Fue este castigo tan ejemplar, que desde este tiempo en adelante sus hermanos le tuvieron muy

gran respecto y temor, y nunca más se atrevieron en público ni en secreto, a tratar de novedad ni alteración, como lo hacían muy de ordinario antes que estos castigos se hiciesen. Otro castigo ejemplar hizo en una señora, mujer de un caballero ciudadano llamado Teanatzin, la cual, estando el rey en un sarao y danza, se aficionó a él, y estaba tan ciega de su afición, que le obligó a decirle su sentimiento, y el rey la mandó entrar en sus cuartos, y habiéndola conocido y sabido que era mujer casada, la mandó matar y darle garrote y llevarla a echar en una barranca en donde se echaban los adúlteros y adúlteras; y dos niños hijos de ella que los había traído consigo, los mandó llevar el rey a casa de su padre con muy grandes dones, y con ellos, ciertas amas y criadas para que los criasen y doctrinasen; y el caballero, sabido el caso, respondió a los mensajeros con muy gran sentimiento, porque amaba y quería a su mujer, por ser como era mujer hermosísima y de gran donaire, diciendo que ya que el rey se había aprovechado de ella ¿por qué la había matado?; que más razón era que se la dejara con vida y no perder como perdía una mujer que tanto amaba y quería. Supo el rey de la respuesta, y mandó poner a este caballero en unos calabozos aprisionados, con intento de castigarle con castigo que fuese conforme merecía su respuesta y poca estimación de su honra; y como caso que no había sucedido a otros, se estuvo muchos días en los calabozos preso, y viéndose en tan larga y oscura prisión, compuso un elegantísimo canto, que representaba toda su tragedia y trabajos, y por favor y negociación que tuvo con los músicos del rey, que eran sus amigos y conocidos, tuvieron modo y traza para cantarlos en unas fiestas y saraos que el rey tenía; el cual canto, estaba con tan vivas y sentidas palabras, que movió el ánimo del rey a gran compasión, y así le mandó soltar luego de la prisión en que estaba, y trayéndole ante sí, le satisfizo la causa tan eficaz que le movió a castigar con pena de muerte a su mujer, pues había sido ella el instrumento para hacerle quebrantar e ir contra una de las

leyes de su reino, y que sin duda (según era la melodía y dulzura de sus palabras) le engañaría si no fuera que reparo en ver aquellos niños, que sería mujer casada como en efecto ella se lo confesó; y habiéndole dicho muchas razones de su consuelo y doctrina, le mandó dar una señora doncella por mujer, y otros muchos dones y mercedes con que quedó muy bien puesto. Y estaba de tal manera cuando lo sacaron de los calabozos, que parecía un salvaje según le habían crecido sus cabellos y encanecido.

Capítulo LXIX. Que trata en qué año y tiempo nació el valerosísimo infante Ixtlilxóchitl, y las cosas que hizo en su niñez y puericia

Cierto que son muy de notar y considerar las maravillosas obras de Dios nuestro señor, y el muy gran orden y misterio que en sí contienen, y para qué fin las hace y dispone, entre las cuales son muy de notar los nacimientos tan extraños de algunos príncipes como fue el de este infante Ixtlilxóchitl, que fue casi a los dos meses primeros del año de 1500, al tiempo y cuando en la ciudad de Gante nació el felicísimo y poderosísimo emperador don Carlos (de gloriosa memoria) nuestro señor, pues ambos fueron instrumento principal para ampliar y dilatar la santa fé católica. Y no es menos de considerar el muy dichoso nacimiento de don Fernando Cortés, señor marqués del Valle, que fue en el de mil cuatrocientos ochenta y cinco, quince años antes y al tiempo y cuando nació el perverso Martín Lutero; éste para contaminar y deshacer nuestra santa fe católica y sagrada religión, y aquél para ampliarla como se verá en el discurso de esta historia. Hubo muchas señales y pronósticos en el nacimiento de este infante, que muy a la clara manifestaron lo que después vino a suceder; y los astrólogos y adivinos de su padre el rey, entre otras cosas que pronosticaron de él, dijeron que andando el tiempo, este infante había de recibir nueva ley y nuevas costumbres, y ser amigo de naciones extrañas y enemigo de su patria y nación, y que sería contra su propia sangre; dijeron que él vengaría la sangre de tantos cautivos que se acababa de derramar, y sería total enemigo de sus dioses y de su religión, ritos y ceremonias; con lo cual persuadían al rey su padre, que con tiempo le quitasen la vida, y él les respondió que era por demás ir contra lo determinado por el Dios creador de todas las cosas, pues no sin misterio y secreto juicio suyo le daba tal hijo al tiempo y cuando se acercaban las profecías de sus antepasados, que habían de venir

nuevas gentes a poseer la tierra, como eran los hijos de Quetzalcóatl que aguardaban su venida de la parte oriental; y con esto desvelaba el rey a sus consejeros y adivinos. Fuese criando Ixtlilxóchitl con tanta viveza y agudeza, que bien mostraba lo que había de venir a ser, y a sus amas las traía confusas y admiradas, porque siendo de edad de tres años poco más, mató a la ama que le daba el pecho, y fue la causa que viendo el niño a un caballero de palacio requestarla, pidió le diese agua de beber y que había de ser sacada de un pozo, y al tiempo que se bajó a sacar el agua con una soga, la arrempujó, y como descuidada de tal cosa cayó dentro del pozo, y por presto que la quisieron socorrer, por ser tan angosto y hondable se ahogó, y el niño comenzó a buscar piedras para echarlas encima de su ama, lo que causó admiración, y lo llevaron a la presencia del rey su padre, y preguntándole éste ¿por qué causa había muerto a su madre y ama que lo criaba?, dijo que en la sala donde les leían las ochenta leyes, se mandaba que nadie requestase a las damas y criadas de su palacio, ni ellas diesen ocasión, pena de la vida; y que su madre se requestaba con uno de los caballeros de palacio, y así la mató por cumplir con la ley, de que el rey, sabiendo ser todo cierto, se quedó escandalizado de ver semejante hecho por una criatura de tan poca edad. Desde que tuvo siete años comenzó a formar escuadrones y ejércitos con los muchachos, haciendo a sus ayos y maestros que hiciesen cantidad de pelotas de espadaña y junco, y muchas flechas de lo mismo, con que peleaban y les servían de munición; y muchas veces cuando se le venían a acabar, aguijaba las piedras y guijarros, con que lastimaba y descalabraba a muchos de los muchachos, y traía a la ciudad con gran alboroto y alarido de muchachos; y el rey su padre le pasaba que hiciese semejantes demasías y reprendía a sus ayos y maestros porque le iban a la mano. Dos señores de los consejeros de su padre le dijeron que mirase que convenía quitase la vida a este infante, pues siendo tan muchacho era tan demasiado de bulli-

cioso, que si él venía a ser hombre había de poner en muy gran riesgo a todo el imperio, porque tenía los pensamientos demasiado altos y soberbios, por cuya causa desheredaría a sus hermanos y a otros señores; y aunque el rey no condescendía con su consejo, mas todavía le ponían en cuidado sus travesuras y reprendía ásperamente a sus maestros. No faltó quien de todo lo tratado con su padre se lo dijese y sus maestros le rogaron que se fuese a la mano, y no le viniese a suceder lo que se pretendía por los consejeros del rey su padre, pues no solamente a él le costaría la vida, sino que también pagarían con ella ellos, pues eran sus maestros, culpándolos por negligentes en su enseñanza y buena doctrina. Oyendo Ixtlilxóxhitl estas razones, una noche cogió a tres o cuatro mancebos de los de su guarda y enseñanza en el arte militar, de quienes mucho se fiaba, y con ellos se fue a las casas de estos dos consejeros, y aquella noche los hizo ahorcar a ambos, de manera que cuando vino a amanecer ya estaban ahorcados, sin que tuviesen lugar de librarse porque los llamaba a solas, y de secreto como que quería tratar con ellos negocios que importaban, y como venían a solas y libres de tal desgracia, los mancebos que llevaba consigo en un instante les fueron dando garrote y los colgaron como dicho es. Cuando amaneció y supo el rey lo que había hecho, lo mandó llamar ante sí, y le preguntó que ¿cómo había cometido una maldad tan grande en matarle sus consejeros? Respondió: «Señor, nunca ofendí vuestros consejos, para que me desearan la muerte, e indignaran a vuestra alteza a que, si no fuera tan sabio y prudente, por su causa me mandase quitar la vida, sin haber cometido cosa que sea en contra de vuestras leyes y mandatos, y el ser yo belicoso y aficionado a la milicia, es lo más estimado y tenido en vuestro reino; y lo que es natural y viene de lo alto, es atrevimiento muy grande quererlo contrastar, y muy gran imprudencia oprimir la fuerza de la naturaleza, y crueldad desear la muerte al que no ofende, y así poderoso señor, quise ganar por la mano en quitar la vida a vue-

stros consejeros, pues quisieron contrastar la mía; y de esto no hay en toda vuestra corte persona alguna que sea culpada más de tan solamente la mía, porque si ayuda tuve, mis criados hicieron lo que deben a su señor». Con que el rey no supo con qué ocasión poderle castigar, porque le parecieron sus razones tan vivas y fundadas, que de su parte no había hecho cosa indebida ni vileza para poder ser castigado, mas tan solo una ferocidad de ánimo, pronóstico lo mucho que había de venir a saber por las armas; y así el rey le dijo, que se fuese a la mano, y que si como era verdad que aquellos señores le habían aconsejado con petición para que lo mandase matar, no lo fuera, que sin duda ninguna que le costara la vida, e hiciera con él un ejemplar castigo. Esto hizo siendo de edad de diez a doce años, y cuando tuvo los catorce cumplidos salió a ejercitar su persona en los campos de Tlaxcalan y Huexotzinco, en donde hizo maravillas; y cuando vino a tener los dieciseis, ya tenía las borlas e insignias de gran capitán, Porque a estos tiempos vino a morir el rey, su padre, y se opuso contra su hermano el rey Cacama, impidiendo su coronación y jura.

Capítulo LXX. Que trata de la muerte del valeroso rey Ahuitzotzin, y elección del famoso Moctezuma, segundo de este nombre

Pasó tan adelante el mal procedido del golpe y descalabradura del rey Ahuitzotzin, que aunque fue curado con toda diligencia y cuidado, y le sacaron algunos pedazos de los cascos de la cabeza, no fue bastante para librarle, porque le vino a agravar el mal en tanto grado, que le quitó la vida; y fue tan sentida su muerte, que todos le lloraron y le hicieron muy solemnes exequias y funerales honras al uso y rito mexicano. juntos los dos reyes Nezahualpiltzintli y Totoquihuatzin con los electores del reino mexicano, trataron sobre la elección del rey y compañero que les faltaba en su imperio; y habiendo dado y tornado sobre el caso, los electores tenían puestos los ojos en el príncipe Macuilmalinaltzin, hijo legítimo y el mayor de los que tuvo el rey Axayacatzin y yerno del rey Nezahualpiltzintli, el cual lo contradijo, por parecerle no tener tanto peso como convenía en una dignidad tan grande, como la que se ofrecía, sin embargo de ser su yerno casado con su hija legítima, la princesa Tiyacapantzin; y así pudo tanto con los electores que barajó la elección y dio su voto a Moctezuma, que a la sazón era sumo sacerdote del templo de Huitzilopochtli, persona que tenía las partes y requisitos para la majestad real, aunque después le salió a los ojos y perdió a su yerno, como por el discurso de la historia se verá. Después de haberse celebrado las ceremonias de la jura, como lo tenían de costumbre, se le hicieron muy solemnes fiestas y regocijos. Se hizo esta jura en el año de 1503, a 24 del mes de mayo, que fue a los nueve días de su cuarto mes llamado tóxcatl, en el día de ce cipactli, en el año que llamaron matlactliomce ácetl. Por este mismo día fue también jurado el gran y valeroso Moctezuma, primero de este nombre, bisabuelo del que al presente tratamos. El rey Ahuitzotzin tuvo en la heredera del

Tlatelolco llamada Tyacapantzin, hija del último señor Moquihuitzin (el que perdió la ciudad) habida en su mujer legítima la hija del rey Nezahualcoyotzin, al valerosísimo rey Quauhtemotzin, que fue el último rey de México, y el que perdió la ciudad que después se cristianó y llamó don Fernando. Tuvo otros hijos que fueron, Tlacaélel y otro Moctezuma, Citlalcóatl, Azcacóatl, Xoyetzin, Quauhtzitzimitzin, Xicónoc, Atlizcatzin, otro Macuilmalina, Acamapich, Huitzilíhuitl, Machimale, Yoatzin y Tehuetzquizitzin. El gran Moctezuma tuvo (según común opinión y verdadera relación) en la reina Tayhualcan su mujer legítima, hija del rey Totoquihuatzin de Tlacopan, tres hijas, que la mayor se llamó Miahuaxochitzin, que cuando se bautizó se llamó doña Isabel, la segunda doña María y la menor doña Mariana. También tuvo otros hijos, como fueron don Pedro Tlacahuepantzin, Tlihuitltemoctzin, Axayaca, Totepehualox y Chimalpopocatzin. La doña Isabel casó tres veces: la primera con Alonso Grado, natural de la villa de Alcántara, hijodalgo y uno de los principales caudillos que hubo en la conquista, por mano y orden de don Fernando Cortés, marqués del Valle; la segunda vez se casó con don Pedro Gallego, de quien hubo un hijo que se llamó don Juan de Andrada Moctezuma, y de éste proceden los Andradas; el tercer matrimonio fue con Juan Cano, de quien proceden los Canos. Don Pedro Tlacahuepantzin no tuvo hijos en las dos mujeres con quienes casó conforme a la orden de la santa madre iglesia, y por los impedimentos que alegó su hermana doña Isabel, por decir que la primera con quién casó era su prima hermana y no pudo sin buleto particular de su Santidad, con el fin de alcanzarle y negociar otros negocios se fue a España, y se detuvo algún tiempo, de modo que siendo certificada su mujer de ser muerto, se casó con un conquistador; y venido que fue a la Veracruz, supo estar ya casada su mujer, y no queriendo usar del buleto ni manifestar el que su Santidad le había dado, se vino a la ciudad de Texcoco, en

donde se casó con doña Francisca, hija legítima y la mayor de don Pedro Tetlahuehuezquititzin señor de aquella ciudad; lo cual, sabido por la dicha doña Isabel, dio aviso de los impedimentos de aquellos matrimonios que había hecho su hermano, y así don Pedro desde entonces no hizo vida ni con una ni con la otra, y los hijos que tuvo fueron naturales. El mayor fue don Martín Moctezuma, que le heredó en el mayorazgo, y aunque casó con doña Magdalena Axayacatzin señora de Izatapalapan su prima hermana, no tuvo hijos, y así heredó el mayorazgo don Diego Luis Cuayhuitzin, su segundo hijo, que fue a España y tiene allá herederos y descendientes.

Capítulo LXXI. Que trata de varios acaecimientos que hubo en estos tiempos según los anales

En el año siguiente (después de la jura del rey Moctezuma) que fue en el de 1504, murió Tehuehuetzin, señor de la provincia de Quauhnáhuac, y sucedióle Itzocatzin; en el siguiente de 1505, fue el hambre, y sucesivamente el de 1506, que llamaron matlactliómey calli y ce toxtli, de tal manera que en toda la tierra no se cogió ningún fruto, si no fue en las provincias y sierras de Totonacapan, de donde tuvieron algún refugio; y así llamaron a esta hambre netotocacahuíloc, que como si dijésemos el hambre remediada de Totonacapan, y los reyes Nezahualpiltzintli, Moctezuma y Totoquihuatzin abrieron sus trojes y socorrieron a sus súbditos y vasallos, y por un año les remitieron los tributos. En este mismo año de 1506, fue la conquista de la provincia de Totépec, donde murieron Ixtlilcuecháhuac y Huitzilihuitzin señores mexicanos. Y en el de 1508, fue la batalla que tuvo el príncipe Macuilmalinatzin, heredero de México, contra los de Atlixco; y según común opinión, por concierto y pacto secreto que el rey Moctezuma su hermano, tuvo con los de Atlixco, por excusar alteraciones y persona que se le anteponía, hizo que fuese muerto y vencido en esta batalla, en donde murió con él otro de los señores mexicanos llamado Tzicquaquatzin y dos mil ochocientos soldados que iban en su defensa, lo cual sintió en infinito el rey Nezahualpiltzintli, y compuso aquel canto que llaman Nenahualyzcuícatl, que es lo mismo que decir canto que declara traiciones y engaños, y en esta sazón echó de ver el rey qué mal aconsejado estuvo, y que sus pensamientos le engañaron en quitar el reino a quien tan de derecho le venía, y dárselo a un hombre que debajo de piel de oveja era lobo carnicero; porque muerto que fue Macuilmalinatzin y los otros señores mexicanos en esta guerra y en las otras referidas, comenzó el rey Moctezuma a mostrar su soberbia muy

conforme a su nombre. Lo primero que hizo fue mudar toda la gente que estaba ocupada en sus consejos, que desde tiempos de su padre y tíos estaban puestos, y puso otros de su mano, y lo mismo hizo en los ejércitos y en las repúblicas de su reino; todo a fin de hacerse señor absoluto, y fue en tanto modo su gravedad y presunción, que no se dignó de servirse de algunos hombres que por sus virtudes habían subido a ser capitanes y soldados valerosos y otros oficiales de dignidades y preeminencias, porque eran de la gente plebeya, sino que antes procuró ir matando a unos, y a otros desterrando de su corte. En este mismo año entró en fa sucesión de Huexutla Tlitemoctzin por muerte de Cuitlahuatzin. En el siguiente fue la conquista de la provincia de Yopatépec. Asimismo por estos tiempos hizo el rey Nezahualpiltzintli un ejemplar castigo en Tezozómoc señor de Azcaputzalco, suegro del rey Moctezuma, por un adulterio que cometió, y los jueces mexicanos por complacer al rey Moctezuma le tenían condenado a un destierro y saqueadas las casas y los tepanecas que algo más añadieron al castigo de este señor, que le fuese cortada la punta de la nariz; mas el rey de Texcoco a quien pertenecía la última determinación, sin embargo de todo lo que los otros jueces habían determinado, mandó ejecutar la ley de su padre, que era darle garrote y quemarle el cuerpo, castigo competente a los señores, y envió luego sus ministros a que lo ejecutaran, como en efecto se hizo, de que quedó el rey Moctezuma sentido, mas el rey cumplió las leyes de sus pasados.

Capítulo LXXII. Que trata de las señales y prodigios que hubo antes de la destrucción y fin del imperio

En el año de 1510 que llamaron macuili toxtli, fue cuando apareció en muchas noches un gran resplandor que nacía de la parte de oriente, subía en alto y parecía de forma piramidal, y con algunas llamas de fuego, el cual causó tan gran admiración y temor en toda la tierra, que aún los muy entendidos en la astrología y conocimientos de sus adivinanzas y profecías se hallaban confusos; aunque de muy atrás tenían noticias, y hallaban en sus historias, que ya se acercaban los tiempos en que se habían de cumplir las cosas que dijo y pronosticó Quetzalcóatl y otros filósofos y sabios antiguos; y a quienes más cuidado les daba era a los reyes Nezahualpiltzintli y Moctezuma, como personas que en ellos se había de ejecutar el rigor de las mudanzas del imperio, y como el rey de Texcoco era tan consumado en todas las ciencias que ellos alcanzaban y sabían, en especial la astrología confirmada con las profecías de sus pasados, además de la aflicción en que se vela, menosprecio su reino y señorío, y así a esta sazón mandó a los capitanes y caudillos de sus ejércitos que cesasen las continuas guerras que tenían con los tlaxcaltecas, huexotzincas y atlixcas, para el ejercicio militar y sacrificio de sus falsos dioses; y contra las provincias remotas en donde tenían sus fronteras y presidios, que tan solamente las guardasen y defendiesen sin hacer algunas entradas, para que el poco de tiempo que le restaba de señorío y mando, le gozasen con toda paz y tranquilidad. Por otra parte, el rey Moctezuma tenía muy gran deseo de comunicar con él sobre las señales y de sus operaciones, y como estaban desavenidos y encontrados, el rey Nezahualpiltzintli por el gran pesar que tenía de la muerte y alevosía que contra su yerno el príncipe Macuilmalinatzin había hecho Moctezuma, y éste porque asimismo formaba otras quejas, que era la una la justicia tan severa y pública que Nezahualpiltzintli había hecho con su

hermana la reina Chachiuhnenetzin, y las otras asimismo de otros dos castigos que había hecho, el uno contra el príncipe Huexotzincatzin su sobrino, y el otro contra su suegro señor de Azcaputzalco Tezozómoc, se juntaron los dos reyes y satisfaciéndose cada uno de su queja, trataron muy largamente sobre lo que el cielo les amenazaba, y el rey de Texcoco dijo que todo se cumpliría sin que tuviese remedio alguno, y para que echase de ver el rey Moctezuma en que estimaba su reino y señorío, le propuso que se lo jugaría a trueque de que si le ganaba al juego de la pelota tres rayas, le diese tres gallos monteses, y que de ellos tan solamente quería los espolones, porque echase de ver en qué tanto estimaba todo lo que tenla y poseía; y así los dos reyes jugaron a la pelota, y habiendo ganado Moctezuma dos rayas continuas, que ya no le quedaba más de una para hacerse señor de los aculhuas, comenzóse a alegrar y regocijar sumamente, y el rey de Texcoco que de intento se había hecho perdedizo, le dijo al rey Moctezuma que muy presto pararía aquel gusto de imaginarse hecho señor absoluto del imperio, y echaría de ver cuán mudable y perecedero es el mandar y gozar las cosas que ofrece el mundo, y que en testimonio de ser cierto y verdadero lo que decía, lo echaría de ver en el discurso del juego, porque aunque había ganado dos rayas, no le ganaría; y así prosiguiendo el juego, aunque el rey Moctezuma hizo todo lo posible para ganar la raya que le faltaba, no pudo. Nezahualpiltzintli, ganó haciendo todas las tres rayas, y habiéndolos festejado, y tratado de otros negocios, el rey de Texcoco se retiró a su casa y corte.
Cada día se veían nuevas señales y grandes prodigios y portentos, que anunciaban la ruina y total destrucción de toda esta tierra y mudanza de todo el imperio.

Capítulo LXXIII. Que trata de algunos motines y alteraciones que hubo en algunas Provincias sujetas y ganadas por el imperio, y de otros acaecimientos

Aunque el rey Nezahualpiltzintli deseaba vivir en paz el poco tiempo que le restaba de gozar su señorío, todavía le fue dañosísimo, porque la ociosidad de los soldados y gente militar, fue causa para que muchas de las provincias que el imperio había sujetado, se alterasen y rebelasen, como en estos tiempos lo hicieron los de las naciones mixtecas, tzapotecas, yopicas, tototepecas y tequantepecas, rebelándose algunas de sus ciudades y provincias (que no eran de las menos importantes) viendo que los soldados de los presidios, tierras y fronteras, todo se les iba en ejercitar ciertos juegos, saraos y otros entretenimientos dañosos y no contingentes al arte militar. No tan solamente en estas partes, donde convenía la vigilancia y cuidado que se requiere en la conservación de lo ganado, sino que aún dentro de la misma corte del rey de Texcoco, se vivía con mayor descuido y exceso de gustos y pasatiempos, por cuya causa los sujetos y oprimidos comenzaron a buscar medios para poderse librar del yugo que sobre sí les tenía puesto el imperio, y el que más les importó fue el hallar a los soldados de sus ejércitos tan descuidados y tan dados a los placeres y gustos; con que convidaron a algunos, y después de festejarlos les quitaron la vida, y a otros con mano armada los mataron y echaron de sus tierras, como fueron los de Coixtlahuacan, Zozolan, Tototépec, Tequantépec y Yopitzinco, y los otros fueron los de las provincias de hacia Huaxaca, Tlachquiauhco, y los de Malinaltépec, Iztactlalocan, Izquixochitépec y Tlacotépec; por lo que, aunque el rey de Texcoco había dejado el ejercicio militar, en estos tiempos fue compelido a juntar sus gentes y formar sus ejércitos, enviándolos con los de los reyes Moctezuma y Totoquihuatzin, que vivían con más recato y vigilancia; y así fueron sobre estas provincias, y las suje-

taron y redujeron al imperio, volviendo cargados de despojos y cautivos que se sacrificaron a sus falsos dioses, entre los cuales fueron sacrificados Zetécpatl, señor de la provincia de Coixtlahuacan, Nahuixóchitl, señor de la provincia de Zololan, Malinal de la de Tlachquiauhco, y otros muchos señores y capitanes que en estas entradas y en las demás referidas de estos tiempos fueron cautivados. Con que de todo punto sojuzgaron todo el imperio de esta Nueva España, desde los términos de los chichimecas y reino de Michoacan, hasta las últimas provincias que poseyeron los antiquísimos reyes toltecas, que fueron las de Hueymolan, Acalan, Verapaz y Nicarahua, que es todo lo que contiene la tierra de Anáhuac, y desde los cuextecas (que son las provincias de Pánuco), hasta llegar a Huitlapalan, que es lo que llaman el Mar Bermejo o de Cortés, por las costas del Mar del Sur, donde se incluían grandes y espléndidos reinos y provincias, como fueron las de los cohuiscas y yopicas, cuitlatecas, chochonas, mixtecas, tzapotecas, queuhtemaltecas, coatzaqualcas, monoalcas, xicalancas, totonaques, y otras muchas naciones que quedaron de todo punto rendidas, y todas debajo del imperio de las tres cabezas, que tenía la longitud más de cuatrocientas leguas y de latitud desde el Mar del Norte hasta el del Sur. Y porque los autores que han escrito las conquistas que estos señores tuvieron, especificadamente nos las cuentan por extenso, porque las hallaron en sus historias, particularmente en la Monarquía indiana que escribió el diligentísimo Torquemada, solo refiero lo que me pareció convenía tratar de ellas, según las pinturas y anales que tengo citados. Últimamente, en el año de 1514, fueron tan excesivas las nieves que hubo, que se destruyeron las plantas y arboledas, haciéndose pedazos y desgajándose. En este tiempo se perdió el ejército de las tres cabezas del imperio que iban sobre la provincia de Amantlan, una de las rebeladas como está referido.

Capítulo LXXIV. Que trata cómo el rey Moctezuma cautelosamente con pacto secreto que tuvo con la señoría de Tlaxcala, hizo matar toda la flor de los capitanes y soldados del reino de Texcoco, con cuya ocasión se vino a señorear de todo el imperio

Era tanta y tan insaciable la codicia que el rey Moctezuma tenía de mandar y ser señor absoluto, que pareciéndole menos valor tener en el imperio compañeros iguales a él, todo se le iba en maquinar y buscar modos, ardides y trazas para conseguir su intento; y así en este ocasión, que ya era en los últimos años del reinado de Nezahualpiltzintli, hizo un hecho diabólico, y fue que como vio tan descuidados a los aculhuas tetzcucanos en el ejercicio militar, y muy ocupados en fiestas y saraos, tuvo ocasión de enviar por medio de sus embajadores a reprender al rey Nezahualpiltzintli el descuido en que vivían los suyos, y que los dioses estaban indignados contra él porque había cuatro años que no les sacrificaba cautivos de las provincias de Tlaxcalan y de las otras dos de donde se sacaban los cautivos de que más se servían y agradaban sus falsos dioses, si no era de las remotas, que forzosamente por ampliar y conservar el imperio, habían cautivado y sacrificado, que era lo menos acepto a ellos, además de que con esto borraban la memoria de los heroicos hechos de sus mayores y manchaban la fama y gloria de los chichimecas y aculhuas sus antepasados, y que así convenía hacer una entrada en los campos de Tlaxcalan, para aplacar a los dioses, en la cual se hallaría él personalmente, señalando el día que había de ser la batalla. El Rey Nezahualpiltzintli le respondió que sus soldados no dejaban las armas por cobardía y flaqueza, sino porque era su intento pasar en paz la vida lo poco que podían gozarla, pues tan cercano estaba el año ce ácatl de las mudanzas y calamidades que les pronosticaba, pero que para el día citado iría la flor y nata de sus ejércitos a los campos de Tlaxcalan a probar sus ánimos y

valor; dada la respuesta, juntó a consejo de guerra y habiendo en él tratado de lo que se debía hacer, se juntaron todos los más valerosos capitanes y soldados de sus ejércitos, y tomaron la vía de los campos de Tlaxcalan. El rey no quiso ir en persona, por no tener algunas contiendas con el rey Moctezuma que iba en persona a esta batalla; mas envió a los infantes Acatlemacoctzin y Tequanehuatzin sus hijos (que habían probado muy bien en las conquistas de las provincias remotas atrás referidas) yendo por caudillos principales de todo el ejército tetzcucano Moctezuma, así como supo la resolución de Nezahualpiltzintli, envió secretamente sus embajadores a la señoría de Tlaxcalan, avisándoles de cómo el rey de Texcoco tenía convocado todo lo más y mejor de sus ejércitos, no para el ejercicio militar y sacrificio de sus dioses conforme a la ley y costumbres que entre ellos estaba establecida, sino con intento de destruir y asolar toda la provincia y señorío, y hacerse señor de ella, cosa digna de gran castigo, y que a él e culparían y tendrían por cómplice si no les avisara; y que así procurasen juntar todo lo más y mejor de sus soldados, y ganar por la mano, de manera que los aculhuas no tuviesen lugar de cumplir su intento, y que aunque él iba en persona en su favor, más lo haría de cumplimiento que de voluntad, dándoles su palabra de que en lugar de favorecer a los aculhuas, les ayudaría por las espaldas a matarlos, siendo necesario. Esta embajada causó gran alteración y pena a la señoría, viendo cuán mal cumplía Nezahualpiltzintli las obligaciones que tenía a la señoría, así en conservarle sus tierras, como defenderle y ampararle, pues lo que él poseía fue recobrado por la ayuda y favor de sus padres y abuelos los señores tlaxcaltecas, además de ser como eran de un linaje; y enviando las gracias del aviso a Moctezuma, se apercibieron y aguardaron las gentes de Nezahualpiltzintli con todo cuidado y recato, de tal manera, que una cañada donde siempre solían hacer noche llamada Tlalpepéxic, que estaba cerca del cerro llamado Quauhtépetl, la tenían

tomada, sin ser sentidos de los tetzcucanos, que vivían descuidados de la traición y trato doble que contra ellos estaba hecho; aunque aquella tarde y aquella noche tuvieron mil presagios que les representaban su total destrucción y ruina, entre los cuales, el uno fue que vieron por el aire que andaban remolineando cantidad de auras sobre ellos (aves que no siguen ni buscan otra cosa, sino cuerpos muertos) que parecía salir de la tierra llamas de fuego, y con ser la fuerza de las aguas se levantaban por el aire gran es polvaredas, y los más valerosos capitanes del ejército, como fueron Tezcacoacatl, Temoctzin, Zitialtécatl y Ecatenan, a un tiempo todos cuatro veían entre sueños, que parecía que estaban en la edad de su niñez, que andaban llorando tras de sus madres para que los recogiesen; todo lo cual les dio bien en qué pensar, y sus corazones conocían el daño que tan próximo se les venían, y así aquella noche por desechar, estuvieron después de los sueños chocarreándose, y muy de madrugada, habiéndose levantado a tomar un bocado, por si en aquel día no tuviesen lugar, sobre la rodela en que estaba almorzando vino por el aire un cigarrón de ojo de extraña grandeza que dio en ella un gran golpe y quedó muerto, dividiéndose la cabeza del cuerpo. Estos capitanes a quienes les pareció muy mal agüero, no quisieron esperar más, sino que comenzaron a despertar sus gentes para que se armasen y saliesen de aquella cañada, donde no podían aprovecharse de sus armas e industria, por si los enemigos les tenían hecha una celada como en efecto se las tenían tal, y tan fuerte que así como les vieron que empezaban a levantarse, en un instante los cercaron, con tantos gritos y alaridos, que no pudieron ponerse en orden para poderse defender, y cerrando con ellos los mataron a todos, si no fueron muy pocos los que pudieron escapar y llevar la nueva del lastimoso caso, traición y celada que contra ellos se había hecho. Los cuatro capitanes referidos y otros muchos hicieron hechos hazañosísimos, vengando muy bien sus vidas; y los dos infantes viéndose rendidos

de personas no conformes a la calidad de sus personas, aunque mal heridos, decían a sus contrarios que los acabasen de matar, que no consentían entrar con ellos a su ciudad; y llevándolos vivos en su triunfo, hicieron tanto y se iban defendiendo de tal manera, que en el primer templo de los falsos dioses que cerca estaba del campo de batalla, tuvieron por bien de matarlos allí sacrificándolos. Fue tanta la sangre que por aquella cañada había de los muertos y heridos, que parecía un río caudaloso. El rey Moctezuma que estaba a la mira con su ejercito en las faldas del cerro que llaman Xacayoltépetl, no se movió ni los soldados, sino que estuvo quedo con sus gentes, gloriándose de ver la matanza y cruel muerte de la flor de la nobleza tetzcucana, donde se echó de ver ser cierta su traición. Entre los que escaparon y llevaron la nueva triste a Nezahualpiltzintli, fue uno de ellos Chichiquantzin, famosísimo capitán, la que fue para el rey y toda su gente muy triste y lamentada; en donde vino el rey a satisfacerse de la traición y celada que contra él cada día intentaba Moctezuma, porque además de ésta, por vía de sus hechiceros y nigrománticos le había pretendido hacer mal, y como hombre sabio y astuto se había defendido de él por medio de otros que tenía en su corte, que eran de la facultad diabólica. Vuelto que fue Moctezuma a su ciudad, mandó que las ciudades y pueblos de la Chinampa que solán dar cierto reconocimiento a los reyes de Texcoco, no se le diesen más, e hizo otras cosas, con que de todo punto mostró su saña, como muy específicamente lo manifiestan los cantos que tratan de esta tragedia, que se intitulan Yacuícatl.

Capítulo LXXV. Que trata de la muerte y fin que tuvo el rey Nezahualpiltzintli

Sabido por el rey Nezahualpiltzintli, cómo el rey Moctezuma le impedía los tributos y reconocimientos que siempre a él y a su padre le habían dado las ciudades y pueblos de la laguna, y otras cosas de menosprecio, envió a sus embajadores sobre el caso a requerirle que guardase la costumbre que siempre sus mayores tuvieron. Moctezuma con gran soberbia y presunción les dijo a sus embajadores que dijesen a su señor, que ya no era el tiempo que solía ser, porque si en los tiempos atrás se gobernaba el imperio por tres cabezas, que ya el presente no se había de gobernar más que por una sola, y que él era el supremo señor de las cosas celestes y terrestres, y que nunca más le enviase a requerir y comunicar negocios, porque si así lo hacía, castigaría el atrevimiento. Cuando Nezahualpiltzintli oyó esta respuesta tan insolente y soberbia, fue muy grande la pena que recibió, y más viendo que no tenía fuerzas para poder castigar semejante locura, y vengar las traiciones que contra él Moctezuma había hecho; y así se recogió a lo más interior de sus palacios, donde triste, pensativo y con harta pena, acabó la vida, que fue en el año de 1515 que llaman matlactli ácatl, habiendo gobernado cuarenta y cuatro años, y siendo de edad de cincuenta y dos. Sabida su muerte, aunque procuraban ocultarla, se juntaron sus hijos y deudos para hacerle sus honras y exequias (hallándose en ellas todos los señores y grandes del reino, con los embajadores de los reyes Moctezuma y Totoquihuatzin, y otros señores mexicanos y tepanecas) de la misma manera que se le hicieron a su padre, que fue quemarse el cuerpo ataviado con muchas joyas de oro, Plata y pedrería, y mucha diversidad de penachos y plumería, sacrificando en sus honras doscientos esclavos y cien esclavas; sus cenizas fueron guardadas en un arca de oro y llevada a su sepulcro, que estaba en el templo mayor que había en la ciudad de

Texcoco, que era el del ídolo Huitzilopochtli. Tuvo ciento cuarenta y cinco hijos e hijas, y los cuatro de ellos fueron legítimos como queda referido. Este fin tuvo el rey Nezahualpiltzintli, que no tuvo menos valor y virtud que su padre, y si bien se considera le siguió casi los mismos pasos, pues fue muy severo en guardar las leyes y venturoso en las batallas en que se halló personalmente, aunque con su temprana muerte dejo a los suyos en opiniones falsas y fabulosas, y a sus hijos en disensiones por no haber nombrado a ninguno de ellos por su heredero, aunque hay opinión que nombró al menor de sus hijos legítimos que fue el infante Yoyontzin, cosa que no se puede creer, porque siempre heredaba el mayor de los legítimos, sino es que no lo merecía por algunas causas forzosas, como fue el rey Techotlalatzin, que siendo el menor de sus hermanos heredó el imperio, porque siempre fue de la opinión y bando de Quinatzin, su padre, y los demás hermanos de la parte de los rebeldes chichimecas y alzados contra el imperio, como se ha visto en el discurso de esta historia.

Capítulo LXXVI. Que trata de la contienda que hubo entre los hijos de Nezahualpiltzintli sobre la sucesión del reino

Luego que se le hicieron las honras funerales al rey Nezahualpiltzintli, dieron aviso al rey Moctezuma y Totoquihuatzin de Tlacopan sobre lo que se debía hacer en la elección de nuevo rey, porque (como se ha dicho) dejaba Nezahualpiltzintli hijos legítimos, pero a ninguno había dejado declarado que le había de suceder, y que a quien por herencia y mayoría le podía pertenecer, que era Tetlahuehuetzquititzin, no era apto para poder regir y gobernar un reino tan grande como era el de Texcoco, y en tiempo y ocasión que requería fuese de muy gran valor para que pudiese resistir los golpes de la fortuna que tan adversa se mostraba; y por otra parte, Coanacochtzin y Ixtlilxóchitl, aunque tenían valor y esfuerzo, por ser menores contradecían algunos el poder elegir alguno de ellos, por anteponérseles su hermano Tetlahuehuetzquititzin, aunque demasiadamente hombre pacífico y muy poco dado a las armas; con cuya discordia halló camino el rey Moctezuma de intentar y poner por efecto que entrase en la sucesión el infante Cacama, su sobrino, hijo de su hermana mayor la señora de la casa de Xilomenco, y así despachó sus embajadores para que juntos con los electores y grandes del reino, diesen los votos a su sobrino, pues además de que le quería infinito, tenía edad suficiente para poder gobernar, y que en las guerras pasadas había probado muy bien su valor y era muy valeroso capitán; y que habiéndose determinado el reino, todos los grandes y señores de él se fuesen con su sobrino a la ciudad de México, en donde quería fuese jurado como lo había sido su padre y abuelo. Tratada esta determinación y deseo del rey Moctezuma, aunque hubo varias opiniones, fue acordado entre todos que juntaran a los tres infantes, Cacama, Coanacochtzin y Ixtlilxóchitl, y en la sala del consejo les dieron a entender la voluntad del rey Moctezuma, y cómo

convenía que fuese jurado Cacama, por las causas que allí alegaron. Coanacochtzin a quien competía la contradicción de esta elección, por ser él y sus hermanos los legítimos, ora fuese por amor y demasiada voluntad, que tenía a su hermano Cacama, o por estar del lado del rey Moctezuma, dio su voto diciendo que era muy justa la elección que se hacía en su hermano Cacama, pues lo merecía por su valor, y aunque de la parte legítima tenía hermano mayor, a quien competía el derecho del reino, no era apto ni conveniente. Ixtlilxóchitl, mancebo de poca edad y hombre belicosísimo, no pudo sufrir la tiranía y extorsión que se hacía a la parte legítima, y contradijo esta elección y alborotó a todo el senado de tal manera, que no se pudieron convenir, y le fue fuerza a su hermano Cacama retirarse a la ciudad de México a pedir ayuda y favor a su tío, el rey Moctezuma, para que fuese recibido en el reino. Ixtlilxóchitl después de haber tenido grandes contiendas con su hermano Coanacochtzin, que defendía y amparaba el partido de Cacama, se salió de la ciudad y se fue retirando hacia la sierra de Metztitlan, convocando a todos los que le querían seguir, con voz de oponerse contra su tío el rey Moctezuma por el agravio y extorsión que contra el reino de Texcoco se hacía y contra sus dos hermanos; y llegado que fue a aquella provincia, que los señores de ella eran sus ayos y maestros, le dieron todo favor y ayuda y convocaron a todas las gentes de las sierras de los totonaques, y habiendo juntado un poderoso ejército se vino a gran prisa sobre la ciudad de Texcoco, y por el camino sojuzgó y venció a los que se le oponían, y habiendo atraído a su devoción todas las tierras y provincias que caen hacia la parte del norte, a unos de grado y a otros compelidos con el rigor de las armas, sitió la ciudad de Texcoco y la de México, poniendo sus fronteras y presidios en los pueblos de Papalotlan, Acolman, Chiuhnautlan, Tecacman, Tzompanco y Huehuetocan, que eran las partes por donde los mexicanos y los de Texcoco le podían entrar y hacerla guerra, confrontándose

con su tío Moctezuma y con sus hermanos Cacama y Coanacochtzin. En el ínter que estas cosas pasaban, pudo tanto el poder del rey Moctezuma, que de fuerza o agrado fue admitido en el reino su sobrino Cacama, especialmente en las ciudades y provincias que no había ocupado Ixtlilxóchitl, y viendo el rey su tío, su osadía y atrevimiento, llamó a consejo de guerra para atajarle los pasos y designios que llevaba, y después de haber tratado en él muy bien de los que se debía hacer, uno de los capitanes más valerosos de los ejércitos mexicanos llamado Xúchitl, principal y natural de Iztapalapan, ofreció al rey de que lo prendería sin daño de sus gentes y lo traerla a su presencia, con que cesarían estos motines y alteraciones, lo cual pareció muy bien al rey Moctezuma, y así quedó a cargo de este soldado el remedio que convenía a la quietud del imperio, y pacífica posesión que deseaba tuviese el rey Cacama su sobrino. Ixtlilxóchitl que no se dormía, y que siempre tenía aviso de lo que pasaba en la corte del rey su tío, salió con un escuadrón de gente hacia los campos mexicanos, solo a fin de encontrarse con el capitán Xúchitl, lo cual se vinieron a encontrar, y haciendo que sus gentes estuviesen quedas porque ellos dos solos querían tener la batalla y contienda que se les ofrecía, y admitida de ambas partes, se trabó entre los dos una pelea, y a pocos lances fue vencido el capitán mexicano y preso por el infante Ixtlilxóchitl, quien mandó que luego en la presencia de los dos ejércitos fuese quemado vivo con carrizo que hizo traer al efecto, con cuya hazaña sus enemigos desde allí en adelante le tuvieron más respeto y temor. Sabido por el rey su tío el caso, mandó que lo dejasen por entonces, que quería descuidarlo para prenderlo y castigarlo en mejor oportunidad de tiempo, mas como no prosiguiese con su intento, sino que tan solamente tenía sitiada la ciudad de Texcoco, sin hacer daño a persona que fuese de ella, sino que antes a la gente ilustre trataba muy bien, hubieron los tres hermanos de confederarse y tratar de paces, aunque con el rey su tío nunca quiso verse,

porque le tenía muy gran odio y enemistad por haber sido causa de la muerte del rey Nezahualpiltzintli su padre, y deseaba mucho ven aria si pudiese; quedando en esta sazón con el señorío y mando de todas las provincias septentrionales y por capitán general del reino de Texcoco. Asimismo en este atrevimiento y discordia que hubo entre hermanos y tíos, se alteraron muchas provincias que querían negar la obediencia a Moctezuma, por las demasiadas imposiciones de tributos que cada día les ponía, usando más de crueldad y tiranía que e piedad, como había sido costumbre entre los reyes sus pasados; y los que esto más frecuentaban fueron los de las provincias de Tonacapan, que llegaban hasta las costas del Mar del Norte, que parece que su Divina Majestad iba disponiendo las cosas como veía que convenía para la entrada de su santa fe católica en este nuevo mundo. En estos triunfos tuvieron los ejércitos de las tres cabezas del imperio guerra contra las provincias de Mictlantzinco y Xaltianquizco que fueron las últimas que tuvo el imperio, y las redujeron debajo de su dominio con las calidades que las demás que se han referido. Las cuales guerras y conquistas sucedieron en el año de 1516 que llamaron matlactlioce técpatl.

Capítulo LXXVII. Que trata quién fue el invencible Fernando Cortés, primer marqués del Valle, y da principio a sus heroicos hechos

Siendo reyes de Castilla y Aragón los católicos don Fernando y doña Isabel, nació Fernando Cortés en la villa de Medellín en la Extremadura (y como atrás queda referido) en el año de 1485; sus padres fueron Martín Cortés de Monroy y doña Catalina Pizarro Altamirano, gente noble e hijosdalgos y muy aventajados en honra aunque faltos de hacienda. En dos años de estudio, supo bien la gramática y dio principio a oír leyes, mas luego mudó de intento, y se dio a las armas; era muy belicoso y de pensamientos muy levantados, por lo cual sus padres le dieron licencia para que pasara a las Indias en busca de Nicolás de Ovando, comendador de Laris, que era gobernador de Santo Domingo. Tenía diecinueve años cuando llegó a esta Isla, que fue en el año de 1504, por pascua de resurrección, donde le pasaron varios acontecimientos prósperos y adversos en el discurso de tiempo que allí vivió, que fueron cinco o seis años, dándose a granjerías hasta ir a la conquista de la isla de Cuba, en donde se casó con doña Catalina Juárez, y le sucedió lo que Francisco López de Gómara y Antonio de Herrera cuentan en sus historias, en donde se podrá ver todo especificadamente. Y yo no diré aquí más de lo que hace al propósito de la materia que trato. Andando el tiempo adelante y prosiguiendo el descubrimiento de las Indias, Francisco Hernández de Córdoba hizo una jornada y descubrió la tierra firme de Yucatán, en el año 1517, y porque los indios defendieron su tierra hiriendo a muchos de os españoles, se volvió sin hacer otra cosa más de ver la tierra; súpose de este viaje, ser rica, abastecida y en todo aventajada a la de las islas, y diole a Diego Velázquez deseo de conquistarla, para lo cual envió a ella a Juan de Grijalva su sobrino, con armada suficiente en el año de 1518, y llevando consigo doscientos es-

pañoles y algunas mercaderías con que rescató oro y cosas de precio de aquella tierra. Grijalva detúvose tanto, que Diego Velázquez, recelándose no se hubiese perdido, para saber la verdad envió en su busca a Cristóbal de Olid para que le trajese o poblase allá, si la tierra descubierta fuese buena, y la comenzase a conquistar. Antes que Olid topase con Grijalva, volvió a Santo Domingo Pedro de Alvarado, que había ido en compañía de Grijalva, el cual dio a Diego Velázquez aviso de la riqueza grande de Yucatán y de lo mucho que Grijalva había rescatado. Diego Velázquez oyendo estas nuevas, pasole gran gana de enviar a conquistar y poblar aquella tierra, lo uno por dilatar nuestra santa fe, y lo otro por ganar honra y riqueza, y para ello anduvo tratando con algunas personas de juntar gente para hacer este viaje, y no hubo persona que con él se acomodase, sino Fernando Cortés que tenía 2.000 ducados en el cambio de Andrés de Duero, mercader que era discreto y de estómago para saber gobernar. Cortés aceptó aquel negocio y le dijo que se holgaba de juntarse con él y que iría en persona al descubrimiento y conquista de esta tierra, y hechos sus conciertos y capitulaciones y sacada licencia de los frailes jerónimos, que tenían la gobernación de las islas, Puestos a punto los navíos y todo lo necesario, llegó al puerto Juan de Grijalva a 3 de octubre del año de 1518 con cantidad de oro y plata, y con más claridad y noticia de la tierra, con lo cual Diego Velázquez mudó luego de intento pretendiendo impedir a Cortés el viajé, de que hubo entre los dos grandes pasiones; mas Cortés, a pesar del otro, dio principio a su viaje y tomó fiados 4.000 ducados con que compró navíos y todo lo necesario, y luego se le agregaron sus amigos que sustentó a su costa y dio dineros. Al partir hizo una protesta ante escribano de que él iba a sus propias costas, y que no tenía ninguna parte Diego Velázquez en aquel negocio. Llegado a […] Alvarado, Olid y otros amigos de Velázquez lo quisieron prender, más él se puso a salvo en la isla de Guaniganiga, y habiendo

saltado a tierra hizo reseña de la gente que llevaba, y halló quinientos cincuenta españoles de pelea, más algunos indios de servicio, de los cuales hizo once compañías de cincuenta hombres, y tomó para sí el cargo de capitán general; llevaba once navíos poniendo en todos banderas con sus armas, que fueron unos fuegos blancos y azules, y en medio una cruz colorada con una letra en latín que decía: Amigos, sigamos la cruz, porque sí fe tenemos, en esta señal venceremos. Con cuyo aparato y pocos compañeros conquistó este nuevo mundo, y convirtió a los naturales de él a nuestra santa fe católica y ley evangélica, que fue la más dificultosa conquista que se vio en el mundo, y no le hicieron ventaja Alejandro y Julio César, como por el discurso de esta historia se vera, y aparece muy especificadamente en la de los autores que tengo citados.

Capítulo LXXVIII. Que trata cómo dio principio Cortés a la conquista de esta Nueva España hasta llegar a Potonchan

Antes que partiese Cortés de la isla de Guaniganiga, hizo una larga y discreta plática a los suyos, trayéndoles a la memoria el premio grande que conseguirían sus trabajos y el gran servicio que harían a Dios nuestro señor, si con ánimo y celo de cristianos acudían a la conquista, más para convertir almas, que para quitarles haciendas a aquellas naciones gentílicas y bárbaras. Partió de esta isla el año de 1519 a 28 de febrero, y dio por contraseña a los suyos el nombre del bienaventurado apóstol san Pedro, su abogado; y con el recio tiempo que le hizo, tomó tierra en la isla de Acozanil, y los moradores de ella de miedo se fueron al monte desamparando sus haciendas y casas; y entrando algunos de ellos a la tierra adentro, allí trajeron a Cortés cuatro mujeres con tres criaturas, y por señas entendió que la una de ellas era la señora de la tierra y madre de los niños, y con el buen tratamiento que Cortés los vio asegurados y contentos, les comenzó a predicar la fe de Cristo, rogándoles que adorasen la cruz y una imagen de nuestra Señora, los cuales con todo placer la recibieron y quebraron los ídolos de su templo, y en lugar de ellos puso Cortés la cruz e imagen de nuestra Señora, teniéndolo todo en muy gran veneración los indios, y dejaron de sacrificar los hombres; y les dieron nueva que hacia Yucatán había también hombres barbados como los nuestros; Cortés envió allá para saber si era así, y tardaron tanto los que fueron, que Cortés no quiso esperarlos. Tomó tierra en Yucatán en la punta que llaman de las mujeres, y por parecerle aquella tierra ruin, se fue a Catoche, mas hizo agua la nao de Pedro Alvarado, y para remediarle se volvió a la isla de Acuzami. Estando en ella un domingo de mañana, primero de cuaresma vieron llegar una canoa a tierra, en que venían cuatro hombres desnudos con sus arcos y flechas, y arremetiendo algunos de los españoles con ellos con

sus espadas desnudas, pensando que eran de guerra, estando cerca se adelantó uno de los cuatro, y comenzó a hablar en español y dijo: «Señores ¿sois cristianos?» de que se maravillaron los nuestros y respondieron: «Sí somos y españoles». Entonces se puso de rodillas y dijo llorando de placer: «Infinitas gracias doy a Dios que me ha sacado de entre infieles y bárbaros. ¿Qué día es hoy señores?, que yo pienso que es miércoles». Respondiéronle que no era sino domingo. Levantóse en pie y Andrés de Tapia lo llevó con los demás muy alegres a Cortés, el cual le preguntó que quién era y cómo había venido allí. Dijo que se llamaba Jerónimo de Aguilar y era natural de Eziga, y que en el año de 1511, viniendo del Darién a Santo Domingo por dineros para la guerra que hacían cuando las contiendas de Diego de Niqueza y Vasco Núñez de Balboa, dieron al través en una carabela junto a Jamaica, y por guarecerse se metieron veinte personas en un batel, de los cuales murieron siete en la mar y los trece tomaron la provincia de Maye, en donde fueron presos de los indios y vinieron a poder de un cruelísimo cacique que se comió a Valdivia después de haberlo sacrificado, y a otras cuatro, haciendo un banquete a sus amigos y criados, y Aguilar y los demás quedaron a engordar para comerlos en otra ocasión; pero soltáronse de la prisión y vinieron a poder de un cacique, gran enemigo del otro que los tuvo presos, el cual los trató muy bien mientras vivió, y lo mismo hicieron sus herederos; que todos sus compañeros se habían muerto, y no había quedado más que él y un Gonzalo Guerrero, que se casó en aquella tierra, quien estaba muy rico y no quiso venir con él, porque tuvo vergüenza de que le viesen las narices horadadas al uso de la tierra. De estas nuevas se holgaron todos mucho, aunque les puso gran temor oír que iban a tierra en donde se comían a los hombres. Importó mucho a Cortés el haber topado con Aguilar, porque siempre le sirvió de lengua, y sin él se tuviera grandísimo trabajo; y así tuvieron por milagro el detenerse por el desmán que tuvo la nao de Al-

varado, pues de otra manera no toparan con él. Otro día después, Cortés mandó a Jerónimo de Aguilar predicase a los indios la fe de Cristo pues sabía su lengua, y lo hizo tan bien, que por sus amonestaciones se acabaron de convertir, los cuales tenían una cruz por dios que llamaban el dios de la lluvia. Partidos de Acuzami, tomaron puerto en el río Tabasco que se llama de Grijalva, por haber estado allí primero, y entrando Cortés por el río arriba reconoció un pueblo cercado de madera con sus troneras para tirar flechas, y salióle al encuentro mucha gente armada en canoas, que peleó con ellos hasta venir a ganar aquel pueblo que se decía Potonchan, que fue el primero que se ganó en la tierra firme de las Indias. Durmió Cortés aquella noche dentro del templo mayor con todos sus compañeros sin recelo, por haber los indios desamparado el lugar, y otro día envió por tres partes a reconocer la tierra, con deseo de haber algún natural de aquella tierra para informarse de los particulares de ella, y para con él, enviar a llamar al cacique sobre seguro. Trajéronle tres o cuatro que despachó muy contentos para su señor, y rogáronle mucho que viniese sin temor, porque él no venía para agraviarle, sino para declararle grandes secretos, y aunque anduvieron dos días yendo y viniendo, nunca el cacique se quiso dejar ver.

Capítulo LXXIX. Que trata de las cosas que le acaecieron a Cortés hasta llegar a la Veracruz

Cortés despachó otra vez tres de sus caudillos a comprar vitualla y descubrir tierras, y andando ocupados, los indios les salieron con mano armada, e hirieron a muchos de los españoles, y mataron algunos de los naturales de Cuba, y les sucediera muy mal, si Cortés no fuera luego a socorrerlos. Otro día siguiente puso quinientos hombres en el campo con trece caballos y algunas piezas de artillería, y yendo marchando su ejercito por unas labranzas, salieron al encuentro cuarenta mil hombres con los cuales peleó, y aunque con dificultad y trabajo los venció, en donde según lo que les pareció a los del ejercito, se apareció el glorioso apóstol Santiago en un caballo blanco peleando, que fue la primera vez que en favor de los cristianos se apareció en esta conquista, aunque Cortés dijo siempre ser el bienaventurado príncipe de los apóstoles, san Pedro, su abogado, a quien siempre dedicó sus pensamientos y deseos, invocándole en todas las ocasiones y lances peligrosos en que se vio. Quedaron heridos sesenta españoles, aunque luego hubo tratos de paz entre los nuestros y naturales. Tabasco que era el más principal señor de aquella tierra, con todos los suyos caciques y señores, se dieron por amigos de Cortés, y le abastecieron con muchos mantenimientos su ejército, presentándole cierta cantidad de oro. Preguntoles Cortés dónde lo había y si tenían mucho. A lo que le dijeron que no tenían minas ni las querían, porque su cuidado no se ocupaba en hacerse ricos, sino en vivir contentos; mas que hacia donde el Sol se ponía, si buscaban oro lo hallarían; y entre otras razones que trataron, dijeron que entre todos los que habían peleado a caballo, el delantero les había espantado y atemorizado mucho, por donde se echó de ver y confirmar el milagro de haberse aparecido uno de los doce apóstoles. Y habiendo Cortés dado a entender la causa de su venida, que era en razón

de enseñarles la ley evangélica y sacarlos de la ceguedad en que vivían, que para el efecto le enviaba el rey de España su señor que era el mayor del mundo, y habiendo puesto en el templo mayor de la ciudad de Potonchan una cruz con gran gusto de los naturales, y hallándose a la fiesta y ceremonias del día de Ramos, infinitas gentes dieron la obediencia al rey de España dándose por sus amigos y vasallos, que fueron los primeros que tuvo la Corona real de Castilla en estas partes. Llamóse Victoria por los nuestros aquella ciudad, de donde se partió Cortés a descubrir, y prosiguiendo su viaje, llegó a un río grande llamado Papaloapan, y por haber sido el primero que lo descubrió Pedro de Alvarado, se llamó de su nombre. Y siguiendo la costa de poniente llegaron a san Juan de Culua (que hoy se llama Ulúa) el jueves de la Cena, y antes que surgiesen, Teotlili, gobernador de aquella costa, puesto por los señores del imperio, envió dos canoas a unos criados suyos a preguntar por el caudillo y cabeza de aquella flota ¿quien era y a qué iba? Cortés los recibió muy bien, y habiéndoles regalado, los despachó enviándole a decir al gobernador que no temiese ni se alborotase, porque su venida no era a otra cosa sino a traerle nuevas de mucho gusto, de que él se holgaría. El viernes santo tomaron tierra y se alejaron en unos arenales, en donde es ahora la Veracruz, y desde entonces se le dio este nombre, por haber llegado en viernes de la Cruz, en donde los vinieron a ver muchos indios, con quienes rescataban oro y plumerías de mucho precio por tijeras y alfileres, cuentas de vidrio y otras cosillas de quinquillería y poco precio, aunque Cortés mandó luego pregonar que nadie rescatase oro, porque los indios no lo entendiesen que ellos no iban a otra cosa. De allí a dos días que fue el lunes de pascua de resurrección, vino el gobernador con cuatro mil hombres que le acompañaban, cargados de bastimentos que dio a Cortés, con algunas preseas y joyas de oro bien ricas, el cual le abrazó y dio un sayo de terciopelo y otras cosas de colonería que las estimó mucho; y no entendiendo

Aguilar aquella lengua, fue Dios servido de remediar este inconveniente, con que se halló una de las mujeres que el señor de Potonchan había dado a Cortés, que sabía muy bien la lengua, porque era natural del pueblo de Huilotlan de la provincia de Xalatzinco, hija de padres nobles y nieta del señor de aquella provincia de Coatzacualco, y de mano en mano vino a parar en poder del señor de Potonchan, que después, como dicho es, la dio a Cortés, a la cual con halagos y buen tratamiento convirtió y se volvió cristiana, llamóse Marina, y con ella las demás compañeras que fueron las primeras que hubo en esta Nueva España, y sirvió después de intérprete juntamente con Aguilar porque Cortés decía lo que quería a Aguilar y él en lengua de Potonchan y Tabasco se lo interpretaba a Marina, y ella que sabía muy bien esta lengua, la interpretaba en la mexicana; aunque en breves días aprendió la castellana, con que excusó mucho trabajo a Cortes, que parece haber sido milagroso, y muy importante para la conversión de los naturales y fundación de nuestra santa fe católica. Marina andando el tiempo se casó con Aguilar. Aquel día que llegó el gobernador Teotlili comió con Cortés, después de haberle dicho cómo toda aquella tierra estaba a su cargo por las tres cabezas del imperio, y que era criado del emperador Moctezuma, gran señor de la ciudad de México, Tenochtitlan; que le diese parte de su venida, para avisar de ella a su señor y a los demás del imperio. Mandó Cortés a Marina que le dijese, cómo él era embajador del rey don Carlos de España, señor del mundo, y que venia a visitarle de su parte y decirle algunas cosas en secreto que traía por escrito, que su señor se holgaría de saberlas, y que así se lo avisase luego para ver en dónde mandaba diese la embajada que traía. Teotlili respondió que se holgaba mucho haber sabido que hubiese otro señor tan grande como Moctezuma, según decía que era el rey de España; pero que no creía que hubiese otro en el mundo que igualase a Moctezuma su señor, y que le daría aviso de su venida para saber lo que mand-

aba. Cortés le preguntó si Moctezuma tenía mucho oro, porque era bueno para el mal de corazón, y que algunos de los suyos estaban lisiados de él. Teotlili respondió que sí tenía; el cual luego hizo pintar en unas mantas de algodón el talle de los españoles, caballos, navíos y todo lo demás que Cortés traía, y razón a lo que venía, y despachó con toda diligencia sus mensajeros para México a dar aviso de todo a Moctezuma su señor, a Cacama que era rey de Texcoco, y a Totoquihuatzin de Tlacopan, y fue el despacho con tal brevedad, que en un día y una noche llegó allá. Teotlili se volvió a Cuetlachtlan donde residía, y dejó con los nuestros a Cuitlalpítoc y otros capitanes con dos mil personas para el servicio y regalo de los españoles.

Capítulo LXXX. Que trata de las cosas que hizo el rey Moctezuma con la nueva de la venida de Cortés y sus compañeros; y de cómo Cortés se informó de los bandos que había en esta tierra

Llegados que fueron los mensajeros de Teotlili a la ciudad de México, fue grande la confusión y temor que causó al rey Moctezuma, viendo que ya se empezaban a cumplir las profecías de sus pasados; citó a consejo a todos los señores del imperio para tratar lo que se debía hacer, y juntos les propuso todo lo que en el corazón le daba, y que si aquellos hombres orientales que habían llegado por ventura eran el dios Quetzalcóatl y sus hijos que de tantos siglos esperaban, siendo así era fuerza que se habían de señorear de toda la tierra, y a ellos desposeerlos de ella, y que así sería bien atajarles los pasos, y no consentir que en su corte entrasen; o si como ellos decían, que eran embajadores de un gran señor del mundo en donde sale el Sol, serían bien recibirlos y oírles su embajada. Todos los reyes y señores que se hallaron en esta junta estuvieron unos con otros debatiendo sobre el caso un gran rato, y viendo el rey Moctezuma que no se acababan de resolver, dijo a su hermano Cuitláhuac, que con licencia del rey Cacama su sobrino, a quien competía el primer voto, le dijese lo que sentía como hombre más experimentado en negocios. Cuitláhuac dijo: «Mi parecer es, gran señor, que no metáis en vuestra casa quien os eche de ella, y no os digo ni aconsejo más». El rey Cacama le dijo: «El mío es que si vuestra alteza no admite la embajada de un tan gran señor como dicen que es el de España, es muy gran bajeza suya y nuestra y de todo el imperio, pues los príncipes tienen la obligación y es ley de dar auditorio a los embajadores de otros, que cuando ellos vengan con trato doble, por esto tiene a su corte de soldados y capitanes valerosos que le defenderán, y muchos parientes y amigos que miren por su honra, y castiguen cualquier traición y desacato; y

si esta nueva gente que ahora ha venido, vienen con alguna novedad y tiranía, mientras más breve entrasen en su corte a su embajada o a mostrar su intento, lo tengo por más acertado que no detenerles e impedirles la venida, por muchas causas y todas muy en menosprecio y daño de la grandeza y majestad del imperio, porque los embajadores viendo que se les impide su entrada, conocerán flaqueza y poco ánimo en vuestra alteza y en todos los del imperio, pues no admite en su corte a cuatro extranjeros, con que se les aumentará el ánimo de su osadía e intención de alterar la tierra; y en este discurso podrán echar de ver las faltas y defectos que hay en su corte, y quien es amigo o enemigo, y aún de aquí se podía seguir, levantar muchas provincias que están sujetas y oprimidas; y así en cualquier acontecimiento conviene no dilatar la venida de estos embajadores, antes que abran los ojos y escudriñen los secretos del imperio; y este es mi parecer». A todos los señores de ánimo y coraje les pareció muy bien lo que el rey Cacama había dicho, y no creo que se engañaban; mas el rey Moctezuma con otros señores de su corte, tomaron por mejor el consejo de Cuitláhuac, y así Moctezuma procuró por todas instancias impedir la entrada de Cortés y los suyos, y dando la respuesta a los mensajeros de Teotlili se volvieron, y dentro de ocho días llegaron a la Veracruz con ricos presentes de oro y mantas de algodón, con la respuesta de Moctezuma y la bienvenida que le daba Cacama rey de Texcoco Aculhuacan y Totoquihuatzin de Tlacopan, enviándole a decir que se holgaban mucho de tener noticia y de saber de un tan grande y poderoso señor como era el de España, y mucho más el dignarse de ser sus amigos, de que se tenían por muy dichosos, y lo mismo de que en sus días hubiesen venido nuevas gentes de tanto valor y nunca vistas en su imperio; por tanto, que rogaban al embajador viese lo que había menester para que fuese proveído de todo bastantemente; y que en cuanto al ir a su corte y verse con Moctezuma su tío y con ellos, que no había lugar ni orden porque estaba

Moctezuma impedido y mal dispuesto cara poder ir a la costa, ni Cortés a la corte, por ser el camino largo y fragoso, y por él había pobladas algunas gentes bárbaras y crueles enemigos de los mexicanos y aculhuas. Habiendo oído Cortés la razón de los mensajeros e intento que el rey Moctezuma tenía, tornó a replicar que en ninguna manera dejaría de verle, ni haría lo que debía a su rey y le tenía mandado; con lo cual, Teotlili envió segunda vez sus mensajeros; y en este medio tiempo llegaron otros embajadores de Ixtlilxóchitl en competencia contra sus hermanos y el rey Moctezuma su tío, a dar la bienvenida a Cortés y a los suyos, y a ofrecérsele por su amigo, dándole noticia del estado en que estaban las cosas del imperio, y el deseo de vengar la muerte de su amado padre el rey Nezahualpiltzintli, y libertar el reino de poder de tiranos, enviándole algunos dones y presentes de oro, mantas de algodón y plumería. De que se holgó infinito Cortés saber las alteraciones y bandos que había entre estos señores, porque Moctezuma los tenía descontentos y como tiranizados, y vio luego abierto el camino para la felicidad, que después le sucedió, y que juntándose con uno de los bandos, se consumirían ellos entre sí, y él se haría señor de entrambos.
Dentro de diez días volvieron los mensajeros con la resolución de la voluntad de Moctezuma, que era que no porfiase Cortés de verle y llegar a México; con que se concluyeron razones, y viendo Cortés la resolución de Moctezuma y que su gobernador le había desamparado, determinó probar en aquella tierra y conquistarla de propósito; y proveyéndose de bastimentos y otras cosas necesarias de aquellos lugares comarcanos, comenzó a edificar una villa, en donde después de haber platicado con los suyos de lo que convenía al buen suceso de su venida, llamó a Francisco Hernández, escribano real, en presencia de todos, y por auto solemne tomó posesión de toda la tierra en nombre del rey don Carlos nuestro señor de gloriosa memoria; nombró por alcaldes a Alfonso Fernández Portocarrero y a Francisco de

Montejo y regimiento, procurador, alguacil, escribano y todos los demás oficios a cumplimiento de cabildo entero, y en nombre del rey les entregó las varas y puso nombre al consejo la Villa Rica de la Veracruz. Tras de éste hizo otro auto ante el mismo escribano y alcaldes nuevos, en que dejó y cedió en manos de ellos, como justicia real y ordinaria, el mando y cargo que tenía de capitán y descubridor, que le dieron los frailes jerónimos en la Isla Española en nombre de su majestad; y que se desistía y apartaba del poder que tenía de Diego Velázquez, gobernador de la Isla de Cuba, por cuanto ninguno de ellos tenía mando ni jurisdicción en esta tierra, que él y ellos acababan de descubrir, y comenzaban a poblar en nombre de su majestad, como sus leales vasallos; y se le dio todo por testimonio. Y habiendo aceptado todos sus oficios, hicieron su ayuntamiento y ordenaron algunas cosas tocantes a la buena gobernación de su república, y en nombre de su majestad nombraron por gobernador y capitán general a Fernando Cortés, para que tuviese el supremo lugar, hasta en tanto que el rey mandase otra cosa; e importunado Cortés aceptó el oficio, el cual lo usó con tantas ventajas y magnificencias, que no le hizo ventaja el Magno Alejandro, ni Julio César, ni otro ninguno capitán de los famosos que ha habido en el mundo, como más largamente se verá en las historias de los autores que tengo citados, y otros muchos que han tratado del descubrimiento, conquista y pacificación de esta tierra.

Capítulo LXXXI. Que trata de cómo se vio Cortés con el señor de Cempoalan y con el de Quiahuiztlan, y la liga y resolución que contra Moctezuma le ofrecieron

Determinóse Cortés de ir a Cempoalan, y durmió la noche primera cerca de un río, y el día siguiente vinieron a él de parte del señor de aquella provincia, cien hombres cargados de comida y regalos, enviándole a decir que perdonase, que no había podido salir a recibirle por ser hombre muy grueso y pesado, que fuese bien venido, y que en su casa le aguardaba. Almorzaron de aquella comida, y se fueron a Cempoalan en donde fueron bien recibidos en las casas del señor, y al otro día siguiente los visitó y les dio un presente de oro, mantas y plumerías, y no hizo más de visitar a Cortés, y sin tratar de otro negocio se volvió, y luego les hizo un convite muy singular con diversos potajes y regalos. Pasados algunos días envióle a decir Cortés, que si gustaba le quería visitar; respondió que fuese en muy buena hora, y así Cortés con cincuenta de los suyos le visito, y dio al cacique particular cuenta de su venida, a qué fin y efecto; y cuando hubo acabado de hablar, le respondió por lengua de Marina un largo razonamiento, tratando particularmente de los negocios de su reino, y como él y sus pasados habían tenido perpetua paz, hasta que últimamente Moctezuma los había tiranizado, y él y los suyos cada día le hacían mil agravios, y que por salir de poder de tiranos, se holgarían él y otros muchos de los señores de las provincias comarcanas de rebelarse contra México y confederarse con el rey de Castilla, pues aunque era gran señor y poderosísimo Moctezuma, tenía muchos enemigos, especialmente Ixtlilxóchitl su sobrino, que estaba rebelado contra él; y los de Tlaxcalan, Huexotzinco y otros pueblos muy poderosos tenían continua guerra contra él; y que si Cortés se confederaba con ellos se armaría una liga contra Moctezuma, que no pudiese defenderse de ellos. A Cortés le pareció muy bien todo esto, y

ofreció todo favor, diciendo que la principal causa de su venida, no era sino a deshacer agravios y castigar tiranías. El cacique o rey de aquella provincia entre otros muchos presentes que dio a Cortés, fueron ocho doncellas hijas de hombres nobles, y entre ellas una sobrina suya; y volviéndose Cortés por diferente camino a la mar, entró en la ciudad de Quiahuiztlan, cabecera de otra provincia, que estaba puesta en un cerro, donde asimismo fue recibido del cacique señor de ella, y tratáronlo lo mismo que en Cempoalan; estando allí Cortés llegaron unos cobradores de los tributos de Moctezuma, de que se alteró el señor, temiendo que Moctezuma no se enojase por haber recibido gente extranjera en su tierra; mas Cortés que echó de ver esto, le animó, y para que viese la poca estimación que hacía de que Moctezuma se enojase, y también por dar principio a la rebelión y lila, prendió a los cobradores y a la noche dio orden como se so tasen dos de cuatro que había presos, y traídos ante sí, los envió a Moctezuma, para que de su parte le dijesen que le pedía encarecidamente fuese su amigo, porque de serlo se le seguirían grandes provechos, y vendrían a su noticia secretos y misterios nunca oídos. Otro día que vio el señor de Quiahuiztlan, que los otros dos cobradores se habían ido y que se quejarían contra él a Moctezuma, no tuvo otro remedio sino rebelarse contra él a descubierto, y así envió mensajeros avisando a los pueblos que eran de su valía y nación, que tomasen las armas y no pagasen tributos a México. Todos se alzaron y rogaron a Cortés que fuese su caudillo, que ellos pondrían en el campo cien mil hombres de guerra. Fue muy grande el gusto que de esto recibió Cortés, porque vio que ya tenía revuelta toda la tierra, que quedaba por amigo entre ambas partes, y que podía engañarlos con esta doblez, en cuya destreza y hazaña estuvo todo el punto de su buena ventura, porque por aquí se le abrió el camino para alcanzar todo lo que pretendió, hasta sujetar el imperio, y con esto se

partió de Quiahuiztlan para la Villa Rica donde estaban los navíos, y comenzaron todos a edificarla.

Capítulo LXXXII. Que trata de lo más que le sucedió a Cortés en la Villa Rica, y quema de los navíos

Traía Fernando Cortés a todos los de su ejército muy ocupados en la obra y edificación de la Villa Rica, y en su ayuda muchos naturales de los amigos y reducidos a su banda; y estando en la mayor fuerza de esta obra, llegaron dos sobrinos de Moctezuma con cuatro ancianos por sus consejeros, que iban de parte de Moctezuma y Cacama con un presente de oro muy rico, diciéndole que los señores mexicanos estimaban en mucho haber soltado a sus criados, y de presente le rogaban hiciese soltar a los otros dos que habían quedado en prisión; que ellos perdonaban el delito y exceso de quienes los habían prendido, solo por darle gusto; y pues tenía intento de verse con Moctezuma, que ya él daba orden de cómo lo pudiese ver, y que se aguardarse un poco, que presto le enviaría aviso de su ida. Después de haberlos despachado, comunicó con el señor de Quiahuiztlan lo que le había pasado con los embajadores de Moctezuma, y como por su respeto no se atrevían a castigar el desacato; y que así el rey y todos los de su valía viviesen muy seguros de su libertad, y que no ocurriesen con sus tributos a los señores mexicanos, que él los defendería. Con este trato y ardid trajo Cortés a Moctezuma y a todos engañados muchos días, comenzándose a mover algunas guerras, especialmente los de Cempoalan contra los de Tizapantzinco, en donde estaba la fuerza y guarnición del imperio para asegurar toda aquella tierra. Cortés fue luego con si sus gentes en favor de los de Cempoalan, y peleando con los del ejército del imperio, se fueron recogiendo hasta cercarlos en Tizapantzinco; y aunque se defendieron, fue ganada la ciudad y fuerza. Cortés no permitió que matasen a ninguno de los moradores de ella, ni la saqueasen, por no disgustar a Moctezuma, con cuya hazaña quedó toda aquella tierra libre y exentos de pagar tributos, y quedaron muy obligados de

servir siempre a Cortés. Al tiempo que él llegó a Veracruz, halló que habían llegado setenta españoles y quince caballos y yeguas, socorro muy necesario para la ocasión presente; hizo reseña de la gente que tenía y de los que se había ganado, sacó el quinto que envió a su majestad con Alonso Hernández Portocarrero y Francisco Montejo y escribió al rey una larga relación de sus cosas, pidiéndole le hiciese merced de sus servicios, y prometiendo conquistar, pacificar toda esta tierra, y prender o matar a Moctezuma; y el regimiento le envió a suplicar, tuviese por bien de confirmar el oficio que a Cortés habían dado de capitán y justicia mayor. A esta sazón algunos de los amigos de Diego Velázquez murmuraban en razón de decir, que había usurpado aquel oficio y negado la obediencia de Diego Velázquez, con que se comenzaron a amotinar. Cortés prendió a los más principales de ellos, e hizo ahorcar a dos, y a los demás los hizo azotar, con que cesó el motín, y comenzó a dar orden de la ida que quería hacer a México, pues no servía de nada todo lo hecho, si no se veía con Moctezuma y lo rendía, de donde había de sacar honra y fama inmortal; muchos rehusaban esta entrada porque les parecía temeridad, más que esfuerzo, ir quinientos hombres entre millones de enemigos, siendo todos los más contrarios a la opinión de Cortés; y viendo que sus ruegos ni sus buenas razones les convencían, hizo una de las mayores hazañas que jamás se ha visto en el mundo, que hombre tal intentase, y fue sobornar con dineros y grandes promesas a ciertos pilotos, para que estando con los más de su ejercito le entrasen a decir, que se comían de broma sus navíos y que no estaban para navegar; y a ciertos marineros (con quienes asimismo tenía hecho este trato secretamente), que barrenasen por debajo los navíos, para que se fuesen a fondo; los cuales todo lo hicieron de la forma como se trazó, y él hizo grandes extremos, y afligióse tan deveras, que nadie entendió la trama por entonces: y habiéndole dicho que no tenían remedio, les dijo que diesen orden de aprovechar

siquiera la madera y la jarcia, y así quebraron luego cuatro navíos de los mejores, y antes de proseguir echaron de ver el trato doble que en esto había, y comenzaron todos a murmurar de él y a impedir que no se quebrasen los demás; pero a mal de su grado hizo quebrar los demás, no dejando más de tan solamente uno; y en la plaza hizo juntar a todos los que vio andaban disgustados y tristes, y les propuso una plática en donde les satisfizo las causas que le habían movido a quebrar los navíos, posponiendo su propio interés, pues le habían costado su dinero, y que otra hacienda no le quedaba; y habiéndoles dicho muchas razones para persuadir y animar a la entrada de México, concluyó con decirles que ya no había remedio para volverse, pues los navíos estaban quebrados, y que ninguno sería tan cobarde ni tan pusilánime, que querría estimar su vida más que la suya, ni tan débil de corazón que dudase de ir con él a México, donde tanto bien le estaba aparejado, y que si acaso se determinaba alguno de dejar de hacer este viaje, se podía ir bendito de Dios a Cuba en el navío que había dejado, de que antes de mucho se arrepentiría y pelaría las barbas viendo la buena ventura que esperaba le sucedería: ocupó a todos tanto la vergüenza, que no hubo ninguno que no prometiese de seguirle hasta la muerte, alabando mucho lo hecho. Antes que se partiese para México, apercibió a todos los amigos que estaban rebelados contra Moctezuma, que eran entre ciudades y pueblos más de cincuenta, en donde se podrían sacar en campo otros tantos mil hombres en su favor; y dejando ciento cincuenta hombres en la Villa, con los demás se salió por la vía de México, habiendo allanado los impedimentos que Francisco de Garay le había puesto estorbándole sus negocios, que había venido de Cuba para el efecto.

Capítulo LXXXIII. Que trata de la salida que hizo Cortés para ir sobre México y lo que por el camino le sucedió

La primera jornada que hizo Cortés con su ejército fue a Cempoalan que llamó Sevilla, en donde derrocó los ídolos y puso en los templos imágenes y Cruz; partió de allí en 16 de agosto del mismo año de 1519, con mil indios de carga y mil trescientos de guerra, llevando consigo ciertos rehenes y en su compañía cuatrocientos españoles, quince caballos y siete tirillos: tres días caminó por tierras de los amigos, muy servido y festejado y el mismo acogimiento se le hizo en las de la parte de Moctezuma, porque de todos era amigo por su buena destreza y ardid y habiendo andado tres días en unos desiertos sin agua ni comida llegó a Zacatlan, en donde fue recibido de Olíntetl señor de allí, en nombre de Moctezuma, con mucha fiesta y regocijo y por lengua de Marina les predicó la fe de Cristo y dio noticia del rey de España y se informó de la grandeza y riqueza de Moctezuma, del poder y majestad de su imperio y corte y del sitio y asiento de la ciudad de México. Estuvo en Zacatlan siete días, derribó los ídolos y puso cruces, como lo hacía en las demás partes y desde allí envió cuatro de los de Cempoalan a Tlaxcalan, haciendo saber a la señoría de aquella provincia su ida y el efecto de ella, entendiendo que por ser enemigos del imperio le recibirían bien y tardándose los mensajeros, se salió de Zacatlan Cortés sin esperar a los mensajeros y habiendo pasado una cerca grande topó con quince hombres con sus rodelas y macanas, que eran espías y viéndose oprimidos los de a caballo, echaron mano a las espadas y empezaron a pelear bravísimamente y con tanto ánimo que mataron dos caballos y aún uno de estos espías de una cuchillada cortó a un caballo la cabeza a cercén con riendas y todo, aunque salieron cinco mil tlaxcaltecas a defenderlos; mas luego la señoría envió sus mensajeros a Cortés, disculpándose de lo hecho y cargando la culpa a ciertos otomites serranos, con-

vidándoles (según los autores que de esta historia tratan) falsamente con su ciudad, con intención de cogerlos y matarlos dentro de ella. Otro día siguiente les salieron al encuentro hasta mil tlaxcaltecas, que pelearon con muy buen orden y ánimo y se fueron retirando con intento de meter a Cortés y a los suyos en una emboscada de más de ochenta mil personas, en donde se vieron en grandísimo peligro y salieron heridos muchos, aunque no murió ninguno y haciéndose fuertes en una aldea aquella noche, otro día de mañana tuvieron aviso que venia más de ciento cincuenta mil hombres sobre ellos, con que obró Dios grandes milagros en su defensa; cuando estos tlaxcaltecas llegaron a vista de los nuestros, comenzaron a mofar y hacer burla de ellos, viéndolos cuan pocos eran, enviándoles bollos de maíz, gallinas y cerezas, para que se animasen a la pelea y no dijesen los mataban de hambre y cuando vieron que ya era hora, comenzaron a pelear y fue tan grande la dicha e Cortés y de los nuestros, que los tlaxcaltecas nunca los acometieron todos juntos, sino por cuadrillas, saliendo de veinte en veinte mil, que vencidos aquellos, entraban otros tantos y en dos días que duró la batalla mataron infinitos tlaxcaltecas y viendo que ningún español había muerto, entendieron que eran encantados o que eran algunos dioses y así el tercer día no quisieron pelear, sino que enviaron a Cortés ciertos presentes por modo de sacrificio y Cortés les respondió que no era dios, sino hombre mortal como ellos y que vivían muy engañados en no querer su amistad, pues veían el daño que de no admitirla se les había seguido; mas con todo esto, otro día le salieron otros veinte mil de ellos a pelear con él; y el siguiente que se contaba seis de septiembre, vinieron al real de Cortés cincuenta hombres cargados de comida y mandóles cortar las manos porque supo de un capitán de Cempoalan llamado Tioc que eran espías, de que los tlaxcaltecas se admiraron, entendiendo que Cortés les entendía sus pensamientos, pues conoció a lo que iban y. que eran sus espías, con que de

todo punto cesaron sus contiendas, reconociendo el gran valor de Cortés y de los suyos y procuraron su amistad con toda diligencia, disculpándose de lo hecho lo mejor que pudieron, unas veces echando la culpa a los otomíes serranos y otras que por entender que era amigo Cortés de Moctezuma. En este medio tiempo recibió Cortés otra embajada de Moctezuma con un rico presente, ofreciéndose por amigo y feudatario del rey de Castilla, con tal que allí se volviese Cortés sin pasar a México; mas él los entretuvo algunos días y en su presencia tuvo algunos de los combates atrás referidos con los tlaxcaltecas, diciendo a los embajadores de Moctezuma que aquel castigo hacía en su servicio por serie sus enemigos. Después de esto, estando una noche alojados en el campo, vieron desde lejos unos fuegos y salió Cortés a ver lo que era con hasta cuatrocientos compañeros y fue a dar en Tzimpantzinco ciudad de más de veinte mil fuegos, que como los cogió desapercibidos, no se sintieron, antes recibieron muy bien y regalaron a Cortés y a los suyos y se obligaron a allanar a los de Tlaxcalan y hacerlos sus amigos y viéndose tan cerca de México, muchos de los suyos mostraron flaqueza y temor, de tal manera que trataban de volverse a la Veracruz y dejarle sin pasar adelante; mas Cortés les supo decir tanto, que los medrosos cobraron ánimo y los esforzados doblado coraje, determinándose a seguirle y morir con él en tan santa demanda. La señoría de Tlaxcalan viendo el desengaño en querer sojuzgar a los nuestros y el gran valor de Cortés, entró en consejo a tratar como les convenía apresurar la venida de los españoles a su ciudad y confederarse con él, porque si pasaba a México y estaba confederado y en amistad con Moctezuma, sería su total destrucción y ruina, que de libres serían esclavos de los mexicanos y en ellos ejecutarían la venganza de las contiendas que tuvieron y así despachó la señoría un caballero de los más principales de ella, llamado Tolinpanécatl Coxtómatl, para que se juntase con Ozelotzin Tlacatecuhtli hermano menor de Xicoténcatl, una de

las cuatro cabezas de la señoría, que estaba en servicio de los nuestros desde que comenzaron a tratar de las paces, para que ambos persuadiesen a Cortés se fuese con los suyos; llegado que fue a donde estaba el ejército de Cortés, que era en Tecoatzinco, el más principal de los embajadores de Moctezuma llamado Atempanécatl, con gran coraje le dijo: «¿A qué vienes aquí?, ¿qué embajada es la que traes?, quiero saber de ella y ¿sabes a quién se la traes?, ¿es tu igual, para que le recibas con las armas acostumbradas de la profanidad de la milicia?» y no respondiéndole palabra, prosiguió el embajador de Moctezuma diciendo: «¿Quién tiene la culpa de las desvergüenzas y contiendas que ha habido en Hultzilhuacan, Tepatlaxco, Tetzmolocan, Teotlaltzinco, Tepetzinco, Ocotépec, Tlamacazquícac, Atlmoyahuacan, Zecalacoyocan y en todo el contorno hasta Chololan?, veamos lo que vas a tratar con Cortes, que quiero verlo y oírlo». A todo esto había estado presente Marina y así el embajador de la señoría de Tlaxcalan, volviendo a ella los ojos, le dijo: «Quiero en presencia de nuestro padre y señor el capitán Cortés, responder a mi deudo el embajador mexicano». Marina le respondió: «Proseguid en vuestras demandas y respuestas» y así volviéndose al embajador mexicano le dijo: «¿Tenéis más que decir?». El cual le respondió: «Harto he dicho, solo quisiera ver vuestra demanda»; el cual le respondió: «No tienes razón, sobrino, de tratar tan mal a tu patria y señoría de Tlaxcalan y mira que nadie te da en rostro con las tiranías que has hecho en alzarte con los señoríos ajenos, comenzando desde Cuitláhuac y prosiguiendo por la provincia de Chalco, Xantetelco, Cuauhquecholan, Itzoncan, Quauhtinchan, Tecamachalco, Tepeyácac y Cuextlan hasta llegar a la costa de Cempoalan, haciendo mil agravios y vejaciones y desde el un mar al otro, sin que nadie os lo dé en cara ni estorbe y que por vuestra causa, por vuestras traiciones y dobleces, por ti haya aborrecido a mi sangre el Huexotzíncatl, causado todo del temor de vuestras tiranías y traiciones, solo por gozar espléndi-

damente el vestido y la comida; ten vergüenza, no quieras vengar tus pasiones con mano ajena y si quieres tener algún litigio, sal solo al campo conmigo, que yo pondré la cabeza para que ejecutes tu venganza, sin valerme de nadie, que no me da miedo la muerte y en lo que dices que recibí con las armas al capitán Cortés tu amigo, respondo que los que salieron de Zacaxochitlan, Teocalhueyacan, Cuahuacan y Mazahuacan huyendo de ti, vinieron a parar a mis tierras y fueron los que le hicieron la guerra al capitán Cortés y ahora los llevaré sobre mis espaldas y le serviré». Habiendo tenido estas contiendas, el embajador tlaxcalteca dio su embajada a Cortés de parte de la señoría, pidiéndole muy encarecidamente se fuese luego con él a su ciudad y le presentó cantidad de alpargatas para el camino. Cortés le respondió por legua de Marina que dijese a la señoría, que toda ella y su nobleza viniesen a aquel puesto a llevarlo, con lo que echaría de ver la voluntad que le tenían; y al tiempo que salía Tolinpanécatl para ir a dar la respuesta de su embajada, lo llamó de secreto Marina y le dijo que el día siguiente cogiesen en el templo al embajador culhua y lo matasen pues tanto los había agraviado; de que se holgaron mucho los tlaxcaltecas y dijeron a la señoría la voluntad que el capitán Cortés les tenía. Pesoles en infinito a los embajadores mexicanos de la venida del hermano de Xicoténcatl y del otro Tolinpanécatl y procuraban estorbar a Cortés la amistad de los tlaxcaltecas, diciéndole que no los creyese, porque lo engañaban y que le querían meter en sus casas para matarle como traidores; y uno de ellos que había ido a dar cuenta a Moctezuma de todo lo que pasaba, dentro de seis días volvió con otro muy rico presente que Moctezuma enviaba a Cortés diciéndole, que mirase lo que hacia y no se fiase de los traidores de Tlaxcalan, Pues ya veía lo que había pasado con los tlaxcaltecas, que decían mil males de Moctezuma y de sus tiranías y por otra parte deseaban mucho llevarle a su ciudad para después confederarse con él; cosa que puso a Cortés en

harta duda; pero al fin, viendo las calidades del negocio, determinó aventurarse y hacer de manera que cumpliendo con los unos y con los otros, se señorease de todos ellos y así dio orden de su ida, porque oyendo la señoría la voluntad que le tenía Cortés, se juntaron todos y dijo Xicoténcatl (que era el más anciano de las cuatro cabezas): «Señores y caballeros, ya son excusadas las razones y se pasa el tiempo; yo soy de parecer que se elijan de cada cabeza cierta cantidad de nobles y caballeros para que vayan a traer el Sol, porque ir toda la señoría y cabeza de ella, puede ser trato doble para cogernos no apercibidos y matarnos, pues tenemos enemigos en su ejército y aquí en nuestras casas, viendo nuestro buen trato y la voluntad que tenemos de servirle y ampararle, nos cobrará amor y se satisfará de nuestra lealtad; y así de mi parte elijo a dos de los caballeros de mi casa que vayan en mi nombre, que son Apayáncatl y Tecuachcaotli». Todos respondieron que les parecía muy bien y así Magizcatzin eligió otros dos caballeros de su casa llamados, el uno Tlacatecuhtli y el otro Chiquilitzin Xiuhtlatqui; el señor de la cabecera de Quiahuixtlan nombró a otros dos llamados Chimalpiltzintli y Quanaltécatl y el de Tetípac otros dos llamados Tzopatzin Quauhatlapaltzo Ixconauhquitecuhtli y Hueytlapochtipatzin Mixcoatzin y habiéndolos elegido, los siguió el embajador Tolinpanécatl Coxtómatl y llegados a la presencia de Cortés le presentaron ciertas joyas de oro y pedrería y le rogaron de parte de la señoría que tuviese por bien de irse a Tlaxcalan, en donde le quedaban aguardando los señores de ella, que por ciertos impedimentos que allí le significaron no venían en persona a llevarle; de que se holgó Cortés y habiendo tenido otras demandas y respuestas, partió con su campo para Tlaxcalan, en donde se le hizo un solemne recibimiento, saliendo a recibirle Xicoténcatl a la puerta de su palacio que estaba en la cabecera de Tizatlan y era tan viejísimo que lo llevaban en los brazos de ciertos señores y con él salieron a recibirle todos los más principales de su corte y

casa, que se decía Mocuetlazatzin Tzicuhcuácatl, Texinquitlacochcálcatl, Axayacatzin, Xiuhtécatl, Tonatiuhtzin, Tepoloatecuhtli y Tenamazcuicuiltzin. Asimismo los otros tres señores se hallaron en este recibimiento, cada uno con los de su casa y corte a saber: Maxixcatzin de Ocotelulco y estaban con él Tepanécatl, Xiquiquilitzin, Chicocuauhtzin, Ixayopiltzin, Tlamazcuhcatzin, Tenáncatl, Zayecatecuhtli, Xayacatzin, Calmecahua e Ixayopiltzin; el de Quiahuiztlan, Zatlalpopocatzin y con él estaban Zicuhcoácatl, Zacancatzin, Quanaltécatl, Axxoquentzin, Tequanitzin, Tenancacalitzin, Xochicucaloa e Izquitécatl y el de Tetícpac, Tlehuexolotzin y estaban con él Tlequitlatotzin, Tzopatzin, Calmecahua, Quauhatlapaltzo, Ixconauhquitecuhtli, Xipantecuhtli y con ellos otros muchos nobles y caballeros que eran de toda la provincia de Tlaxcalan y así como vieron que llegaba al puerto que llamaban Tizatlan, fueron a recibirle a la entrada del palacio, llevándole del un brazo Xicoténcatl y Maxizcatzin y del otro Tehuanitzin. Así como los vio Cortés se apeó del caballo, se quitó la gorra y les hizo una muy grande y humilde reverencia y luego abrazó a Xicoténcatl y por lengua de Marina les dijo que fuesen muy bien hallados todos aquellos señores y caballeros de la señoría y corte de Tlaxcalan, que se holgaba infinito de verlos y conocerlos para servir los en todo lo que se ofreciese y que todos se aquietasen y sosegasen con su venida, pues no era otra cosa, sino solo por su bien libertad. A lo cual le respondió Maxixcatzin: «Señor seáis muy bienvenido, que a vuestra casa venís; aquí están nuestro padre Xicoténcatl y todos los demás señores y caballeros de la señoría de Tlaxcalan que os han estado aguardando y han deseado infinito conoceros y veros y así entrada descansar»; y luego por su propias manos Xicoténcatl le dio unos ramilletes de flores que tenía Maxicatzin, de que se holgaron infinito Cortés y todos los suyos y comenzaron a tocar las trompetas, cajas y ministriles y a tremolar las banderas a usanza de guerra en señal de paz y tomando el

un brazo de Xicoténcatl, se fueron los dos a la sala más principal de su casa y habiéndole dado su asiento y acomodado todos los suyos, le regaló y dio muy espléndidamente a todos de comer este día y los más que los nuestros estuvieron en Tlaxcalan. En este capítulo y los que se siguen que tratan de las cosas de la señoría de Tlaxcalan, no sigo los autores que han escrito la historia de la conquista, sino la que escribió Tadeo de Niza de Santa María, natural de la cabecera de Tetícpac, por mandato de la señoría, siendo gobernador de ella don Alonso Gómez, que la dio al padre fray Pedro de Osorio para que la llevase a España a su majestad, la cual se escribió en el año de 1548 y los autores que se hallaron presentes a todo lo sucedido en ella, como testigos de vista, fueron Miguel Tlachpanquizcatzin regidor perpetuo y natural de Quiahuiztlan, Toribio Tolinpanécatl, don Antonio Calmecahua, don Diego de Guzmán, don Martín de Valencia Coyolchichiyuhqui y otros que no se ponen aquí sus nombres y habría treinta y años que entro Cortés a esta tierra y es la más cierta y verdadera de cuantas están escritas, pues fue hecha con tanto acuerdo y de quien tan bien lo sabía.

Capítulo LXXXIV. Que trata de todo lo que a Cortés le sucedió todo el tiempo que estuvo en Tlaxcalan

Detúvose Cortés con los su os veinte días en Tlaxcalan, en donde fueron muy bien tratados y regalados. Cortés les pidió que tuviesen por bien permitir, que él y los suyos visitasen toda la ciudad, los templos y palacios de los cuatro señores de la señoría y habiéndolos visitado y visto su concierto y fortaleza del sitio, que ya estaban asegurados de él y que era gente que vivía con orden y policía, que guardaba justicia y que se les podía fiar cualquier negocio, comenzó a predicarles la fe de Cristo nuestro señor y a persuadirles dejasen la idolatría y sacrificio de hombres, dándoles a entender que los ídolos que ellos adoraban eran demonios, de tal manera, que aunque de todo punto no los pudo convencer, mas con todo hizo la sala principal oratorio de Xicoténcatl, poniendo una cruz y una imagen de nuestra señora, en donde de ordinario los días que estuvo allí se decía misa y otra cruz se puso en el mismo puesto en donde le recibió la señoría, con muy gran solemnidad de los españoles, de que estaban tan admirados los tlaxcaltecas, viendo que los cristianos adoraban al dios que ellos llamaron Tonacaquihuitl, que significa árbol del sustento, que así lo llamaban los antiguos. Asimismo la señoría acordó de dar sus hijas a Cortés y a los demás sus compañeros; de manera que Xicoténcatl (que fue el que dio este parecer), eligió a dos hijas suyas llamada la una Tecuiloatzin y la otra Tolquequetzaltzin; Maxixcatzin eligió a Zicuetzin hija de Atlapaltzin y el de Quiahuiztlan a Zacuancózcatl hija de Axoquentzin y a Huitznahuazihuatzin hija de Tecuanitzin y habiendo juntado otras muchas doncellas con estas seporas, se las dieron a Cortés y a los suyos, cargadas de muchos presentes de oro, mantas, plumería y pedrería y dijo Maxixcatzin a Marina que dijese al señor capitán, que allí estaban aquellas doncellas hijas de Xicoténcatl y otros señores nobles,

para que él y sus compañeros las recibiesen por mujeres y esposas. Cortés les dio las gracias y las repartió entre los suyos, porque no pareciese bien que menospreciaba la dádiva y el emparentar nuestros españoles con ellos; y por usar de magnanimidad y en recompensa de la dádiva, pidió ciertos mensajeros que fuesen a Cempoalan para traer cantidad de mantas, enahuas, huipiles, pañetes, cacao, sal, camarones y pescado, que todo ello traído que fue, lo repartió entre las cuatro cabezas y los demás señores tlaxcaltecas y fue para ellos de muy gran merced y regalo, porque carecían de todo ello; fueron al efecto ciento veinte personas nobles y doscientos hombres para cargar y les ayudó un español que tenia su puesto en Cempoalan y el señor de allí llamado Chicomácatl. Asimismo fue esta gente por abrir y hacer camino seguido desde Tlaxcalan a Cempoalan y entre los más principales que fueron electos para este viaje de parte de Xicoténcatl, fue uno llamado Icueten; de parte de Maxixcatzin, Totoltzin Chiuhatlapaltzin y de Tlehuexolotzin, Yaotzin y otros que no se ponen aquí por excusar prolijidad. Estando en esta ciudad Cortés, se le vinieron a dar por amigos los de Huexotzinco, ciudad principal y república como la de Tlaxcalan y todos de un linaje. En la pintura que aun el día de hoy guarda el cabildo de esta señoría, se halla que en esta sazón se bautizaron los señores de ella por Juan Díaz, clérigo y fue su padrino el capitán Cortés; el primero fue Xicoténcatl, que se llamó don Bartolomé y tras de él Zitlalpopocatzin, que se llamó don Baltasar y luego Tlehuexolotzin que se llamó don Gonzalo y el postrero Maxixcatzin, que era mancebo, se llamó don Juan y los otros eran ya viejos y más que todos Xicoténcatl. En todo el tiempo que allí se detuvo, los embajadores de México cada día le importunaban, que se saliese de allí y se fuese a México y así cuando vieron que se quería partir, le aconsejaron que se fuese por Chololan, ciudad muy populosa, rica y amiga de Moctezuma y aunque los de Tlaxcalan se lo impedían por los in-

convenientes que ellos le ponían, pero al fin se determinó a ir a ella llevando seis mil tlaxcaltecas de guerra, aunque le querían dar muchos más y por caudillos de ellos a Atlepapalotzin, Tlacatecuhtli, Quanaltécatl, Tenamazcuicuiltzin, Imiztli, Matzin y Axayacatzin; aunque se volvió. Por el camino salieron a recibir a Cortés y a los suyos más de diez mil hombres de Chololan, con grande regocijo; y habiéndolos entrado en la ciudad y dádoles muy buena posada, regalando espléndidamente a los nuestros, aquella noche los embajadores de Moctezuma tornaron otra vez a porfiar con Cortés que no pasase a México, poniéndole mil dificultades, de tal manera que se receló de ellos y de los cholultecas y así mandó a los tlaxcaltecas sus amigos se pusiesen ciertas señales en sus cabezas para que fuesen conocidos, porque quería hacer un castigo ejemplar en los cholultecas y mexicanos y pidió a la señoría de Chololan, que todos los magnates y señores de ella se juntasen en la sala y consistorio donde se solían juntar siempre, para tratar con ellos ciertas cosas que les convenía, porque se quería ir de su ciudad y que asimismo en el patio de él juntasen los más de los ciudadanos, para que allí fuesen escogidos los que fuesen necesarios para llevarle el bagaje, con lo que vinieron muchos así de los nobles como de la lente plebeya, que hinchieron el patio y sala y aun a la redonda de él había y habiendo juntado a los treinta de ellos, los más principales, los prendió e hizo con los suyos tomar las puertas, sin que dejasen salir a nadie y luego llamó a los embajadores de Moctezuma y les dijo que aquellos presos le habían confesado una traición que por su orden tenían urdida a él y a los suyos, lo cual no podía creer de Moctezuma su señor, que tratase de matarlos; los mexicanos dieron sus disculpas, diciendo que ellos y su señor estaban muy inocentes de semejante culpa y traición. Cortés mandó matar algunos de los treinta señores y disparando un arcabuz (que era la señal que tenía dada a los españoles para que saliesen a los del patio y los matasen) se ejecutó así y en menos de dos horas mataron

más de cinco mil, saquearon y quemaron las casas más principales de la ciudad y los templos de ella y el templo mayor donde se habían acogido muchos sacerdotes y señores principales, lo quemaron, en donde murieron los más. Fue tan grande el temor y espanto que causó este hecho, que fue sonado por toda la tierra; y la ciudad en un instante quedó toda ella desamparada y el despojo fue muy rico, de mucho oro, pedrería, mantas y cosas de pluma, porque era la ciudad más rica que había en toda esta tierra, pues los moradores de ella eran todos los mercaderes. Cortés, hecho esto, hizo soltar los Presos que quedaban, con calidad que hiciesen venir la gente a la ciudad con toda paz y quietud y así lo hicieron, pues dentro de un día se tornó a poblar y henchir la ciudad como antes estaba y quedaron por amigos de él y de los de Tlaxcalan. La señoría viendo que con la refriega y mortandad de Chololan, estaban Cortés y los suyos faltos de mantenimientos, los socorrió de estos bastantemente y en persona fueron a verle Maxixcatzin y todos los de su cabecera, Zitlalpopoltzin de la de Quiahuiztlan con Axoquentzin, Tlehuexolotzin, Tequitlatotzin, Tzompantzin, Axayacatzin, Mocuetlazatzin y Tzicuhcuácatl, habiéndose ofrecido a Cortés a ayudarle a todo lo que se le ofreciese. Lo agradeció mucho y les dijo, que por entonces se volviesen, que cuando hubiese necesidad de socorro de sus personas y valor, los avisaría, con lo cual se volvieron; y en quince días que estuvo Cortés en Chololan, fue siempre servido y favorecido de los tlaxcaltecas. A esta sazón se tornaron los embajadores de Moctezuma a darle otro recado de parte de su señor, con seis patos de oro muy rico, muchas mantas y cosas de comer, satisfaciéndole que lo que se decía era fraude y engaño; que se asegurase de él que sería su buen amigo y para satisfacción de esto se fuese luego a México, que allí e esperaba con mucho deseo de verle y regalarle y así dio orden de su ida a la ciudad de México.

Capítulo LXXXV. Que trata de la ida que hizo Cortés a la ciudad de México y lo que en ella le sucedió hasta prender a Moctezuma

Luego que salió Cortés de la ciudad de Chololan, fue a hacer noche en la parte que llaman Quauhtéchcatl, que es en la obra que está entre el volcán y la sierra nevada y a otro día por la mañana desde allí r conoció la laguna, en donde estaba fundada la ciudad de México y otros muchos y hermosos pueblos y caminando con su ejército fue a hacer noche en el pueblo de Amecamecam, en las casas del señor de allí llamado Cacamatzin, en donde fue muy bien recibido y regalado de él y le dio muchas quejas de las demasías de Moctezuma. De allí salió y fue a hacer noche a Iztapalapan en casa de Cuitlahuatzin hermano de Moctezuma, señor de aquella ciudad, donde le salió a recibir Cacama rey de Texcoco, sobrino de Moctezuma, con toda su corte (que lo llevaban en unas andas de oro) y habiéndolo saludado y dado la bienvenida y muchos dones de oro y pedrería, le trató que se quedase en Iztapalapan y que desde allí le daría orden de [cómo] verse con su tío y dar su embajada; pero Cortés no quiso dilatar más su viaje y así el otro día siguiente caminó por la ciudad, con grande acompañamiento de señores y caballeros de las cortes de México, Texcoco y Tlacopan y llegando a un fuerte que estaba en la entrada de la ciudad, en donde se juntaba la albarrada con la calzada, salieron a recibirle más de cuatro mil hombres principales, todos ricamente aderezados y conforme iban pasando se humillaban a Cortés, poniendo la mano en el suelo y besándola, que es el modo de saludar a los grandes señores y andando más adelante junto a una puente encontró a Moctezuma que venia a recibirle a pie y le traían de brazo su sobrino el rey Cacama y su hermano Cuitlahuatzin y traían los tres encima a manera de lío de pluma verde y de riquísimo oro y pedrería, que usaban los señores que eran los capitanes generales de

los ejércitos de México y Texcoco; Moctezuma, Cacama y Cuitlahuatzin venían vestidos de una misma librea, salvo que los reyes traían sobre sus cabezas sus tiaras de oro y pedrería con sus borlas que pendían de la cinta con que se ataban el cabello y sus zapatos de oro con muchas piedras y ricas perlas y por donde iban les echaban mantas para que pisasen y tras de ellos tres mil caballeros, todos muy ricamente vestidos que eran todos de los de su guardia y criados. Cuando Cortés llegó, se apeó del caballo y habiendo hecho una muy gran reverencia y humillación a los reyes, quiso abrazar a Moctezuma, aunque no le dejaron llegar y habiéndose hecho el uno al otro muy grandes mesuras y reverencias, echó Cortés a Moctezuma un collar de cuentas de vidrio que parecían margaritas y diamantes y en recompensa el rey Moctezuma le echó al cuello dos cadenas o collares de oro riquísimo y en él engastados unos camarones colorados de conchas, que eran de mucha estima; y con esto se volvieron hacia la ciudad y Moctezuma dejó a su sobrino Cacama con Cortés y con su hermano Cuitlahuatzin y tomó el camino para su casa; él iba delante y luego Cortés tras él, trabado con Cacama por la mano y con esta pompa y majestad llegaron al riquísimo palacio de Moctezuma, que eran casas de su padre Axayacatzin; a la puerta de él tomó Moctezuma de la mano a Cortés, metióle dentro de una muy gran sala, púsole en rico estrado y le dijo: «Holgad y comed que en vuestra casa estáis, que luego vuelvo». (Entró Cortés en México a 8 días del mes de noviembre del mismo año de 1519.) Pusiéronse luego las mesas y comió con los suyos Cortés y Moctezuma en su aposento; y cuando hubo comido vino a visitarle con grande majestad, sentóse junto a él en un estrado riquísimo y díjole con palabras graves, que se holgaba mucho de ver en su casa y corte una gente tan principal y honrada y tenía pena que se presumiese que jamás los había de maltratar; dio muchas disculpas de lo que había porfiado por estorbar la entrada en México y a cabo le vino a decir cómo sus pasa-

dos tenían pronosticado, que un gran señor que en tiempos antiguos había estado en esta tierra, había de volver a ella con los suyos a dar leyes con nueva doctrina y que la poseerían y serían señores de ella y que así creía que el rey de España había de ser aquel señor que esperaban: tras de lo cual dio a Cortés muy larga relación de su riquezas, se le ofreció mucho e hizo traer allí muchas joyas de pedrería, mantas y otras cosas ricas y las repartió entre los españoles, dando a cada uno lo que le merecía y con esto se despidió. Los primeros seis días los gastó en ver y considerar el sitio y calidades de la ciudad y fue muy servido y visitado de todos los grandes señores del imperio y muy abastecidamente provisto él, sus compañeros y seis mil tlaxcaltecas que consigo tenía; al cabo de los cuales, después de haber considerado muy bien en el estado y trance en que se veían, determinó prender a Moctezuma (caso atrevido y muy peligroso contra un tan grande y poderosísimo rey dentro de su casa y corte, en medio de más de quinientos mil vasallos y con tan pocos compañeros, cosa que atemoriza tan solamente pensarla, cuanto más hacerla y salir con ella), para lo cual tomó por achaque lo de Chololan y otras partes que decía había movido Moctezuma para matar a él y a sus compañeros y que Quauhpopocatzin señor de Coyoacan uno de los grandes del imperio que asistía en Nauhtlan y estaba a su cargo el gobierno de las costas del Mar del Norte, había mandado matar a cuatro españoles que iban en compañía del capitán Pedro Dirsio, camino de Veracruz, según sus cartas que Cortés tenía consigo para mostrarlas a Moctezuma cuando fuese necesario; y andando con estos pensamientos, paseándose por una sala, echó de ver que estaba recién tapado y encalado un postigo y receländose de él, una noche lo hizo abrir y entrando dentro halló otras dos salas y recámaras llenas de mucho oro, plumería, mantas y otras cosas de mucho precio y estima y en tanta cantidad que quedó espantado de ver aquella riqueza, tornando a tapar lo mejor que pudo, porque no fuese sentido. Otro día

vinieron a él ciertos tlaxcaltecas y algunos españoles a avisarle que habían alcanzado que Moctezuma trataba de matarlos y que para esto quería quebrar las puentes. Y hablando según una carta original que tengo en mi poder, firmada de las tres cabezas de la Nueva España, en donde escriben a la majestad del emperador nuestro señor (que Dios tenga en su santo reino), disculpan en ella a Moctezuma y a los mexicanos de esto y de lo demás que se les arguyó, que lo cierto era que fue invención de los tlaxcaltecas y de algunos de los españoles, que no veían la hora de salirse de miedo de la ciudad y poner en cobro innumerables riquezas que habían venido a sus manos. Sea como se fuere, con el dicho de éstos y con lo que tenía pensado hacer, no quiso dilatar más la prisión de Moctezuma y por hacerla, puso secretamente a algunos españoles de guardia en algunas encrucijadas y cantones que había desde su posada hasta palacio, dejando la mitad en ella y mandó a ciertos amigos suyos que se fuesen de dos en dos, tres en tres con sus armas secretas como él las llevaba y envió delante a avisar a Moctezuma cómo lo iba a visitar; el cual le salió a recibir con alegre rostro a la escalera y habiéndose entrado en la sala y con él hasta treinta españoles, estuvieron un rato en buena conversación como lo solían hacer. Moctezuma le dio a Cortés unas medallas de oro muy ricas, todo a fin de mostrar lo mucho que le quería y estimaba, como lo mostró en esta conversación, pues le persuadió que se casase con una hija suya. A esto respondió Cortés que era casado y que conforme a la ley evangélica, no podía tener más de una mujer y luego echó mano a las faltriqueras y saco de ellas las cartas del capitán Pedro Dirsio y comenzó a quejarse de Moctezuma, que por su mandado Quauhpopocatzin había matado los cuatro españoles y que le tenía armada traición y mandado a los suyos quebrar las puentes. Moctezuma, viendo una maldad tan grande tan fuera de sus pensamientos y calidad de su persona, se enojó terriblemente y dijo con ira y grande alteración, que lo uno y o otro era falsedad y

mentira; y para averiguar la verdad llamó luego a un criado suyo y se quitó del brazo una rica piedra donde estaba esculpido su rostro (que era lo mismo que un sello real) y se la dio y mandó que fuese por la posta y llamase luego a Quauhpopocatzin y despachado que fue el criado, Cortés tornó a decir al rey: «Señor, conviene que vuestra alteza sea preso y vaya conmigo a mi posada, que allí será bien tratado y servido y yo miraré por vuestra honra hasta en tanto que venga Quauhpopocatzin y perdonadme que no puedo hacer otra cosa, porque los míos me matarían si disimulase con estas cosas y mandad a los vuestros que no se alteren, porque cualquier mal y daño que a nosotros nos venga vuestra alteza lo ha de pagar con la vida y vaya callando y será en vuestra mano escapar». Quedó Moctezuma en oyendo estas razones sin sentido y después de haber estado callado un rato, dijo con mucha gravedad: «No es persona la mía para ir presa y cuando yo lo consintiese los míos no pasaran por ello». Cortés le replicó que no se podía excusar su prisión y estuvieron más de cuatro horas en demandas y respuestas, hasta que Moctezuma vino a decir, que le placía ir con él, pues le decía que allá mandaría y gobernaría como en su casa y llamando a sus criados les mandó que fuesen a los cuartos de Cortés y le aderezasen uno para su posada. Acudieron luego a palacio todos los españoles y muchos de los caballeros y señores de la ciudad, parientes y amigos del rey, todos tristes y llorosos, mirándole a la cara si les daba licencia para librarle y como les mandó que se quitasen, tomaron a Moctezuma en unas andas muy ricas de oro y pedrería y le llevaron por medio de la ciudad con grandísimo alboroto de los suyos que se quisieron poner en soltarle; pero él les mandó que se estuviesen quedos, diciendo que no iba preso sino a estarse en compañía de Cortés y de los suyos y creyéronle como le vieron salir de casa y despachar negocios como antes y aun salir fuera de la ciudad una y dos le guas a montear y cazar; solamente notaban en que andaban siempre españoles en su

guarda y que a la noche venía a dormir en los cuartos de Cortés; burlábase y entreteníase con los españoles; servíanle los suyos mismos; dejábanle hablar en público y en secreto con los que quería y salir ordinariamente a orar y ofrecer sacrificio a sus falsos dioses. Las guardas que tenía eran ocho españoles y tres mil tlaxcaltecas. Por tentarle Cortés, díjole un día que los suyos habían tomado cierta cantidad de joyas de oro que habían hallado en su casa; respondióle que tomasen en buena hora y que no tocasen a la pluma, porque aquel era el tesoro de los dioses y que si más oro quisiesen que más les daría.

Capítulo LXXXVI. Que trata de lo más que le sucedió a Cortés en la ciudad de México hasta poner prisiones al rey Moctezuma, de que Cacama rey de Texcoco se alteró y quiso libertar a su tío y echar de México a los españoles y de cómo su hermano Ixtlilxóchitl lo prendió cautelosamente y lo entregó a Cortés

Así como Cortés tuvo preso a Moctezuma, procuró estorbarle que no sacrificase hombres a sus falsos dioses y comenzó a derribar ídolos, de que Moctezuma se alteró, porque los suyos estuvieron en términos de matarle porque lo consentía y con él a Cortés porque lo mandaba; por lo cual de consejo del mismo Moctezuma, por entonces Cortés dejó de quebrar los ídolos y contentóse con decirles en la ceguedad en que vivían y desengañarlos y meterlos en el camino verdadero de la virtud y ley evangélica, que había sido la causa principal de su venida; que no había sido tanto por sus riquezas, pues de ellas no habían tomado más de tan solamente lo que ellos les habían dado, ni habían llegado a sus mujeres e hijas ni hecho otros agravios, porque su principal intento no era más de salvar sus almas; que no había otro Dios, más de tan solamente el que los cristianos adoraban, trino y uno, eterno, sin fin, creador y conservador de todas las cosas, que rige y gobierna los cielos y la tierra y otras muchas razones, persuadiéndoles a nuestra santa fe católica y abominando su idolatría y errores; con que se aseguraron un poco y por buenas razones Moctezuma vino a dar su palabra, que no se sacrificarían hombres mientras Cortés estuviese en su ciudad y dio permiso que en la capilla del templo mayor que tenía de subida ciento catorce gradas, se pusiesen entre los ídolos de Huitzilopochtli un crucifijo, una imagen de nuestra Señora y una cruz. Veinte días habían pasado que Moctezuma estaba preso, cuando llegó Quauhpopocatzin a México con un hijo suyo y quince caballeros, que culpaban en la muerte de los cua-

tro españoles y habiéndose visto con Moctezuma, lo entregó a Cortés. Según la carta referida y las relaciones mexicanas, no tuvo culpa, sino que por ciertos agravios y demasías que los cuatro españoles hicieron, fueron muertos por los naturales de aquellas partes y que Cortés con los suyos fue a la casa de armas de Moctezuma y sacó de ellas todas las que halló y de los templos hizo lo mismo y con ellas en la plaza principal hizo quemar a Quauhpopocatzin públicamente con su hijo y a los quince caballeros que vinieron con él (que fue otro atrevimiento no menor que los pasados); y antes que esto hiciese puso unos grillos a Moctezuma, haciéndole grandes fieros, todo a fin de espantarle más y aunque se los quitó y prometió que le quería soltar, estaba ya tan medroso que no quiso irse a su casa. Entre tanto Cortés andaba inquiriendo las particularidades necesarias para saber ¿qué tan grande, qué tan rico era el estado y. reino de Moctezuma, el de su sobrino Cacama y de Totoquihuatzin de Tlacopan? con todo lo que contenía el imperio de estas tres cabezas ¿qué minas había de oro y plata?, qué tan lejos estaba el otro Mar del Sur ¿y si en el Norte había algún puerto para los navíos de España, mejor y más acomodado que el de la Veracruz? Todo esto preguntaba a Moctezuma y de todo le daba él cumplida relación, porque nada jamás le escondió. Envió a diversas partes a reconocer y calar los secretos de la tierra, la grandeza y fortaleza de las ciudades en donde trajeron muestras de oro y de amigos que hallaban en ellas; entre los que así despachó según las relaciones de la ciudad de Texcoco, fueron algunos a ella con dos hermanos del rey Cacama llamados el uno Nezahualquentzin y el otro Tetlahuehuetzquititzin, que estaban con mucha gente en servicio de Cortés y de los suyos (todos naturales de la ciudad de Texcoco), para que la viesen y considerasen la potencia, fuerzas y grandeza de ella y asimismo se cogiesen el oro que se guardaba en los tesoros del rey de Texcoco; y llegando estos dos infantes a las casas de Nezahualcoyotzin, su abuelo, que estaban en la Ciu-

dad de México, para desde allí embarcarse con los españoles en unas canoas grandes, llegó un mensajero de Moctezuma y apartando a Nezahualquentzin, le dijo: que el rey su tío le rogaba mucho, que los españoles que iban en su compañía a Texcoco, fuesen bien tratados y con brevedad despachados y que procurasen darles todo el más oro que pudiesen, pues veían en la aflicción en que quedaba: y entendiendo los españoles que lo que el mensajero de Moctezuma le había dicho a Nezahualquentzin, era algún trato doble, llegó uno de ellos a él dándole de palos y lo llevó preso ante el capitán Cortés, el cual lo hizo ahorcar luego; de que se sintió muy agraviado el rey Cacama y en su lugar despachó a otro de sus hermanos llamado Tepaxochitzin para que fuese juntamente con Tetlahuehuetzquititzin con los españoles; los cuales después de haber tanteado la ciudad y comunicado con Itxtlilxóchitl, recogieron todo el oro del tesoro de Nezahualcoyotzin y un arca muy grande de dos brazas en largo, una en ancho y un estado en alto, la hincheron hasta arriba de oro; y no contentos los españoles (que por todos eran veinte), mandaron a Tetlahuehuetzquititzin y a los demás señores de la ciudad, que juntasen más oro, porque el que habían sacado del tesoro del rey era poco; y así cada uno de aquellos señores sacó de sus tesoros cierta cantidad de oro, con que tornaron a henchir otra tanta cantidad como la primera y lo llevaron a Cortés, el que se admiró de ver la gran suma de riquezas y mucho más cuando le contaron la grandeza y fortaleza de la ciudad de Texcoco y el mucho poder que tenía, aunque por otra parte se holgaba mucho tener en ella por amigo a Ixtlilxóchitl, que era la persona más temida y respetada en todo aquel reino y dio traza de prender y haber a las manos al rey Cacama y aunque estaba dentro de la ciudad de México no se atrevió, lo uno, porque era belicosísimo, hombre animoso y sin temor y que le parecía desdeñar y tener por afrenta la prisión de su tío Moctezuma: y conociendo Cacama que las demasías y atrevimientos de Cortés

y de los suyos cada día iban en aumento, reprendió ásperamente a la nobleza mexicana, porque consentía hacer semejantes desacatos a cuatro extranjeros y que no los mataban; se excusaban con decirle les iban a la mano y no les consentían tomar las armas para libertarle y tomar [sobre] sí una tan gran deshonra, como era la que los extranjeros les habían hecho en prender a su señor y quemar a Quauhpopocatzin, los demás sus hijos y deudos sin culpa, con las armas y munición que tenían para la defensa y guarda de la ciudad; y de su autoridad tomar para sí los tesoros del rey y de los dioses y otras libertades y desvergüenzas que cada día pasaban y aunque todo esto veían lo disimulaban por no enojar a Moctezuma, que tan amigo y casado estaba con ellos. Visto por el rey Cacama el poco animo y la determinación de los mexicanos, se salió de la ciudad y se fue a la de Texcoco para juntar sus gentes y con ellas libertar a su tío y nobleza mexicana de la servidumbre y afrenta en que vivían y vengar la muerte injusta de su hermano Nezahualquentzin y la de Quauhpopocatzin y de los otros caballeros sus amigos y deudos. Llegado que fue a la ciudad de Texcoco, Cohuanacochtzin e Ixtlilxóchitl, que tenía el gobierno de ella y de todo el reino, recibieron a su hermano y habiendo tratado de lo que se debía hacer en razón del ejército que quería juntar para ir con él a la ciudad de México, Ixtlilxóchitl le dijo que convenía tratarlo y hacer consejo de guerra en los palacios del bosque de Tepetzinco, que está metido en la laguna, porque desde allí podían bloquear la ciudad de México y considerar por dónde podían entrar los del ejército con más comodidad, sin ser sentidos de los españoles y que así toda la gente que había juntado para este consejo y determinación, que estaban en el cercado y palacios de Oztotícpac, que se fuesen por tierra a Tepetzinco (que eran más de cien mil personas), que el rey con él y con Coanacochtzin su hermano se fuesen en una canoa grande. Cacama (que estaba muy seguro de lo que después le sucedió), se puso en manos de

Ixtlilxóchitl y Cohuanacochtzin sus hermanos; y habiéndose embarcado en la canoa fue preso llevado a México y entregado a Cortés, con cuya hazaña se atajaron muy grandes inconvenientes y estorbos a los designios de Cortés y prosecución de la entrada de nuestra santa fe católica; porque el rey Cacama era esforzado, atrevido y de muy gran valor y Cortés y su tío Moctezuma no fueran bastantes para atajarle sus pasos y designios, si no fuera por la amistad que Ixtlilxóchitl siempre tuvo a Cortés y a los españoles.

Capítulo LXXXVII. Que trata de cómo el rey Moctezuma y los demás señores del imperio dieron la obediencia al rey de Castilla y lo más que sucedió a Cortés hasta prender a Pánfilo de Narváez que venía contra él

Teniendo Cortés presos en su poder a los dos reyes tío y sobrino, Moctezuma y Cacama, les dijo que juntasen a todos los señores del imperio para tratar con ellos de su venida y dar principio a la conversión y fundación de nuestra santa fe católica, para lo cual hicieron un llamamiento general de todos los grandes y señores del imperio; y cuando todos fueron venidos los juntaron en una sala grande, puestos por su orden en sus tronos y asientos, Moctezuma enmedio y a los lados el rey Cacama y Totoquihuatzin el rey de Tlacopan su suegro (que para el efecto aunque con guardias les dio lugar Cortés para tratar de este negocio); y tomando la mano Moctezuma comenzó una larga plática y entre muchas razones que trajo para fundar y sustentar su determinación, vino a decir que daba muchas gracias a Dios por haberle hecho tanta merced, que haya alcanzado a ver a los cristianos y tener noticia de aquel gran rey que sus pasados de años muy atrás deseaban que viniese y que no podía creer que fuese otro, sino éste que había enviado a aquellos españoles que estaban en su corte y que si estaba determinado de lo alto que tuviese fin el imperio de las tres cabezas, culhuas, aculhuas y tepanecas, no quería resistir la voluntad de Dios, sino de muy buena gana y con gran voluntad dar la obediencia al rey de Castilla y tenerle por su cabeza y supremo señor, bajo de cuyo amparo y protección quería vivir y reconocerle por tal y que les rogaba muy encarecidamente a ellos que hiciesen lo mismo, porque entendía que a todos les cumplía hacerlo así. Moctezuma dijo estas razones con tantas lágrimas y suspiros, que a todos los suyos hizo enternecer y lo mismo a Cortés y a todos los que con él estaban; después que hubieron llorado y estado suspensos un

gran rato, hizo Moctezuma un solemne juramento dando la obediencia al rey don Carlos nuestro señor (de gloriosa memoria) y tras de él Cacama su sobrino, Totoquihuatzin rey de Tlacopan y con ellos todos los grandes y señores del imperio que allí estaban, prometiendo de serle buenos y leales vasallos y luego en confirmación y seguridad de esto le entregaron a Cortés ciertos infantes e infantas, hijos y hermanos de estos reyes, con cantidad de dones y presentes de oro, pedrería, plumería, mantas y otras riquezas para el rey su nuevo señor y lo mismo hicieron por su orden todos los demás grandes y señores referidos. Cacama y con él sus dos hermanos, Cohuanacochtzin e Ixtlilxóchitl, según las relaciones y pinturas de Texcoco, dieron en rehenes a cuatro hermanos suyos y otras tantas hermanas, que los varones fueron los infantes Tecocoltzin, Tecpacxohitzin, Huixcacamatzin y Tenancacaltzin. Cortés los consoló mucho, prometiéndoles que siempre serían bien tratados y tan señores de todo el imperio y de lo que era suyo como antes y comenzó a dar orden de la conversión de los naturales, diciéndoles, que pues eran vasallos del rey de España, que se tornasen en cristianos como él lo era y así se comenzaron a bautizar algunos, aunque fueron muy pocos y Moctezuma aunque pidió el bautismo y sabía algunas de las oraciones como era el Ave María y el credo, se dilató para la pascua siguiente que era la resurrección y fue tan desdichado que nunca alcanzó tanto bien y los nuestros con la dilación y aprieto en que se vieron, se descuidaron, de que pesó a todos mucho muriese sin bautismo. Estando Cortés en esta prosperidad, y cuando sus cosas iban en tanto aumento, llegó al puerto de Veracruz Pánfilo de Narváez con diez navíos y novecientos españoles, con muchos caballos, artillería y todo recaudo, con intento de prender o matar a Cortés y venía en nombre de Diego Velázquez, gobernador de Cuba, que lo mandó por decir que le usurpaba su jurisdicción y que siendo su súbdito se había salido de su obediencia, haciéndose cabeza por sí en tierra firme y poblando en ella con

título de capitán general y justicia mayor y aunque procuraron los frailes y todos los oidores de la audiencia de Santo Domingo estorbar este viaje que enviaba Diego Velázquez, y para solo requerirle que no enviase a Narváez, fue despachado a Cuba el licenciado Figueroa, oidor, de parte de los gobernadores y del rey, protestando contra él de quejarse con su majestad del estorbo grande que se hacía en la conversión y conquista de aquestas tierras; lo cual no pudieron estorbar. No hubo bien llegado esta flota a la Veracruz, cuando luego tuvo Moctezuma el aviso de ella, de que dio luego parte a Cortés y le dijo que aparejase luego su partida porque ya otra vez se lo tenía pedido y se había excusado con decirle que no tenía navíos en que ir; y estando certificado Cortés de lo que pasaba, sintió mucho este negocio y prometiendo remediarlo con palabras, escribió a Pánfilo de Narváez rogándole mucho no le estorbase la conversión de estas gentes y que se juntase con él, que con poco trabajo los dos podían hacer a Dios y a su rey notable servicio; a lo cual Narváez no quiso dar oído, porque con facilidad entendió que pudiese prender a Cortés, echando fama entre los naturales que era fugitivo, ladrón y traidor a su rey, que él no venía más que a cortarle la cabeza y poner en libertad a Moctezuma, porque su señor rey estaba muy indignado del agravio que de Cortés había recibido, enviando a congraciarse con Moctezuma; por lo cual se enojaron con él muchos de los que iban en su compañía y el oidor Ayllon le puso pena de muerte de parte del rey que no tratase el negocio tan pesadamente, porque de ello se ofendían Dios y el rey muy mucho, pues impedía el bautismo y conversión de aquellas gentes; por cuya causa le prendió y envió a Diego Velázquez; pero él se soltó y vino a Santo Domingo. Pasó a tanto el atrevimiento de Narváez, que hizo proceso en forma contra Cortés y por su sentencia le condenó a muerte y publicó guerra contra él, de lo cual se reían los de la Veracruz y aun los mismos que traía consigo; trató Cortés con todo esto de

aplacarle con buenas razones, escribióle muchas veces requiriéndole con la paz y cuando vio que no aprovechaban sus cartas, determinó irse a ver con él y habiendo dado parte a los suyos de lo que tenía pensado, habló a Moctezuma y le dijo se quería ir a la Veracruz solamente a mandar a los que venían en la flota, que no hiciesen ningún daño en las tierras del reino de México y que no se partiesen sin él, porque ya no tenía que hacer sino aparejar su partida, rogándole que se estuviese allí con sus españoles porque no recibiesen algún daño de los suyos, que luego daría la vuelta y que le diese alguna gente para que fuese con él; proveyéndole así Moctezuma y lo mismo Cacama y Totoquihuatzin, dando la gente que fue necesaria para el efecto; y le dijeron que tuviese por bien que ellos querían celebrar una fiesta muy solemne llamada tóxcatl que cada año la celebraban y que sería sin sacrificio de hombres pues ya se los tenía vedado. Cortés les dijo que se holgasen como a ellos les pareciese, y que en su lugar dejaba al capitán Pedro de Alvarado con ciento y cincuenta de los suyos; y con otros doscientos y cincuenta y los amigos salió de México para la Veracruz; y en el camino supo que Narváez estaba en Cempoalan, y diose tan buena mana, que llegó allá antes que Narváez lo sintiese, y con pérdida de solos dos soldados de los suyos le prendió, y le hizo llevar a muy buen recaudo a la Veracruz, y luego todos los que con Narváez habían venido, pasáronse sin mucha dificultad, porque los más de ellos le seguían de mala gana.

Capítulo LXXXVIII. Que trata de la muerte desastrada que el capitán Pedro de Alvarado y los suyos dieron a los señores y nobleza mexicana, por cuya causa se rebelaron los mexicanos, y pusieron en aprieto a los nuestros hasta hacerlos salir huyendo de la ciudad de México, y de la muerte del gran Moctezuma, de la de Cacama y otros señores

Estando Cortés en el puerto de la Veracruz a lo de Narváez, ofreciése la fiesta tan celebrada de los mexicanos llamada tóxcatl, que caía siempre por pascua de resurrección; y como Cortés les había vedado el sacrificio de los hombres, tan solamente se hizo un solemne mitote y danza en el patio del templo mayor, en donde se juntaron todos los de la nobleza mexicana, cargados y adornados con todas las joyas de oro, pedrería y otras riquezas que tenían; y estando en lo mejor de su fiesta y muy descuidados de la celada que se les aparejaba y fue que ciertos tlaxcaltecas (según las historias de la ciudad de Texcoco, que son las que yo sigo, y la carta que otras veces he referido), por envidia, lo uno acordándose que en semejante fiesta los mexicanos solían sacrificar gran suma de cautivos de los de la nación tlaxcalteca, y lo otro que era la mejor ocasión que ellos podían tener para poder henchir las manos de despojos y hartar su codicia y vengarse de sus enemigos (porque hasta entonces no habían tenido lugar, ni Cortés se los diera, ni admitiera sus dichos, porque siempre hacía las cosas con mucho acuerdo, y de tal modo que en ellas no se hallase perdidoso, sino antes con aumento y prósperos sucesos), fueron con esta invención al capitán Pedro de Alvarado, que estaba en lugar de Cortés, el cual no fue menester mucho para darles crédito, porque tan buenos filos y pensamientos tenía como ellos, y más viendo que allí en aquella fiesta habían acudido todos los señores y cabezas del imperio, y que muertos no tenían mucho trabajo en sojuzgarles; y así dejando algunos de sus compañeros en guarda de Moctezuma y de su sobrino Cacama, con

el mayor secreto y disimulación que pudo se fue hacia la plaza o patio del templo mayor, y cogiendo las puertas de él con algunos de sus compañeros y los tlaxcaltecas, entró con todos los demás con gran ímpetu, haciendo gran matanza y carnicería en los desdichados mexicanos, que como se hallaban seguros de semejante caso, estaban desapercibidos y sin armas; y así en breve espacio mataron todos los más que allí hallaron, y cargaron ellos y los tlaxcaltecas de muy grandes despojos y riquezas; y al ruido y voz acudieron todos los de la ciudad a favorecer a sus señores, de tal manera, que llevaron a Alvarado y los demás sus compañeros y amigos hasta su posada, en donde estaban Moctezuma y Cacama, y si no fuera por estos reyes que les mandaron que cesara el combate, los mataran a todos y echaran por el suelo la casa, viendo la traición tan grande que contra sus señores se había hecho, y también porque la noche los despartió luego; aunque no por esto dejaron de darles lo necesario para su sustento, Viendo que sus reyes gustaban de ello, y se los mandaban. Cortés volviendo victorioso y muy bien acompañado, porque traía consigo mil hombres de guerra y cien caballos, supo en el camino cómo los de México se habían alzado contra los que allí dejó, y que si no fuera por Moctezuma los hubieran muerto, con cuyas nuevas vino a grandes jornadas hasta llegar a la ciudad de Texcoco, en donde se reformó, descansó, fue regalado y avisado de todo lo que había de su íntimo amigo Ixtlilxóchitl, dándose cuenta de todo, y de cómo aun en la misma ciudad de Texcoco había algunos apasionados de los deudos y amigos de los que mataron Pedro de Alvarado y sus compañeros en México; y habiendo tanteado el modo cómo había de entrar, se partió de Texcoco, y llegó a México día de san Juan en 24 de junio del año de 1520, y halló la ciudad sosegada, aunque los moradores de ella no le salieron a recibir ni le hicieron fiesta. Moctezuma se holgó de su llegada y mucho más sus compañeros, viéndole volver con tan buen acompañamiento y tan prospero suceso, y cada uno de

ellos le contó los trabajos que había pasado. Otro día después de llegado reprendió Cortés a uno de los principales de la ciudad, porque ni se hacía el mercado como solían, que era a su cargo; y como fue con aspereza, se agravió de tal manera, que vino a revolver a casi toda la ciudad, porque ya estaban los moradores de ella tan hartos de las demasías y crueldades que contra ellos se habían usado, que fue menester poco para acabarse de alzar; y así desde entonces se comenzó entre ellos una crudelísima guerra, y en la primera pelea mataron los mexicanos cuatro españoles; y otro día adelante hirieron muchos, y cada día les daban cruel batería, de modo que no los dejaban sosegar un momento; al septeno fue tan recio el combate que dieron a la casa del aposento de los españoles, que no tuvo Cortés otro remedio, sino hacer al rey Moctezuma que se subiese a una torre alta y les mandase que dejasen las armas, y él lo hizo de buena gana, rogando a sus vasallos muy ahincadamente que dejasen la guerra: estaban encolerizados y tan corridos y afrentados de ver la cobardía de su rey y cuán sujeto estaba a los españoles, que no le quisieron oír, antes le respondieron palabras muy descompuestas, afrentándole su cobardía y le tiraron muchos flechazos y pedradas; y le acertaron con una en la cabeza, que dentro de cuatro días murió de la herida. Así acabó desastradamente aqueste poderosísimo rey; que antes ni después hubo en este mundo, quien le igualase en majestad y profanidad, tanto que casi quiso hacerse adorar, y se vio en la mayor prosperidad, grandeza y riqueza que hubo en el mundo. Era hombre de mediana estatura, flaco, muy moreno y de pocas barbas, más cauteloso y ardidoso que valeroso. En las armas y modo de su gobierno fue justiciero; en las cosas tocantes a ser estimado y temido en su dignidad y majestad real, de condición muy severo, aunque cuerdo y gracioso. Con la muerte de este poderosísimo rey, fue grandísimo el daño que a Cortés y a los suyos se les siguió, porque se movieron los mexicanos, y muerto Moctezuma apretaron mucho a los es-

pañoles; y no sintieron mucho su muerte, porque ya estaban indignados contra él por el favor grande que hacía a los españoles, y por la pusilanimidad con que se dejó prender y tratar de ellos. Hicieron luego jurar al rey Cacama su sobrino, aunque estaba preso, con intento de libertarle, por ser persona en quien concurrían las partes y requisitos para su defensa, honra y reputación; mas no pudieron conseguir si intento, porque queriendo ya los españoles salirse huyendo de la ciudad aquella noche, antes le dieron cuarenta y siete puñaladas, porque como era belicoso se quiso defender de ellos; y hizo tantas bravezas, que con estar preso les dio en que entender, y fue necesario todo lo referido para poderle quitar la vida: y luego por su muerte que fue muy sentida de los mexicanos, eligieron y juraron por su rey a Cuitlahuatzin señor de Iztapalapan y hermano de Moctezuma, que era su principal caudillo, y a esta sazón su capitán general. Cuitlahuatzin dio a los muertos crudelísima guerra, y jamás les quiso conceder ninguna tregua; pasaron entre ellos y Cuitlahuatzin grandísimos reencuentros y peleas, hasta que Cortés perdió la esperanza de poderse tener en México, y determinó salirse de ella; pero fue con tanto peligro y trabajo suyo y de los suyos, que de toda la riqueza que tenía junta, no pudo sacar casi nada; y aun todos los que murieron de los suyos, fue por ocuparse alguna parte de las riquezas que tenían juntas. Salióse Cortés a 10 de julio de 1520, de noche, por entender ser acomodado; mas los mexicanos le sintieron y salieron en su alcance, y le mataron cuatrocientos cincuenta españoles, cuatro mil indios amigos, y cuarenta y seis caballos en la parte que hoy llaman el salto de Alvarado y los mexicanos Toltecaacalopan, que es el nombre de la acequia, y el barrio Mazatzintamalco. En este lugar y en otros aprietos en que los nuestros se vieron prosiguiendo su retirada, murieron entre señores que iban con Cortés así en rehenes como en su favor, cuatro señores mexicanos, que los dos eran hijos del rey Moctezuma y se llamaban

Zoacontzin, Tzoacpopocatzin, Zepactzin y Tencuecuenotzin, y de las cuatro hijas de Nezahualpiltzintli que se le dieron en rehenes murieron las tres, aunque la una de ellas fue la más bien librada, porque murió bautizada y se llamó doña Juana, que por ser tan querida de Cortés y estar en días de parir la hizo cristiana. Murieron otros dos hijos del rey Nezahualpiltzintli; y asimismo murió en esta demanda Xiutototzin uno de los grandes del reino de Texcoco, señor de Teotihuacan, que era capitán general de la parcialidad de Ixtlilxóchitl, que en su nombre había ido en favor y ayuda de Cortés y de los suyos.

Capítulo LXXXIX. Que trata de la retirada que hizo Cortés con los suyos a Tlaxcalan en donde se retiró y lo que en este tiempo sucedió

Salido que fue Cortés con los suyos aquella noche con tan gran pérdida, se fue retirando por los altos de Tlacopan que es hacia el cerro Tototépec, que llaman el día de hoy nuestra Señora de los Remedios, en donde milagrosamente la reina de los ángeles los favoreció y socorrió y según la relación citada de los tlaxcaltecas, se paró allí el capitán Cortés triste, afligido y derramando muchas lágrimas, viendo por una parte la muerte de tantos compañeros y amigos, que dejaba muertos en poder de sus enemigos y por otra el manifiesto milagro que la reina de los ángeles, su abogado el apóstol san Pedro y el de los ejércitos españoles Santiago, habían hecho en haberse escapado él y los más que iban en su seguimiento; y viendo cerca de sí a Aexotécatl Quetzalpopocatzin hermano de Maxixcatzin, Chalchiuhtécatl, Calmecahua y otros caballeros y señores tlaxcaltecas y a Tecocoltzin y Tocpacxochitzin con otros señores que iban en rehenes, hijos del rey de Texcoco Nezahualpiltzintli y de Moctezuma, dijo por lengua de Marina: que no tuviesen aquel llanto y tristeza que en él había por falta de animo, pues no era; sino lo uno por los muchos compañeros y amigos que dejaban muertos y lo otro por las señaladas mercedes que Dios obraba con él por intercesión de su madre bendita y de sus sagrados apóstoles; y que él no tenía temor a los culhuas, ni estimaba en nada su vida, porque cuando a él le matasen y a todos los que con él iban, no faltarían otros cristianos que los sojuzgasen, porque la ley evangélica se había de plantar en esta tierra, aunque más impedimentos y resistencia hiciesen y que les daba su fe y palabra a todos los señores que le eran leales y amigos, que si salía con victoria y conquistaba la tierra, no tan solamente los conservaría en sus estados y señoríos, sino que también en

nombre del rey de España su señor, se los aumentaría y los haría participantes de lo que así sojuzgase y conquistase. Todos estos señores y caballeros le consolaron y le animaron y fue a hacer noche en Quauhximalpan, en donde tuvo alguna refriega con los enemigos; otro día llegó a Teocalhueyacan, habiendo tenido por todo el camino debates y contiendas con los mexicanos; aquí reparó y estuvo un día con su ejército, en donde se sustentaron con solo yerbas y luego prosiguió su camino e hizo noche en Tepotzotlan, en donde tuvo poca resistencia; y descansó un día y otro día llegó a hacer noche en Aychqualco; y otro día llegó a Aztaquemecan, en donde tuvo una sangrienta y peligrosa batalla y un capitán llamado Zinacatzin, famosísimo natural de Teotihuacan que era del bando de los mexicanos, mató el caballo que era de Martín de Gamboa y aquella noche se quedaron aquí y cenaron el caballo. Otro día llegaron a aquellos llanos de la provincia de Otumpan con grandísimo trabajo y allí les salieron más de doscientos mil hombres que iban en su seguimiento, en donde tuvieron una muy cruel batalla, tomando enmedio a Cortés y a los suyos, de tal manera, que no había por donde huir ni retirarse. Cuando se vio Cortés ya en lo último de la desesperación, como quien pretendía morir con algún consuelo, apretó las piernas al caballo, llamando a Dios y a san Pedro su abogado y como un león rabioso peleando, rompió Por todos los enemigos hasta llegar al estandarte real de México que le tenía Zihuatcaltzin, capitán general de aquel ejército, que llaman matlaxopili, que era de una red de oro y dándole de lanzadas quedó muerto a sus pies y le quitó el estandarte, con cuya hazaña todos los suyos desmayaron y comenzaron a huir y los nuestros cobraron nuevo animo y mataron infinitos de ellos. Fue caso milagroso, porque demás de ir muy mal herido el capitán Cortés en la cabeza y con un callo de ella menos, todos los más y los amigos estaban afligidos, heridos, muertos de hambre y maltratados, enmedio de doscientos mil hombres que como tigres rabiosos los iban de-

spedazando; mas fue tanto el valor y fe viva de Cortés, que así como invocó a Dios, a su madre y al apóstol san Pedro su abogado y sus compañeros a Santiago, todo se allanó y rindió (según común opinión de los naturales se aparecieron en su favor y defensa) y cogiendo el estandarte real de México, como cosa ganada en tan peligrosa batalla, fue triunfando con él prosiguiendo su viaje. Sucedió esta batalla en la parte que dice Metépec: y llegando a otra que se dice Teyocan, tuvo otra refriega, en donde murieron infinitos de sus enemigos, que fue la última que tuvo en esta retirada y llegó a hacer noche en Temalacayocan y luego otro día siguiente fue prosiguiendo su viaje hasta Hueyotlipan en donde hizo noche en la parte que llaman Xaltelolco, que es delante del cerro que llaman Quauhtépetl; dio las gracias a los amigos tlaxcaltecas y a los demás que se habían hallado en estas contiendas y retirada, prometiéndoles en nombre de su majestad, que demás de conservarlos en sus estados y señoríos, se los aumentaría y se les harían muchas mercedes. Allí fue recibido de Zitlalquiauhtzin, que iba en nombre de la Señoría con un gran repuesto de comida y regalo para él y para todos los suyos. Llegado que fue a Hueyotlipan, en donde se le hizo el mismo regalo y durmió, otro día siguiente se fue a recibir Maxixcatzin en nombre de la señoría; en recompensa de su buena voluntad, ofrecimiento y consuelo que le hizo, le dio el estandarte real de México que estimó él mucho y puso por una de sus armas.

Capítulo XC. Que trata del buen acogimiento que tuvo Cortés en Tlaxcalan y todo lo que en ella hizo durante el tiempo que allí se reformó; muerte del rey Cuitlahuazin y elección de Quauhtémoc, de Coanacochtzin y de TetIepanquetzaltzin

Habiendo descansado Cortés y los suyos en Hueyotlipan, Maxixcatzin con otros muchos señores y más de cincuenta mil hombres de los amigos, le apresuraron la ida a Tlaxcalan, en donde los cuatro señores principales con toda la Señoría le salieron a recibir y llevaron a su ciudad con muy gran regocijo, en donde le curaron y regalaron muy bien, según la relación que tengo citada de Tlaxcalan que es la que yo sigo y todo lo más que he escrito y adelante escribiré, es según las relaciones y pinturas que escribieron los señores naturales recién ganada la tierra, que se hallaron en los lances acontecidos en aquellos tiempos; porque en cuanto a las cosas de nuestros españoles y más notables en aquestos tiempos, Francisco de Gómara en su Historia de las Indias, Antonio de Herrera en su Crónica, el reverendo padre fray Juan Torquemada en su Monarquía indiana y como testigo de vista el invictísimo don Fernando Cortés, marqués del Valle, en las cartas y relaciones que envió a su majestad, todos tratan muy especificadamente, en donde los curiosos lectores hallarán a medida de sus deseos lo que quisieren. Prosiguiendo pueden la traducción de las dichas relaciones y pinturas, dice la de Tlaxcalan que se aposentó Cortés con los suyos en la casa de Xicoténcatl, en donde estuvo la primera cruz y entre otras pláticas que tuvo con él, en razón del buen suceso de la conquista de la ciudad de México y venganza de los agravios referidos, le dijo: «Señor seáis bien venido, descansad que en vuestra casa y patria estáis; a mi me habían dicho que desde Hueyotlipan, habiéndoos reformado, queríades volver a México para sojuzgar a los culhuas castigándoles su rebeldía, que a vos, a los tlaxcaltecas y a

otros de vuestros amigos les han hecho, lo cual por mi voto no hubiera sido buen acuerdo; pues ya que vinísteis a esta ciudad, os suplico descanséis en ella con los vuestros y os reforméis y soy de parecer, que ante todas cosas sojuzguéis a los Tepeyácac, que es una provincia grande y muy fortalecida, en donde tienen los mexicanos la fuerza de sus ejércitos para datos por las espaldas y hacer mal a vuestros amigos y así conviene allanar primero a éstos y a los demás que están en estos contornos, para que con más seguridad salgáis con vuestra empresa, que tanto importa a todos». A Cortés le pareció muy bien y quedó determinado de poner por obra el consejo de Xicoténcatl. Mientras pasaban las cosas referidas en Tlaxcalan, fue en México tan grande y tan general el daño que hicieron las viruelas que pegó el negro de Narváez que perecieron muchos millares de naturales y entre ellos murió el rey Cuitlahuatzin, que había gobernado solo cuarenta y siete días y asimismo murió Totoquihuatzin rey de Tlacopan. En lugar de estos dos, los mexicanos eligieron por su rey a Quauhtémoc de edad de dieciocho años, famosísimo capitán, cual convenía por el tiempo y trance en que se veían los mexicanos, que era sumo sacerdote de sus falsos dioses y señor de Tlatelolco y los de Tlacopan eligieron por su rey al príncipe heredero Tetlepanquetzaltzin y en la ciudad de Texcoco, por muerte del rey Cacama, a Coanacochtzin; todos tres hombres de valor y ánimo y que eran del apellido y bando mexicano; los cuales en sus juras y coronaciones hicieron muy solemnes fiestas y grandes sacrificios a sus falsos dioses con los cautivos españoles, tlaxcaltecas, huexotzincas, cholultecas y otros amigos de Cortés, que fueron habidos en los combates y retirada que hizo. Estando en este estado todos estos tres reyes, entraron de acuerdo y consejo de lo que debían hacer, para que de todo punto echasen de todas las tierras del imperio o matasen a los pocos españoles que quedaban con su caudillo Cortés y el mejor medio que para esto hallaban, era atraer a su devoción y amistad a todos aquellos que

los favorecían y admitían en sus tierras y señoríos, ofreciéndoles muy grandes franquezas, libertades y paz perpetua entre ellos, porque no les aconteciese otra vez ver, que por sus medios viniesen gente de ellos y asimismo tratar de paces con los reyes y señores remotos (con quienes los ejércitos del imperio habían tenido continuas guerras), y estando de paz con os, con los partidos y capitulaciones que ellos quisiesen, aunque fuese restituirles algunas de las tierras y lugares que les tuviesen ganados, pedirles socorro y ayuda para destruir y consumir nuestra nación española; para lo cual enviaron sus embajadores a tratar con ellos con grande instancia lo que así tenían determinado, encareciendo las crueldades y tiranías que decían les hacían los cristianos, usurpándoles sus riquezas y señoríos y asimismo fortaleciendo la ciudad todo lo mejor que pudieran. Entre los embajadores que despacharon, fueron seis a la Señoría de Tlaxcalan, personas de autoridad y respeto, los cuales dieron su embajada con muy grande elocuencia a la Señoría, persuadiéndola a que matasen o echasen de sus tierras a Cortés y a los suyos, pues era gente extraña, que venía con gran codicia de usurpar y quitar los señoríos y otras cosas que a su propósito alegaban, trayéndoles a la memoria ser todos deudos y de su linaje, por cuya causa, dejando aparte pasiones y contiendas pasadas, tenían más obligación de favorecer a los suyos, que no a aquellos pocos extranjeros que venían a embaucar la tierra; dándoles la fe y palabra de sus reyes, que entre ellos desde aquel tiempo en adelante tendrían perpetua paz y concordia inviolablemente y que entrarían en parte de todas las rentas de las provincias sujetas por el imperio. Tanto supieron decir a la Señoría estos embajadores, que casi toda ella después de tratado y altercado muy bien el negocio, la redujeron a su voluntad y deseo y comenzaron entre sí a decir que tenían razón los culhuas y sus consortes y quedando la cosa establecida de la manera que sus reyes se obligaban, les estaba más bien el favorecer y amparar su causa, que no la de los es-

pañoles, gente extraña y que aún no sabían en que vendrían a parar sus designios. Uno de los cuatro señores que más aficionado se mostró a esta opinión fue Xicoténcatl, que era el más antiguo de los cuatro supremos de la Señoría, trayéndoles a la memoria de los tiempos atrás, siendo él mancebo y capitán general, la grande paz y concordia que tuvieron con los reyes de Texcoco y México, como deudos y parientes tan cercanos que eran; que en las primeras guerras que tuvieron, así en sojuzgar al rey de Azcaputzalco que tenía tiranizado el imperio, como en conquistar algunas provincias remotas, andando en su favor siempre él y toda la Señoría, la hicieron participante de lo mejor de los despojos y entró en parte de las rentas y tierras conquistadas y después por dioses se vino a perder esta amistad y concordia, de donde nacieron las pasiones, enemistades y rencores que entre los unos y los otros había y que así estableciendo la cosa según y de la manera que los embajadores decían en nombre de los señores mexicanos, sin duda ninguna le estaría muy a cuenta a la Señoría hacer lo que se les pedía. Maxixcatzin contradijo por todas instancias lo que Xicoténcatl alegaba y decía, favoreciendo muy hincadamente la parte de Cortés y de los suyos, alegando para ello muchas causas y razones y estando en esta contienda (que era en la sala y oratorio de Xicoténcatl en donde estaba puesta la cruz), milagrosamente todos los que estaban en ella, vieron entrar una nube que cubrió la cruz y quedó la sala oscura y triste; con que a Maxixcatzin viendo este milagro, se le aumentó el ánimo y brío con que defendía el partido de los cristianos, de tal manera que Xicoténcatl el mozo (que sustentaba con muy gran coraje el parecer de su padre) y él llegaron a las manos y Maxixcatzin le dio un reempujón, que lo echó de las gradas abajo que estaban a la entrada de esta sala. Todos los del consejo y junta viendo un milagro tan grande mudaron de intento y se volvieron de la parte y opinión de Maxixcatzin; con que despidieron a los embajadores de México diciéndoles, que

ellos habían de defender y amparar a los cristianos y perder por ellos las vidas y las de sus mujeres e hijos y así que los despidieron salió aquella nube y quedó aquella sala muy clara y alegre y la cruz muy resplandeciente; por lo que desde entonces con muchas más veras servían, amparaban y favorecían a Cortés y a los suyos. Muy mal suceso tuvieron los embajadores; aunque los que fueron a la provincia y reino de Michoacan y otras partes trajeron muy buenas nuevas a los señores mexicanos, pues todos ofrecían socorro y ayuda contra Cortés y los suyos, hasta matarlos o echarlos de toda la tierra y castigar a todos aquellos que fueran en su favor; con cuyas nuevas se holgaron mucho y animaron a los de su bando y apellido. Los amigos de Cortés protestaron morir o vencer en la demanda por no venir a manos de sus enemigos, que tratarían a los que quedasen con vida peor que a esclavos y que así echarían el resto en favorecer y ayudar a Cortés. Estándose él curando en la ciudad de Tlaxcalan, cuando él menos pensaba, todos los suyos fueron a él bien alterados y con determinación de dejarle y le hicieron de parte de su majestad un requerimiento, pidiéndole que los sacase de aquella tierra; fue grandísima la pena que a Cortés le dio este motín; pero él se supo tan bien granjearlos y persuadirlos a que se asegurasen, que todos mudaron de intento y protestaron morir con él donde quiera que los guiase y llevase. Pasados veinte días, acordó Cortés de ir sobre los de Tepeyácac, según Xicoténcatl se lo tenía aconsejado y así habiéndose juntado más de cuatro mil tlaxcaltecas, huexotzincas y cholultecas y por caudillo principal de los tlaxcaltecas Tianquiztlatoatzin y los hijos de Xicoténcatl y otros señores de las cuatro cabezas, el primer día fue a hacer noche en Tzompantzinco, en donde puso en orden la gente que llevaba; se ocupó en esto un día y al tercero se juntó con los enemigos en Zacatépec, en donde tuvo una sangrienta batalla y murieron muchos de los mexicanos y tepeacas; al cuarto hizo noche en Acatzinco, en donde cautivó a los que se le fueron de

las manos y al sexto día entró en la ciudad de Tepeaca sin contradicción ninguna, porque los moradores de ella y sus valedores los mexicanos la desampararon, habiendo venido a sus manos y dado por esclavos a muchos de ella. Detúvose los que en ella halló y fundó una villa que llamó Segura de la Frontera y luego dio la vuelta por Chololan y de allí, después de haberse reformado, fue sobre los de Cuauhquecholan que luego se le rindieron, y echó de sus términos a los mexicanos y habiendo estado un día aquí reformándose, fue sobre Itzocan y aunque con dificultad los rindió y sujetó, porque se defendieron ellos y los mexicanos que estaban en su defensa y murieron muchos de ellos; detúvose aquí veinte días dando orden en las cosas convenientes a la prosecución de la conquista; posó en las casas de Ahuecatzin señor de aquella provincia, desde donde dio la vuelta por Tepeyácac y los tlaxcaltecas se volvieron a su tierra y habiendo estado algunos días en Tepeyácac, volviose a Tlaxcalan, en donde halló a muchos de los señores y caballeros de aquella república muertos por la enfermedad de las viruelas que pegó el negro de Narváez, (que ya habían cundido por toda la tierra), entre los cuales falleció su grande amigo Maxixcatzin; hizo por él grandísimo sentimiento y puso luto. Antes de partirse de la provincia de Tepeyácac, envió a sojuzgar las provincias de Zacatlan y Xalatzinco (que eran del bando mexicano, camino muy necesario para la Veracruz, que habían muerto algunos españoles), despachando para el efecto veinte de a caballo, doscientos eones y muchos de los amigos de Tlaxcalan y otras partes, que os fueron a sojuzgar.

Capítulo XCI. Que trata del orden que dio Cortés para ir sobre la ciudad de México y el viaje que hizo hasta llegar a la ciudad de Texcoco

Los maestros y carpinteros a esta sazón andaban muy ocupados, haciendo la tablazón y ligazón necesaria para los bergantines que tenía Cortés ordenado hacer para la conquista de la ciudad de México y como vio que tenían hecho razonable obra, envió a la Veracruz por todo el fierro y clavazón que hubiese, velas, jarcia y otras cosas necesarias para ello y el segundo día de pascua de natividad del dicho año de 1520, hizo alarde y halló cuarenta caballos y quinientos cincuenta peones; repartió a los de a caballo en cuatro cuadrillas y de los peones hizo cuatro capitanías de sesenta peones cada una y porque no se le enfriasen los amigos y sus compañeros echó fama de que quería ir luego a cercar la ciudad de México, con determinación de no alzarse de ella hasta destruirla; de que se holgaron infinito los de Tlaxcalan y los demás sus amigos, porque deseaban mucho vengarse de aquella ciudad que los tenía tiranizados. Hizo a los suyos una larga plática, poniéndoles delante lo que otras veces y rogándoles, que pues habían comenzado a publicar la fe de Cristo nuestro señor entre aquellos gentiles idólatras, no desmayasen hasta que de todo punto hubiesen extirpado la idolatría y las abominaciones con que Dios era tan deservido en nuestras tierras tan ricas; porque demás del premio que les daría en el cielo, se les seguirían en este mundo grandísima honra, riquezas inestimables y descanso para la vejez. Todos le mostraron grandísima voluntad, ofreciéndole las vidas y cuanto tenían y que guardarían inviolablemente ciertas ordenanzas que les constituyo convenientes al servicio de Dios y ley que profesaban, que eran todas cosas santísimas y de buen cristiano capitán. Hizo después otro razonamiento largo a la señoría de Tlaxcalan y todos los de ella y otros amigos que allí se hallaban le ofrecieron sus vidas y ha-

ciendas para la guerra de México. Antes que Cortés saliera de Tepeyácac, por ver si el rey de Texcoco (que a la sazón era Coanacochtzin) le era amigo, despachó a un caballero llamado Huitzcacamatzin, natural de aquesta ciudad, deudo suyo de los que fueron con Cortés a la retirada de Tlaxcalan, enviando a decir al rey Coanacochtzin que tenía presupuesto de seguir en la guerra hasta sojuzgar a los mexicanos y que así le hacía saber su última determinación para que tuviese por bien de admitirle en su reino, sin dar lugar a que hubiese ningunas contiendas, pues desde el principio él y los de su reino se habían dado de paz al rey don Carlos su señor y otras muchas razones, solo a fin de traerse a su amistad, porque con esto fácilmente desde la ciudad de Texcoco podía sitiar la de México y tener las espaldas seguras. Despachado que fue Huitzcacamatzin, dio su embajada a Coanacochtzin y como era del bando de los mexicanos no le quiso oír, sino que antes lo mandó hacer pedazos y viendo Cortés que se detenía Huitzcacamatzin, despachó segundo mensajero y para que fuese creído y con su autoridad se despachase con brevedad, acordó de enviar a Tocpacxochitzin y por otro nombre Cuicuitzactzin (uno de los cuatro infantes, hijo del rey Nezahualpiltzintli, que se dieron en rehenes a Cortés), el cual llegado que fue a la ciudad de Texcoco y dada su embajada al rey su hermano, hizo con él lo mismo que con el primero mensajero Huitzcacamatzin. Ixtlilxóchitl por grandes inconvenientes que halló en la ciudad y en lo más del reino de Texcoco desde la rebelión de los mexicanos y retirada de Cortés, se estuvo en unas labranzas que tenía en términos de Tepepulco, una de las provincias que le eran sujetas y cuando supo que Coanacochtzin su hermano había matado los dos mensajeros de Cortés y que le impedía la entrada en su reino, se vino a la ciudad de Texcoco, solo a fin de oponerse y favorecer a Cortés y llegó a tiempo que ya estaba de partida y apercibiéndose en Tlaxcalan. Salió de ella en nombre de Dios, día señalado de los Inocentes del año de

1520, con veinte mil hombres de guerra de los amigos y siguiendo la relación de Tlaxcalan que tengo citada, fue por el camino de Tetzmelocan que va a salir a Tlepehuacan, con tan buen pie, que sin acontecerle ningún desmán al pie de la sierra, llegó en las vertientes de agua; y en la parte referida, Tlepehuacan, le salió a recibir Ixtlilxóchitl, dándole en señal de paz y confirmación de la amistad antigua, un pendón de oro, dándole la bienvenida y rogándole se fuese a la ciudad de Texcoco, que allí sería servido y regalado; que le pesaba mucho de sus trabajos, de los bandos y rebeliones que habían causado sus tíos y deudos los señores mexicanos y los que seguían su bando y que por esta causa hallaba que el rey su hermano y los de su corte tuviesen alguna culpa, pero que los perdonase, que en su nombre vendría a disculparos y ofrecérsele en su servicio. Mucho se holgó Cortés de ver a Ixtlilxóchitl y recibióle en nombre de su hermano con tanto amor que era lo más que él deseaba. Aquel día hicieron noche en Coatépec, sujeto a la ciudad de Texcoco y otro día lunes, último de diciembre, fueron siguiendo su camino hasta entrar en la ciudad de Texcoco, en donde fueron aposentados Cortés y los suyos por Ixtlilxóchitl y se les dio todo lo necesario; mas el rey sabiendo que Cortés traía queja de que hubiesen muerto cuarenta y cinco españoles y trescientos tlaxcaltecas por orden, [y que] les habían quitado los despojos que llevaban de la ciudad de México y que podía redundarle algún daño de esto y de otras cosas y porque siempre fue del bando de los mexicanos, luego aquella tarde se embarcó con todos los señores y caballeros que eran de su opinión; llevando consigo sus haciendas y mujeres se fueron a la ciudad de México, desamparando la de Texcoco, con cuyo desmán los ciudadanos se comenzaron a alborotar, entrándose unos tras del rey por la laguna y otros por la montaña, quedándose solo y desamparado Ixtlilxóchitl deteniendo la gente y esto no se pudo hacer, sin que Cortés y los suyos lo echasen de ver y así visto el desmán que había, entendi-

endo que había algún trato doble, quiso saquear la ciudad y castigar a los que la alborotaban. Ixtlilxóchitl le detuvo y fue a la mano, rogándole que mirase y se condoliese de la gente mísera y sin culpa y por mucho que hizo; todavía los tlaxcaltecas y otros amigos que Cortés traía, saquearon algunas de las casas principales de la ciudad y dieron fuego a lo más principal de dos palacios del rey Nezahualpiltzintli, de tal manera que se quemaron todos los archivos reales de toda la Nueva España, que fue una de las mayores pérdidas que tuvo esta tierra, porque con esto toda la memoria de sus antiguallas y otras cosas que eran como escrituras y recuerdos, perecieron desde este tiempo; la obra de las casas era la mejor y la más artificiosa que hubo en esta tierra. Habiéndose aquietado la ciudad y despachado a los tlaxcaltecas y nuexotzincas y otros amigos para sus tierras, en Tlepehuacan (que es a la subida de la sierra), los ejércitos mexicanos les dieron alcance y mataron a muchos de ellos y si no tuvieran socorro de Cortés, lo pasaran muy mal y así el socorro los puso hasta las vertientes de Texmelocan, desde donde fueron seguros a sus casas. Cortés teniendo gran voluntad a Tecocoltzin (que había quedado solo de los cuatro infantes hijos del rey Nezahualpiltzintli que le dieron en rehenes), le nombró por señor de aquella ciudad y Ixtlilxóchitl se holgó e hizo que todos lo reconociesen y respetasen, pues su hermano el rey había desamparado la ciudad y a él no le estaba a cuento, conforme a su reputación y honra, gobernarla estando vivo su hermano, porque le tendrían por tirano; mas con todo, el reino siempre a él le reconoció por cabeza principal. Según las relaciones y pinturas de la provincia de Chalco parece que los señores y principales de ella, que eran Omacatzin, Itzcahuetzin, Necuametzin, Quetzalcoatzin, Zitlaltzin, Yaoxiuhcatzin y otros, se juntaron y trataron de lo que se debía hacer en razón de si recibirían de paz a Cortés y a los suyos, o si juntarían sus gentes en favor de los mexicanos, para lo cual enviaron a la ciudad de Texcoco por sus embajadores a Zit-

laltzin y Yaoxiuhcatzin, a que de su parte se informasen de Ixtlilxóchitl de lo que debían hacer. Ixtlilxóchitl habiendo oído su embajada, les dijo que dijesen a los señores de la provincia de Chalco, que de ninguna manera levantasen armas contra Cortés y sus compañeros, porque sería muy gran mengua y afrenta de su provincia si tal hiciesen; sino que antes procurasen el bien y favor de los cristianos y que se quietasen todos y de paz recibiesen la santa fe católica. Vista por los señores de Chalco la determinación de Ixtlilxóchitl, luego enviaron otros mensajeros a Cortés, dándosele por amigos. Asimismo se redujeron algunos pueblos que habían estado de la parte del rey Coanacochtzin, como fueron Otumpan, Huexutla, Coatlichan, Chimalhuacan y Atenco, con que de todo punto el reino de Texcoco quedó de la parte de Ixtlilxóchitl en favor de Cortés y de los suyos y echaron de sus tierras y términos los ejércitos mexicanos, yendo donde fue necesario algunos españoles en su favor para el efecto, como el capitán Gonzalo de Sandoval que vino en favor de los de la provincia de Chalco, hasta que de todo punto echaron de sus tierras y términos a los mexicanos. Estuvo Cortés pertrechándose en la ciudad de Texcoco de todo lo necesario para sitiar y sujetar la ciudad de México e hizo traer la tablazón y ligazón que había dejado en la ciudad de Tlaxcalan para los bergantines, sin la que se cortó en la ciudad de Texcoco para el efecto en uno de los bosques de los reyes de ella, que los de la provincia de Tolantzinco plantaron en tiempo de Nezahualcoyotzin; con que hubo bastantísima madera y se comenzaron a aderezar y armar los bergantines y para poderlos sentar en la laguna, por traza y orden de Cortés, mandó hacer Ixtlilxóchitl una zanja profunda que tenía más de media legua de longitud, con la profundidad necesaria, que corría desde dentro de los jardines y palacios del rey Nezahualcoyotzin su abuelo, hasta dentro de la laguna y para esta obra mandó, que en cincuenta días que duró trabajasen un xipiuipil, que son ocho mil hombres cada día y que éstos fue-

sen hombres suficientes para la milicia, que fue un tanteo solo por ver qué cantidad de gente podía poner en campaña de sola una provincia de Texcoco, la que se llama Aculhuacan y halló doscientos mil hombres por copia, de que se holgó mucho, para las ocasiones que se habían de ofrecer en favor de los cristianos y dio de ello parte a Cortés, que no menos se holgó de ver el gran poder que el reino de Texcoco tenía, pues de solo lo que era parte de la nación aculhua se podían poner doscientos mil hombres en campaña. Asimismo hizo juntar todos los bastimentos que fueron necesarios para sustentar el ejército y guarniciones de gente que andaban en favor de Cortés y así hizo traer a la ciudad de Texcoco el maíz y fríjoles que había en los trojes y graneros de las provincias sujetas al reino de Texcoco y fortaleció muy bien esta ciudad y particularmente las casas y grandes palacios de su abuelo el rey Nezahualcoyotzin, que era en donde posaban Cortés y los suyos, para que si acaso los mexicanos los vencían, viniesen a guarecerse en ella. Por otra parte el rey Quauhtémoc, Coanacochtzin y Tetlepanquetzaltzin sus aliados, con mucha diligencia y cuidado se pertrechaban y fortalecían en su ciudad, de gente, vituallas y todo lo necesario para defenderse de sus enemigos y aun ofenderlos si pudiesen; y así andaban sus embajadores requiriendo a todos los señores que eran de su bando y los que habían atraído a su voluntad, que (como atrás queda referido) fue uno de ellos el rey de Michoacan, que era poderosísimo y su gente muy belicosa y si Dios por su infinita misericordia no guiara las cosas de Cortés por su mano, sin duda que con el favor y ayuda de este rey, no consiguiera su intento; mas hizo Dios un caso milagroso y fue que cuando fueron a ver la primera vez los embajadores de estos reyes al de Michoacan, Tangajuan, le dieron por extenso relación de lo que Cortés y los suyos habían hecho con los de Cholula y el capitán Pedro de Alvarado con los de México, tratándolos de crueles y tiranos, que se alzaban con los estados y señoríos; se halló presente la her-

mana del rey y oyendo decir las crueldades que los embajadores significaban de Cortés y de los suyos y teniendo por cosa cierta profetizada por sus mayores, que los de esta nación habían de poseer y ser señores de la tierra, desesperadamente por no oírlos ni verlos, se dejó morir de hambre y fallecida que fue, como era costumbre en aquella tierra a los reyes y grandes señores meterlos en un sótano del templo mayor, velarlos allí ciertos días y al cabo de ellos quemarles el cuerpo y guardar sus cenizas, haciendo con ella la misma ceremonia como hermana que era del rey, al cabo de cuatro días que había fallecido, resucitó y mandó a los que la velaban llamasen al rey su hermano, que tenía negocios graves que comunicar con él, muy importantes al bien de todo su reino y de sus súbditos y vasallos; de que quedaron todos espantados y admirados y fueron a llamar al rey, al cual venido que fue le dijo, que se quietase, no se alborotase y con toda atención le escuchase todas las cosas que de parte del verdadero Dios señor del cielo y de la tierra le quería anunciar y revelar y estando el rey su hermano atento, le dijo, que luego de parte de Dios le mandaba dejase las armas y despidiese las gentes que tenía juntas en dos llanos que llaman de Avallos, para ir a favorecer a los de México, porque de ninguna manera convenía impedir la entrada de aquellas nuevas gentes que venían a plantar la ley del verdadero Dios y que antes procurase admitirlos y recibirlos de paz en su reino, para que asimismo en él se plantase esta ley y fuese conocido y adorado este Dios y que en testimonio de todo (demás del gran milagro que había usado con ella en resucitarla y darla otros quince años de vida), el día de la feria principal de la ciudad que era cabeza de su reino, vería por la región del aire venir por la parte del oriente un mancebo con una luz en la una mano que excedería a la del Sol y en la otra una espada que era la arma que esta nación recién venida usaba y pasando por encima de la ciudad iría a perderse por la de occidente y que de ninguna manera porfiase en ser contra esta nación

que traía por defensa y amparo una cruz, que todos los enemigos en viéndola se le rendían y que ella había visto el lugar donde iban a parar todos los que no conocían al verdadero Dios, que era de penas intolerables y eternas, donde estaban todos sus padres y abuelos padeciendo y asimismo vio la gloria donde estaban gozando de la presencia de este Dios todos aquellos que se salvaban, mediante la fe y ley que estas nuevas gentes traían. El rey Tangajuan quedó admirado de oír todas estas razones y ver a su hermana resucitada hasta la visión que le dijo y así dejó las armas y no quiso socorrer a los mexicanos, despidiendo doscientos mil hombres que había juntado en campaña para irlos a socorrer, que los cien mil eran michoaques que llaman tarascos y los otros cien mil eran los teochichimecas, gente la más belicosa que ha habido en esta Nueva España. Todo esto que aquí se ha escrito fue sacado de las relaciones y pinturas del reino de Michoacan, y se lo oí contar muchas veces a don Constantino Huitzimengari, nieto de este rey, que era cacique y señor de aquella provincia.

Capítulo XCII. Que trata del combate de Iztapalapan, vista que dio Cortés a México y la guerra de Acapuchtlan

Había más de siete días que los mexicanos no entraban por las tierras y términos de Texcoco, no los nuestros habían hecho alguna salida por estar ocupados en fortalecerse y en otras cosas necesarias para su defensa y ofensa de los enemigos y al cabo de ellos salió Cortés de la ciudad con doscientos españoles y más de cuatro mil naturales de la ciudad de Texcoco, algunos de Tlaxcalan y otras partes que estaban con Cortés y con ellos Ixtlilxóchitl acaudillando los suyos y fueron costeando la laguna hasta llegar a Iztapalapan, que siendo reconocidos desde el peñol de Tepecpolco, dieron aviso a los de México y así dos leguas antes de llegar a Itzapalapan, por agua y por tierra comenzaron a pelear con los nuestros y en todas aquellas dos leguas fueron revueltos peleando con los enemigos, así con los de tierra, como con los que andaban en la laguna; mas cuando llegaron a la ciudad de Iztapalapan, todas las casas que estaban en tierra firme las habían despoblado y pasádose a las de la laguna y aunque se defendieron y pelearon reciamente, los hubieron de vencer los nuestros, metiéndolos por el agua y les saquearon la mayor parte de las casas que tenían en la laguna y murieron de ellos más de seis mil personas y como sobrevino la noche, recogió Cortes su gente y puso fuego a algunas de las casas de aquella ciudad, hasta que se acordó que había pasado una calzada que dividía las dos lagunas, donde podían tener alguna celada en daño suyo los enemigos y así comenzó a marchar a toda prisa y cuando llegó a la canzada fue fuerza pasarla a volapié, por lo que se ahogaron algunos de los amigos y se perdió todo el despojo, porque los enemigos habían roto la presa y echado el agua por aquel paso y cuando vino a amanecer vieron innumerables canoas cargadas de gente de guerra que habían venido a cogerles el paso y fueron prosiguiendo su camino hasta Texcoco, peleando a ratos con los

que salían de la laguna y solo un español murió en esta refriega. Llegados que fueron los tlaxcaltecas con la tablazón y ligazón de los bergantines (en donde venían de carga más de ocho mil, de guerra más de veinte mil y con ellos el alguacil mayor y capitán Gonzalo de Sandoval, doscientos españoles de a pie y dieciséis de a caballo), mientras duraba la obra quiso dar una vista Cortés a la ciudad de México por su comarca y así sin dar parte a nadie de su intento (por no tener aún entera satisfacción de la lealtad de los tetzcucanos, que se recelaba de ellos no diesen aviso a los de México de sus designios y no era de espantar que tuviese este recelo, porque sus enemigos y los de esta ciudad eran todos deudos y parientes muy cercanos; mas después el tiempo lo desengañó y vio la gran lealtad de Ixtlilxóchitl y de todos), salió con veinticico de a caballo, trescientos cincuenta de a pie, seis tiros pequeños de campo y treinta y dos mil amigos le los tlaxcaltecas y tetzcucanos; iban por caudillos principales, Chichimecatltecuhtli de los tlaxcaltecas y Ixtlilxóchitl de los aculhuas tetzcucanos y fueron a dormir por los llanos entre Chicuhnauhtlan y Xaltocan, en donde tuvieron una refriega con un escuadrón de los enemigos, que luego los desbarataron y otro día dieron sobre Xaltocan, lugar fuerte que estaba sentado en medio de la laguna y aunque era perteneciente a Texcoco, era de la parte de Coanacochtzin y mexicanos y por más que se defendieron los de dentro, los echaron fuera y quemaron mucha parte del pueblo. Aquella noche fueron a dormir una legua de allí y otro día tomando muy de mañana su viaje, por el camino les salieron con mucha grita los enemigos, con los cuales fueron escaramuzando hasta llegar a Quauhtitlan que estaba despoblado, donde hicieron noche; otro día siguiente pasaron adelante, llegaron a Tenayocan, donde no se les hizo resistencia ninguna; de aquí a Azcaputzalco y de allí a la ciudad de Tlacopan, que era el puesto que iba a ver Cortés para ojear y tantear desde allí la ciudad de México y aunque hubo muy gran resistencia de los enemigos,

los hubieron de echar de la ciudad y apoderarse de ella y como era ya tarde, no hicieron más de aposentarse en los palacios del rey de Tlacopan, que eran unas casas muy grandes en donde cupieron todos los del ejército de Cortés muy a placer y el día siguiente los amigos comenzaron a saquear y a quemar toda la ciudad; estuvieron allí seis días y en tolos ellos tuvieron muchos reencuentros y escaramuzas con los enemigos, hasta llegar cerca de la ciudad de México, en donde procuró Cortés ver si podía hablar con Quauhtémoc para tratar de algunos medios de paz y como no pudo tratar de cosa, vio y trató lo que convenía para sitiar la ciudad de México y acordó de volverse a Texcoco para dar prisa en ligar y acabar los bergantines, para por el agua y por la tierra ponerle cerco; vinieron a hacer noche en Quauhtitlan, otro día en Acolman y por todo el camino tuvieron revueltas y escaramuzas con los enemigos, que como los vieron volver, entendieron que de miedo se volvían, en donde mataron a muchos de ellos y alancearon los de a caballo infinitos. El día siguiente entraron a mediodía en la ciudad de Texcoco, en donde fueron muy bien recibidos y festejados y el siguiente se fueron los tlaxcaltecas a su tierra cargados de despojos. Los mexicanos a esta ocasión, afligían mucho a los de la provincia de Chalco, (porque) eran amigos de los nuestros y así, Cortés a su pedimiento, envió a Gonzalo de Sandoval con veinte de a caballo y trescientos peones y llegado que fue halló la gente toda apercibida y en su favor los de Huexotzinco y Quauhquecholan que lo estaba esperando y dado orden de lo que se debía hacer, se partieron para Huaxtépec donde estaba la gente de México en guarnición y de donde hacían daño a los de la provincia de Chalco; pelearon con ellos hasta ganar aquel pueblo y otros de la comarca, como fue Acapuchtlan, que ganaron con harta dificultad, por ser lugar fuerte; mataron y despeñaron a muchos de los enemigos, de tal manera, que en más de dos horas no pudieron beber agua del río que por allí pasaba, por ir teñido en sangre. Habiendo dado fin a

esta jornada, dejando bien castigados a los enemigos y de paz aquellas poblaciones, se volvió Sandoval con toda la gente a la ciudad de Texcoco; mas los señores mexicanos quisieron castigar a los de Chalco y enviando tan esforzadamente, que vencieron y echaron de toda la tierra a los mexicanos, matando a muchos de ellos y cautivaron más de cuarenta personas principales del ejército mexicano y aunque pidieron socorro a Cortés, cuando llegó Sandoval, que iba al efecto, ya los chalcas se habían defendido como dicho es; allí estuvo algunos días en las fronteras de Chalco y viendo que ya los mexicanos no acometían, se volvió a Texcoco. A esta sazón llegaron nuevas de la Veracruz, cómo habían llegado al puerto tres navíos con mucha gente, caballos y armas, que luego despacharon y fue este socorro milagroso por la mucha necesidad que de todo tenía Cortés y fueles fácil porque ya todo el camino desde la ciudad de Texcoco hasta el puerto estaba seguro de enemigos. El miércoles santo (que fue 27 de marzo del año de 1521), despachó dos principales mexicanos (de los cuarenta que los de Chalco prendieron en la guerra pasada) a la ciudad de México (que éstos se animaron allá), enviando con ellos Cortés a requerir a los señores mexicanos se diesen de paz y dejasen la guerra, que él les perdonaría todo lo pasado; los mensajeros pidiéronle una carta suya para que fuesen creídos de los reyes Quauhtémoc, Coanacochtzin y Tetlepanquetzaltzin, que él los enviaba; el cual se las dio para el efecto que se la pidieron y nunca como los otros lo recelaban, (porque) era ley entre ellos que el señor noble que era cautivo no podía volverse a su patria, pena de ser muerto o sacrificado. Ixtlilxóchitl procuraba siempre traer a la devoción y amistad de los cristianos, no tan solamente a los del reino de Texcoco, sino aun a los de las provincias remotas, enviándoles a decir que todos se procurasen dar de paz al capitán Cortés y que aunque de las guerras pasadas algunos tuviesen culpa, era tan afable y deseaba tanto la paz, que luego al punto los recibiría en su amistad; de

los que así se iban atrayendo, fueron a esta sazón los de las provincias de Tozapan, Maxcaltzinco, Nauhtlan y otros de su contorno, los cuales habiendo visto a Ixtlilxóchitl, le dieron cantidad de mantas y otras cosas de las tres cabezas de aquellas provincias, quien hizo las diesen al capitán Cortés, y que se le dieran por sus amigos, dando la obediencia a su majestad y en señal de ella, cantidad de mantas de algodón; Cortés lo agradeció mucho y les dio su palabra que siempre los tendría por amigos, con lo que se volvieron muy contentos.

Capítulo XCIII. Que trata de la segunda vista que dio Cortés a México en contorno de toda ella y de sus lagunas, combate de los españoles en Tlayacapa y guerra de Xochimilco

Tuvo aviso Cortés el sábado santo de los de la provincia de Chalco, cómo los mexicanos tenían junto un grueso ejército de todos los pueblos de la laguna y de la de Tlalnáhuac, que venía con intento de vengarse de ellos y asolarlos. Y así juntando su gente se salió de la ciudad de Texcoco el viernes siguiente (que fue 15 de abril del dicho año de 1521), con treinta de a caballo y trescientos de a pie, dejando otros veinte de a caballo y otros trescientos peones y por capitán al alguacil mayor del campo Gonzalo de Sandoval y en su favor Ixtlilxóchitl con veinticuatro mil hombres de los aculhuas sus vasallos, con dos intentos, el uno asegurar la provincia de Chalco y echar de sus términos a los mexicanos que les venían a molestar, pues eran amigos y defendían el bando de los nuestros y el otro, correr las tierras de los tlahuicas y de los pueblos de la laguna que llaman chinampanecas, para sojuzgarlos y dar otra vista a la ciudad de México, para con más seguridad dar principio a la empresa que tan deseada tenía de ganar la ciudad; con que quedaría de todo punto llano el imperio, pues dentro de ella estaban las cabezas fortalecidas y desde allí lo gobernaban y ordenaban sus ejércitos contra Cortés y los suyos y contra los del reino de Texcoco y provincia de Chalco, que eran del bando de Cortés y de nuestros españoles; porque ya de estas partes para allá de la sierra y volcán, después que sojuzgó a los de Tepeyácac y otras provincias y echó de sus tierras y términos los ejércitos mexicanos, estaban quietas y favorecían nuestra causa y así saliendo de la ciudad de Texcoco con el ejército referido con buena ordenanza, llegó a la ciudad de Tlalmanalco, cabecera de toda la provincia de Chalco, en donde fueron muy bien recibidos de los dos señores de ella y habiendo

dado orden de lo que se debía hacer, y habiéndose juntado allí otros cuatro mil hombres de guerra de los de esta provincia y otros amigos de Tlaxcalan, Huexotzinco, Quauhquecholan y otras panes, tomaron la vía de la provincia de Totolapan, que confina con otra provincia de la parte del mediodía y que en los términos de ella estaba la mayor fuerza de los enemigos, especialmente en el pueblo de Tlayacapan, lugar fuerte, en donde hay unos peñascos de inexpugnable grandeza y defensa para fortalecerse y defenderse de los enemigos... habiendo pasado por unas sierras agrias, llegaron una tarde al pueblo de Tlayacapan y vieron cómo en un peñol de este lugar muy alto y agrio, estaba encima toda la gente de mujeres y niños y otras personas que no se podían defender, naturales de aquellos lugares y las laderas de él llenas de gente de guerra, que así como vieron a los nuestros comenzaron a defenderse, tirándoles con hondas muchas piedras, flechas y lanzas arrojadizas y determinándose Cortés a subir el risco, mandó a Cristóbal Corral, alférez de sesenta hombres de a pie, que con su bandera acometiese y subiese por la parte más agria y que ciertos escopeteros y ballesteros le siguiesen y a los capitanes Francisco Verdugo y Juan Rodríguez Villafuerte, que con su gente y con ellos otros ballesteros y escopeteros, subiesen por otra parte; que los capitanes Pedro Dirsio y Andrés Monjaraz acometiesen por otra con otros ballesteros y escopeteros y habiendo soltado una escopeta que fue la señal que les dio, todos a un tiempo comenzaron a subir y en su seguimiento y por los lados, Ixtlilxóchitl con los suyos y los chalcas y no se pudieron ganar más de dos vueltas del peñol, lo uno por ser muy agrio, que apenas se podían tener en él de pies y manos y los contrarios echaban lanzas galgas de lo alto que hacían grandísimo daño a los nuestros, de tal manera que mataron a dos españoles e hirieron a más de veinte y de los amigos fueron muchos más heridos y muertos y lo otro, porque venían muchos de los enemigos a socorrer los del peñol, que

corrían los campos y habían cogido a los nuestros en medio, que les fue fuerza bajarse y acudir a lo llano, donde tuvieron una refriega con los contrarios hasta echarlos de todo el campo, alanceando y matando en ellos… que… en alcance más de hora y media hasta llegar a otro peñol… estaba del primero casi una legua con muchas gentes… no tan fuerte, en donde cerca de él hicieron noche, aunque con harta necesidad de agua y así como amaneció comenzó Cortés a subir con los suyos sobre el peñol por dos padrastros que tenía, como los vieron subir, de temor desampararon la subida y los fueron a socorrer los que estaban arriba y subiendo por los padrastros en su seguimiento, matando a muchos de los enemigos y muchos de ellos por huir se despeñaban, hasta que reconociendo su daño se rindieron y se dieron de paz. Viendo Cortés esto, mandó que no se les hiciese más daño y los recibió bien, perdonándoles lo hasta allí hecho y por medio de ellos los del otro peñol se vinieron a dar y pedir perdón. Estuvo Cortés con los suyos en este lugar dos días, desde donde se despacharon a Texcoco los heridos y otro día siguiente se partió para Huaxtepec en donde fueron bien recibidos y aposentados y regalados en una huerta y casas de recreación que allí tenían los reyes de México y habiéndose estado allí un día el ejército, se partió ara Quauhtépec y aunque allí le habían aguardado muchos le la gente de guerra de los enemigos, viéndolos cerca del lugar lo desampararon, porque los moradores de él dejaron sus casas y se fueron huyendo y pasando de pasada por este lugar, siguieron a los enemigos hasta irlos a encerrar en Xilotépec, en donde se hicieron fuertes y fueron muertos y alanceados muchos de ellos, se cautivaron muchas mujeres y niños y los demás viendo su daño desampararon el lugar, en donde estuvieron los nuestros dos días, el último de los cuales, queriendo poner fuego, se rindieron y vinieron a darse de paz ellos y los de Xauhtépec y luego prosiguiendo su viaje cerca de media legua a la ciudad de Cohâuhuac, que era la cabeza de toda

la provincia de los tlahuicas, lugar muy fuerte y dentro de él había mucha gente para su defensa y quitadas las puentes no se podía entrar por aquella parte… que iban legua y media de allí a rodear… hallaron un paso aunque dificultoso por donde pudieron entrar algunos de los nuestros, que viéndolos los enemigos comenzaron a ponerse en huida, hasta que de todo punto les ganaron la ciudad, saqueándola y quemando muchas casas de ella. El señor se llamaba Yoatzin, que se fue retirando a la montaña y Ixtlilxóchitl le envió a reprender su rebeldía y que luego se viniese a dar y pedir perdón de lo que hasta allí había hecho y así luego que amaneció se vinieron a ofrecer al servicio y amparo de los cristianos, prometiendo de ayudarles y ser siempre en su favor como en efecto lo hicieron. Dando la vuelta desde Cohauhuac, vinieron a dar sobre la ciudad de Xochimilco, que era la más fuerte y de más gentío de la laguna dulce y aunque los moradores de ella estaban bien apercibidos, con muchas albarradas, fortalecidos y las acequias quitadas las puentes de todas las entradas de la ciudad, combatieron los nuestros las albarradas y viendo el daño que recibían de las escopetas, desamparándola, dentro de media hora ganaron la mayor parte de la ciudad peleando con los enemigos por agua y por tierra hasta la noche y otro día siguiente los mismos combates, mataron a dos españoles y Cortés se vio en un gran aprieto, porque cansado su caballo se dejó caer y como lo vieron a pie lo cercaron los enemigos y con una lanza se defendió valerosamente de ellos hasta que llegó Chichimecatecuhtli caudillo de los tlaxcaltecas a socorrerle y uno de los criados de Cortés, con ayuda y con el socorro que llegó después, los enemigos desampararon todo el campo y los nuestros se fueron recogiendo por la parte interior de la ciudad y aquella noche hicieron cegar con piedra adobes todas las acequias por donde estaban las puentes alzadas, para que los de a caballo pudiesen entrar y salir sin estorbo ninguno, quedando aquella noche todos aquellos pasos muy bien aderezados y en toda ella

estuvieron los nuestros con mucho aviso y recaudo de velar y guardar, porque aquel día vinieron los mexicanos con un grueso ejercito por agua y por tierra a defender a los de Xochimilco y vieron a los nuestros dentro de esta ciudad, los cuales dándoles orden Cortés de todo lo que debían hacer, se defendieron valerosamente hasta ganar una fuerza que estaba en la parte que llaman Tepechpan y como se dividieron, cada escuadrón siguió a los enemigos por su cabo y después de haberlos desbaratado, matando muchos de ellos, se vinieron a recoger al pie del cerro referido, en donde tuvieron muy gran contienda y mataron más de quinientos de los enemigos y otro día siguiente desbarataron otro escuadrón de los enemigos, que era el segundo socorro que venía de México, matando a muchos de ellos y volviendo a la ciudad de Xochimilco hallaron a ¡os nuestros que habían quedado dentro de ella bien necesitados, porque los enemigos habían apretado mucho y habían trabajado harto en defenderse y echar de la ciudad a los enemigos matando a muchos de ellos y no habían descansado, cuando llegó otro mayor escuadrón que los dos primeros de mexicanos, que venían a socorrer y defender esta ciudad y acometiendo los nuestros con ellos, en breve tiempo los desbarataron, guareciéndose dentro del agua en sus canoas y volviéndose a la ciudad, la quemaron toda los nuestros, excepto en donde ellos estaban aposentados. Estuvieron otros tres días en la ciudad ocupados en asolarla, al cabo de los cuales se partieron para Coyohuacan y como los de Xochimilco y sus valedores los vieron ir, les dieron por las espaldas con mucha grita y Cortés con los de a caballo revolvió sobre ellos y los fue siguiendo hasta meterlos en el agua y después prosiguiendo su camino llegaron a la ciudad de Coyohuacan cerca de mediodía y la hallaron despoblada; se aposentaron en las casas del señor de ella y otro día fueron a ver y ojear la ciudad de México hasta llegar a donde se juntaban las dos calzadas, la que viene de Xochimilco y entra en la ciudad de México y la que viene de Iz-

tapalapan que va a juntarse con ella, donde los enemigos tenían una albarrada… y en ella infinitos de ellos para defenderla y en la laguna muchas canoas y en ella asimismo mucha gente de guerra y combatiendo con ellos, aunque se defendían, mas al fin los nuestros se la ganaron y mataron muchos de los mexicanos y viendo… que por esta parte había de ser… una de las entradas para sojuzgar la ciudad de México… en Coyohuacan con la guarnición se volvieron, contentádose con solo dejar quemadas algunas de las casas más principales y templos de esta ciudad de Coyohuacan y otro día se partieron para la de Tlacopan que dista dos leguas, siempre peleando con los enemigos que salían de la laguna y no pararon en la ciudad de Tlacopan, sino que fueron prosiguiendo su viaje hasta la de Quauhtitlan en donde hicieron noche. En este viaje aunque mataron muchos enemigos y de la gente más lúcida de ellos, todavía costó dos españoles que eran criados de Cortés, que los cautivaron vivos y los sacrificaron a sus falsos dioses y algunos de nuestros amigos. Otro día fueron a dormir al pueblo de Xilotzinco (que éste y el de Quauhtitlan estaban despoblados) y otro día a mediodía llegaron al de Acolman perteneciente al reino de Texcoco, en donde fueron bien recibidos y festejados y luego aquel mismo día llegaron a Texcoco a hacer noche, en donde se holgaron Sandoval y todos los que con él estaban, de ver a Cortés y a los suyos con tan próspero suceso, que también a él no le faltaron sus combates y contiendas con los mexicanos, entendiendo que estaba la ciudad de Texcoco desapercibida en la ausencia de Cortés e Ixtlilxóchitl. En esta ocasión tuvo Cortés nuevas de Hernando de Barrientos y otro compañero suyo que estaban en la provincia de Chinauhtlan, que confina con la de Tototépec del sur y como el señor de esta provincia era amigo del bando de Cortés y había tenido muchos encuentros con los del bando mexicano, capitaneándolo estos dos españoles, por esta causa y porque no lo matasen los enemigos, si volvían, no los habían dejado venir

aunque tenían deseo de ver a Cortés, quien se holgó infinito tener estas nuevas y saber que aquellos españoles estuviesen vivos, enviándoles a decir que se detuviesen hasta tanto que se acabase de conquistar México.

Capítulo XCIV. Que trata cómo Cortés se apercibió para ir sobre la ciudad de México por agua y por tierra a sitiarla

Acabados que fueron de hacer y armar los bergantines y la zanja para entrar por ellos en la laguna y hechos los demás pertrechos necesarios para la empresa que Cortés tenía comenzada (que para todo Ixtlilxóchitl y su hermano Tecocoltzin dieron bastantísimo recaudo), fueron echados en la zanja los bergantines y a 28 de abril de 1521 Cortés hizo alarde de toda la gente y halló ochenta y seis a caballo, entre ballesteros y escopeteros, ciento dieciocho y más de setecientos peones de espada y rodela, tres tiros gruesos de hierro, quince de bronce pequeños y diez quintales de pólvora y habiendo acabado de hacer el alarde, les hizo una plática, en que en suma les encargaba y mandaba que guardasen y cumpliesen las ordenanzas que tenía establecidas para las cosas de la guerra y que se esforzasen mucho pues veía que Dios en todo acontecimiento les favorecía; que sin duda alcanzarían victoria contra sus enemigos, pues había tan pocos que casi habían quedado ningunos y su divina majestad en tan breve espacio los había socorrido y aumentado en armas, gente y caballos, de donde podían todos conocer que la pelea era suya y en favor y aumento de su santa fe católica y en gran servicio de su majestad, aumentando la real corona de Castilla con un imperio tan grande como era el de esta tierra, en donde había tan grandes y tan espléndidos reinos y provincias y tanta grandeza y riqueza, lo que les había de poner mucho ánimo y esfuerzo para vencer o morir. Todos respondieron que así lo harían y mostraron mucho placer y deseo de verse ya en la conclusión de esta guerra, pues de ella pendía toda la paz y sosiego de esta tierra. Luego el día siguiente despachó sus mensajeros para las provincias de Tlaxcalan, Huexotzinco y Chololan, rogando a los señores de ellas que con toda la gente que tenían aprestada, como se les tenía avisado, se viniesen luego… de Tlaxcalan a la

ciudad de Texcoco y los de Huexotzinco y Chololan a la provincia de Chalco dentro de diez días. Ixtlilxóchitl y su hermano Tecocoltzin hicieron el mismo apercibimiento para que todos los del reino de Texcoco Aculhuacan y las provincias de él sujetas, acudiesen con la gente de guerra y servicio para ir sobre la ciudad de México en favor de Cortés y de los suyos, trayendo por delante y ante todas cosas los bastimentos y pertrechos necesarios para el campo y servicio de Cortés, de los suyos y de los demás amigos; porque los que en la ciudad de Texcoco tenían juntos y apercibidos no eran bastantes y cada día se gastaban en asistencia del ejército de los nuestros y para las salidas que cada día se hacían contra los mexicanos. Los tlaxcaltecas llegaron a la ciudad de Texcoco cinco días antes de pascua de Espíritu Santo (que fue el tiempo que se les señaló) y lo mismo hicieron los de Huexotzinco y Chololan en Chalco, en donde fueron muy bien recibidos los unos y los otros. Los tlaxcaltecas eran cinco mil hombres de guerra e iban por sus caudillos Quauhxayacatzin, Miztliymatzin, Tenamazcuicuitzin, Tecuanitzin, Acxotécatl, Acamayotzin, Teyanquiztlatoatzin, Zeyecatecuhtli, Tepilzacatzin, Chiahuatecoletzin, Cuitlízcatl, Cocomintzin, Tzicuhcuácatl, Michcuatecuhtli, Tlachpanquizcatzin, Tizatemoctzin, Chiquacen, Mázatl, Ixconauhquitecuhtli y Tlahuihuiztli, que cada uno de ellos tenía la divisa según la dignidad y preeminencia de su oficio, de diversidad de plumería y adorno de oro y pedrería. Ixtlilxóchitl y sus hermanos los recibieron muy bien, aposentándolos en sus palacios y dándoles todo lo necesario para su sustento regalo y los pocos días que allí estuvieron fueron muy festejados. De los huexotzincas que eran más de diez mil, venían por sus caudillos Nelpilonitzin, Tozquencoyotzin, Xicoténcatl, Mecacálcatl, Quauhxayacatzin, Huitzilihuitzin, Yecatlapitzqui, Tetepotzquanitzin, Quauhtonatiuhtzin, Tehuatecuhtli, Chichimecatecuhtli, Tlacatecuhtli y otros que asimismo traían las divisas en sus armas como los de Tlaxcalan y de la misma

manera venían los cholultecas, casi otros diez mil hombres, siendo muy bien recibidos todos de los señores de la provincia de Chalco. El segundo día de pascua de Espíritu Santo hizo Cortés salir a la plaza de la ciudad de Texcoco toda la gente que tenía de a pie y de a caballo, para ordenar y dar la gente que habían de llevar los capitanes, para tres guarniciones e gente que se habían de poner en tres ciudades que están en contorno de la de México y de la (primera) guarnición hizo general al capitán Pedro de Alvarado y le dio treinta de a caballo, dieciocho ballesteros y escopeteros, ciento cincuenta peones de espada y rodela y veinticinco mil hombres de guerra de los tlaxcaltecas y éstos habían de sentar su real en la ciudad de Tlacopan y por capitanes de su puesto a Jorge de Alvarado, hermano suyo, el capitán Pedro Dirsio y Gutiérrez de Badajoz, que fue su alférez, Juan Balante, Andrés de Monjaras, Vizcaíno, Alonso Ortiz de Zúñiga, que era el capitán de los ballesteros y Diego Valadez. De la otra guarnición hizo general a Cristóbal de Olid, natural de Baeza, al que dio treinta y tres de a caballo, dieciocho ballesteros y escopeteros, ciento sesenta peones más de dos mil hombres de guerra asimismo de la nación tlaxcalteca, que se habían de poner y asentar su real en la ciudad de Coyohuacan. Cortés había escogido para su persona la guerra naval y habiéndose murmurado por algunos que decían tomaba lo menos peligroso, la dejó a Juan Rodríguez de Villafuerte y se paso a esta guarnición, naciendo a Cristóbal de Olid su maestre de campo. Fueron capitanes de la guarnición de este puesto, el capitán Andrés de Tapia, el tesorero Juan de Alderete, el factor Bernardino Vázquez de Tapia, el veedor Rodrigo Álvarez Chico y Antonio Quiñones, que fue capitán de la guardia de Cortés y después de él lo fue Francisco de Tenezas, que era su mayordomo mayor y.. tercera guarnición hizo general de ella a Gonzalo de Sandoval alguacil mayor del… y le dio veinticuatro de a caballo… escopeteros y trece ballesteros y ciento cincuenta peones, gente escogida de…

Cortés los había traído consigo y cuarenta mil hombres de Texcoco, Huexotzinco, Chololan y Chalco, que éstos habían de entrar por la ciudad de Iztapalapan, para de camino destruirla y pasar adelante por una calzada de la laguna con favor y espaldas de los bergantines y que en el ínter que Cortés llegaba con ellos, se estuviese y juntase con la guarnición que estaba en Coyohuacan y llegado que fuese Cortés, la dicha guarnición de gente, con el resguardo y ayuda de los bergantines, entrase por la calzada y albarrada de la ciudad hasta ponerse en Tepeyaquilla donde es ahora la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe. Nombró por capitanes de esta guarnición a Fernando de Lema Gallego, al capitán Rodrigo Ranjel, Luis Marín y Vasco Porcallo. Estos fueron los capitanes que a esta sazón fueron nombrados para estas tres guarniciones que hizo Cortés de su ejercito, sin otros muchos que hubo a tiempo, entre los cuales fueron Ruiz González y Antonio de Arriaga. Para los trece bergantines en que Cortés había de entrar y hacer la guerra naval por la laguna, dejó trescientos hombres y la más gente de mar y muy diestra en este género de pelear; de manera que en cada bergantín iban veinticinco hombres de guerra, un capitán y veedor, seis ballesteros y escopeteros y eran los capitanes de ellos Juan Rodríguez de Villafuerte, capitán de la capitana que llamaban de Medellín, Juan Jaramillo natural de Salvatierra, Francisco Verdugo natural de Arévalo, Francisco Rodrigo Magariño natural de Mérida… del de don Juan Pedro Barba Caballero… de la ciudad de Sevilla, Antonio de… natural de Zamora, García Holguín natural… de Cázarez, Jerónimo Ruiz de la Mota… de Buhones natural de Salamanca, Rodri… Hon de la Vera de Medina del Campo… de Portillo que había sido soldado… por Bravo y Juan de Mancilla… de la orden referida y recibidas las mismas órdenes de lo que debían hacer los dos caudillos principales de las dos guarniciones, Pedro de Alvarado que había de ir al puesto de la ciudad de Tlacopan y Cristóbal de Olid a la de Coyohuacan, se

partieron de Texcoco a 10 días de mayo del año de 1521 y fueron a dormir a Aculman, en donde tuvieron diferencias sobre el acomodarse y aposentarse aquella noche, aunque luego los envió a apaciguar Cortés; otro día fueron a dormir a Quauhtitlan, que era su tierra de mexicanos; el tercero llegaron temprano a la ciudad de Tlacopan y habiéndose aposentado y hecho fuertes en los palacios del rey de ella (que con todos los suyos se estaba en México en favor de los mexicanos desde la vez pasada, dejándola desamparada), los tlaxcaltecas así como llegaron, dieron una vista a los enemigos por la entrada de las calzadas de la ciudad de México y pelearon con ellos dos o tres horas y sin recibir peligro ninguno por ser ya cerca de la noche, se volvieron a su puesto y otros cinco días continuos hicieron estas entradas. Los españoles quebraron dos caños de agua dulce, que entraba en la ciudad de México y nace del bosque de Chapultepec, que fue muy defendida de los enemigos por agua y tierra, por ser el sustento de la ciudad; se ganaron algunos puentes y albarradas, se aderezaron los malos pasos para que pudiesen por una parte y por otra cerrar el campo los de a caballo… y aunque fueron heridos algunos de los españoles… algunos de los amigos, de los enemigos murieron infinitos de ellos y al sexto día que llegaron… y estando ya en el estado referido… y entrada de la ciudad de México por… se fue con su guarnición al puesto… conforme a la orden que Cortés le dio… consiguió los amigos tlaxcaltecas… fueron los de las dos cabeceras de Ocotelulco y Quiahuiztlan, quedando los dos de las otras dos cabeceras de Tizapan y Tepectícpac en Tlacopan con Pedro de Alvarado. En este medio tiempo y antes de salirse Cortés con la armada, hizo ahorcar a Axayacatzin, uno de los cuatro señores de Tlaxcalan, por ciertas demasías que hizo. Los que fueron a Coyohuacan se aposentaron e hicieron fuertes en las casas y palacios del señor de esta ciudad, que asimismo se estaba en México con toda la gente y tenían despoblada. Los nuestros desde aquí salían a dar sus combates por

la calzada que entra por esta parte a la ciudad de México, en donde hallaron muy gran resistencia y que los enemigos la tenían quebrada por muchas partes y tenían puestos muchos baluartes, albarradas y otras defensas por agua y por tierra; los del un real y del otro todos los días corrían la tierra y se juntaban cada día alanceando y matando a los enemigos y quitándoles los frutos, así de maíz como de otras cosas que por aquellas partes hallaban y les entraban los de la ciudad. Cortés teniendo noticia que ya los reales se habían puesto en los lugares que les señaló, se partió con su armada de bergantines el viernes siguiente después del Corpus Cristi, aunque fue requerido de los más principales de su ejército se fuese por tierra con las guarniciones referidas, por parecerles que era lo más dificultoso y esto de la armada menos; siendo muy al contrario, porque fue bien menester aquí su persona, que fue lo más peligroso… de la batalla y antes de embarcarse… despachó a Gonzalo de Sandoval en su guarnición… de gente para Iztapalapan, que fueron… de los mil hombres de los aculhuas… la parte que llaman Aztahuacan… a encontrar con los de Chalco que venían juntos ellos, los huexotzincas y cholultecas y… todos treinta mil hombres de guerra. Los chalcas traían por sus caudillos a Quetzalcoatzin, Totomihuatzin, Chopolazcatzin, Ixpeoácatl, Tecuhxólotl, Quetzallacoltzin, Nequametzin, Ecatecólotl, Quetzalmacatzin, Tetzauhquaquillitlalatepanécatl, Xochpollo, Cacaxlequetzqui, Xocotécatl y otros, con sus armas y divisas y a costa y mención iban los ejércitos de los señores Acacitzin y Omacatzin, que por ser muchachos y de poca edad no iban en esta jornada, aunque quedaban en la provincia para despacharles socorro y refresco en todo el tiempo que durase la guerra; poco más de medio día llegaron a Iztapalapan y comenzaron a quemar la ciudad y a pelear con la gente de ella y viendo el gran poder de gente que la guarnición de Sandoval llevaba, de amigos más de cuarenta mil hombres, se acogieron en las canoas los enemigos y no pudieron resi-

stirles más y así sin contradicción ninguna se apoderaron de la ciudad y en ella se aposentaron, aguardando allí lo que Cortés les ordenaba. Ixtlilxóchitl, Tecocoltzin y sus hermanos se quedaron en Texcoco, para juntar la más gente que pudiesen para ir en seguimiento de Cortés y aviar de todo lo necesario su ejercito, entrando ordinariamente por agua y por tierra la comida y bastimentos necesarios, en que andaban yendo y viniendo más de veinte mil personas de carga y por la laguna más de mil canoas y en su guarda y defensa treinta y dos mil hombres de guerra, porque los enemigos no se salteasen y quitasen por el camino lo que allí llevaban; que, no fue lo menos que hizo en servicio de su majestad, proveyendo de todo lo necesario tan poderoso ejército y todo a su costa y mención y de sus hermanos, deudos y demás señores.

Capítulo XCV. Que trata de la victoria… los bergantines por la laguna… por agua y por tierra la primera… México

Al tiempo que Sandoval combatía… la ciudad de Iztapalapan, llegó Cortés con sus… a vista del peñol que llaman Tepepulco, que es… fortaleció con mucha gente de guerra, así de los de México como de los pueblos comarcanos, con intento de tomarles las espaldas a los nuestros y socorrer a los de Iztapalapan, que era forzoso el detenerse allí y combatir a esta ciudad; mas como reconocieron la flota por la laguna venía, se estuvieron quedos aguardando hasta ver dónde echaba el rumbo y viendo se iba hacia el peñol, comenzaron a hacer ahumadas y señales de guerra para que todos se apercibiesen, todas las ciudades y pueblos de las lagunas. Llegado que fue Cortés, saltó en él con ciento cincuenta hombres y aunque con harta dificultad y trabajo, se subieron y ganaron el baluarte y cerca que tenía arriba para su defensa y matando a todos los que defendían el peñol, en breve rato apenas quedó ninguno con la vida, si no fueron las mujeres y niños que de lástima las dejaron. Fue muy señalada esta victoria, aunque fueron heridos veinte españoles y como éstos y los de Iztapalapan con las ahumadas de Cortés iban por la laguna, salieron a encontrarle más de quinientas canoas a su modo bien fortalecidas de gente y Cortés de intento estuvo reacio por la costa del peñol hasta ver lo que los enemigos hacían, los cuales entendiendo que de temor se estaban quedos los nuestros, enderezaron hacia ellos; mas llegando ya cerca, se separaron y a este tiempo quiso Dios que corriese viento de la parte de tierra muy favorable a los bergantines y viendo esto Cortés, hizo que todos acometiesen a los enemigos y en breve tiempo rompieron por las canoas, quebrando infinitas de ellas y matando a la gente que en ellas venían, se topaban unas con otras por huir y se ahogaban todos siguiendo las pocas canoas que quedaban, las fueron a encerrar dentro de las casas de la ciudad de México, que

fue una hazaña muy notable y aunque quedó Cortés hecho señor de esta laguna en… la flota de canoas se holgaron… deseaban ya verle y tener socorro de gente por… y el de Tlacopan eran los más peligrosos… allí la mayor parte de la fuerza de los enemigos… cada día les entraba socorro de gente y así… a ir a la ciudad de México, peleando fuertemente con los enemigos, hasta ganarles las albarradas y baluartes que tenían hechos y muchas puentes que tenían quitadas; pasando con los bergantines que ya habían llegado y siguiendo a los enemigos a unos mataron y a otros echaron al agua de la otra parte de la calzada, por donde no iban los bergantines; corriendo por ella más de una legua hasta ganar dos torres que estaban en la entrada de la ciudad, que estaban en Acachinanco y Tozititlan, en donde hizo Cortés recoger los bergantines por ser ya tarde, en donde saltó en tierra con treinta hombres y aunque con harto peligro y trabajo ganó las torres, entrando por encima de las cercas que eran de cal y canto, sin que fuese bastante a resistir la muchedumbre de enemigos que las defendían y sacando en tierra tres tiros de hierro gruesos que traían los bergantines y asentando el uno de ellos por la calzada adelante, hizo muchísimo daño a los enemigos y queriendo proseguir disparando los tiros, por descuido del artillero se quemó toda la pólvora que llevaban, y así despachó por más aquella noche a Iztapalapan con un bergantín y aunque la primera intención de Cortés había sido irse a Aculhuacan, acordó de asentar su real en este puesto, por parecerle conveniente, teniendo junto a sí los bergantines, enviando a pedir la mitad de la gente de la guarnición de Coyohuacan y cincuenta peones de los de Gonzalo de Sandoval, que el día siguiente estuvieron allí; aunque aquella noche estuvo con harto cuidado Cortés e hizo mucho en defenderse de los mexicanos, porque a media noche dieron sobre ellos; mas como vieron el cuidado que había y los tiros y escopetas que se disparaban, no osaron pasar más adelante y así llegaba la gente, pelearon los nuestros hasta

ganarles una puente que tenían quitada y una albarrada, hasta encerrarlos en las primeras casas de la ciudad y viendo Cortés que de la otra parte de la calzada recibían mucho daño… que no podían pasar los bergantines… romper un pedazo de calzada… que tenían puesto y pasar de… bergantines, que embistiendo con las… encerrar entre las casas y en donde… ellas, que hasta entonces no se habían atrevido, por haber muchos palos y estacas que los estorbaban y peleando con los de las canoas rindieron algunas de ellas y quemaron muchas casas del arrabal. Otro día siguiente Sandoval con la gente que tenía en Iztapalapan se partió para Coyohuacan y de camino peleó con los de México, los desbarató y mató a muchos de ellos, les quemó todas las casas y con dos bergantines que Cortés le envió, pudo pasar a las partes donde tenían los enemigos quebrada la calzada, y dejando allí su gente, tomó diez de a caballo y con ellos se fue por la calzada hacia donde tenía su real Cortés; pero antes de llegar, hubieron de pelear con los que andaban revueltos los de Cortés, en donde a Gonzalo de Sandoval le atravesaron un pie con una barra tirada; más Cortés hizo tal riza en ellos con los tiros y escopetas, que desde entonces no osaban ya acercarse tanto, pasando otros seis días, teniendo en cada uno de ellos sus combates y los bergantines iban quemando las casas que había a la redonda de la ciudad, hasta que descubrieron canal por donde con facilidad podían entrar alrededor por los arrabales de la ciudad y aun en lo interior de ella, que le negocio importantísimo, con que las canoas procuraron alejarse y en más de un cuarto de legua del real de Cortés no osaban parar. Pedro de Alvarado avisó a Cortés cómo por la otra parte de la ciudad, que era por la calzada de Coyobasco, entraban y salían por ella los enemigos y las traían socorro de comida y gente de guerra de los pueblos de tierra firme de los mexicanos y tepanecas y que presumía, que viéndose ya muy apretados, se saldrían todos por ella; el cual mandó que Gonzalo de Sandoval, aunque estaba herido, fuese a sentar

su real a un pueblo pequeño que se dice Tepeyácac (que es donde está ahora la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe); el cual se partió con veintitrés de a caballo, cien peones y dieciocho escopeteros y ballesteros, dejándole cincuenta peones y dieciséis… le señaló de los aculhuas y chalcas… huexotzincas con que todo punto que… los de la ciudad de México y viendo… guarnición más de doscientos cincuenta peones… ballesteros y escopeteros y muy gran número de amigos, determinó de entrar por la calzada de la ciudad a lo más interior de ella, poniendo los bergantines a los lados, porque hiciesen espaldas, enviando a decir ante todas cosas a los de la guarnición de Coyohuacan, que parte de ellos se viniesen a él, y los demás quedasen guardando las calzadas y todo aquel lado, para impedir a los de las ciudades de Xochimilco, Coyohuacan, Iztapalapan, Huitzilopochco, Culhuacan, Zitáhuac y Mízquic (que eran enemigos y del bando mexicano), que no diesen por las espaldas a los nuestros y que otros se quedasen con otros dieciséis mil huexotzincas, chalcas y tlaxcaltecas en Coyohuacan en el puesto referido; enviando asimismo a decir a Pedro de Alvarado y a Gonzalo de Sandoval, que al tiempo que él arremetiese, ellos a un tiempo hiciesen lo mismo de su parte por las calzadas. Cortés fue entrando por la ciudad el día que señaló y luego se fue a topar con los enemigos, que estaban defendiendo una quebrada que habían hecho en ella, que tenía de ancho como una lanza y otro tanto de hondo y hecha una albarrada fuerte; mas al fin se la ganaron y fueron prosiguiendo hasta llegar a la entrada de la ciudad, donde estaba otra torre o templo de sus ídolos y al pie de ella una puente grande alzada, que por ella atravesaba una acequia de agua muy ancha con otra muy fuerte albarrada y así como llegaron comenzaron a pelear y como iban por los lados dos bergantines, sin peligro ninguno se la ganaron y los enemigos comenzaron a huir y desamparar la albarrada y pasando Cortés con los suyos por los bergantines y más de ocho mil hombres de los amigos, que eran

diez mil tlaxcaltecas y de los aculhuas otros diez mil (que ya a esta sazón habían llegado a este número, porque cada día Ixtlilxóchitl y Tecocoltzin iban despachando gente de refresco), chalcas diez mil y huexotzincas diez mil, que en breve espacio de tiempo cegaron y allanaron con adobes y piedra este ojo de agua o puente y en el ínter ya los nuestros habían ganado otra albarrada que estaba en la calle más principal y más ancha que había en la ciudad y como no tenía agua fue muy fácil de ganar y siguiendo el alcance tras los enemigos por la calle adelante, hasta llegar a otra puente que tenían alzada, aunque con harta dificultad pasaron los nuestros por la otra parte, ganando otra albarrada que tenían los enemigos para la defensa, durando más de dos horas el combate y que por las azoteas tiraban.

Libros a la carta

A la carta es un servicio especializado para

empresas,

librerías,

bibliotecas,

editoriales

y centros de enseñanza;

y permite confeccionar libros que, por su formato y concepción, sirven a los propósitos más específicos de estas instituciones.

Las empresas nos encargan ediciones personalizadas para marketing editorial o para regalos institucionales. Y los interesados solicitan, a título personal, ediciones antiguas, o no disponibles en el mercado; y las acompañan con notas y comentarios críticos.

Las ediciones tienen como apoyo un libro de estilo con todo tipo de referencias sobre los criterios de tratamiento tipográfico aplicados a nuestros libros que puede ser consultado en linkgua-digital.com.

Linkgua edita por encargo diferentes versiones de una misma obra con distintos tratamientos ortotipográficos (actualizaciones de carácter divulgativo de un clásico, o versiones estrictamente fieles a la edición original de referencia).

Este servicio de ediciones a la carta le permitirá, si usted se dedica a la enseñanza, tener una forma de hacer pública su interpretación de un texto y, sobre una versión digitalizada «base», usted podrá introducir interpretaciones del texto fuente. Es un tópico que los profesores denuncien en clase los desmanes de una edición, o vayan comentando errores de interpretación de un

texto y esta es una solución útil a esa necesidad del mundo académico.

Asimismo publicamos de manera sistemática, en un mismo catálogo, tesis doctorales y actas de congresos académicos, que son distribuidas a través de nuestra Web.

El servicio de «libros a la carta» funciona de dos formas.

1. Tenemos un fondo de libros digitalizados que usted puede personalizar en tiradas de al menos cinco ejemplares. Estas personalizaciones pueden ser de todo tipo: añadir notas de clase para uso de un grupo de estudiantes, introducir logos corporativos para uso con fines de marketing empresarial, etc. etc.

2. Buscamos libros descatalogados de otras editoriales y los reeditamos en tiradas cortas a petición de un cliente.

ÍNDICE